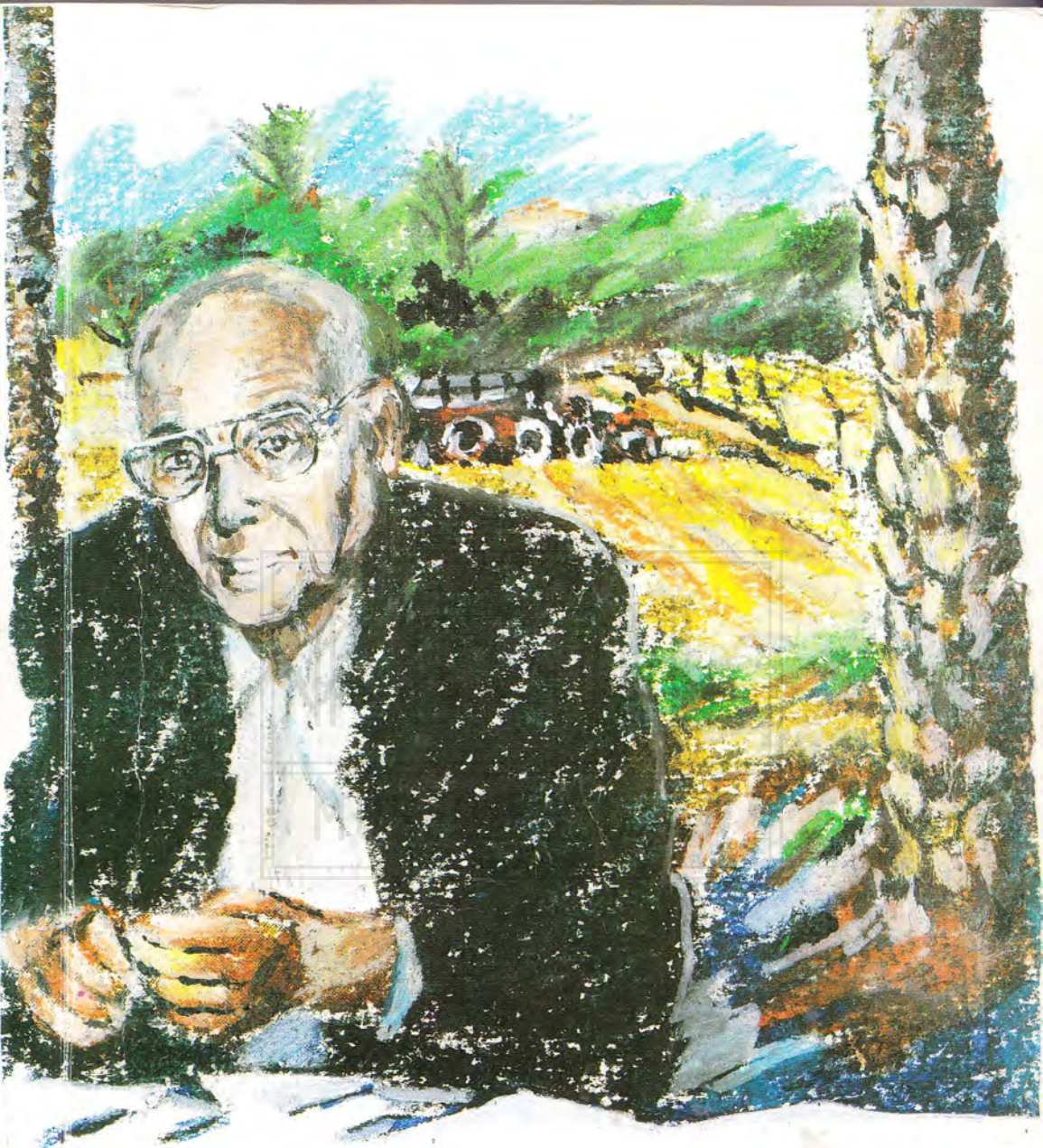


Memorias de mi tiempo

Baltasar Brotóns García

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Memorias de mi tiempo

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Baltasar Brotóns García

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

© Baltasar Brotóns García
D.L. A–532-1992
I.S.B.N. 84–604-3195-9
Impr. Segarra Sánchez S.A.
O. Winibal, 39 – Elche
Portada: Antonia Soler Vicente.

A mi esposa, que tan comprensiva fue siempre conmigo a lo largo de tantos años de convivencia

DULCOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

A modo de preámbulo

Es muy frecuente que determinados personajes, más o menos famosos, publiquen sus memorias, memorias que despiertan más o menos interés y curiosidad, en función de la importancia y notoriedad de estos mismos personajes, que con esta clase de relatos, sacan a la luz pública unos hechos o unas circunstancias relevantes que ellos mismos protagonizaron, y que de otra forma, tal vez pasarían desapercibidos o serían más fácilmente olvidados.

Al margen del valor literario que puedan tener esta clase de relatos, cuando una persona escribe sus memorias, es algo así como si hiciera su declaración testamentaria desde el punto de vista literario, recorriendo su vida de extremo a extremo, pues en un testamento ordinario, lo que se hace es legar las pertenencias materiales y el patrimonio tangible a unos herederos más o menos directos, para que los disfruten y dispongan de ellos a su libre albedrío. Y en el caso de las memorias, lo que se pretende es reflejar sobre el papel las circunstancias y vivencias personales, como testimonios de primera mano, para que los conozcan y los valoren los posibles lectores de las mismas. Es algo así como hacer partícipes a los demás de nuestra más preciada intimidad.

Para publicar unas memorias que despierten un mínimo de interés, es condición imprescindible el haber protagonizado determinados hechos y circunstancias de alguna relevancia y trascendencia, pues de lo contrario, no interesarían a nadie, por supuesto. En cuanto a mi caso particular, el hecho de que yo me haya decidido a escribir mis memorias, no quiere decir que mi vida haya sido trascendental y relevante, en modo alguno. Pero en cambio, sí que lo ha sido en grado sumo, el tiempo que me ha tocado vivir, ya que en los últimos setenta y cinco años han ocurrido muchas cosas relevantes y la Humanidad ha evolucionado más que a lo largo de todo un milenio.

En cuanto a las costumbres y formas de vivir de las gentes, desde el año 1916 en que nací hasta 1991 en que escribo estas páginas, han habido unos cambios enormes en todos los sentidos, hasta el extremo de que el mundo de hoy no es ni la sombra de lo que era en la segunda década del presente siglo. Los cambios culturales experimentados en estos tres cuartos de siglo, han sido tan grandes, que se ha pasado del arado romano al tractor, de los carruajes de tracción animal, a los vehículos automóviles que circulan a grandes velocidades, de los caminos polvorientos y pedregosos, a las autopistas, de los lentos trenes tirados por locomotores a vapor humeantes, a los grandes aviones que en el espacio de pocas horas te trasladan a los más apartados rincones del mundo. Y como producto de estos adelantos científicos y tecnológicos, se ha convertido en realidad lo que solamente era una fantasía de Julio Verne: poner el hombre los pies sobre la Luna y pasearse tranquilamente por su árida y desolada superficie, desvelando todos sus mitos y secretos,marcando un hito de los más importantes de la historia de la Humanidad.

Y en el aspecto educativo, se ha pasado de estar los estudios reservados solamente a una pequeña minoría de privilegiados, por su situación económica desahogada, a ponerse al alcance de la inmensa mayoría de la población, sin más limitaciones que el interés y la voluntad de los propios individuos. De la misma manera, ha mejorado la vivienda, la sanidad, las condiciones higiénicas, la alimentación, la vestimenta, el calzado, donde los zapatos han desplazado a las alpargatas.

En cuanto a las comunicaciones se refiere, durante este tiem-

po, hizo su aparición la radio, el telégrafo y la televisión que pone el mundo entero ante nuestros ojos al instante, y que junto con el automóvil, han revolucionado profundamente las costumbres de las gentes.

Durante estas décadas, hubo dos devastadoras Guerras Mundiales y multitud de pequeñas guerras periféricas que trajeron consigo profundas transformaciones territoriales y la total descolonización de África y de Asia, cuyas numerosas naciones accedieron a la total independencia política. Y como fenómeno político y social de primer orden, en 1917, se implantó en Rusia el Comunismo, como sistema político, y en 1991 tuvo lugar en la URSS la ilegalización del Partido Comunista, que durante setenta y cuatro años fue la espina dorsal del Estado ruso, resquebrajando por completo no sólo las estructuras del poder en este inmenso país, sino también la unión de las diferentes Repúblicas que permanecieron aglutinadas bajo una férrea Dictadura. Estos convulsivos acontecimientos abren muchos interrogantes sobre lo que pueda ocurrir en un futuro inmediato en esta parte del mundo que hasta hace pocos meses constituían los países socialistas del Este de Europa. De esa Europa, que en su parte Occidental, decidió unirse económicamente en 1957, formando la Comunidad Económica Europea, y que camina hacia la unión política, e incluso militar, en un plazo más o menos lejano, Comunidad a la que España accedió en 1986, después de una larga espera, y no pocas frustraciones, terminando con el aislamiento en que había permanecido en los últimos tiempos.

Y en lo más cercano a nosotros, ya dentro de nuestro país, he conocido los últimos quince años del reinado de Alfonso XIII, el advenimiento de la Segunda República, con sus cinco años de precaria vida, los cuarenta años de la Dictadura de Franco, que con su muerte dio paso a la transición democrática, el encumbramiento de Juan Carlos de Borbón a las más altas estancias del Estado Español, en su calidad de Rey de todos los españoles, ya que refrendó la Constitución del 6 de diciembre de 1978, la primera Constitución Española que se elaboró por consenso de todos los partidos políticos recién legalizados. Y en el próximo pasado, y por primera vez en la Historia de España, he conocido el acceso de los socialistas a la Gobernación del Estado mediante unas Elec-

ciones Generales, cosa impensable unos años antes.

Pero el acontecimiento más traumatizante y trascendental que ocurrió en España en el transcurso de mi vida, fue la Guerra Civil, que durante cerca de tres años, dividió a los españoles en dos bandos enfrentados en una lucha fratrecida, con sus graves secuelas de muchos miles de muertos y enormes quebrantos morales y económicos. Y después, una larga posguerra llena de rencores, privaciones, hambres, escaseces, afortunadamente superadas con el paso de los años, que han ido cicatrizando las heridas paulatinamente. Guerra y posguerra en que me vi involucrado en contra de mi voluntad, y que como una triste pesadilla que nunca debió ocurrir, es preferible olvidar y borrar de la memoria, por ser un nefasto borrón de nuestra historia, que germinó y se desarrolló como consecuencia de unos radicalismos viscerales e intransigentes de uno y otro signo que deberían avergonzarnos a todos los españoles, en su conjunto, por haber llegado a tales extremos de bestialidad.

Mis setenta y cinco años de vida se han desarrollado de la mano del campo de Elche. Ambos hemos vivido y evolucionado al unísono, en concordancia con las circunstancias de cada momento. Por eso, las páginas que siguen no son sólo mis memorias, que por sí solas, tal vez no tendrían demasiado valor, sino también, y sobre todo, la historia del campo de Elche de los últimos setenta y cinco años, con sus múltiples cambios y transformaciones en todos los aspectos y sentidos.

EL AUTOR

Memorias de mi tiempo

1

Mi ya dilatada vida ha transcurrido como la de otros muchos hombres del campo de Elche, sencillos y normales, que han tenido la agricultura como profesión y que vivieron casi siempre en una casa rural, a escasos kilómetros de la población, primeramente en Algorós y después en Algoda, y en ambos casos junto a la carretera de Matola, carretera que en la década de los veinte construyera la Diputación Provincial siguiendo el trazado de llamado Camino Viejo de Orihuela que enlazaba las dos ciudades más importantes del extremo sur del antiguo Reino de Valencia.

Soy consciente de que en mi biografía no se pueden relatar hechos extraordinarios ni peregrinos, puesto que en mi vida no han existido, y por consiguiente, lo que yo pueda escribir sobre ella no puede despertar mucho interés en los posibles lectores de estos relatos autobiográficos a los que doy comienzo en una soleada y primaveral tarde del mes de marzo del año 1991, concretamente, en el día de San José, cuando todos los medios de comunicación, tanto escritos como audiovisuales, hablan de las fallas de Valencia, la manifestación festiva y cultural más importante de la Comunidad Valenciana. A pesar de esta particularidad, me apetece

llevar a cabo esta tarea que me he impuesto a mí mismo, sin el menor atisbo de vanidad personal, sino más bien por continuar una labor que emprendí hace quince años cuando empecé a publicar en diferentes medios de comunicación, artículos sobre el campo de Elche así como los muchos problemas que arrastran todo ese colectivo de personas que viven y trabajan dentro de los límites de su extensa superficie.

Así es que más que relatar mi historia, lo que pretendo hacer es escribir la historia del campo de Elche de los últimos setenta y cinco años, partiendo de hechos y fechas concretas que tengan alguna relación con mis vivencias personales. Hablar de mi persona va a ser sólo el pretexto para hablar con más extensión del desarrollo agrícola, económico, social y cultural de los agricultores del campo de Elche desde principios de siglo hasta nuestros días. Una vez puestas de manifiesto todas estas consideraciones, así como los propósitos que me mueven para escribir las que voy a llamar «Memorias de mi tiempo», será cuestión de empezar por el principio, siguiendo un orden cronológico de los hechos y circunstancias que se relatan a continuación.

Yo nací el día 6 de septiembre de 1916 (por consiguiente, mi signo es Virgo) en el Arrabal, concretamente en el número dos de la calle Lago, junto a la Plaza Mayor del barrio que construyeran los árabes después de la reconquista de la Vila Murada por el rey Jaime I de Aragón en 1265. Es ésta una calle típicamente árabe, y no sé por qué razón se conocía por el nombre de Carrer de les Balsetes, calle que está orientada de este a oeste y que partiendo de la Plaza Mayor, como dije más arriba, desemboca en la Rambla. Como todas las de este barrio, se trata de una calle estrecha y tortuosa, con un trazado irregular y con un desnivel descendente hacia el cauce del Vinalopó. En la mayoría de las casas de esta callejuela vivían familias de raigambre ciudadana y otras estaban habitadas sólo en parte, ya que al ser propiedad de los agricultores, se reservaban alguna habitación, el porche y la cuadra para poder aparcar el carro y aposentar la caballería cuando iban a la población por unas horas en los días de mercado o en las fiestas más señaladas del año, como eran el Jueves Santo, las fiestas patronales de Agosto, Domingo de Pascual, Jueves del Corpus, etc. También solían utilizarse cuando algún miembro de la familia en-

fermaba y lo trasladaban a la población para que el médico lo pudiera visitar con más facilidad. En la actualidad, de esta calle sólo quedan en pie cinco casas y están en estado semiruinoso y deshabitadas. El resto fueron pasto de la piqueta y se han convertido en solares, estando a la espera de que el Ayuntamiento o los particulares las construyan de nuevo algún día.

De las personas que vivían en esta calle en los años de mi infancia aún las recuerdo con nitidez y con algunos descendientes de las mismas, aún conservo en la actualidad relaciones personales. Así es que dado el lugar de mi nacimiento, nadie me negará el privilegio de ser ilicitano de pura cepa.

Yo fui el tercero de una familia de cinco hermanos, todos varones. Los dos mayores son Jerónimo y Diego, por este orden y los que me seguían a mí Manuel y Juan. Viven todos excepto Manuel que murió hace seis años.

Mis padres, Baltasar y Javiera, se casaron en el Verano de 1910, en el epicentro de la última gran sequía que ha padecido esta comarca, sequía que duró siete años (1907-1914) que tantos estragos causó en la agricultura ilicitana, mayoritariamente de secano por aquellos tiempos. Fue tan calamitosa esta sequía que durante este largo lapso de tiempo las cosechas fueron prácticamente nulas en la casi totalidad del término municipal que era, preferentemente terreno cerealístico. Aquella gran sequía fue tan traumatizante para los agricultores ilicitanos, que produjo una gran decadencia en el colectivo campesino. Muchas familias de agricultores, con abundantes propiedades rústicas, no cosechaban ni siquiera paja ni grano para el sustento de sus caballerías de labor, y tenían grandes dificultades para poderle hacer frente al pago de los reducidos impuestos que se pagaban a la Hacienda Pública en concepto de contribución rústica.

Las tierras estaban sedientas y los pocos árboles que había fuera de la zona regable con las aguas salitrosas de la Acequia Mayor y la Marchena, se secaron casi todos. Muchos agricultores se vieron forzados a vender parte de su patrimonio para poder subsistir o tuvieron que emigrar a otras latitudes para ganar un jornal con que mantener a sus familias ya que aquí apenas había trabajo, ni por consiguiente ingresos, durante esos años de infausta memoria.

Por tal motivo, mis padres, a pesar de pertenecer a dos familias con un patrimonio en propiedades rústicas bastante significativo, al casarse no pudieron hacerse una vivienda rural como hubiera sido su deseo y era de toda lógica, ya que al ser agricultores de profesión, lo mismo que lo habían sido sus antepasados desde tiempo inmemorial, les hubiera gustado continuar viviendo en el campo como lo habían hecho hasta entonces. Pero ante las dificultades económicas que se padecían por entonces, optaron por establecer su «nido de recién casados» en la población donde mi madre había heredado el 33% de una casa de dos plantas de su padre que murió siete años antes. De esta manera, solucionaron la cuestión de la vivienda temporalmente, con el inconveniente de que mi padre tenía el trabajo en el campo y la mujer en el pueblo, a tres kilómetros de distancia, con todas las incomodidades que esto llevaba consigo, por los traslados del hogar al trabajo y viceversa, por la mañana y por la noche, en unos tiempos en que los desplazamientos se hacían a pie o en carruajes de tracción animal, que por su lentitud eran tan distintos a los de hoy.

Por tal motivo, yo y mis hermanos nacimos todos en el Arrabal y pasamos los primeros años de nuestras vidas en la población, a pesar de pertenecer a una familia de auténticos campesinos, por procedencia y por cultura. Paradojas de la vida.

Cuando yo nací el mundo se hallaba inmerso en los horrores de la primera Gran Guerra que duró cuatro años (1914-1918) que tantos muertos y estragos causó en las naciones de la Europa Central, particularmente, en Francia y Alemania. España, como es bien sabido, se mantuvo al margen de aquel conflicto y esa neutralidad le reportó grandes beneficios económicos, ya que comerciaba con los dos bandos contendientes. En cuanto a los españoles los había francófilos y germanófilos según las simpatías, las preferencias políticas y los intereses de cada cual que se veían reflejados en uno u otro bando en lucha.

Esta guerra también supuso para Elche una época de prosperidad, ya que su incipiente industria alpargatera se vio muy favorecida por la gran demanda que había de los productos que fabricaba, demanda a la que no podía dar abasto. De ahí el que se construyeran por aquellos años nuevas naves industriales para fabricar calzado, y al estar la población encorsetada por un cinturón de

huertos de palmeras y no haber solares disponibles (a pesar de qu ya se había construido el Puente de Canalejas, Elche aún no habí iniciado su gran expansión urbanística hacia el oeste, en la mar gen derecha del Vinalopó) muchas de estas edificaciones se cons truían a costa de los huertos de palmeras que se arrancaban par: tal fin. Este creciente palmericidio disgustó mucho a Pedro Ibarr: que inició una campaña en defensa de los palmerales de Elche, po: todos los medios a su alcance, campaña que duró dieciocho años hasta que en marzo de 1933 el Gobierno de la República promulgara un Decreto declarando los palmerales de Elche de Interés Social, y por consiguiente, sujetos a protección. Por fin, un año antes de morir Pedro Ibarra consiguió una de las mayores aspiraciones de su vida: que las palmeras de su tierra estuvieran protegidas por una normativa legal promulgada exprofeso para tal fin, después de una prolongada campaña por su parte.

En cuanto a la agricultura ilicitana había mejorado mucho respecto a lo que había sido en los años anteriores. La meteorología se había normalizado dentro de los bajos índices pluviométricos que son normales en esta zona y los agricultores se iban reponiendo de los pasados agobios económicos generados por la gran sequía.

Pero lo que de verdad influyó para que las condiciones de vida y de trabajo de un gran porcentaje de agricultores ilicitanos mejorase sobremanera, fue la llegada de las aguas dulces elevadas y distribuidas por la Sociedad Nuevos Riegos el Progreso, S. A., procedentes de los sobrantes de la Vega Baja del Segura. Estas aguas alcanzaban una zona regable de diez mil hectáreas de tierra de la parte sur del término municipal de Elche.

La Sociedad el Progreso, como se le conocía, fue constituida el 11 de abril de 1906 mediante escritura pública ante el notario ilicitano Juan Ferrer Orts e inscrita en el Registro Mercantil de Alicante el 15 de mayo del mismo año. El acta constitucional fue firmada por su promotor el Ayudante de Ingeniero industrial Ernesto Martínez Riviere y seis agricultores más de la Marina. En el momento de la constitución la sociedad disponían de un capital social de 2.510 pesetas representadas por 502 acciones de cinco pesetas cada una. Las dos acciones que había de pico, la sociedad se las regaló a su promotor, exentas de la obligación que tenían los due-

ños de las obras acciones de contribuir a incrementar los fondos de la sociedad mediante una cuota anual.

Una vez constituida la sociedad la Administración les concedió una dotación de agua de ochenta litros por segundo del azarbe del Convenio, para regar ocho mil tahullas de tierras de las pedanías de la Marina y el Molar. Estas aguas elevadas empezaron a regarse por primera vez el día 9 de enero de 1910, constituyendo un verdadero acontecimiento, ya que fue el inicio de la era de los regadíos modernos en el campo de Elche, con aguas dulces elevadas por el sistema de bombeo, aunque en una mínima parte de su superficie. Pero es un dato a tener en cuenta porque marca la divisoria entre dos épocas muy diferenciadas de la agricultura ilicitana como es el pasar del secano al regadío, con todo lo que ello significa.

En vista del éxito obtenido por esta primera concesión, el Progreso amplió su capital con la emisión de nuevos paquetes de acciones y solicitó de la Administración nuevas concesiones de agua de la misma procedencia, solicitudes que le fueron concedidas, en varias ocasiones, hasta totalizar mil litro spor segundo. Y acto seguido empezó la construcción de nuevos cauces e instalaciones de bombeo, de sur a norte, para regar una superficie de diez mil hectáreas que iban desde Algoda hasta El Altet. La totalidad de estas obras se terminaron en 1915, y en todas estas pedanías que conformaban la zona regable empezaron a proliferar cultivos arbóreos y hortícolas por todas partes, y cuyo desarrollo ya no dependía exclusivamente de la abundancia o la escasez de las lluvias, al poderse regar las tierras a voluntad del agricultor, en cualquier época del año, con lo cual las cosechas eran más seguras y más abundantes. A partir de estos momentos la agricultura ilicitana fue más rica y más próspera, ya que había más trabajo y más producción, lo que resultaba muy positivo.

Los primeros años de mi infancia tuvieron un desarrollo normal y tranquilo. A la edad de cuatro años empecé a asitir a un colegio mixto de monjas que estaba ubicado en lo que es hoy el Complejo Cultural de San José. Allí iban niños y niñas desde dos hasta ocho años, tanto del Raval como del Pla. Para acceder a este colegio tenía que cruzar el cauce del Vinalopó, por una cuesta de bajada y subida bastante pronunciada. A las monjas fui hasta



En la escuela de monjas que estaba ubicada en lo que es hoy Complejo Cultural de San José, en 1922.

la edad de seis años y a partir de entonces fui dos años a la escuela de Don Jaime, que estaba ubicada en la segunda planta de una casa que aún existe frente a la Puerta Mayor de la Iglesia de San Juan, formando esquina entre la Plaza de este mismo nombre y la Calle Mayor. Esta casa de dos plantas en la actualidad está bastante deteriorada y desde hace ya muchos años es de propiedad municipal y desde hace algún tiempo en la planta baja tiene su sede la Peña Deportiva y Cultural Arrabal, que viene funcionando desde hace varias décadas. Uno de los fundadores de esta sociedad y el socio número uno es Ramón Pastor Castell, ex Alcalde de Elche, que ha vivido en este barrio la mayor parte de su vida. Así es que mi etapa de escolar terminó a los ocho años y a partir de esa edad me fui al campo a trabajar, ayudando a mi padre y a mis hermanos mayores en las labores agrícolas. Mis estudios no pudieron ser mas elementales como era costumbre por aquellos tiempos en que ni siquiera existían escuelas oficiales de primera enseñanza. En cuanto a cursar estudios medios o superiores en aquellos tiempos era un lujo que sólo estaba al alcance de una clase reducida con una fuerte capacidad económica que disponía de los suficientes medios para ello.

De mis correrías infantiles recuerdo que los críos estaban la mayor parte del tiempo callejeando, ya que en la calle establecían sus juegos y sus pasatiempos. Era frecuente formar pandillas de chicos de la misma calle o del mismo barrio, pandillas que se enfrentaban con cierta violencia, con otras de calles o barrios distintos. Eran muy frecuentes los enfrentamientos que se solían producir entre «planeros» (oriundos del barrio del Pla de Sant Jusep) y «ravaleros» (los que vivían en el barrio del Raval). Cuando se producían estos enfrentamientos se combatía desde uno y otro margen de la Rambla, teniendo el cauce del Vinalopó como tierra de nadie y el armamento empleado eran hondas de cáñamo o de pita para lanzar piedras, tratando de emular las hazañas de David. Cuando una de estas piedras daba en el blanco hacía bastante daño. En muchas ocasiones, estas luchas se dilucidaban cuerpo a cuerpo. Cuando esto ocurría, el campo de batalla se establecía en terreno neutral que solía ser el centro del Puente de la Virgen. En estos casos, cuando se terminaba la batalla cada una de las pandillas combatientes se retiraba a sus cuarteles de invierno, que era

el barrio de donde procedían. En algunos casos, los combatientes recibían refuerzos de chicos de mayor edad que desnivelaban los efectivos combatientes y decantaban la victoria a favor de uno u otro bando.

En la actualidad, estos comportamientos nos parecerán inconcebibles, pero hay que tener en cuenta lo que han cambiado las circunstancias y las costumbres de aquellos tiempos a hoy. La forma de vivir de entonces era completamente diferente a como se vive en la actualidad.

Uno de los recuerdos que más conservo en mi memoria de mis años infantiles, fue la visita que hizo a Elche el Rey Alfonso XIII el día 31 de enero de 1923, con motivo de la inauguración de las instalaciones de la Real Compañía de Riegos de levante. Lo de Real era porque la Corona de España había invertido dinero en esta sociedad.

El Monarca, alto y desgarbado, caminaba a grandes zancadas como en él era costumbre. Iba vestido de militar y recuerdo como levantó la compuerta que lleva su nombre a la entrada de la tubería que cruza el Vinalopó, al sur de la población para que discurrieran las primeras aguas por el tercer canal de levante. También abrió el pardidor 23, junto a la comprueta, que después se conocía como el Partidor del Rey, para iniciar los riegos en esta zona. Aquello fue un verdadero acontecimiento.

Yo tenía entonces seis años y medio y me llevó mi madre en aquella fría tarde de invierno para que pudiera ver al Rey de cerca.

Lo de Riegos de Levante merece un amplio comentario, por la gran trascendencia que tuvo para la agricultura de todo el sur de la provincia alicantina. En vista del éxito alcanzado por la Sociedad Nuevos Riegos el Progreso, elevando aguas por el sistema de bombeo, sitema desconocido aquí hasta entonces, y convirtiendo en fértiles regadíos unas sedientas tierras de secano, se constituyó en Madrid la Real Compañía de Riegos de Levante (margen izquierda del Segura) para ampliar estos riegos hasta un total de 39.000 hectáreas, cuya zona regable abarcaba desde Orihuela hasta Campello. Aproximadamente el 50% de esta zona regable pertenecía al término municipal de Elche, más del 90% de su terreno cultivable.

Para hacer posible estos regadíos, la Administración le hizo

a Riegos de Levante, entre 1.918 y 1.922, tres concesiones de agua por un total de 7.700 litros por segundo. La procedencia de estas aguas, que tenían la condición de sobrantes, era de los azarbes (los mismos que proveían de agua al Progreso) y de la desembocadura del río Segura, para cuyo fin hubo que levantar una pequeña presa frente a Guardamar, en el mismo lugar donde partía el Canal Principal. Al tener estas aguas la condición de sobrantes sólo se disponía de ellas cuando la Vega Baja no las necesitara. Esta circunstancia siempre ha sido una rémora y un inconveniente, pero al menos se podía regar con aguas dulces, aunque en algunas temporadas se careciese de ellas, sobre todo, al final de algunos veranos demasiado secos.

En previsión de que esto pudiera ocurrir, en las concesiones de agua de sobrantes, por parte de la Administración, se contemplaba la posibilidad de construir un embalse regulador en los saladares de Elche y Crevillente, a ambos lados del Canal Principal, para almacenar aguas en épocas de abundancia, cuando por el río y los azarbes iban a parar al mar y poder aprovecharlas en temporadas de escasez. Estos embalses no se construyeron hasta la década de los años treinta y son los que hoy conocemos como los Embalses del Hondo.

La construcción de todos los cauces de riego y demás instalaciones de Riegos de Levante, incluido el Salto de Almadenes en el río Segura, para producir fluido eléctrico y la Central Transformadora junto a la Estación del ferrocarril de Crevillente, duró cuatro años. Para aquellos tiempos, con tan escasos medios técnicos y mecánicos, aquello fue una magna obra de ingeniería que se construyó bajo la dirección del Ingeniero Don José María Serra y Alonso del Real, que había sido el autor del proyecto y uno de los promotores de la sociedad. El único pero que se le puede poner a estas obras es que los canales se construyeron con materiales de baja calidad, como lo demuestra el hecho de las frecuentes roturas que se prudujeron posteriormente en estos cauces.

Como dijimos antes, todo el conjunto de estas instalaciones fueron inauguradas el 31 de enero de 1923 por el Rey Alfonso XIII, que abrió un partidor por donde se distribuyeron las primeras aguas elevadas por la Real Compañía de Riegos de Levante (margen izquierda del Segura).

La financiación de todo este proyecto corrió a cargo de la Banca Dreyfus, de París, con una amplia participación de la Corona Española.

Las tres concesiones de agua tenían una vigencia de noventa y nueve años, según establecía la Ley de Aguas entonces en vigor, y al finalizar dicho plazo, estas concesiones, junto con todas las instalaciones pasarían a ser de una comunidad de regantes que se crearía a continuación según los precepto de la propia Ley de Aguas. Pero esta comunidad no se legalizó hasta 1942, comunidad que después de muchas vicisitudes, llevó a cabo el rescate anticipado de las concesiones de agua y las instalaciones (excepto el Salto de Almadenes y la Central Transformadora) el día 10 de diciembre de 1976, por un importe de setenta millones de pesetas, pagaderas en ocho plazos anuales. A partir de esa fecha, la Comunidad tuvo muchos problemas económicos y funcionales, con varias Asambleas Generales tormentosas y conflictivas, hasta llegar a la situación actual en que está al frente de la misma una Comisión Gestora formada por miembros de diferentes organismos oficiales y presidida por el Alcalde de Elche.

Lo del Progreso tuvo más mérito que lo de Riegos de Levante, siendo una obra de más reducidas dimensiones. En primer lugar, por ser los precursores en realizar la elevación de agua por el sistema de bombeo, y en segundo lugar, por ser una empresa exclusivamente ilicitana, tanto en su proyección como en su realización. En cuanto a su financiación, salió, peseta a peseta, de los bolsillos de los propios agricultores ilicitanos, a pesar de la difícil situación económica que estaban atravesando por aquellos años.

Las instalaciones de Riegos de Levante fueron un calco exacto de las del Progreso, pero ampliadas a una escala superior y con mayores medios técnicos y económicos disponibles. El Progeso fue el pionero que abrió el camino en un terreno virgen y Riegos de Levante el continuador de esa misma obra pero abarcando más amplios horizontes.

Las más de 19.000 hectáreas de zona regable de Riegos de Levante, constituían el 90% de la tierra cultivable del campo de Elche, dando un vuelco total a la agricultura ilicitana que, en parte, ya se había vestido de fiesta unos años antes con la llegada de las aguas del Progreso.

Y empezaron a proliferar por todas partes los almendros y los granados, los limoneros y los viñedos, los melones y las ñoras, los tomates y las habas, etc. Y los cereales que hasta entonces habían sido los cultivos mayoritarios, iban dejando paso a los cultivos hortofrutícolas. Y las frutas y las hortalizas acudían en aluvión a la Lonja de Frutas y Verduras que entonces estaba situada en lo que es hoy Plaza de España, que ocupa la Iglesia del Corazón de Jesús. Y los agricultores ya podían vivir mejor, sin los agobios de épocas pasadas, aunque siempre tuvieron sus inconvenientes y sus contratiempos que suelen ir aparejados a su difícil profesión. Se incrementaron los costos de cultivo por lo que tenían que pagar por el agua de riego, pero también aumentaron los ingresos, y al moverse más dinero, mejoraron sus condiciones de vida.

Y nació una nueva cultura en el campo de Elche: la cultura del regadío, no solamente en la forma de cultivar la tierra, sino también en el lenguaje y las costumbres, empezando por la gastronomía y terminando por el asociacionismo agrario, nacido al socaire de los nuevos regadíos.

En la construcción de las instalaciones de Riegos de Levante, tomaron parte centenares de agricultores ilicitanos, muchos de los cuales después se quedaron empleados en la sociedad, unos como fieles y repartidores y otros como guardas o auxiliares administrativos. A este numeroso colectivo se le conocía como «empleats del Canal».

Otro de los hechos más significativos para la agricultura ilicitana de la segunda década del presente siglo, fue la fusión llevada a cabo en 1918 entre el Sindicato Agrícola Ilicitano y la Caja Rural de Préstamos y Ahorro de Elche. La Caja de Préstamos y Ahorro fue creada en 1903, por un grupo de entusiastas campesinos, y en los primeros años de funcionamiento, tuvo épocas muy difíciles, pero superó todas las crisis sufridas y se consolidó como una entidad financiera eficaz gestionada por los propios agricultores y al servicio exclusivo del campesinado ilicitano. En cuanto al Sindicato Agrícola Ilicitano fue creado en 1917, con arreglo a la Ley de Sindicatos Agrícolas del 28 de enero de 1906. Al revés de lo que ocurrió con la Caja Rural, el Sindicato lo fomentaron los grandes terratenientes que vivían en la población. Con arreglo a lo que determinaban sus Estatutos, el Sindicato podía prestar a sus asocia-

dos, tanto agricultores como ganaderos, todos los servicios y ayudas que necesitasen para el desarrollo de sus explotaciones agrícolas o ganaderas. El proyecto era tan ambicioso que pronto se dieron cuenta que era irrealizable al no disponer de los fondos necesarios para llevarlo adelante. Y llegada a esta conclusión consideraron que lo más conveniente era fusionarse con la Caja Rural, donde tenían los agricultores ilicitanos la mayor parte de sus ahorros. Y la fusión se llevó a cabo en 1918. A partir de estos momentos, nació una nueva entidad más potente y dinámica, que los agricultores conocían por «La Agrícola», y que ha llegado hasta nuestros días y que hoy conocemos como «Coopelche». Esta sociedad modificó sus Estatutos en varias ocasiones, para ir adaptando su funcionamiento a las circunstancias de cada momento.

Después de la Guerra Civil y al amparo de la Ley de Cooperación del 2 de enero de 1942, esta sociedad se convirtió en cooperativa, con el nombre de Cooperativa del Campo de Elche, pasando a ser después Cooperativa del Campo y Caja Rural de Elche. Esta cooperativa ha sido la sociedad agraria más importante que ha tenido Elche en todos los tiempos, aunque en estos momentos está sufriendo una notable decadencia, como el resto de cooperativas del término municipal de idénticas características.

Pero su etapa esplendorosa se inició con la fusión de la Caja de Préstamos y Ahorros de Elche y el Sindicato Agrícola Ilicitano.

Y volviendo a la vida en el Raval en los años de mi infancia he de decir que por aquellos tiempos el barrio estaba habitado en todas sus casas de una o de dos plantas y la mayoría de sus habitantes eran gentes trabajadoras de condición humilde y políticamente de izquierdas, siendo uno de los principales reductos del socialismo ilicitano.

En los meses veraniegos, cuando apretaba el calor, muchas familias por la noche sacaban la mesa a la calle para cenar al fresco y nadie les molesta, ya que no había tráfico rodado. A las diez de la noche solía pasar el vigilante con su chuzo golpeando el suelo para que advirtieran su presencia, por si algún vecino quería encargarle que le despertara a cualquier hora de la madrugada. Había también serenos que eran los encargados de cantar las horas, desde media noche hasta las seis de la mañana. Este servicio era de agradecer por que muchas familias no tenían reloj, aunque

pudiera molestar a los insomnes.

El abundante gremio «els costurers» en los días veraniegos sacaban los bancos de trabajo fuera de las casas y lo ponían en la parte de la calle que había sombra y confeccionaban las suelas de cáñamo o de yute que llevaban las alpargatas que era el calzado que gastaba la mayoría de la gente. Entonces, al vivir más hacia fuera, entre el vecindario había más relación y más conocimiento. Todos se conocían más estrechamente y estaban más al corriente de lo que ocurría en las casas de los demás, ya que resultaba muy difícil ocultarle nada a los vecinos que tenían más contacto que ahora.

Era aquella una época en que el ambiente estaba bastante politizado, y hablar de políticos cuando se reunían varios hombres (las mujeres apenas intervenían en esta clase de discusiones) era lo más natural de mundo. Donde más se hablaba, tanto de lo divino como de lo humano, era en las barberías, a donde iban todos los hombres por lo menos una vez a la semana, ya que muy pocos se afeitaban en sus casas. Los domingos por la mañana era cuando más asistencia había en las barberías. Algunos hombres que no tenían prisa, al ser día festivo, después de afeitarse continuaban en la barbería charlando con los que estaban esperando su turno, y así se enteraban de todo lo que ocurría, no solamente en el barrio, sino también en el resto de la población, que por aquellas fechas tenía la quinta parte de habitantes que tiene hoy. Barbería y tertulia era todo la misma cosa. Entonces las gentes no vivían tan acuciadas por las prisas como ahora, y por lo tanto, dedicaban más tiempo a conversar y relacionarse entre sí. Lo del estrés y el apresuramiento tan frecuente en los tiempos modernos, entonces apenas se conocía.

Otro de los recuerdos infantiles que aún conservo vivo en mi memoria, es mi asistencia a la Prova del Angel, el día 10 de agosto. Por aquellos tiempos, esta Prova se celebraba de una forma un tanto informal, y a ella asistía una multitud de chiquillería, unos solos y otros acompañados de familiares mayores. A cada una de las puertas de entrada de Santa María había un puesto de venta de «conyetes» (membrillas) fruto que compraban casi todos los pequeños que entraban a ver la representación. La membrilla, de sabor dulce y jugoso, era mordisqueada por la grey infantil al mismo

tiempo que observaban las evoluciones del Angel subiendo o bajando del Cielo. Pero a medida que avanzaba la representación y los pequeños iban perdiendo interés y curiosidad por la misma, empezaban a lanzar los restos de «les conyetes» al aire en todas las direcciones, dejenerando en un aluvión de proyectiles frutales que frecuentemente hacían impacto en las cabezas de los confiados espectadores. Con el paso de los años, aquella costumbre tuvo que suprimirse porque la representación se convertía en una algazara y perdía toda la solemnidad que tiene ahora.

Por aquellos tiempos las representaciones del Misteri no tenían la importancia y la asistencia de gente que tiene en la actualidad, ya que la población era mucho más pequeña y tenían un aspecto casi exclusivamente localista.

En algunas casas del barrio de amplio «porche» (zaguán), solía haber un banco de madera junto a la pared lateral para sentarse las personas. Ese banco lo llevaban a Santa María en los días que duraban las representaciones para que las pudieran ver cómodamente sentados el dueño y sus familiares, y el día 15 de agosto por la noche lo retiraban y lo volvían a casa. Eran otros tiempos, otras circunstancias y otras costumbres.

MUSEO ESCOLAR

2

La llegada de las aguas dulces al campo de Elche, procedente de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, y distribuidas a partir de 1910 por la Sociedad Nuevos Riegos el Progreso y a partir de 1923 por la Real Compañía de Riegos de Levante, dio a la agricultura ilicitana un acelerado desarrollo y una gran prosperidad, iniciándose una nueva era de su devenir histórico. Hasta esos momentos, el campo de Elche era prácticamente de secano, ya que solo se disponía para riego las aguas salobres que discurrían por el Vinalopó, y que eran distribuidas en la margen derecha por la Marchena y en la márgen izquierda por la Acequia Mayor. Estas aguas, además de escasas eran de mala calidad, y por consiguiente, solo se regaban en las zonas más cercanas a la población, don-

de se concentraban casi la totalidad de los huertos de palmeras, granados y olivos, que eran las únicas especies arbóreas que admitían aguas con un grado tan alto de salinidad.

En ese aspecto, los agricultores ilicitanos tienen que estar muy agradecidos a la Sociead Nuevos Riegos el Progreso, (creada por ellos mismos, con la valiosa ayuda y colaboración del Ingeniero Técnico Industrial don Ernesto Martínez Riviere que proyectó y dirigió las obras de construcción de todas sus instalaciones) ya que fue la pionera en esta comarca elevando aguas por el sistema de bombeo, sistema desconocido hasta entonces por estas latitudes.

En vista al éxito obtenido por el Progreso, se creó en Madrid la Real Compañía de Riegos de Levante, de la que ya hemos hablado en el capítulo anterior, para regar todo el sur de la provincia alicantina.

Lógicamente, la transformación de la agricultura ilicitana de secano en regadío, introdujo muchos cambios en las formas de vivir de los agricultores, cambios que abarcaban todos los ámbitos de sus comportamientos culturales. Y la agricultura se hizo más diversa y más variada en sus cultivos, tanto arbóreos como hortícolas y las cosechas fueron mas abundantes. Y los cultivos hortícolas, prácticamente inexistentes hasta entonces, proliferaron por doquier, y hubo necesidad de buscar cauces de comercialización, para los tomates, melones, sandías, habas, guisantes, pimientos, etc, creándose el mercado mayorista de frutas y verduras que se convirtió en el punto de encuentro diario de centenares de agricultores ilicitanos.

Al cabo de unos años, la Lonja de Frutas y Verduras se quedó pequeña y hubo que cambiarla de emplazamiento, trasladándola al barrio de Altabix, a unas nuevas instalaciones, mucho mas grandes que se construyeron exprofeso para estos fines. Este mercado mayorista de productos agrícolas, aún está funcionando en estos momentos, aunque en los últimos años han habido varios intentos por parte del Ayuntamiento, de trasladarlo mas alejado de la población, pero hasta ahora estos proyectos no se han realizado aún, pues no está nada claro que exista verdadera necesidad de llevar a cabo este traslado, ya que a esta Lonja, actualmente, sólo se lleva un pequeño porcentaje de las frutas y verduras que se cosechan en el campo de Elche, comercializándose todo lo de-

más a través de las cooperativas o de los comerciantes particulares que lo comercializan por su cuenta y riesgo.

En aquellos tiempos, lo cultivos hortícolas, generalmente, solían plantarlos las familias campesinas que disponían de menos tierras, ya que los mayores terratenientes seguían sembrando cereales o plantaban cultivos arbóreos, mayoritariamente, almendros y granados. Lo de la proliferación de cítricos y parrales de uva de mesa, vino más tarde, a partir de las décadas de los años sesenta y setenta.

Estos pequeños y medianos agricultores ilicitanos que cultivaban verduras y hortalizas durante todos los meses del año, la mayoría de los días iban al «Prao», con su carro y su caballería, a primeras horas de la mañana, para que los asentadores les comercializaran sus productos mediante el pago de una comisión. Una vez descargados los géneros y hecha la reposición de envases, regresaban a sus domicilios para iniciar su normal jornada de trabajo. Hoy la cosa es mucho mas fácil, ya que todos tienen su furgoneta y el viaje a la Lonja se realiza en muy poco tiempo.

Entonces, los agricultores iban muy pocas veces a la población. Sólo lo hacían en contadas ocasiones, con motivo de las fiestas más celebradas o cuando había que pagar la contribución, que se hacía de tres en tres meses, y pare usted de contar. A lo sumo, los cabezas de familia y no todas, iban una vez a la semana, el día de mercado, para hacer el «recapte».

Esta separación y distanciamiento entre el colectivo campesino y el ciudadano, generaba unos rasgos diferenciadores muy acusados entre uno y otro, que se apreciaban a simple vista, sobre todo en el vestir, tanto en los hombre como en las mujeres. Estos dos colectivos eran casi compatimentos estancos, que tenían sus propias costumbres y sus propias culturas.

Pero con la llegada de las aguas dulces las costumbres campesinas fueron cambiando poco a poco y la comunicación con la población se hizo mas estrecha por necesidaes de la propia profesión, ya que no solo se iba al «Prao» con harta frecuencia, sino también habia que ir a «posar aigua» a las salas de subastas de Riegos de Levante y del Progreso.

La pujanza que adquirió la agricultura ilicitana al pasar de secano a regadío se dejó sentir también en el movimiento asociati-

vo de los propios agricultores, ya que en el segunda y tercera década de este siglo, se crearon en el campo de Elche numerosos sindicatos agrarios al amparo de la Ley del 28 de marzo de 1906 que regulada esta clase de organizaciones. Tal fue el caso del Sindicato del campo Canal del Altet, Sindicato Agrícola Ilicitano, Sindicato Agrícula Asociación de Agricultores y Regantes de San Isidro, Sindicato Agrícola la Protectora, Sindicato Agrícola las Bayas, Sindicato Agrícola el Progreso. Todos estos sindicatos, depués de la Guerra Civil Española, se convirtieron en cooperativa agrícolas del mismo nombre, con arreglo a la Ley de Cooperación del 2 de enero de 1942.

La gestión de todos estos sindicatos y cooperativas creados y gestionados por los propios agricultores, en un principio resultó muy positiva, ya que ofrecía a los mismos una serie de servicios muy útiles para el cultivo de sus explotaciones agrarias. Pero con el paso de los años, muchas de estas organizaciones agrarias terminaron de mala manera por no haber sabido adaptarse a lo que demandaban las nuevas circunstancias que surgian al paso de los años, y en algunos casos, también hay que decirlo, por falta de capacidad de gestión de sus rectores, a pesar de ser personas de acreditada honestidad, pero carentes de preparación para estar al frente de una organización de estas características en las que se mueven fondos comunitarios.

Pero a pesar de todo, la creación de tantas organizaciones agrarias, es una prueba evidente de la iniciativa y el espíritu emprendedor de un colectivo dinámico que sentía muchas inquietudes por el mejoramiento de sus medios de vida y de trabajo, como lo fue el campesinado ilicitano de aquellos tiempos. Dudamos mucho de que hubiera en España otro colectivo similar que le aventajase en ese sentido.

Como ya dijimos en el capítulo anterior, de todos estos sindicatos y cooperativas que se crearon por aquellos tiempos, el que mas influencia y relevancia ha tenido en el campo de Elche, a lo largo de ocho décadas, ha sido el que surgió en 1903 entidad durante tres cuartos de siglo, ha sido una organización señera y carismática en el campo de Elche, llegando a tener en sus épocas mas boyantes cerca de seis mil socios. No obstante, en los últimos tiempos ha experimentado una gran decadencia, paralela a la sufrida

por la agricultura y a la ganadería en general, como no podía ser de otra manera.

Al socaire de todas estas organizaciones (sobre todo de la Agrícola Ilicitana, creada por el polifacético Vicente Sansano Fenoll en 1912, como un sindicato reivindicativo), surgieron en el campo de Elche una serie de hombres que alcanzaron un gran relieve y protagonismo en la vida local. Hubo incluso algunos de ellos que ocuparan cargos públicos importantes, a pesar de ser sencillos agricultores, como fue el caso de José Antón Soriano (el tío Rochet el de Sant Antoni) que fue concejal en varias legislaturas, Presidente de la Agrícola Ilicitana durante muchos años y Alcalde de Elche en 1930, cuando el Gobierno Berenguer, después de la Dictadura de Primo de Rivera, por ser el Concejal de mayor edad. Roberto Martínez Fuentes (el tio Rebeltet) Pedáneo de Matola y Concejal en 1922. Carlos Agulló Amorós, Concejal por las mismas fechas, Pedáneo de Asprillas y Presidente de la Agrícola Ilicitana. Diego Oliver Campello y Baltasar Díez Ferrández, ambos muy apreciados y respetados por todos los agricultores de su tiempo. Carlos Soler Sansano, hombre destacado en la actividad política de tendencia izquierdista, que murió en el exilio después de la Guerra Civil Española, etc. Fue toda una pléyade de hombres de grandes inquietudes que rayaron a gran altura dentro de su modestia y sencillez, y que dejaron una profunda huella en el entorno agrario ilicitano, donde se desenvolvian sus vidas.

Hubo también en aquella época hombres del campo de Elche que rayaron a gran altura en la literatura. Citaremos en primer lugar a Vicente Alarcón Maciá (Un Home Flac) que vivía en las Bayas y fué un gran poeta de inspirada Musa, cuyas poesías de bien rimados y medidos versos, tanto en castellano como en Valenciano, eran muy leídos y celebrados por todos sus contemporáneos. No había en el campo de Elche fiesta, acontecimiento o suceso, de la índole que fuera, a los que Alarcón no le dedicara sus versos, generalmente en valenciano, versos que se publicaban en los semarios locales, sobre todo, en La Libertad. Además de publicar centenares de poemas a los largo de muchos años, escribió y publicó el juguete cómico en valenciano «El Tenorio de Alsabares» que se representó muchas veces con gran éxito.

Otro destacado poeta campesino de aquellos tiempos fue To-

más García Ruiz que vivió en las Bayas y en Asprillas. Todos estos hombres y otros muchos que no relacionamos por no hacer la relación demasiado larga, eran sencillos agricultores autodidactas, sin estudios de ninguna clase, que al margen de su ocupación habitual, que era la agricultura, aun tenían tiempo, inquietud intelectual y la vocación suficiente para hacer sus pinitos literarios, a pesar del bajo nivel cultural del entorno rural en que se desenvolvían.

Estos poetas campesinos publicaban sus trabajos literarios en los muchos semanarios que se publicarán en Elche en las primeras décadas del presente siglo. Entre estos semanarios habría que destacar uno, por su dedicación exclusiva a temas agrarios, llamado «Vida Agraria,», dirigido por Dositeo Climent Mateu. A este hombre lo mataron en Elche al poco tiempo de iniciarse la Guerra Civil Española, por motivos políticos.

La verdad es que en la segunda y tercera décadas del presente siglo, hubo en el campo de Elche muchas transformaciones y un gran movimiento cultural, digno de ser analizado en un estudio sociológico. Pero este estudio sociológico sería incompleto sin hablar de Vicente Sansano Fenoll, una figura importantísima de aquellos tiempos como industrial, comerciante, escritor y político. Aunque su vida y su actividad profesional apenas tenía una relación directa con la agricultura, fue la persona que desde la población más influyó en el campo de Elche, sociológicamente hablando, durante una generación. Como político desempeño numerosos cargos desde 1905 a 1922. Fue Concejal en varias legislaturas, Alcalde de Elche durante nueve meses (desde marzo a diciembre de 1910), y Diputado Provincial en 1920. Además fue, en varias ocasiones, Síndico de la Comunidad de Labradores de Elche y Presidente de esta entidad en 1917. Fue así mismo, Secretario de la Socidad Nuevos Riegos el Progreso en 1911 y Presidente de la Cooperación del Campo de Elche en 1925 y Presidente Honofífico de la Agrícola Ilicitana, de la que había sido promotor y fundador en 1912. Durante todos estos años fue el gran impulsor del campo de Elche y de sus gentes, a partir de su paso por la Alcaldía, como primera autoridad municipal. Durante el tiempo que fue Alcalde supo ganarse las simpatías no solo de las gentes de la población, sino también de los agricultores, como quedó demostrado en la multitudi-



Multitudinaria manifestación en octubre de 1910, con motivo de protesta por la destitución del Alcalde de Elche, Vicente Sansano Fenoll.

naria manifestación que se organizó, como desagravio, cuando lo destituyeron de su cargo. Según las crónicas de aquellos tiempos, se manifestaron de diez mil a doce mil personas, mas del 30% del total de los habitantes que Elche tenía a la razón. Han llegado hasta nuestro días testimonios gráficos de aquella magna manifestación en la que tomaron parte representantes de todas las partidas rurales ilicitanas, con sus correspondientes pancartas al frente.

Ésta era la situación y el ambiente que había en el campo cuando yo, a la edad de ocho años, me incorporé a los trabajos agrícolas para ayudar, en la medida de mis posibilidades, a mi padre y a mis hermanos mayores. Lógicamente, con tan poca edad, mi rendimiento laboral tenía que ser escaso, pero siempre habían trabajos marginales y complementarios, que se podían realizar con tan pocos años. La cuestión era aprovechar el máximo todas las disponibilidades familiares, acoplando a cada uno de sus miembros al trabajo que más se adaptara a su edad y condición. En aquellos tiempos, trabajar a tan poca edad era normal y corriente, no sólo en el campo sino también en población. Como no había escuelas, a la chiquillería se le ponía a trabajar tan pronto aprovechase para algo y pudiese aportar alguna ayuda a la familia, ya que lo de estudiar era impensable. Por otra parte, no habían normas legales que regulasen el trabajo, como ocurre ahora y se trabajaba desde la más tierna edad hasta que las fuerzas físicas resistieran, sin tener en cuenta para nada los años, y que no había jubilación ni Seguridad Social. Por eso había que trabajar mucho y firme «pa replegar pa la vellea», cuando las fuerzas faltasen.

Por aquellos años, entre las personas mayores del campo de Elche había un gran porcentaje de analfabetos, ya que al no haber escuelas, el analfabetismo se transmitía de padres a hijos como una herencia de signo negativo.

Como dije en páginas anteriores, la enseñanza que recibí en mi infancia fue sumamente elemental. Esta enseñanza primaria apenas la pude incrementar posteriormente, a pesar de que recibía clase de un «maestro» que unos días a la semana venía a pie desde la población para enseñar a la chiquillería campesina, mediante el pago de unas monedas por clase. A lo máximo que se podía aspirar con esta enseñanza a domicilio, por parte del alumno, era poder aprender a leer, con más o menos soltura, escribir con el me-

nor número de faltas ortográficas posibles y las cuatro reglas aritméticas (sumar, restar, multiplicar y dividir). Si se lograba todo eso, se conseguía alcanzar una meta muy meritoria a la que no todos llegaban. Por otra parte, los padres consideraban que eso era más que suficiente para poder desenvolverse en la vida. Y si por casualidad algún joven destacaba y manifestaba abiertamente que le gustaría cursar estudios superiores, hasta estaba mal visto, y lo que se pretendía es que los hijos continuaran por los mismos derroteros de los padres en lo que concernía a su ocupación de cara al futuro, continuando una tradición familiar que se arrastraba desde hacía muchas generaciones.

El «maestro» que me daba a mi lecciones a domicilio era Ramón Brontóns Antón, padre de José Brotóns que tiene actualmente una barbería en la Correora, frente a la imprenta de Agulló. Aquel hombre, que como es bien sabido, escribió una gran cantidad de comedias costumbristas, mayoritariamente, en valenciano, se dedicaba a estos trabajos docentes para poder tener unos ingresos completamentarios que se ganaba a base de caminar bastantes kilómetros diarios a pie por los caminos polvorientos (entonces en el campo no habían carreteras). En ocasiones se le pagaba en especies, frutas, huevos, etc.

Recuerdo muy bien que siempre que este hombre venía a mi caso, traía alguna de sus obras de teatro, de las que me leía algunos pasajes. Así mismo me hablaba de las representaciones de las mismas por compañías de aficionados ilicitanos, y del éxito que tenían estas obras de teatro que a la razón estaba muy en baja en todo el Reino de Valencia.

Desde mi más tierna infancia yo siempre sentí una afición desmetida por la lectura. Para mí leer, más que un hobby ha sido siempre una necesidad, necesidad que he sentido constantemente a lo largo de toda la vida. De ahí el que en los últimos sesenta años haya dedicado a la lectura una media de tres horas diarias, prácticamente, todo el tiempo que me dejaban libre mis ocupaciones habituales, e incluso, robándole horas al sueño.

En un prinicipio, yo leía todo lo que caía en mis manos: novela, teatro, ensayo, historia, biografías, astronomía, poesía, todo. La cuestión era leer, ya que la lectura era una especie de autocultivo y el único alimento espiritual que recibía. Todas estas lec-

turas a lo largo de tantos años, han ido dejando en mí un sedimento cultural que me ha enriquecido enormemente, conformando mi propia personalidad. La vida y mis lecturas ha sido la única Universidad que he tenido. Y mi prurito por mejorar, culturalmente, me sirvió de impulso y acicate.

Recuerdo que la primera novela larga que leí fue EL SECRETO DE JAVOTTE, del escritor francés Alfredo de Musset. Esta novela, como otras muchas, se publicó en la colección NOVELAS Y CUENTOS, publicación semanal en la que a lo largo de muchos años se publicaron obras notables de la literatura universal, con unos precios muy baratos. Yo leí centenares de obras de esta colección —novela, teatro, ensayo, etc.— Las primeras novelas que yo compré de esta colección valían DIEZ CÉNTIMOS. Después fueron subiendo de precio poco a poco y en los últimos tiempos ya valían cuatro y cinco pesetas. Posteriormente fui enriqueciendo mi biblioteca particular, añadiéndole volúmenes y más volúmenes, en un acopio constante. Muchos de estos libros los conservo en mis dos bibliotecas (una en el pueblo y otra en el campo) y otros los he prestado y no me los han devuelto.

Mi afición por la lectura la heredé de mi abuelo paterno. El abuelo Jerónimo que murió en 1905, a la edad de 53 años, era uno de los pocos hombres del campo de Elche de aquellos tiempos, que además de saber leer, tenía una gran afición por la lectura. En mi caso particular, y en este aspecto concreto, fue verdad eso que se dice de que los genes hereditarios se manifiestan más acusadamente en los nietos que en los hijos, pues de los cinco que tuvo ninguno de ellos manifestó el más mínimo interés por las cuestiones culturales, como era corriente por aquellos tiempos en los ambientes campesinos. Lo de mi abuelo fue una excepción.

De mi abuelo Jerónimo heredé varias colecciones de libros impresos en el siglo pasado, que mi abuela Teresa guardaba en un viejo baúl y que nadie había leído desde la muerte de su marido. Yo me interesé por ellos y los leí todos. De los que yo recuerdo había varios tomos que hablaban del Descubrimiento de América y de la Conquista de Méjico. También había un grueso volúmen donde estaban encuadernados muchos números del semanario carlista EL ESTANDARTE REAL, al que mi abuelo estaba suscrito. En este periódico se magnificaba la causa de Don Carlos como pre-

tendiente al Trono de España, así como las hazañas bélicas en la Guerra Civil que enfrenó a los españoles por segunda vez a finales del siglo pasado. Si mi abuelo recibía este periódico y además tenía interés en encuadernarlo para que se conservase mejor, eso demuestra que era partidario de la causa carlista, aunque de esto no me habló nunca la abuela Teresa, que murió en 1935, cuando yo tenía diecinueve años.

Mi desmedido afán por la lectura, iba despertando en mí al mismo tiempo un acuciante prurito por escribir cosas. Mis primeros pinitos literarios los hice en verso. Algunos de aquellos versos primerizos que aún los conservo, y que fueron escritos a la edad de quince o dieciseis años, me ruboriza el leerlos de nuevo por su comprensible ingenuidad.

Por aquellos años, algunos de los hombres del campo de Elche a los que he hecho referencia en páginas anteriores, aún continuaban publicando sus colaboraciones, en prosa y en verso, en los semanarios locales y provinciales. Esto me dio ánimos para mandar algunos pequeños trabajos al semanario local EL ILICITANO y al provincial EL TÍO CUC, de lengua valenciana y de corte satírico y humorístico, donde se publicaban cosas de las partidas rurales de Elche. Cuando a la edad de diecisiete años vi por primera vez mi nombre impreso en letras de molde al pie de un poema mío publicado en EL TÍO CUC, me causó la misma agradable impresión que si hoy me concedieran el Premio Nóbel de Literatura. Aquello me marcó para siempre el camino a seguir a partir de esos momentos, teniendo a la literatura como el principal objetivo de mi vida, como una actividad complementaria al margen de mis ocupaciones habituales, propiciado por un impulso irrefrenable que nacía de un sentimiento que, intrínsecamente, formaba parte de mi propia naturaleza. Aquello fue el inicio de eso que llaman vocación.

Pero no tenían a nadie a mi alrededor que me pudiera orientar por ese difícil camino para que me corrigiese los defectos de redacción y que puliese mi estilo propio, si es que lo tenía. No obstante, yo continué escribiendo sin más directrices ni esquemas que las que me marcaba mi propio impulso juvenil. Ese impulso y esa vocación se han mantenido firmes e inquebrantables a lo largo de toda mi vida.

Como yo no pude estudiar, que era lo que me hubiera gustado, porque mis padres no disponían de los medios para ello, en los ambientes campesinos eso era insólito en aquellos tiempos, continué trabajando en las labores agrícolas, como todos mis familiares. Y los años fueron pasando inexorablemente, en la rueda del tiempo. Y la pubertad dio paso a la juventud, y con ella, los primeros amoríos que encendían las primeras luciérnagas de las ilusiones juveniles. Y yo continuaba leyendo todo cuanto podía y escribiendo esporádicamente, cuantas veces se me presentaba la ocasión para ello, como una manera de afirmación personal, casi obsesiva, que cada vez iba calando más profundamente en mi espíritu.

Y mientras, la vida iba progresando lentamente, al paso de los años, y en función de ese progreso, a la edad de dieciseis años, me compré la primera bicicleta que me costó setenta pesetas. Aquello fue un gran acontecimiento en mi vida de mozalbete, ya que de esta manera podía ampliar mi radio de acción en mis correrías juveniles. Tener una bicicleta en aquellos tiempos era un verdadero lujo, y el que la poseía subía muchos enteros en la escala social. Esa circunstancia daba categoría y prestigio a los ojos de los demás. Era algo así como el que hoy tiene un Mercedes.

Con el Golpe de Estado de Primo de Rivera en 1923, la política española dio un cambio brusco, iniciándose una nueva legislatura de mayor prosperidad, a cambio de un recorte en las libertades políticas y ciudadanas. Se incrementaron el orden y las obras públicas, a la vez que se amordazaba a los partidos políticos opositores.

Y finalizó la Dictadura de Primo de Rivera después de siete años de vigencia que le dieron a España una relativa tranquilidad a costa de un gran detrimento de la Monarquía Española, que salió muy mal parada de aquel trance. Y a Primo de Rivera le sucedió el General Berenguer en la Jefatura del Gobierno español. Y a los pocos meses al General Berenguer le sucedió el Almirante Aznar. Y en diciembre de 1930 se produjo la sublevación militar de Jaca que se saldó con el fusilamiento de los Capitanes Fermín Galán y García Hernández, que la habían encabezado. Y se convocaron elecciones municipales para el domingo 12 de abril de 1931, elecciones que ganaron, abrumadoramente, los partidos de izquier-

das que eran contrarios a la Monarquía. Y ante estos resultados tan desfavorables, el Rey Alfonso XIII optó por abandonar Madrid, embarcándose en el puerto de Cartagena, rumbo al exilio. Ante estas circunstancias, el 14 de abril, por la tarde, se proclamó la Segunda República Española, iniciándose una nueva época que resultó bastante turbulenta.

El haber permitido al General Primo de Rivera gobernar durante siete años de una manera dictatorial, le costó la Corona a Alfonso XIII, que ya no pudo volver a España, muriendo en Roma el 28 de febrero de 1941. Como hijo póstumo de Alfonso XII, había sido proclamado Rey el mismo día de su nacimiento el 17 de mayo de 1886, bajo la Regencia de su madre María Cristina, hasta su mayoría de edad. Hace unos años sus restos fueron traidos a España y enterrados en el Panteón de los Reyes del Monasterio del Escorial.

3

El advenimiento de la República fue un acontecimiento gozoso que llegó pacíficamente de improviso, ya que muy pocas personas esperaban que como consecuencia de unas elecciones municipales pudiera haber un cambio político en España de la noche a la mañana, sin el más mínimo desorden ni altercado. Fue como la caída de una fruta madura que se desprende del árbol de una forma natural.

Pero los resultados de esta elecciones fueron tan desfavorables para los partidos políticos que le daban soporte a la Monarquía, que el Rey, con buen criterio, creyó que lo más conveniente para la convivencia en paz para todos los españoles, era respetar la voluntad de las urnas y dar paso al advenimiento del nuevo Régimen Político, a pesar de que algunas personas influyentes allegados a la Corona propugnaban que se sacara el Ejército a la calle para apuntalar a la Monarquía y mantenerla a la fuerza, lo cual hubiera tenido unas consecuencias imprevisibles. Lo cierto es que después de celebrar Consejo de Ministros y previa una reunión de destacadas personalidades políticas en el domicilio del Doctor Ma-

rañón, un hombre muy influyente y respetado por aquéllos tiempos, el Rey hizo mutis de la escena política (no abdicó de su cargo de Rey) y salió de Madrid hacia Cartagena donde embargó hacia Francia, camino del exilio.

Como ya dijimos en páginas anteriores, el Rey lo tenía muy difícil desde el momento en que apoyó la Dictadura de Primo de Rivera, y esta situación se agravó mucho más aún después de los fusilamientos de los capitantes Fermín Galán y García Hernández. La cuestión es que la Monarquía se desplomó como un castillo de naipes, y consecuentemente, se instauró la República con una gran satisfacción de la mayoría de los españoles.

Han sido muy pocos los casos que se hayan dado en el mundo en que se haya producido un cambio de Régimen con tan pocos costos sociales y sin el más mínimo enfrentamiento, como ocurrió en España en esta ocasión. Lo cierto es que la República fue recibida con el gozo y algazara que producen los acontecimientos que se presumen pueden ser portadores de beneficios y venturas largamente esperadas. Las gentes se felicitaban y abrazaban por las calles al socaire de la llegada de la buena nueva, y muchos lucían en la solapa de la chaqueta una aguja que prendía una pequeña fotografía de Galán y García Hernández, que eran los héroes del momento, ya que con su sacrificio hicieron posibles la implantación de la República sin ningún trauma. En memoria de estos dos personajes se publicaron muchos artículos en los periódicos y se escribieron poemas y obras de teatro que se representaban con un enorme éxito.

Cuando más se hizo patente el contento popular fue en las grandes manifestaciones callejeras que se llevaron a cabo el día 1 de mayo con motivo de la Fiesta del Trabajo. Aquello fue una verdadera eclosión de alegría y de contento de unas masas enardecidas que se manifestaban pacíficamente para celebrar la nueva situación política española implantada unos días antes. Recuerdo que en el centro de la manifestación iba una fila de hombres jóvenes que llevaba cada uno de ellos una letra de gran tamaño en el pecho, que organizadas de izquierda a derecha decían VIVA EL PRIMERO DE MAYO. Jamás se había visto otra manifestación de esta magnitud.

El ambiente que se respiraba en la calle por aquellos días pre-

sagiaba que en España iban a producirse grandes cambios sociales, culturales y económicos en un plazo inmediato, tendentes, todos ellos, al mejoramiento de la situación general, en función de los cambios políticos acontencidos. No obstante, pronto llegaron las diferencias y los desengaños, y lo que en un principio se presumia iba a ser un camino de rosas, pronto se convirtió en un calvario lleno de escollos y de espinas. Pero de eso hablaremos después.

Para el campo de Elche, la llegada de la República no supuso cambio alguno en sus estructuras productivas ni tampoco en cuanto a su rentabilidad. Los agricultores continuaron trabajando la tierra de la misma forma que lo habían hecho hasta entonces, y en cuanto al precio de los productos cosechados apenas experimentaron cambios sustanciales. No obstante, se produjo un hecho que repercutió negativamente en la agricultura en general: Siendo Ministro de Industria, Comercio y Agricultura Marcelino Domingo, recabó información de todas las delegaciones provinciales para tener un conocimiento exacto de las reservas de trigo que había en España para planificar el comercio de este cereal. Los poseedores de grandes cantidades de trigo, tal vez por desconfianza, sólo declararon una parte de sus existencias, y en vista de que las cantidades declaradas resultaban ser insuficientes para las necesidades nacionales, Marcelino Domingo importó trigo para equilibrar estas deficiencias. Cuando el trio empezó a llegar los puertos españoles se depreció fuertemente, y los que lo tenían y no lo habían declarado todo, pusieron el grito en el cielo, porque esto suponía una verdadera ruina para sus economías.

Recuerdo que el año que se implantó la República fue muy lluvioso en esta zona. Tan lluvioso que no hubo necesidad de regar los cereales durante todo un período vegetativo, recogiéndose una cosecha abundantísima, como no se había conocido desde hacía muchos años. Esto supuso un gran ahorro en los gastos de cultivo de estos cereales, ahorro que palió, en parte, la escasa rentabilidad de los mismos, dados los bajos precios existentes, como consecuencia lógica de sus abundancias.

Por aquellos años se construyeron los embalses del Hondo, para almacenar agua en la época invernal, cuando era más abundante y había menos necesidad de regar, y poderla utilizar cuando escasease. Aunque la construcción de estos embalses ya figuraba

en las condiciones impuestas por la Administración a la Real Compañía de Riegos de Levante, cuando le adjudicó las tres concesiones de agua de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, por un total de 7.700 litros por segundo, como pantano regulador, este no se construyó hasta catorce años después, obedeciendo a una auténtica necesidad ya que hubo algunos veranos anteriores que a causa de la escasez de lluvias, las augas del río se agotaron y se paralizaron los riegos.

La construcción de estos embalses tuvo sus pros y sus contras, ya que por un lado se acomulaban reservas de aguas para poderlas utilizar en los momentos más oportunos, lo cual era positivo. Por el contrario, estas aguas que procedentes del río o de los acerbes de riego de la Vega Baja, entonces eran de buena calidad, al detenerse en el Hondo se contaminaban por el suelo salitroso del mismo, siendo su salinidad inversamente proporcional a la cantidad de agua embalsada. Esta circunstancia, a lo largo de sesenta años ha ocasionado un gran detrimento al campo de Elche y sus cultivos, pués al regar sus tierras repetidamente con aguas contaminadas, ha disminuido su fertilidad y su rendimiento, con el perjuicio que esto supone.

En el campo de Elche proliferaron las cosechas, aunque con escasa rentabilidad, rentabilidad que apenas alcanzaba a los agricultores para malvivir del producto de su trabajo. Si bien es cierto que todas las cosas y objetos que tenían que comprar los agricultores también estaban relativamente baratos, como apenas había dinero en circulación, resultaba muy difícil poder ahorrar unas pesetas, a pesar de que se vivía pobremente y sólo se gastaba lo estrictamente necesario para poder vivir. En aquellos años aún eran de curso legal las monedas de plata de media, una, dos y cinco pesetas.

A pesar de todo, las tierras ilicitanas se biencultivaban en su totalidad y se plantaban muchos cultivos, siendo impensable ver una parcela de tierra inculta a lo largo y ancho de todo el campo de Elche, pues en este aspecto, los agricultores ilicitanos siempre fueron muy estrictos y cuidadosos.

Por aquellos años, los impuestos brillaban por su ausencia y los agricultores solamente tenían que pagarle a la Hacienda la contribución rústica, que entonces se pagaba trimestralmente, y que

ascendía a pocos reales por tahulla. En cuanto a impuesto municipales, se pagaba el de circulación de vehículos que consistía en la «chapa» para las bicicletas y la «taulilla» para los carros. En las «chapas», que eran de hoja de lata y en las «taulillas», que eran de madera, figuraba un número de orden que era el que correspondía al censo municipal de estos vehículos de dos ruedas que entonces en Elche se contaban por centenares y no por miles.

A raiz de la implantación de la República se generó una gran eclosión cultural, ya que afloraron de la noche a la mañana multitud de nuevas publicaciones periódicas de todas las tendencias, al socaire de una mayor libertad de información. Algunsos de estos periódicos se publicaban en valenciano y otros tenían un carácter satírico y festivo. Incluso, algunos eran radicalmente anticlericales, ya que se muso de moda el meterse con la Iglesia en plan crítico. El haber tantas publicaciones nuevas fomentó la lectura de periódicos. No obstante, el porcentaje de personas que entonces leían un periódico era bajísimo comparado con lo que ocurre en la actualidad, aunque hoy no se lee tampoco tanto como sería de desear.

Por entonces, en el campo de Elche se construyeron los primeros grupos escolares de carácter público, iniciándose así la escolarización de la infancia campesina, que hasta entonces había estado completamente desasistida en ese aspecto. Aunque la escolarización total se produjo bastantes años después, con el advenimiento de la República se inició un proceso educativo que marcaría un hito importante en el campo de Elche.

Con el nuevo Régimen se fomentó también la enseñanza de la lengua valenciana en las escuelas, y que hasta entonces había estado postergada. Esto fue una apertura transitoria que duró pocos años por los motivos de todos conocidos. Recuerdo que en las librerías de Elche no habían gramáticas valencianas, y como yo estaba interesado en perfeccionar el valenciano coloquial que hablábamos en la calle, le encargué a un amigo de mi hermano Jerónimo que estaba haciendo la «mili» en Valencia que me trajese una gramática cuando viniese en permiso. Cumplió mi encargo y al cabo de un tiempo me trajo un gramática de un tal Nebot, que me sirvió solamente para saber como se llamaban en valenciano los nombres de las cosas y los objetos más usuales, así como la formación de frases y oraciones. Esa fue la única enseñanza del valenciano

que yo he tenido a lo largo de mi vida. Por lo tanto, no es de extrañar que no sepa escribir correctamente en valenciano, no obstante haber publicado un libro en esta lengua. Esto debería avergonzarme un poco, pero es la realidad. Además, he de confesar que escribo con más soltura y más facilidad en castellano que en valenciano. El único valenciano que yo se, hablo y escribo, es el valenciano coloquial de andar por casa, aun que me gustaría saber hablarlo y escribirlo correctamente. Pero entiendo que ya es un poco tarde para aprenderlo.

En cuanto a los espectáculos, la República trajo consigo una mayo permisividad en cuanto a la exhibición del desnudo femenino se refiere. Se puso también de moda el vodevil y la comedia ligera de enredo. Estos espectáculos solían darse, generalmente, durante el verano y en los locales al aire libre. Entonces habían dos locales en Elche de estas características: El Cine Ideal, que en un principio era de verano y la Plaza de Toros que había en el patio del Cuartel Viejo. En la Plaza de Toros hacían espectáculos de todas clases, corridas de toros, veladas de boxeo, funciones teatrales, etc. Recuerdo que un verano vino a la Plaza de Toros una Compañía de Variedades con uno números musicales de un «verde subido de tono». Todas las noches, las entradas llevaban un número de orden y cuando terminaba el espectáculo hacían un sorteo entre todas las entradas vendidas, y el poseedor del número agraciado podía pasar la noche con la Vedette. Esa extraordinaria posibilidad era un gran atractivo y propiciaba el que aumentara el número de expectadores que en el 95% eran hombres. Si por un golpe de fortuna el número agraciado lo llevaba un hombre casado, la bronca matrimonial estaba asegurada por causa de los celos de la esposa, celos más que justificados, ya que la Vedette en cuestió era una mujer escultural y despampanante.

Por aquellos años, se formaron muchas compañías de teatro por todo el Reino de Valencia, para representar obras costumbristas en valenciano, de las que había una gran cantidad, escritas por autores de la tierra. En Valencia, una de las compañías más famosas era la encabezada por Pepe Beut, un actor de mucha categoría. En cuanto a Alicante, estaba la compañía Antolín-Barrachina-Hernández, tres grandes profesionales de la escena alicantina, que representaban muchas obras, tanto en la capital co-

mo en los principales pueblos de la provincia. En Elche, concretamente, llevaron a cabo muchas representaciones con gran éxito de público y de crítica, por su bien hacer y su profesionalidad. Los dos primeros eran hombre y mujer, que representaban siempre papeles de galanes jóvenes y el tercero era el cómico del elenco. Unos años después, cuando los dos primeros desaparecieron, Paco Hernández formó compañía propia y estuvo mucho tiempo representando obras valencianas por todos los escenarios de la provincia alicantina.

Esta eclosión que tuvo el teatro valenciano en las primeras décadas del presente siglo, tuvo también su florecimiento en Elche, y sus máximos representantes fueron además de Vicente Alarcón Maciá y Ramón Brotóns Antón, de quienes ya hemos hablado en páginas anteriores, Luis Gonzaga Llorente, José Pérez Sánchez y otros muchos que por aquellos tiempos escribieron obras de teatro costumbristas, con más o menos éxito.

Durante el período de la República, mi vida particular continuó por los mismos derroteros que había seguido en los años anteriores. En los meses del otoño y el invierno, cuando las noches eran más largas y el trabajo en el campo era menos acuciante, asistía por las noches a las Escuelas Graduadas (lo que hoy es Grupo Escolar Miguel de Unamuno, que estaba recién construido) para participar en unas clases nocturnas que organizaban los mismos profesores oficiales para ganarse unos ingresos complementarios adicionales a lo que cobraban del Estado. En estas clases enseñaban cultura general (matemáticas, geografía, historia, etc.) estudios que se podían equiparar a lo que es hoy segundo o tercero de E.G.B. No era mucho lo que enseñaban, pero al menos servía para incrementar algo los conocimientos de los asistentes, que eran bastante elementales, como es de suponer. De todas formas, a estas clases solamente asistían un pequeño porcentaje de los chicos que tenían entre quince y dieciocho años, casi todos ellos residentes en la población. En cuanto a las chicas brillaban por su ausencia, como era normal y corriente por aquellos tiempos.

Mientras tanto, yo continuaba con mis lecturas diarias a grandes dosis, y mi vocación literaria se iba consolidando de día en día, ya que mis colaboraciones en diferentes periódicos se producían con más frecuencia. Estas colaboraciones que aparecían casi

todas las semanas estaban relacionadas con las actividades juveniles o con hechos y sucesos ocurridos en las pedanías ilicitanas que tuvieran alguna relevancia.

La mayor libertad que gozaban los medios de comunicación, propiciaba una mayor receptividad para los trabajos que mandasen los lectores, aunque estos no tuvieron una gran calidad literaria.

Por aquellos años empezó a funcionar la radio en España como un nuevo medio de comunicación, gracias a los inventos de Marconi, que originaron una verdadera revolución tecnológica en todo el mundo. Los más pudientes adquirieron los primeros aparatos receptores que eran de un tamaño bastante grande y había que ponerlos sobre una mesa. Aquello fue todo un lujo que sólo estaba al alcance de unos pocos que tenían el privilegio de poder estar puntualmente informados de todo lo que ocurría en el mundo, aunque el mayor tiempo de emisión estaba dedicado a los programas musicales.

En 1934 empezó a funcionar Radio Elche, que fue una de las primeras emisoras que se instalaron en la provincia alicantina, y que aún continúa en la brecha después de cincuenta y siete años de actividad ininterrumpida.

La República, que nació de una manera tan pacífica el 14 de abril de 1931, como ya dijimos más arriba, a medida que pasaba el tiempo, iba encontrando mayores escollos y dificultades en su diaria singladura. Desde el momento de su implantación, los pobres fácticos intentaron segar la hierba bajo sus pies, tratando de terminar con ella por la fuerza, como lo demostró el hecho de que el 10 de agosto de 1932 el General Sanjurjo, siendo Director General de la Guardia Civil, encabezara una sublevación militar en Sevilla, en contra del poder legalmente constituido. Esta sublevación militar fracasó y Sanjurjo fue condenado a muerte, condena que le fue conmutada poco después por la de cadena perpetua. Dos años después, durante el «bienio negro» fue amnistiado, puesto en libertad y expulsado de España, fijando su residencia en Portugal.

Estos hechos enrarecieron la vida nacional, radicalizándose las posturas entre los partidarios de la República y sus detractores.

En mayo de 1931, el Gobierno Provisional de la República, presidido por Alcalá Zamora, convocó Elecciones Generales Cons-



A la edad de 18 años.

tituyentes, elecciones que ganaron abrumadoramente los partidos de izquierdas que apoyaban a la República. Estas Cortes, presididas por Julián Besteiro, elaboraron la Constitución que fue aprobada en diciembre del mismo año. Una vez aprobada la Constitución, estas Cortes eligieron a Niceto Alcalá Zamora como primer Presidente de la República, y éste encargó a Manuel Azaña la formación del primer Gobierno constitucional. Azaña, que en el Gobierno Provisional había desempeñado la Cartera de la Guerra, se reservó para sí dicho ministerio, iniciando lo que se denominó el bienio de las reformas (1931-33) por las muchas que llevó a cabo durante estos dos años en que fue Jefe del Gobierno. De estas reformas, las más significativas fueron la Reforma Agraria (más que reforma real fue un intento de reforma, que se quedó a medias) y la Reforma Militar, mediante la cual, redujo las unidades militares prácticamente a la mitad y suprimió los cargos de Capitán General, Teniente General y Gobernador Militar, entre otras cosas. Con estas dos reformas, tanto los grandes terratenientes como la mayor parte de la cúpula del Ejército, se puso abiertamente en contra de la República.

Por otra parte, como algunos artículos de la Constitución recortaba los privilegios que la Iglesia, como Institución, había gozado hasta entonces, añadido a los conventos e iglesias incendiadas en Madrid y otras poblaciones en mayo de 1931, por extremistas de izquierdas, radicalizaron la postura de la Iglesia que, desde un principio, había sido antirrepublicana.

Durante el bienio reformista, se dedicaron mucha atención y muchos medios económicos a la enseñanza pública, como lo demuestra el hecho que en estos dos años se construyeran en España 10.000 escuelas (cuando se instauró la República había 15.000) tantas como construyó la Monarquía en los quince años anteriores.

Durante este bienio, la República estuvo sometida a grandes presiones por los dos flancos, el derecho y el izquierdo. Por la izquierda, el radicalismo anarquista y otras facciones de la misma naturaleza, incrementaban su poder y su influencia y eran muy difíciles de controlar, desprestigiando al régimen con sus planteamientos y acciones extremosas. Y por la derecha, los partidos monárquicos y radicales iban ganando posiciones y aumentando su poder de convocatoria. En estas circunstancias, se iba incremen-

tando la crispación en la sociedad española y el desgaste del Gobierno Republicano aumentaba de día en día, y la gobernación se hacía más difícil de hora en hora.

En aquellos momentos, dos jóvenes políticos muy carismáticos alcanzaron la cumbre de la popularidad: José Antonio Primo de Rivera y José María Gil Robles. El primero fundó en octubre de 1933 la Falange Española, a imagen y semejanza del Fascio italiano de Musolini y el segundo creó la C.E.D.A. (Confederación Española de Derechas Autónomas). Ambas formaciones políticas eran de signo derechista, aunque en los postulados de la Falange se resaltaba su carácter social y populista.

Las crecientes dificultades que se iban acumulando en su camino, obligaron a Azaña a dimitir como Presidente del Gobierno, en cuyo cargo le sucedió Lerroux. Pero éste no pudo tampoco permanecer en el poder y al ser derrotado en las Cortes dimitió también a los pocos días. Ante estos hechos el Presidente de la República designó a Diego Martínez Barrio para que formara Gobierno, con la condición de que convocara Elecciones Generales. Estas elecciones se convocaron en septiembre de 1933 y se celebraron en el mes de diciembre, ganándolas, por amplia mayoría, los partidos de derechas, entre los que se encontraban la C.E.D.A. y los Radicales de Lerroux.

De estas elecciones salió un Gobierno Conservador presidido por Lerroux y con amplia participación de la C.E.D.A. iniciándose así lo que se llamó el «bienio negro».

Este Gobierno Conservador y los que le sucedieron (hubo varias remodelaciones en los meses siguientes) derogó las Leyes más progresistas que habían promulgado los Gobiernos del bienio reformista, entre ellas, la de la tímida Reforma Agraria. Pero lo más polémico fue la promulgación de la Ley de Amnistía, que enfrentó al Presidente del Gobierno y al Presidente de la República, y que obligó a Lerroux a dimitir. Por las disposiciones de esta Ley pusieron en libertad al General Sanjurjo y otros encausados en la rebelión militar de Sevilla del año 32.

La situación p olítica española se iba degradando a pasos agigantados. En abril de 1934, Ricardo Samper sucedió a Lerroux en la Jefatura del Gobierno. Durante el mandato de Samper y en el mes de octubre del año 34, se produjeron en España dos hechos

muy lamentables: La promulgación, por parte de la Generalitat Catalana, de la República Catalana Independiente, excediendo las atribuciones que le conferían los preceptos del propio Estatut Català, y que fue solventado por la intervención del Ejército, sin mayores complicaciones, y la Huelga Revolucionaria de la Cuenca Minera de Asturias, que hubo que reprimirla militarmente, con un saldo de 1.500 muertos en los combates y unos veinte fusilamientos entre los principales cabecillas de la revuelta. Esta Huelga Revolucionaria fue la culminación de todo un verano de revueltas y algazaras, que ensombrecieron por completo el panorama político español. Las posturas enfrentadas se iban radicalizando más y más cada día y la convivencia en paz entre los españoles se hacía cada vez más difícil y problemática.

Lo de Asturias fue la constatación de la evidencia de «las dos Españas» que cantara Machado. De esas dos Españas entre las que se abría un abismo insondable como se demostró poco tiempo después.

«Con la rebelión del 34, la izquierda española perdió hasta la sombra de autoridad moral para condenar la rebelión del 36», escribió después Salvador de Madariaga, añadiendo que «el alzamiento del 34 fue imperdonable».

La C.E.D.A. iba aumentando su poder, y en mayo de 1935 el partido de Gil Robles consiguió, al fin sus deseos. Bajo la presidencia de Lerroux el nuevo Gabinete incluía cinco Ministros cedistas, entre ellos el propio Gil Robles que ocupaba la cartera de la Guerra.

Pero el conglomerado de partidos que formaban parte de este Gabinete hacía difícil el ponerse de acuerdo a la hora de legislar. De ahí el que no se pudieran llevar a cabo las reformas que pensaban realizar, como era la reforma constitucional y la reforma electoral, para dar satisfacción a las tendencias más derechistas. No obstante, se aprobó la Ley de Contrarreforma Agraria, que suponía desandar todo el camino recorrido en esta materia desde el advenimiento de la República.

Así las cosas, por aquellos días afloró lo del estraperlo, un asunto relacionado con el juego del mismo nombre, en que aparecían implicados algunos políticos radicales en asuntos bastante turbios. Lo del estraperlo fue todo un escándalo de presuntas corrup-

ciones que afectó negativamente a los radicales, y por lo tanto, al Gobierno, que se vio envuelto en el soborno.

Esto provocó una nueva crisis de Gobierno y pasó a ser Presidente del mismo Chapaprieta, que aunque en un principio tuvo una buena acogida por su programa de austeridad, pronto empezaron a faltarle los apoyos para continuar al frente del ejecutivo, presentado su dimisión en diciembre del año 1935. Tras esta dimisión, hubo un fuerte enfrentamiento entre Gil Robles y Alcalá Zamora, ante la demanda del primero de ser nombrado Presidente del Gobierno, ya que era el Jefe del Grupo Parlamentario más numeroso de las Cortes. Pero el Presidente de la República se inclinó por Portela Valladares que había logrado un cierto prestigio como Ministro de la Gobernación durante los meses anteriores. Todos estos cambios y crisis de Gobierno eran una demostración palpable de que los partidos que estaban gobernando desde hacía dos años, eran incapaces de seguir haciéndolo, por sus divisiones internas y por sus enfrentamientos entre ellos. Ante estas circunstancias se hizo inevitable la disolución de las Cortes y la convocatoria de Elecciones Generales para febrero de 1936.

Desde unos meses antes, todos los partidos de corte izquierdista, se unieron en un bloque que se denominó Frente Popular, y que presentaron a estas elecciones una candidatura única, como una réplica a lo que hizo la C.E.D.A. en 1933. La campaña electoral fue muy virulenta, y los eslógans de la C.E.D.A. eran «Todo para el Jefe» y «A por los 300».

Las elecciones las ganó el Frente Popular por un estrecho margen de votos: Frente Popular, 34,3%; partidos de derechas, 33,2% y los del centro 5,4%. En cuanto al desprestigiado Partido Radical, quedó eliminado, y la Falange sólo obtuvo 50.000 votos entre 13.000.000 de electores. «La victoria en aquellas elecciones, no correspondía a una presunta subversión ni de la derecha ni de la izquierda contra la II República, sino a la postura de un centro reformista representado por Azaña».

Como resultado de estas elecciones, Azaña ocupó la Jefatura del Gobierno, tras la dimisión de Portela Valladares, «ahora con un carácter muy distinto al que había evidenciado en el primer bienio: sin perder del todo su tono desdeñoso por el adversario, se mostró en la nueva etapa fundamentalmente deseoso de evitar la

Guerra Civil. Azaña no era, naturalmente, ciego a las dificultades de la empresa: en un círculo íntimo confesó que acaso lo mejor hubiera sido que hubiesen perdido las elecciones».

A partir de estos momentos los acontecimientos se precipitan. El día 7 de abril es destituido Alcalá Zamora como Presidente de la República, siendo sustituido en el cargo por Azaña, que dio paso como Jefe del Gobierno a Santiago Casares Quiroga. Pero antes ocurrieron unos hechos muy lamentables que no hemos relatado cronológicamente: Apenas conocidos los primeros resultados de las elecciones de febrero, Portela Valladares dimitió de su cargo de Presidente de Gobierno, creando un vacío de poder y una vez conocido el triunfo del Frente Popular, las masas más extremistas de izquierda se lanzaron a la calle quemando Iglesias y Conventos en los principales pueblos de España. Esto fue un baldón para el posterior Gobierno que le desbordaron los acontecimientos.

Casares Quiroga lo tenía muy difícil para gobernar en aquellas condiciones tan crispantes. Intentó enmendar, moderadamente, las contrarreformas que había introducido los gobiernos anteriores, pero las dificultades crecían de día en día. Tanto él como Azaña intentaban evitar la Guerra Civil que barruntaba en el horizonte, pero cada día lo tenían más difícil. Los desórdenes públicos estaban a la orden del día y los enfrentamientos callejeros proliferaban por todas partes. Los radicalismos de izquierdas y de derechas estaban creando un caldo de cultivo muy propicio para la violencia y el enfrentamiento.

El Gobierno era consciente que algunos altos mandos del Ejército estaban conspirando para conseguir su derrocamiento, entre ellos el General Franco, a pesar de que había jurado fidelidad a la República. Y la única medida que tomó fue trasladarlo a Canarias como Gobernador Militar del archipiélago, creyendo que al tenerlo más alejado de la capital de España disminuía el peligro, siendo todo lo contrario, como se vio después.

El 13 de julio, los extremistas de derechas mataron al Teniente Castillo, del cuerpo de Guardias de Asalto. Sus compañeros de armas, por la noche, quisieron vengar su muerte y fueron en busca de Gil Robles a su propio domicilio, y al no estar en su casa fueron a la de José Calvo Sotelo, brillante parlamentario que había sido Ministro de Hacienda durante la Dictadura de Primo de

Rivera. Una vez en su presencia, le instaron a que les acompañase con la excusa de que querían tomarle declaración. Pero no fue así, ya que lo sacaron a las afueras de Madrid y lo mataron también.

Esto fue el colofón que desencadenó la tragedia. La trama golpista aceleró sus preparativos y cuatro días después se sublevó el Ejército en Protectorado Marroquí y en Canarias. Franco, que estaba en Las Palmas, se trasladó a Marruecos, en un avión particular inglés, alquilado exprofeso para este viaje, y se puso a la cabeza de las fuerzas sublevadas, iniciando una Guerra Civil que duró cerca de tres años, y que ocasionó centenares de miles de muertos, cuantiosos daños materiales y el agrandamiento de la sima que separaba a «las dos Españas».

En los primeros instantes hubo intensas gestiones entre el Gobierno de la República y los militares sublevados para intentar parar el golpe y buscarle una salida negociada a toda aquella delicada situación que se estaba viviendo. Todo fue inútil. No valieron para nada los razonamientos y la sublevación siguió adelante, iniciándose una época de las más dolorosas y sangrientas de la historia de España.

En mi casa nos enteramos de la sublevación militar porque nos lo dijo un vecino que tenía un aparato de radio y estaba al corriente de los acontecimientos. En las primeras horas, las noticias eran muy confusas y hasta contradictorias, y se tenía la esperanza de que todo volvería a la normalidad en el plazo de pocos días. Pero, desgraciadamente, no fue así.

Por aquellos días, las labores agrícolas más importantes que se estaban realizando en el campo, era la trilla de los cereales. Los campos presentaban un gozoso aspecto, con toda la esplendidez de su lozanía estival.

Por la mayor parte de las acequias del campo de Elche, el agua de riego discurría plácidamente, como un alegre anticipo de fertilidad y de abundantes cosechas. La profusión de pájaros que había entonces por todas partes, depositaban sus nidos en el suelo o en los árboles, según la especie de que se tratara, como un canto de vida y esperanza. La calurosa paz de los campos, era absoluta y las laboriosas gentes campesinas se afanaban en sus cosechas, completamente ajenas a lo que estaba ocurriendo, mientras el mapa de la geografía española empezaba a arder por los cuatro cos-

tados, por el fanatismo, la intransigencia y la irracionalidad de los dos extremos más radicales de la sociedad española, que no fueron capaces de evitar lo que debió evitarse a toda costa. La viceralidad de los sentimientos enfrentados, cegó la luz de la comprensión y el raciocinio. Esta irracionlidad tuvo un elevado costo en vidas humanas.

4

En los primeros días, la guerra no se notó para nada en el campo de Elche. Los agricultores continuaron trabajando la tierra como si nada extraordinario estuviera ocurriendo. El revuelo y la crispación que existía en la población, con masivas detenciones de muchas personas de manifiestas tendencias antirrepublicanas, tuvo menos incidencia en el campo aunque también se detuvo a algunos campesinos.

Pero los días pasaban y lo que en un principio se creyó que era una revuelta pasajera, se fue enraizando y todos los síntomas apuntaban a que la Guerra Civil podía durar mucho tiempo.

Vistas así las cosas, las autoridades republicanas hacían apremiantes llamamientos a la juventud para que se movilizasen y se incorporasen, como voluntarios, a las unidades de milias que se estaban organizando para combatir en defensa de la República. A todos estos voluntarios se les entregaba un fusil y previos unos pocos días de rudimentaria instrucción militar, se les mandaba a combatir a los frentes de batalla. De Elche salieron miles de estos milicianos, unos encuadrados en el Batallón Elche y otros en los Tigres Rojos de Alicante o en otras unidades militares de las mismas características. Varias decenas de estos voluntarios vivían en el campo y eran hijos de agricultores. Estas unidades de milicias contaban con sus propios suboficiales y oficiales, que eran elevados a tales categorías directamente por los propios mandos políticos en función de su arrojo, de sus dotes de mando o de sus méritos políticos. Cuando se publicaban estos nombramientos en la Gaceta Oficial, de les daba la categoría de oficiales y suboficiales de

milicias. De la misma forma se hacía con los jefes y comiarios de guerra en las distintas unidades que tenían la misma categoría militar que los mandos correspondientes.

El Batallón Elche fue destinado al Frente de Madrid, en el sector de Carabanchel, donde permaneció luchando muchos meses en una guerra de trincheras. En aquel sector los contendientes estaban muy cerca unos de otros, tan cerca que se lanzaban bombas de mano de trinchera a trinchera por medio de tirachinas que tenían sujetos al cemento. Estas líneas permanecieron así estabilizadas hasta el final de la contienda. No obstante, aunque no habían grandes batallas abiertas, se produjeron también bastantes bajas en este Batallón, y el campo de Elche también contribuyó a este lamentable tributo de sangre, lo mismo que en otras unidades y otros sectores.

Unos meses después de iniciarse la guerra, el Ayuntamiento de Elche confiscó las mayores fincas rústicas de los más grandes terratenientes ilicitanos que vivían en la población y que no eran profesionales de la agricultura. A partir de esos momentos, estas fincas las cultivaba el propio Ayuntamiento, a través de unos trabajadores asalariados. En cuanto a las cosechas que se obtenían se distribuían colectivamente según las necesidades de la población, y respecto a los pequeños y medianos agricultores no tuvieron ninguna dificutad en disponer de sus propias tierras y cultivarlas a su libre albedrío.

Pero, a medida que pasaba el tiempo, empeoraba la situación en el campo, ya que se terminaron los abonos químicos y los canales comerciales para los productos agrarios, prácticamente, dejaron de existir, siendo los Comités Locales de Abastecimientos casi los únicos compradores que había para esta clase de mercancías. También vendían los agricultores sus productos en pequeñas cantidades a los consumidores de la población que solían desplazarse al campo para abastecerse de lo que precisaban para su propio consumo, ya que las raciones suministradas por los organismos oficiales solían ser escasas.

En los primeros meses del año 37 el Gobierno de la República creó el llamado Ejército Popular, encuadrado en Brigadas Mixtas, disolviendo las unidades de milicianos que se formaron al principio de la guerra. Tomaron esta medida conscientes que la pro-

longación de la contienda hacía indispensable el disponer de un Ejército más coexionado, disciplinado y mejor organizado que lo había sido hasta entonces, para poder luchar con alguna posibilidad de éxito. Las milicias desempeñaron un papel importante en los primeros días de la guerra, cuando todo se desarrollaba con un cierto desorden y provisionalidad, pero al prolongarse ésta ya no eran ni eficaces ni operativas en modo alguno.

En los primeros meses de la contienda, como ha ocurrido en todas las guerras civiles de carácter revolucionario, en el bando republicano surgieron, de la noche a la mañana, algunos personajes con grandes dotes de mando y cualidades de estrategas militares que ocuparan altos cargos en el Ejército Popular, al mando de Brigadas Mixtas, Divisiones y Cuerpos de Ejército, como fue el caso de Valentín González (El Campesino) Cipriano Mera, Líster, Modesto, Durruti, etc. Estos hombres, hasta el estallido de la contienda no habían tenido nada que ver con la profesión militar y por consiguiente, carecían de una preparación apropiada en este sentido. No obstante, hicieron gala de una gran dosis de intuición y de arrojo, aglutinando a su alrededor a grandes masas de milicianos que se jugaban la vida a cada momento con más valor y heroismo que preparación militar.

Cuando se creó el Ejército Popular, ante la acuciante falta de oficiales que había, se puso en pie la Escuela Popular de Guerra, con ubicación en los alrededores de Valencia. En esta Escuela se impartían clases intensivas mediante unos cursos acelerados, y al final de los mismos, previos el aprobado de los exámenes pertinentes, se obtenía el grado de Teniente Provisional. Toda esta oficialidad, salida de las distintas promociones de la Escuela de Guerra de Valencia, al menos tenía una mínima preparación militar teórica, aunque no tanta como hubiera sido de desear para las necesidades del momento. De todas formas, estos oficiales salidos de las Escuelas, no cubrían tampoco todas las necesidades de un Ejército que iba aumentando de efectivos aceleradamente, como consecuencia de las nuevas quintas que se iban llamando a filas, para incrementar el volúmen del Ejército combatiente. Primero movilizaron las quintas del 34 y 33 (cuando empezó la guerra estaba en servicio la quinta del 35). Después la del 32 y 36, y por fin, en julio del 37, movilizaron la quinta del 37, que era la mía.

Se puede decir que la guerra para mí empezaba en esos momentos. Hasta entonces, de la guerra yo sólo tenía referencias, y sabía de ella por lo que oía por la radio y leía en los periódicos. Y también por los amigos que tenía en el frente y me contaban cosas cuando venía de permiso, a pasar unos días en Elche. Cada uno de estos amigos te hablaba de la guerra según sus propias vivencias personales.

La pesadilla de la guerra duraba ya doce largos meses, y la vida, tanto en el campo como en la población, cada día se hacía más difícil, ya que todas las actividades y energías giraban alrededor de la contienda, contienda que se había internacionalizado sobremanera. En el campo republicano, desde octubre del 36, luchaban muchos miles de voluntarios extranjeros encuadrados en las llamadas Brigadas Internacionales. En estas Brigadas había desde rusos hasta norteamericanos, pasando por franceses, belgas, polacos, italianos, etc. Eran estos voluntarios gentes de toda índole y condición, pero sobre todo, de talante democrático, que les unía su simpatía por la República Española. Los Oficiales y Jefes de estas Brigadas eran también voluntarios extranjeros, casi todos ellos militares de profesión en sus países de origen. Estas Brigadas fueron organizadas y comandadas por el dirigente comunista francés Andrè Marty, aunque no todos sus componentes eran comunistas. Pero lo cierto es que lucharon denodadamente en todos los frentes de batalla, pero muy particularmente, en la defensa de Madrid en noviembre de 1936. Los efectivos de estas Brigadas oscilaron alrededor de 35.000 hombres, aunque simultáneamente, nunca hubo más de 15.000, según los datos aportados por algunos historiadores. Como unidades de choque que eran, intervinieron en las batallas más cruentas, y tuvieron bajas equivalentes al 25% de sus efectivos.

Por otra parte, la República recibió abundante material de guerra ruso, y en menor cuantía de Francia y de otras varias naciones.

En cuanto al bando de los sublevados, desde un principio, contaron con las simpatías y las ayudas de Italia y de Alemania. La primera mandó unidades completas de Infantería, aunque camufladas con el calificativo de «voluntarios», con unos efectivos que oscilaron alrededor de 50.000 hombres, acompañados de aviones,

tanques y otro material de guerra. En cuanto a la ayuda de Alemania consistió, preferentemente, en aviones, encuadrados en la Legión Cóndor, de los que mandaron unos 550, tanto de caza como de bombardeo. Estos aviones alemanes, casi todos ellos del último modelo, ensayaron en España técnicas de combate y bombardeo, que hicieron más extensivos después en la Guerra Mundial, como fue el caso del bombardeo de Guernica, que inmortalizara Picasso en su famoso cuadro. Franco contó, así mismo, con la ayuda de voluntarios irlandeses y portugueses, así como de unos 70.000 marroquíes encuadrados en los Tábors de Regulares, fuerzas éstas muy combativas y temibles, que estaban bajo el mando de oficiales y jefes españoles.

En cuanto a la situación militar, se iba decantando paulatinamente a favor de los sublevados, que ganaban posiciones en todos los frentes de combate, aunque en los alrededores de Madrid, las fuerzas republicanas resistían todos los embates de las fuerzas franquistas. En cuanto al frente norte, abierto desde el principio de la guerra, se iba constriñendo su perímetro poco a poco y quedó reducido a la nada dos meses después, cuando las tropas sublevadas ocuparon el Puerto de Gijón, que fue el último baluarte republicano en el norte de España.

Así estaban las cosas cuando movilizaron mi quinta en julio de 1937. Una vez movilizados, íbamos a Alicante todos los días por la mañana y nos presentábamos en la Caja de Reclutas. Estábamos allí unas horas y nos mandaban a casa de nuevo. Así estuvimos una semana. Dábamos una vuelta por la Explanada, nos comíamos el chusco que nos habían entregado y por la tarde cogíamos el tren y regresábamos de nuevo a Elche. Pero un día fuimos a Alicante y ya no nos dejaron salir del acuartelamiento. Por la noche nos dirigimos a la Estación del Ferrocarril del Norte, nos subieron a un tren y partimos hacia Madrid.

Nuestra aventura bélica iniciaba su primer capítulo y un obscuro interrogante se abría ante nuestras vidas, con toda su carga de incertidumbres y preocupaciones que lleva consigo el partir hacia la guerra. Mis flamantes veinte años quedaban truncados y mi vida iniciaba unos nuevos derroteros que conducían a un futuro completamente incierto. Era aquello como empezar una nueva vida que se presumía repleta de avatares y peligros y dejando atrás

todo lo más entrañable que pueda tener una persona: Familia, amistades, libros, la tierra que te ha visto nacer y crecer, la casa donde has vivido, las huellas entrañables de las ilusiones juveniles, todo ese patrimonio espiritual que, intrínsicamente, va conformando nuestra propia naturaleza afectiva que tanto nos afecta y condiciona. Por todas estas cosas, aquella fecha marcó un hito de los más importantes de mi vida.

Cuando partimos de Alicante sabíamos que íbamos hacia Madrid, pero ignorábamos a qué unidad nos destinaban. La expedición la componíamos varios cientos de reclutas de toda la provincia alicantina, pertenecientes todos ellos al mismo reemplazo del 37, entre los que había varios amigos míos conocidos de toda la vida. Esta circunstancia hacía más llevadera la partida, pues siempre consuela un poco el poder charlar y cambiar impresiones con otros chicos de tu misma edad a quienes te unen vínculos amistosos.

El semicerco de Madrid establecido por las tropas rebeldes en noviembre del 36, cortaba el ferrocarril procedente de Alicante en las proximidades de Aranjuez, y por motivos de seguridad el tren sólo llegaba hasta la estación de Tembleque. Por lo tanto, en esta estación dejamos el tren y nos montaron en camiones que por carreteras secundarias transversales nos llevaron a las proximidades de Alcalá de Henares, donde en instalaciones provisionales, habían concentraciones de fuerzas en plan de reorganización. Al unirnos a ellas nos enteramos que estas fuerzas pertenecían a la División del Campesino. Esta División era una fuerza de choque que tomaba parte en todas las batallas más cruentas, en cualquier frente en que hiciese falta su apoyo y su ayuda, ya que se trataba de una unidad móvill bien pertrechada. Estaba más tiempo en retaguardia que en primera línea, pero a cada una de sus intervenciones, por cortas que fueran, tenían que reorganizarse por las numerosas bajas que sufrían. En aquellos momentos estaban en p eríodo de reorganización y nosotros íbamos a cubrir las bajas que habían tenido en sus últimas intervenciones.

El destino que nos habían asignado no nos hacía ninguna gracia, ya que del Campesino se contaban muchas historias y anécdotas, relacionadas con su arrojo y su valor en la lucha, pero también de las muchas bajas que sufrían sus unidades en el campo de batalla, por ocupar los lugares más difíciles y peligrosos.

Desde nuestra llegada, yo y otro compañero de Elche nos propusimos marcharnos de allí lo antes posible y trasladarnos a Torija, donde teníamos dos hermanos en el Batallón de Apoyo, perteneciente a la 71 Brigada Mixta. La empresa entrañaba un cierto riesgo, pues los cincuenta kilómetros que nos separaban de este lugar teníamos que recorrerlos por nuestros propios medios y sin ninguna documentación que autorizase este traslado. Además, al notar nuestra falta, ordenarían nuestra busca y captura, y esto nos podría reportar complicaciones. Pero a pesar de todo, decidimos seguir adelante con nuestro plan y una madrugada salimos sigilosamente del acuartelamiento y nos pusimos en marcha, campo a través, andando bastantes kilómetros a pie hasta que salimos a la carretera general de Madrid a Zaragoza. Y en el primer control que tropezamos dijimos a los soldados que había de guardia que procurasen facilitarnos medios de transporte, pues teníamos necesidad de trasladarnos a Torija para incorporarnos a nuestra unidad. Tuvimos que esperar en el control varias horas que se nos hicieron interminables, hasta que por fin pasó un camión militar que iba en aquella dirección y nos trasladó hasta Torija a donde llegamos a media tarde. Inmediatamente nos presentamos al Capitán de la Compañía donde están nuestros hermanos (que, por cierto, era de Alicante) y nos reprendió por lo que habíamos hecho, recalcando que el abandono de la unidad a la que se pertenece, sin la debida autorización, era, llana y simplemente, una deserción, y eso, en tiempos de guerra, es un delito muy grave. No obstante, se mostró comprensivo con nosotros, ya que el único motivo que nos había impulsado a tomar aquella determinación era el poder estar juntos a nuestros hermanos mayores. Al final dio por buenas nuestras explicaciones y nos dio de alta en la Compañía a todos los efectos. Aquella noche ya pudimos dormir tranquilos. Además de nuestros hermanos, en el Batallón de Apoyo habían muchos soldados de Elche. Incluso, en una de sus compañías habían tres hermanos juntos que eran del Pusol. De ahí nuestro interés en trasladarnos allí.

El Frente de Guadalajara en aquellos momentos estaba completamente tranquilo, desde hacía cuatro meses en que se habían desarrollado allí grandes batallas. En efecto, en el mes de marzo anterior, las tropas italianas atacaron fuertemente por aquel sec-

tor, tratando de completar el cerco de Madrid por el este. En un principio, en un movimiento rápido, avanzaron por toda la Alcarria, y parecía que iban a lograr sus objetivos. Pero las fuerzas republicanas contraatacaron con decisión obligando a los italianos a replegarse precipitadamente, en la mayor derrota que sufrieron durante todo el curso de la guerra. Y a partir del final de estas operaciones, el frente de la Alcarria se estabilizó, permaneciendo así hasta el final de la contienda. Desde esos momentos, Franco renunció a conquistar Madrid mediante batallas directas, que resultaban muy sangrientas y costosas, eligiendo otros frentes como objetivos prioritarios para sus ataques.

En este sector, de terreno completamente llano, había una primera línea de fuego, a escasa distancia del enemigo, a base de puntos de observación protegidos por alambradas y una segunda línea de contención, con mejores defensas, un poco más a retaguardia. Estas dos líneas cruzaban la carretera general de Madrid a Zaragoza, entre Torija y Cigüenza. Sobre el firme de esta carretera hice yo guardias durante muchas noches.

El Batallón de Apoyo ocupaba posiciones en la segunda línea de fuego, donde se había construido una red contínua de trincheras detrás de una tupida red de alambradas. Los soldados nos cobijábamos en chabolas subterráneas, con techumbres de troncos y tierra. Obviamente estas chabolas que se comunicaban con la red de trincheras, rezumaba humanidad por todas partes y nuestra vida se parecía mucho a la de los topos.

Como el frente estaba tranquilo, la vida en las trincheras resultaba monótona y aburrida, y uno de nuestros mayores entretenimientos era combatir los piojos. Había tantos que resultaba muy difícil librarse de ellos. El hacinamiento y la falta de higiene (apenas había agua para lavarse la cara) propiciaba el que estos bichos tan asquerosos proliferaran tanto por todas partes. No podía con ellos ni el frío. Los jerseis de lana eran su mejor hábitat y no había forma de matarlos si no era introduciendo estas prendas de abrigo en agua hirviendo. Si uno de estos jerseis contaminados lo ponías por la noche expuesto a la escarcha, estos molestos insectos se ennegrecían y quedaban inmóviles, pero no morían, ya que al subir la temperatura diurna, volvían a su estado natural y seguían tan campantes. En aquellos tiempos, yo no vi por ninguna

otra parte tantos piojos como en las trincheras del frente de la Alcarria.

Ledanca es una pequeña población que estaba en tierra de nadie, en el fondo de una hondonada que servía de separación a las dos líneas contendientes. Cuando los frente se estabilizaron unos meses antes, sus habitantes la abandonaron por completo, y parecía un pueblo fantasma, sin ningún valor estratégico. Aunque resultaba peligroso por la proximidad del enemigo, en varias ocasiones bajamos a esta población en busca de algo que fuera aprovechable entre lo que habían abandonado sus habitantes al marcharse. Y siempre encontrábamos algunas cosas que tenían cierta utilidad práctica para nosotros, incluso, algo comestible, como harina o legumbres secas.

Los entornos donde estaban las trincheras permanecían aún cubiertos de trigales en pie, a pesar de que estábamos en otoño. Cuando ocho meses antes estas tierras fueron campo de batalla, los sembrados estaban a mitad de su ciclo vegetativo. Pero como los agricultores que los sembraron huyeron en busca de lugares más seguros, los trigos continuaron creciendo hasta su maduración y se quedaron en pie esperando las hoces de los segadores que no llegaron nunca, y por la acción del tiempo y por el efecto de la humedad habían perdido su color dorado natural y se habían ennegrecido.

De cuando en cuando, pasaban notificaciones a todas las unidades del frente sobre las convocatorias que realizaba la Escuela Popular de Guerra de Valencia para los que estuvieran interesados en cursar los estudios que allí se impartían para la formación de oficiales, de los que tan necesitado estaba el Ejército de la República. Yo aproveché una de estas oportunidades y formalicé la correspondiente inscripción. Fui el único que lo hizo en la Compañía a que pertenecía y a los pocos días me llamaron del Puesto de Mando de la División donde llevaban a cabo unos exámenes previos de cultura general. Los que aprobaban dicho examen ya tenían el camino expedito para ingresar en la mencionada escuela. Por mi parte, no tuve mayores problemas para superar esta prueba.

Hubo dos razones que me movieron a tomar aquella decisión. La primera era que por primera vez en mi vida, tenía la oportunidad de ampliar mis estudios, que siempre había sido mi máxima

aspiración, aunque estos estudios tuvieran una orientación militar, y la segunda que los seis meses que iba a estar en Valencia, los riesgos de la guerra me iban a afectar menos que estando en el frente de batalla, como estaba entonces. Las dos razones eran de mucho peso para decidirme a dar aquel paso.

Para ingresar en la Escuela, era condición imprescindible el pertenecer a un partido político de izquierdas de los que apoyaban a la República. En mi caso particular esta condición supuso un gran escollo, puesto que yo no pertenecía a ninguna de ellos, ni había pertenecido nunca. Para tratar de buscarle una solución a esta dificultad, me puse en contacto con el pedáneo de la partida de Algoda, donde yo tenía mi residencia y que pertenecía al partido socialista, y le expuse el caso, contestándome que nada podía hacer al respecto, ya que él no podía hacer un certificado falso. Como yo no estaba dispuesto a perder aquella oportunidad que se me presentaba, recurrí al Centro Local del Partido Comunista y les expuse mi situación. Allí se mostraron comprensivos ante mi caso y certificaron que yo pertenecía al Partido Comunista desde hacía algún tiempo, cosa que era mentira, pero que para mí aquel certificado me abría de par en par las puertas de la Academia Militar.

Los estudios en la Escuela de Guerra eran intensivos, ya que en poco tiempo querían que aprendiésemos muchas cosas. Cuando se ingresaba había un curso selectivo en el que estaban incluidos todos los alumnos pertenecientes a cada una de las promociones. Este primer curso duraba dos meses y después del examen correspondiente, a cada uno lo destinaban a uno u otro cuerpo en función de la puntuación alcanzada. De esta manera, los de más alta puntuación iban a Intendencia, siguiéndoles los de Artillería, Transmisiones y por último, Infantería, a donde iban a parar más del 50% del total. La aspiración de todos era ir a Intendencia, ya que este cuerpo actuaba en la retaguardia y entrañaba menos peligro, pero allí sólo iban un pequeño porcentaje que estaba reservado a los superdotados intelectualmente.

En lo que a mí respecta, me destinaron a Infantería, como a la mayoría.

Este primer curso se realizaba en Porta Celi, a cuatro kilómetros de Bétera, en un edificio inconcluso que había en medio de

una pinada, edificio que después de la guerra lo dedicaron a Sanatorio Antituberculoso.

En mi promoción éramos unos doscientos alumnos. Después del curso selectivo cada uno iba a uno u otro lugar, con arreglo al arma o cuerpo a que fuera destinado para completar los estudios. Los de Transmisiones continuaron en Godella, los de Infantería en Paterna y los de Artillería e Intendencia a otros lugares de las proximidades de Valencia.

La Escuela del Cuerpo de Infantería estaba ubicada en el Cuartel Militar que había junto a la carretera de Valencia a Cuenca. Junto a este Cuartel habían construido unos refugios donde nos cobijábamos cuando venían los aviones franquistas a bombardear el Puerto de Valencia, procedentes de Palma de Mallorca, que era, prácticamente, todas las noches, y en algunas de ellas, varias veces. Tan pronto sonase la alarma teníamos que abandonar la cama y salir precipitadamente para el refugio, interrumpiendo bruscamente el descanso tan necesario. El agobiante calor del verano, la intensidad de los estudios y el dormir poco, creaba en nosotros un estado de inquietud y de estrés permanente que no era, precisamente, lo más apropiado para sacarle a los estudios su máximo aprovechamiento.

Los dos cursos bimensuales que hicimos en Paterna, se podían repetir una vez sin perder el derecho a seguir estudiando en la Escuela. Algunos lo hacían intencionadamente, ya que de esta forma tardaban más tiempo en salir para el frente. Si suspendías dos exámenes seguidos en el mismo curso, te expulsaban de la Escuela y te mandaban de nuevo a la unidad de donde procedías. Aunque yo también pude hacerlo, no quise repetir ningún curso, pues estaba muy cansado de aquella vida tan dura y lo que quería era terminar pronto y cambiar de aires, a pesar de que sabía que al dejar la Escuela iba directamente al frente, con todo lo que esto significaba.

Mi paso por la Academia Militar fue una experiencia formidable, ya que tuve la oportunidad de compartir estudios con un gran plantel de jóvenes de mi misma edad, procedentes de muchas regiones españolas, casi todos ellos de un nivel cultural superior al mío y muchos estudiantes universitarios cuando empezó la guerra. No obstante, no desentoné demasiado en cuanto al aprove-

chamiento medio de estos estudios, pues de los setenta y ocho alumnos aprobados en mi curso, en el examen final yo ocupé el número cuarenta y nueve, por orden de puntuación. Fue aquélla una experiencia didáctica y humana que no olvidaré nunca, y que contribuyó, sobremanera, a incrementar mi caudal de conocimientos y mi madurez mental de cara a las nuevas responsabilidades personales que se me avecinaban.

El examen final de carrera tuvo lugar el día 19 de julio de 1938, justo dos años después de iniciarse la contienda, y en esa misma fecha se publicó en el Boletín Oficial el nombramiento de Teniente en Campaña de los setenta y ocho miembros de la promoción. Previamente, nos daban la opción de elegir el frente a donde queríamoso ser destinados, y yo elegí el de Extremadura, que en aquellos momentos estaba muy tranquilo.

Cuando me puse por primera vez el flamante uniforme de Teniente, me vi un tanto extraño, y cuando salía a la calle y observaba que los soldados me saludaban militarmente, no pude evitar el ruborizarme un poco. En ningún momento, los galones se me subieron a la cabeza, sino que por el contrario, me pesaba un poco la mayor responsabilidad que adquiría a mis veintiún años y en unas circunstancias muy difíciles.

La milicia, como profesión, a mí no me ha gustado nunca, y de haber tenido la oportunidad de estudiar una carrera superior, la de militar hubiera sido la última en mis preferencias. Pero las circunstancias y los avatares de la vida habían orientado ahora mis pasos en esa dirección, circunstancialmente.

Cuando yo salí de la Academia empezaba la Batalla del Ebro, una de las más sangrientas de la guerra, pocos meses después de quedar la zona republicana dividida en dos, cuando las tropas «nacionales», procedentes de Teruel, habían llegado hasta el Mediterráneo, en las proximidades de Vinaroz.

La situación de la guerra se iba decantando, poco a poco, a favor de las tropas franquistas, y para contrarrestar esta tendencia, la República concentró en el Ebro las mejores fuerzas que le quedaban en la zona de Cataluña, y cruzó el río por varios lugares, en una operación relámpago bien planificada. En los dos primeros días de combates las tropas republicanas abrieron una amplia brecha al oeste del río y profundizaron unos treinta kilóme-



Julio de 1938, recién salido de la Escuela Popular de Guerra con el grado de Teniente de Infantería del Ejército de la República.

tros, hasta que fueron detenidas por los contraataques del enemigo. Estos contraataques se prolongaron por espacio de tres meses, hasta que consiguieron recuperar todo el terreno perdido en los dos primeros días.

En la llamada Batalla del Ebro se luchó con un encarnizamiento inaudito, como no se había hecho hasta entonces, y ambos bandos contendientes, dieron pruebas evidentes de un heroismo espartano, digno de mejor causa. Hubo posición que cambió de manos varias veces en el espacio de pocos días, y se luchaba denonadamente por cada palmo de terreno. Allí se emplearon las mejores fuerzas y el mejor material de guerra de que se disponía, y lógicamente, hubo muchas bajas en uno y otro bando.

Si quedaba alguna duda, al finalizar la Batalla del Ebro, quedó meridianamente claro que la República, militarmente, no podía ganar la guerra, pues el éxito inicial de esta campaña, fue algo así como el canto del cisne, ya que allí se habían quemado sus últimas energías y se había quedado, prácticamente, sin capacidad de respuesta.

Así es que en los inicios de la Batalla del ebro, con mi nombramiento de Teniente en el bolsillo, salí para mi nuevo destino en el frente de Extremadura. Fui en tren hasta Almadén donde estaba el Estado Mayor de la División a donde iba destinado. Allí me indicaron que tenía que desplazarme hacia el norte, en el sector de Castilblanco, donde estaba el Batallón al que me habían agregado.

Para hacer este desplazamiento, tenía que buscar combinaciones, aprovechando los camiones que iban al frente con suministros de comestibles y municiones, por lo que pasaron dos días antes de llegar a mi destino.

Mi primer contacto con los pueblos de Badajoz fue muy deprimente. Cuando vi Capilla, Zarza Capilla y otros pequeños pueblos de los alrededores donde las mujeres caminaban descalzas por las calles y los cerdos campaban por sus respetos por doquier, en medio de la suciedad, se me cayó el alma a los piés. Y yo con mi uniforme nuevo y reluciente, procurando que no se me ensuciase, en medio de aquel ambiente de miseria y de pobreza como yo no había visto nunca hasta entonces, en ninguna otra zona rural española.

Cuando llegué a mi punto de destino, me pusieron al mando de una Compañía que estaba en primera línea. El mando que le corresponde a una Compañía es un Capitán, pero al faltar capitanes, en muchos casos, eran sustituidos por los tenientes en el mando de estas unidades.

Desde hacía algún tiempo, aquel sector del frente estaba completamente tranquilo, y así permaneció hasta el final de la guerra.

La línea que dividía a ambos contendientes, era un pequeño río, afluente del Guadiana, que apenas llevaba agua, y que discurría entre Caltilblanco y Valdecaballero. En aquel sector, más que una línea contínua atrincherada, habían puntos espaciados fortificados, aprovechando los accidentes orográficos del terreno.

En el silencio de la noche nos comunicábamos unos con otros oralmente. En estos parlamentos nocturnos, hablábamos de todas las cosas, y a veces salían a relucir la tendencia política de cada uno de los dos bandos. Así, mientras nosotros les llamábamos fascistas, ellos nos llamaban rojos e hijos de la Pasionaria. Pero esto no pasaban de ser exabrubtos verbales sin la mayor transcendencia. En algunos de estos parlamentos, concertábamos reuniones para el día siguiente, a una hora determinada, en el centro de la tierra de nadie. A estas reuniones acudíamos unos y otros, en pequeños grupos, como simples soldados, sin ningún distintivo visible, aunque por la manera de hablar, teníamos la seguridad de que algunos de ellos eran también oficiales. Cuando nos reuníamos hablábamos amigablemente y nos intercambiábamos periódicos y otros objetos, pero en ningún caso revelábamos nuestra identidad.

Los suboficiales y soldados de la Compañía que estaban bajo mi mando, eran todos ellos hombres de más edad que yo, y curtidos en muchas batallas, pues habían sido casi todos voluntarios desde el principio de la guerra. Además, estaban muy motivados en la defensa de aquella tierra, que era la suya, ya que todos eran extremeños. Esto me daba un poco de corte y me infundía mucho respeto, ya que yo, tan joven, tenía que dar órdenes a hombres de treinta y cinco o cuarenta años, que llevaban sobre sus espaldas más de dos años de lucha. Pero todos nos llevábamos muy bien, cada uno en su sitio, y no hubo, en ningún momento, el menor atisbo de indisciplina.

Durante aquellos meses, sólo hubo en aquel sector lo que se

llamaba, en el argot militar, un golpe de mano, llevado a cabo por la noche. El mando de nuestra División ordenó esta acción bélica en la que tomaron parte dos compañías, la que yo mandaba y otra del mismo Batallón. El objetivo de esta acción era ocupar una posición enemiga y coger algunos prisioneros con el fin de interrogarles para recabar información sobre los movimientos de fuerzas enemigas. Pero las posiciones enemigas resistieron bien el ataque y la operación fracasó, con el saldo de un muerto y varios heridos por nuestra parte. Ésta fue la única operación bélica en la que yo tomé parte como Teniente del Ejército de la República. Afortunadamente, en este sentido, fue un bagaje muy pobre.

En los primeros días de estar en Extremadura, hacía un calor insoportable, lo cual propiciaba el que las moscas proliferaran por todas partes de una manera asombrosa. Había tantas que hasta aparecían mezcladas en el rancho que comíamos, por mucho cuidado que llevaran los cocineros para evitar que esto ocurriera. Parecía como si las moscas formaran parte consustancial de la propia tierra, y que por consiguiente, teníamos que soportar resignadamente. Por otra parte, el agua escaseaba mucho y por lo tanto, teníamos que vivir en una notable precariedad en cuanto a la higiene y limpieza personal de cada uno de nosotros. Viviendo en estas condiciones, era normal que las infecciones de sarna fueran muy frecuentes. Y que la sarna, al no poderla combatir adecuadamente, por carecer de las condiciones higiénicas apropiadas, derivase en afecciones de la piel mucho más complicadas. Yo mismo me vi afectado por esta molesta enfermedad, y al llenárseme la cara y las manos de ampollas blancas, el médico me dio de baja y me mandó al Balneario de Archena, donde permanecí quince días tomando baños como único tratamiento terapéutico que fue muy eficaz. Estos baños de mañana y tarde, en dos semanas me dejaron la piel completamente recuperada.

En el Balneario había una Biblioteca con numerosos libros, y como yo tenía todo el día libre y allí no había otra cosa que hacer, dedicaba todos los días diez o doce horas a la lectura. De esa manera pude leer un libro a cada día de los que permanecí en el Balneario.

Reintegrado de nuevo al frente continué al mando de la misma Compañía, que seguía ocupando las mismas posiciones en el

frente. Y a medida que iban pasando los días, se iban incrementando los signos de debilidad del Ejército de la República, que cedía terreno en todos los frentes de batalla, salvo esporádicos contraataques en algunos puntos que no conducían a nada práctico. Por otra parte, las Brigadas Internacionales, que fueron un gran soporte del Ejército Republicano, se habían disuelto, acatando las disposiciones del Comité de no Intervención, mientras Franco continuaba recibiendo abundante material de guerra de Italia y Alemania, sin ninguna cortapisa. Esta circunstancia propiciaba el que la balanza de la potencialidad de cada Ejército se fuera decantando, poco a poco, a su favor.

Liquidada la Batalla del Ebro con el triunfo absoluto del Ejército Franquista, quedaron muy debilitadas las fuerzas republicanas de la zona catalana, circunstancia que aprovechó Franco para emprender la conquista de toda esta zona, conquista que finalizó a últimos del mes de enero del 39 con la toma de Barcelona. Este hecho motivó la dimisión de Azaña como presidente de la República, exiliándose a Francia, donde murió al poco tiempo.

En los últimos meses, la República resistía denodadamente, con la esperanza de que se iniciase el enfrentamiento bélico entre Inglaterra y Francia por una parte, y Alemania por otra, consciente de que esta probable Guerra Europea, propiciara la ayuda incondicional de estas dos democracias, ayudas que hasta entonces le habían escatimado. Pero estas esperanzas se vieron truncadas después del Pacto de Munich, pacto que dejó muy claro que Inglaterra y Francia no estaban preparadas aún para enfrentarse a la Alemania de Hitler, que armada hasta los dientes, a cada día estaba más envalentonada, accediendo a todas sus pretensiones territoriales en Centro Europa.

Así es que dimitido Azaña y perdida toda Cataluña, el final de la guerra era cuestión de días. Pero Negrín, que ocupaba la Jefatura del Gobierno, no quería dar su brazo a torcer, siendo partidario de continuar la lucha todo lo que se pudiese, y para ello se apoyó en los comunistas, que eran de su mismo criterio, en contra de lo que pensaba el Coronel Casado, que mandaba el Ejército del Centro, y otros altos mandos militares que eran partidarios de terminar la guerra cuanto antes posible, conscientes de la inutilidad de su continuación. Así las cosas, en los primeros días de marzo,

los mandos militares comunistas se sublevaron en Madrid y Cartagena contra los que eran partidarios de pactar con Franco el final de la guerra. Esto fue un conato de Guerra Civil dentro del propio Ejército Republicano. Pero la sublevación comunista fue sofocada de inmediato, y como consecuencia de estos intentos, todos los Oficiales y Jefes que figurábamos como pertenecientes al Partido Comunista, se nos retiró del mando de las correspondientes unidades y fuimos arrestados, permaneciendo bajo la custodia de nuestros propios soldados hasta que la guerra se dio por finali-

Truncada la intentona comunista, fue el Coronel Segismundo Casado el que se sublevó, con el fin de terminar la guerra lo antes posible, y lo primero que hizo fue destituir a Negrín del cargo de Presidente del Gobierno y formar en Madrid el Consejo Nacional de Defensa, como representación de todas las fuerzas del Frente Popular, del que se erigió en la máxima figura militar, no obstante estar presidido por Julián Besteiro. Besteiro, que era una personalidad de un gran prestigio internacional, había dicho unos días antes «los españoles nos estamos asesinando de una manera estúpida por unos motivos todavía más estúpidos y criminales».

La guerra terminó con la rendición incondicional de las fuerzas republicanas, ya que Franco no aceptó ninguna de las condiciones que quiso imponerle el Consejo Nacional de Defensa. Y Besteiro fue el gran sacrificado, ya que no quiso huir de España, a última hora, como hicieron todos los demás personajes responsables de alto rango de la zona republicana. Y a los pocos meses de terminada la guerra, Besteiro murió en un campo de concentración de Andalucía, en unas condiciones muy lamentables.

Por fin, el día 1 de abril de 1939, después de treinta y dos meses y medio de pesadilla, terminó la Guerra Civil Española que se recordará siempre como el gran borrón de nuestra historia. En esta guerra hubo centenares de miles de muertos en los campos de batalla y muchos miles de asesinatos, por motivos políticos, en una y otra zona, sobre todo, en los primeros meses de la contienda. En esta guerra hubo de todo, desde el más sublime heroismo hasta la más baja bestialidad.

En el plano personal y familiar, tuvimos mucha suerte, ya que nos juntamos cuatro hermanos luchando en los diferentes frentes

de batalla, y todos regresamos a casa al final de la guerra sanos y salvos. Pero muchos amigos y conocidos ofrendaron sus vidas y no regresaron jamás. Para todos ellos, un entrañable recuerdo.

Para terminar este capítulo de la guerra, tal vez sería conveniente transcribir, literalmente, aquellas reflexiones de Azaña, cuando dijo un poco antes de morir: «Es obligación moral, sobre todo, de los que padecen la guerra, sacar la lección, y de la musa del escarmiento, el mayor bien posible. Y cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones..., si alguna vez sienten que les hierve la sangre iracunda, y otra vez el genio español vuelve a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y con el apetito de destrucción, que piense en los muertos y escuchen su lección: la de esos hombres que han caído embravecidos en la batalla luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor y nos envían con los destellos de la luz, tranquila y remota como la de las estrellas, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: Paz, Piedad y Perdón».

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

5

El día 28 de marzo los mandos dijeron a las tropas que la guerra había terminado y que cada cual podía marcharse donde quisiera y abandonar las posiciones que ocupaban. Por otra parte, desde hacía unos cuantos días, los altos mandos militares, sigilosamente, con cualquier pretexto, abandonaban sus uniddes, tratando de ponerse a salvo ante la nada risueña expectativa que se les venía encima.

Ese mismo día, los soldados que nos custodiaban, se retiraron y quedamos libres, para que cada uno de nosotros tomara la ruta que quisiera. Lo primero que hicimos fue desprendernos de todos los signos que nos identificaran como oficiales, comisarios o jefes, y aparecer ante los ojos de todo el mundo, a partir de esos momentos, como simples soldados, y de esta forma poder pasar más desapercibidos.

La mayor parte de los que se retiraban del frente de Extremadura, lo hacíamos en dirección a Levante, y teníamos como objetivo, llegar cuanto antes a Ciudad Real (entonces se llamaba Ciudad Libre) que, era la estación de ferrocarril más cercana. Del frente donde estábamos hasta la Capital Manchega, distaba unos ciento cincuenta kilómetros, distancia que tardamos en recorrer dos días y una noche, a marchas forzadas. Era impresionante ver a aquel hormiguero humano, de muchos kilómetros de largo, caminar a pie por la carretera, sucios, depauperados y hambrientos, muchos descalzos y todos abatidos por el cansancio y la preocupación.

A medida que se recorrían los kilómetros y se iban perdiendo energías, nos íbamos desprendiendo de los objetos que no nos fueran imprescindibles, aunque nos fueran del mayor aprecio, ya que en aquellos momentos, lo primordial era aligerar el equipaje para disminuir el peso que transportábamos sobre nuestras cansadas espaldas y con los piés magullados por la larga marcha de muchos kilómetros seguidos. De esta forma, se iban quedando por las cunetas de la carretera, prendas de vestir, zapatos, mantas, libros, etc. Las armas y municiones se habían quedado en los Puestos de Mando de las unidades respectivas.

¡Qué triste espectáculo es ver a miles de hombres, que como un río humano caminan a pie, con el cansancio y la derrota reflejada en sus abatidos rostros! ¡Qué deprimente panorama ofrece un Ejército vencido que ha perdido toda esperanza y se retira sin orden ni concierto! De un Ejército que al límite de sus fuerzas se derrumba y descompone.

En aquellos momentos, nuestra pretensión era llegar a Ciudad Real antes que las tropas vencedoras, por si existía alguna posibilidad de salir para Levante, con cualquier medio de transporte. Pero esto no fue posible, ya que las tropas franquistas nos adelantaron en Piedrabuena, a veinticinco kilómetros de Ciudad Real. Aquellas tropas que nos adelantaban, exultantes de euforia y alborozo, eran la otra cara de la moneda, la antítesis y el contraste que existe siempre entre los vencidos y los vencedores. Pero en este caso éramos todos españoles, y la mayoría habíamos sido combatientes en uno u otro bando, simplemente, porque el 18 de julio de 1936 estábamos en una u otra provincia española. Pero la vida, nos gasta estas pesadas bromas.

Cuando llegamos a Ciudad Real todas las salidas de la población estaban bloqueadas, y no se podía ir a ninguna parte sin un aval de las nuevas autoridades. Y un aval era imposible conseguirlo, ya que por mi parte, allí no conocía a nadie. Y en esas condiciones estuve callejeando todo el día, incluso llegué a mendigar un pedazo de pan a unas mujeres que había a la puerta de una casa, y que compadecidas de mi situación, me lo dieron. Aquel pedazo de pan me supo a gloria.

A todos los que como yo, estábamos callejeando sin ninguna posibilidad de salida, nos dijeron que si queríamos comer que fuéramos a la Plaza de Toros, donde se estaban concentrando todos los militares que se retiraban de los frentes. Yo, presumía que si hacía eso me iban a controlar y perdería todas las posibilidades de escapatoria, pero no había otra opción, ya que ni tenía comida ni posibilidades de conseguirla, ya que el dinero que llevaba encima había dejado de ser de curso legal. Así pues, a la caída de la tarde me dirigí a la Plaza de Toros que estaba en la periferia de la población. Cuando llegué allí me quedé impresionado por la cantidad de gente que había dentro, ocupando todos los tendidos, como si estuvieran esperando el comienzo de un espectáculo taurino. Y el flujo de los que seguían entrando era incesante, hasta completar lo que en términos taurinos se denomina un lleno hasta la bandera.

En Ciudad Real a últimos de marzo aún hace bastante frío por las noches. Así es que cuando anocheció la piromancia se apoderó de los más exaltados y frioleros, y en pocas horas, desapareció toda la madera que había en el interior de la plaza que se convirtió en astillas a golpes de piedra o de otros objetos contundentes. Con estas astillas se fueron alimentando las muchas hogueras que se encendieron por doquier, como si fuera la noche pagana del fuego. La cuestión era tratar de mitigar el frío que se sentía aún más porque la inmensa mayoría de los que allí estaban recluidos hacía muchas h oras que no habían comido nada. De esta forma, en muy pocas horas, las barreras, contrabarreras y burladeros fueron basto de las llamas y se convirtieron en cenizas. Nadie intentó evitar aquel destrozo, pues nadie de las nuevas autoridades hizo acto de presencia toda la noche.

La mayor parte de los recluidos, durante la larga caminata,

habíamos abandonado todas las prendas de abrigo que llevábamos, como dije antes, para aligerarnos de peso, y esa noche y las siguientes, pasamos mucho frío, ya que el único abrigo que teníamos era el contacto humano, al estar sentados juntos unos a otros, en los tendidos de la plaza.

En aquellas lamentables condiciones pasamos tres días seguidos, sin comer y bebiendo muy poco. Durante el día entraban unas pequeñas cubas, tiradas por una caballería, que llevaban agua potable. Pero para llegar a estas cubas se hacían largas colas y tardabas horas en poder beber. Otro de los inconvenientes era que la mayoría no tenía ninguna clase de recipiente para poner el agua, y cuando por fin llegaba a la cuba, hacía un cuenco con las manos para poder beber un poco y ya estaban despachados para unas horas.

Cuando llevamos tiempo sin comer se pierde el apetito, y la sensación que se experimenta es la de una sed muy aguda, y si en esa situación no tenemos agua para saciar esa sed, el tormento es doble.

Al tercer día de estar allí sin comer, entraron un camión de chuscos para repartirlos, pero no había forma de hacerlo, ya que una gran multitud se abalanzaba sobre el camión, con intención de asaltarlo, como una jauría de perros hambrientos, y los soldados de escolta que acompañaban al camión, se veían impotentes para poner orden en aquel desconcierto. En circunstancias así de extrema necesidad, las personas llegamos a perder la compostura y hasta la condición humana que nos diferencia de las demás especies, y aflora en nosotros el grado de animalidad que todos llevamos en lo más recóndito de nuestra naturaleza, cuando está en juego nuestra supervivencia. El que no haya pasado por esos trances, ignora de lo que es capaz de hacer el hombre cuando se encuentra en situaciones extremas.

Al final, como única salida de aquella lamentable situación, los soldados lanzaron los chuscos al aire por todos los sectores de la plaza, y en un instante, desaparecieron todos. Pero de esta forma, algunos cogieron dos, mientras otros se quedaron sin ninguno.

En vista de lo ocurrido, al día siguiente, trataron de organizar este reparto de otra forma: dejaron libre la mitad del ruedo, pusieron un cordón de guardias en la separación, para que pasá-

ramos por parejas por una especie de fielato por donde se nos entregaba a cada pareja un chusco y una lata de conservas de cincuenta gramos. Esta ración era para las veinticuatro horas del día, y éramos tantos que para hacer el reparto completo se gastaban ocho horas. En cuanto al agua potable, aumentaron el número de cubas para que al menos, pudiéramos beber cuanto quisiéramos, aunque no había para la higiene personal.

A los diez días de estar en esas condiciones, empezaron a organizar expediciones para que cada unò pudiera llegar a su lugar de residencia. Pero nos dijeron que los que éramos jefes, oficiales o comisarios que nos separásemos del resto, ya que con los que tuviéramos tal condición organizarían expediciones aparte y a cada uno en su pueblo, que era donde mejor lo conocían, ya le juzgarían, si en realidad, había cometido algún hecho delictivo. Entre tanta gente allí, nadie me conocía, puesto que los de mi compañía, como dije antes, eran extremeños y habían tomado otros derroteros. Por consiguiente, pude pasar desapercibido y llegar a Alicante sin ninguna dificultad, pero como tenía la conciencia tranquila y nada temía, quise ser honesto y me di a conocer como Teniente, creyendo que a los pocos días nos mandarían a cada uno a nuestro pueblo, como nos habían prometido. Pero no fue así, ya que a los cerca de doscientos que salimos aparte, nos llevaron a un establo de ganado ovino que estaba situado a unos doce kilómetros al sur de Ciudad Real. Aquel establo, de forma circular, tenía una superficie de unos tres mil metros cuadrados, con una techumbre periférica y el resto descubierto.

Al ser menos gente, ya podían organizar mejor los servicios y abastecimientos, y aunque la comida era escasa, al menos comíamos rancho caliente todos los días. Tampoco nos faltaba el agua potable, y en cuanto a la higiene personal, por las proximidades del establo pasaba un pequeño arroyo donde podíamos asearnos y lavarnos la ropa. Por otra parte, como habíamos escrito a nuestros familiares, estos nos mandaban paquetes con ropas, algunas viandas no perecedoras y lo que precisábamos para el aseo personal. Por lo que a mí respecta, a las pocas semanas fue a verme mi hermano Jerónimo y me llevó ropa, comida y algún dinero.

Aunque había escolta para vigilarnos, la vida en el establo no era del todo desagradable, ya que lo único que nos faltaba era li-

bertad. Vivíamos al aire libre, recibíamos libros y periódicos y nos organizábamos para que nuestra existencia tuviese algunos alicientes. Entre otras cosas, leíamos, jugábamos al ajedrez, y celebrábamos charlas por pequeños grupos donde se hablaba de historia, de literatura, de filosofía, de todo. Como muchos de los allí concentrados eran personas de un alto nivel cultural, estas charlas resultaban muy interesantes e ilustrativas. E incluso, unos a otros se enseñaban idiomas extranjeros. La cuestión era aprovechar bien el tiempo disponible, que era mucho, para que no cundiera el abatimiento y el hastío. Pero, sobre todo, se resaltaba la amistad y el compañerismo entre unas personas que tenían los mismos ideales e idénticas afinidades espirituales y estaban pasando por los mismos desafortunados trances en una época desgraciada de sus vidas. Nos solíamos reunir por regiones y lenguas. De esta forma, casi siempre estaban juntos los madrileños, entre sí, los vascos, los catalanes, los valencianos, etc. aunque las charlas se realizaban conjuntamente, sin ninguna distinción. Yo con el que más agusto me encontraba era con Miguel Peris Alonso, natural de Catarroja, Teniente también salido de la Academia de Valencia y un año mayor que yo. Miguel era un muchacho excelente: prudente, callado, estudioso, con pinta de intelectual. Pasábamos horas y horas juntos hablando de todo lo divino y de lo humano y nos hicimos íntimos amigos.

Cuando empezó la guerra estaba estudiando en Valencia la carrera de Derecho, carrera que terminó después. Yo le seguí los pasos, pues mantuvimos correspondencia durante quince años, a partir de aquellos momentos. Cuando terminó derecho estudió judicatura, y con la carrera de Juez terminada lo destinaron a Algemesí, donde estuvo varios años ejerciendo y después pasó a Pedreguer. No tuvo ningún problema para poder ejercer de Juez con el nuevo Régimen, ya que su familia era de derechas y muy influyente, según me dijo en varias ocasiones. Por eso en el establo sólo estuvo unos pocos meses hasta que lo reclamaron y lo mandaron a su casa.

Con el paso del tiempo, nuestras cartas se fueron espaciando hasta que al final dejamos de escribirnos. Ignoro si en estos momentos vive aún todavía. ¡Hace de esto ya tantos años!

La promesa que nos hicieron de que pronto nos mandarían

a cada uno a su lugar de origen, no se cumplió para nada. El tiempo pasaba y de allí no nos movíamos. Y la primavera dio paso al verano, con el calor tórrido y sofocante que suele hacer por estas latitudes. Y llegó el día 3 de septiembre y Alemania invadió Polonia y Francia e Inglaterra, haciendo honor al Tratado suscrito con el Estado Polaco, le declararon la guerra a Alemania, iniciándose así lo que fuera la Guerra Mundial más grande y sangrienta que conocieron los siglos, cinco meses después de terminar la nuestra. Y todos nos preguntábamos qué hubiera ocurrido si la República hubiera resistido cinco meses más y se hubieran enlazado las dos, la Guerra Civil Española y la Guerra Mundial. Pero no ocurrió así, y todo lo demás no dejaban de ser hipótesis y elucubraciones sobre unos hechos que ya eran historia de una manera irreversible.

Cuando llegó el otoño ya hacía mucho frío por las noches para permanecer en el establo por más tiempo. Además, llovía con mucha frecuencia y todo aquello estaba hecho un auténtico barrizal. Así es que a primeros de noviembre nos trasladaron a Malagón, donde nos alojaron en unas naves industriales húmedas y poco ventiladas y allí permanecimos por espacio de quince días de una manera provisional. Nuestro nuevo alojamiento, a pesar de estar cubierto, aún era peor que el establo ya que te daba la sensación de claustrofobia, pues en realidad, era una auténtica cárcel. Pero a las dos semanas de estar allí nos trasladaron de nuevo a Alcalá de Henares, a unos edificios nuevos sin terminar aún que estaban destinados a ser el Manicomio Municipal de Madrid. Aquello era un auténtico Campo de Concentración donde había miles de detenidos sin juzgar y que llevaban en esa situación ya muchos meses en un régimen carcelario. Y allí pasé el final del año 39 y el principio del 40, con unos días cortos, grises y húmedos que discurrían monótonamente y que se hacían interminables. Y el invierno dio paso de nuevo a la primavera que vistió de hojas verdes a los desnudos árboles que rodeaban los edificios donde estábamos recluidos. Y se cumplió en España el primer aniversario del final de la guerra y todo continuaba igual en una situación que parecía no tener fin. Y el Campo de Concentración era un reguero de rumores (sólo permitían la entrada de un semanario que se llamaba RENDICIÓN y que escribían los propios reclusos que tenían la condi-

ción de periodistas, bajo la supervisión de las autoridades carcelarias) sobre la situación política española y sobre las presiones de Inglaterra y Francia para conseguir que el Régimen de Franco diera un giro de ciento ochenta grados; pero esos rumores los generaban más los deseos de los reclusos que los acontecimientos reales que se estaban produciendo a nuestro alrededor, ya que pasaban los días, las semanas y los meses y no ocurría nada que hiciera concebir esperanzas de que el Régimen de Franco se debilitase lo más mínimo, sino todo lo contrario. Lo único que perturbaba algo la marcha y la consolidación del nuevo Régimen Político Español era la lucha dispersa y esporádica de las bandas de «maquis» que operaban en las zonas montañosas, particularmente, en la Región Pirenaica, pero con escasos medios y ayudas extranjeras. Pero de esto, los periódicos apenas hablaban.

La puesta en libertad de los recluidos en el Campo de Concentración se producía en cuenta gotas. Hoy dos, mañana cuatro, pasado mañana ninguno y así. Todo estaba en función de los informes que recibían de los pueblos de origen de todos los que estaban allí recluidos. Pero, desde luego, el ritmo era lentísimo y desesperante.

Y por fin, a mediados del mes de mayo me llamaron de la Dirección del Centro, me entregaron unos papeles y me dijeron que podía marcharme donde quisiera, sin darme más explicaciones por los catorce meses y medio que había permanecido retenido, durante los cuales, ni presté declaración alguna ni me preguntaron absolutamente nada. El ser honesto y darme a conocer en la Plaza de Toros de Ciudad Real, me había costado muy caro. Pero lo importante era que estaba en libertad, y que, de momento, todo había terminado.

Cuando se recobra la libertad después de estar recluido bastante tiempo, se ven las cosas de diferente manera y todo se nos antoja más hermoso. Hasta el aire que respiramos nos parece más gratificante y saludable y el sol que nos alumbra nos parece más radiante. Desde luego, el perder la libertad es lo más nefasto y lamentable que le puede ocurrir al ser humano.

El viaje de regreso a Elche lo hice en tren, y los cinco kilómetros que distan de la Estación a mi casa los recorrí a pie. Hacía casi dos años que había salido de mi casa por última vez. Mis otros

tres hermanos que también habían «hecho la guerra», hacía ya más de un año que habían regresado al hogar. Por fin, los cinco hermanos y mis padres, ya estábamos todos juntos de nuevo. Desde luego, tuvimos mucha suerte, ya que después de tantas peripecias y calamidades, volvíamos a estar todos juntos de nuevo, sanos y salvos.

El campo de Elche restallaba de lozanía en plena eclosión primaveral, y en las copas de los árboles, los pájaros habían construido otra vez sus nidos como un nuevo canto de vida y esperanza, como si en los últimos tres años no hubiese ocurrido nada anormal.

6

Al finalizar la guerra, casi todos los jóvenes, hijos de agricultores, que estaban en los frentes, volvieron al campo de Elche y se reintegraron a sus ocupaciones habituales. En el desarrollo normal de la agricultura, habían algunas deficiencias, como era el caso de los abonos químicos, que no había a la venta, así como otros productos de importación, ya que el comercio internacional quedó paralizado casi por completo. Pero la agricultura ilicitana iba recuperando su pulso normal poco a poco, y las cosechas se sucedían unas a otras en función de los ciclos vegetativos de los diferentes cultivos que prevalecían en aquellos tiempos.

Por otra parte, las numerosas fincas rústicas que durante la guerra había requisado el Ayuntamiento, fueron recuperadas por sus legítimos dueños, que volvieron a disfrutar de nuevo del pleno dominio de las mismas.

La escasez de alimentos que se padeció en los últimos tiempos de la guerra, se agudizó mucho más aún al final de la misma, no se podían suplir las deficiencias alimenticias propias, con importaciones de otros países, y en consecuencia, el riguroso racionamiento impuesto durante la guerra, se tuvo que continuar bastantes años más, hasta que la situación de abastecimiento se normalizó de nuevo.

Lógicamente, en estas circunstancias, todo lo que producían los agricultores, que fuera comestible, tenía fácil y cómoda salida y se vendía a buenos precios, excepto el aceite, la carne, los cereales y las legumbres que estaban intervenidas por la Comisaría de Abastecimientos y Transportes que era la receptora obligada de los mismos y que pagaba a los precios oficiales que previamente se fijaban por la Administración. Pero las hortalizas, las verduras y las frutas, tanto secas como frescas, se podían comercializar libremente a buenos precios. Durante estos años, de los dátiles y de los higos secos, los agricultores ilicitanos sacaron mucho dinero y saciaron el hambre de mucha gente que no podía comer lo que necesitaba.

Del aceite, cereales y legumbres que cosechaban los agricultores ilicitanos, se les permitía dejarse una cantidad determinada a cada miembro de la familia y también para las personas que tuvieran asalariadas fijas, para el consumo familiar. El resto tenían que entregarlo a los organismos oficiales que se los pagaban a precio de tasa, que era bastante bajo. Pero en la mayoría de estos casos, los agricultores no declaraban la totalidad de lo cosechado (era muy difícil poder controlar estas producciones) y siempre se dejaban algo para poderlo vender de «estraperlo», que se pagaba mucho más caro. Además, había bastante corrupción por parte de los que tenían que controlar estas declaraciones, y el «amiguismo» y el «soborno», era el pan nuestro de cada día. Los que tenían la posibilidad de entrar en este engranaje de corruptelas, se beneficiaban mucho económicamente ya que podían reservarse mayor cantidad de géneros intervenidos para venderlos mucho más caros en el «mercado negro».

Al socaire de este trapicheo, se generó un colectivo de personas llamado «estraperlistas», la mayoría de los cuales se enriquecieron en pocos años, si tuvieron la suerte de no tropezar demasiadas veces con la Guardia Civil que era la que vigilaba y perseguía este comercio clandestino.

En cambio, los productos que no eran de primera necesidad y tenían que exportarse, estaban muy depreciados, por no tener salida. Tal era el caso de los limones y las almendras, aunque de las almendras se extraía aceite para el consumo humano, aceite, que por cierto, es muy fino y de buena calidad. Por eso, durante

aquellos años de la posguerra, se dieron muchos casos en que los agricultores ilicitanos arrancaron huertos de limoneros y de almendros, para dedicar esos terrenos al cultivo de cereales, particularmente, trigo, que era lo que más valor tenía y lo que más se necesitaba para alimentarse las personas, ya que a la sazón el pan era el alimento básico, todo lo contrario de lo que ocurre ahora. Por aquellos años, un kilo de trigo en el «mercado negro» llegó a valer diez pesetas, que era lo que ganaba un hombre de jornal diario, trabajando en una fábrica o en faenas agrícolas.

Los diez o doce años de la posguerra española, fueron la época más próspera que han conocido los agricultores ilicitanos en toda su historia. Salvo raras excepciones, todo lo que producían se vendía pronto y bien, y como no habían excedentes, como ocurre ahora, la cuestión era producir sin más todo aquello que era comestible. Además, en aquella época, los costos de cultivo eran relativamente baratos, tanto la mano de obra como el agua de riego. Con estas condiciones, en la mayoría de los casos, la rentabilidad estaba asegurada.

En aquellos tiempos, los agricultores ilicitanos, además de prosperidad, gozaban de la estima general de las gentes de la población. Jamás habían sido tan bien mirados y considerados como entonces, ya que con su trabajo, llenaban la despensa de todos los hogares. Hasta cierto punto, despertaban cierta envidia, ya que ellos, al menos, podían comer todo cuanto querían, y esto, desgraciadamente, no estaba al alcance de todo el mundo.

En los primeros años de la posguerra, ocurrió un fenómeno muy curioso en la agricultura ilicitana: A pesar de que los costos de cultivo eran relativamente baratos, y los productos agrícolas cosechados, en términos generales, tenían buenos precios, los grandes terratenientes que no eran agricultores de profesión, empezaron a vender sus fincas rústicas a bajos precios, tal vez pensando en las incautaciones de que habían sido objeto durante la guerra, y que esto, en el futuro se pudiera repetir. Fuera o no esa la causa principal de aquella acusada tendencia vendedora, lo cierto fue que un gran número de esas fincas rústicas fueron vendidas muy baratas por aquellos años. Tan baratas, que con el importe de una cosecha de trigo, vendido en el «mercado negro», había dinero suficiente para cubrir el costo de la compra de la tierra donde se pro-

ducía. Y eran los propios agricultores los que compraban estas fincas, generalmente, fraccionadas en parcelas de una superficie entre diez y veinticinco tahúllas. De esta forma, los agricultores ilicitanos, recuperaron muchas de las propiedades rústicas que sus padres se vieron obligados a vender, por pura y simple necesidad, treinta años antes, a causa de la gran sequía que se padeció en toda esta zona entre los años 1907 y 1914, que tantos estragos causó y que sumió a los agricultores del campo de Elche en la pura miseria.

A pesar de que la carencia de abonos químicos disminuía las cosechas y de las obligaciones de declarar los productos que estaban intervenidos, lo que suponía un inconveniente en cuanto a la libre disponibilidad de los mismos, aquellos años de posguerra fueron muy buenos para el sector agrario, bonanza que se tradujo en la adquisición de nuevas propiedades y en la construcción de muchas casas nuevas en el ámbito rural, casas que se podían construir donde y cuando se quisiera, sin la menor pega por parte del Ayuntamiento, que es, precisamente, todo lo contrario de lo que está ocurriendo en estos momentos.

Al tener los frutos secos tanto valor comercial y poder venderse libremente, sin la menor dificultad, propició el que se incrementara enormemente el censo de las palmeras en Elche. No solamente se plantaron muchos huertos nuevos, sino también que se dejaban crecer todas las palmeras diseminadas que nacían espontáneamente por cualquier parte, ya que estos árboles, por aquellos años, eran una garantía de rentabilidad por el gran valor que tenían los dátiles en el mercado como fruto seco muy alimenticio. Y no sólo los dátiles tenían un alto valor comercial sino también la palma que se empleaba, entre otras cosas, para hacer escobas. Hasta els «caixcabots» tenían su utilidad y aprovechamiento como combustible para los hornos panificadores y para la construcción de bardizas que cercaban los propios huertos de palmeras. Fueron aquellos años la época más dorada de los palmerales de Elche, que llegaron a tener una gran importancia no solamente desde el punto de vista paisajístico y ornamental sino también, y sobre todo, como una importante fuente de riqueza.

Según los datos aportados por la Guardería Rural de la Cámara Agraria, que unos años después realizó un censo de todas las palmeras que habían en el conjunto del término municipal de

Elche, se contabilizaron alrededor de las cuatrocientas treinta mil ejemplares, cota máxima alcanzada por estos árboles tan característicos y peculiares de la geografía ilicitana, a pesar de que en algunas estadísticas oficiales figuraban más del doble de esta cantidad, cifras, por cierto, muy poco rigurosas.

Así estaban las cosas en el campo de Elche cuando yo regresé a finales de la primavera de 1940.

La libertad que me concedieron cuando salí del Campo de Concentración, no era libertad completa, sino libertad provisional. Por lo tanto, tenía que presentarme en el Cuartel de la Guardia Civil cada quince días. Así estuve ocho meses, hasta que me juzgaron en Alicante, en un Consejo de Guerra, en el que me condenaron a una pena de dos años de cárcel, por un delito de «auxilio a la rebelión». Como ya llevaba ese tiempo retenido y en libertad provisional, la pena impuesta ya la tenía cumplida, y por lo tanto, a partir de esos momentos, ya gozaba de libertad absoluta, pero con el San Benito de «desafecto» respecto al Régimen Político imperante.

En realidad, de lo único que se me acusó fue el haber sido Teniente en el Ejército de la República, Ejército que las nuevas autoridades consideraban Rebelde, a pesar de haber actuado en legítima defensa desde la legalidad. Pero los vencedores hacen siempre las leyes y las aplican según sus propios criterios, sin tener en cuenta, para nada, otras consideraciones.

Desde el final de la guerra, las autoridades del nuevo Régimen dividieron a todos los españoles en tres apartados políticos respecto al Régimen de Franco: «Afectos» «Desafectos» e «Indiferentes». Y en función de estas categorías, así era el trato que recibían. A mí me encuadraron en el segundo apartado.

En agosto del año 40, movilizaron de nuevo mi quinta para todos aquellos que habían pasado la guerra en la zona republicana, incorporándose otra vez al Ejército Regular. pero al ser «desafecto» me excluyeron de esta movilización, quedándome a la espera de lo que dictaminaran las autoridades militares competentes respecto a los que nos encontrábamos en aquella situación. Y esa espera y esa incertidumbre, se prolongó por espacio de un año, ya que hasta agosto del 41, nos ignoraron por completo, con gran satisfacción por nuestra parte, ya que mientras los «Indiferentes»

y los «Afectos» de nuestra quinta estaban haciendo el servicio militar de la posguerra, nosotros estábamos en nuestras casas haciendo una vida normal. Pero esto finalizó en pleno verano, cuando nos dijeron que nos presentásemos en el Campo de Concentración de Miguel de Unamuno, en la periferia de Madrid.

Mientras esto sucedía, la Guerra Europea se había extendido y había adquirido una mayor virulencia, y coincidiendo en el tiempo con mi regreso a Elche, las tropas alemanas que habían estado inactivas desde la invasión de Polonia, atacaron Francia con una gran abundancia de medios bélicos. Pero este ataque no se produjo frontalmente para evitar la Línea Majinot que los franceses habían construido después de la Primera Guerra Mundial en la frontera franco-alemana, sino de una manera envolvente, a través de Bélgica, Holanda y Luxemburgo, venciendo a estas tres naciones en el espacio de pocos días, y cuyos Gobiernos se exiliaron en Inglaterra. Este ataque arrollador de los alemanes, penetró en Francia por el norte, envolviendo las formidables fortificaciones francesas que tuvieron que ser abandonadas sin disparar un solo tiro.

El Ejército francés, que entonces era uno de los más fuertes del mundo, fue vencido fácilmente por las unidades blindadas alemanas que arrollaban a todo cuanto se oponía a su paso. Ante este empuje incontenible, el Cuerpo Expedicionario Inglés desplazado a Francia y compuesto por unos trescientos mil hombres, tuvo que reembarcar precipitadamente por el Puerto de Dunkerque, para salvar todo lo que se pudiera en hombres y material.

Francia, vencida y humillada, se rindió a los alemanes el 22 de junio de 1940, y estos ocuparon toda la parte norte y oeste de su territorio y permitieron un Gobierno títere que presidido por el Mariscal Petein se instaló en Clemont Ferran. Petein accedió a este juego para evitarle a Francia mayores males.

Los alemanes, una vez ocupada Francia, fortificaron toda su costa oeste, para poder repeler posibles desembarcos ingleses y acto seguido iniciaron lo que se denominó la Batalla de Inglaterra, a base de bombardeos aéreos masivos a todos los puntos neurálgicos del Reino Unido, que ocasionaron muchos muertos y tremendos destrozos.

Coincidiendo con el ataque alemán, y cuando más angustiosa era la situación francesa, Italia declaró también la guerra a Fran-

cia y a Inglaterra.

El General Degaulle, que se había trasladado a Inglaterra cuando los alemanes invadieron Francia, formó en Londres un Gobierno Francés en el exilio, para aglutinar a su alrededor a todos los franceses que lucharan contra los alemanes, desde cualquier lugar del mundo donde se encontraran. Algunas Colonias Francesas de Ultramar, rompieron vínculos con el Gobierno de Petein y se unieron a la Francia Libre de Degaulle.

Consolidado el Frente Oeste y fortificado todo el litoral francés del Atlántico, el 22 de junio de 1941, Alemania atacó Rusia con un gran despliegue de material bélico, rompiendo el Pacto de No Agresión que habían firmado dos años antes, cuando se repartieron Polonia. En las primeras semanas de la ofensiva, el empuje de los tanques alemanes era incontenible, tal como había ocurrido un año antes en Francia, penetrando profundamente en territorio ruso a lo largo de todo el frente. El Ejército Soviético retrocedía sin cesar, y se limitaba a emplear la táctica de Tierra Quemada, para entorpecer, en lo posible, el avance de las Divisiones Blindadas Germanas. Todo parecía indicar que en Rusia iba a ocurrir algo parecido a lo que pasó en Francia, dado el cariz que iban tomando los acontecimientos bélicos en el Frente del Este.

Así estaban las cosas en cuanto al desarrollo del conflicto bélico, cuando cogimos el tren que nos conduciría a la Capital de España.

Y allí empezó de nuevo el calvario, cuando nos recluyeron en el Campo de Concentración. Locales cerrados con poca ventilación, en pleno verano madrileño, hacinamiento de gente en poco espacio, concentración vigilada, y otra vez la pérdida de la libertad. En estas condiciones pasamos todo un mes que se hizo interminable, hasta que a primeros de septiembre, entre todos los concentrados formaron el Batallón Disciplinario número 91, para realizar trabajos forzados en diferentes lugares. Dos compañías de este Batallón nos mandaron a Canarias. De esta forma, una noche salimos en dirección a la Estación del Ferrocarril de Atocha, nos subieron en un tren borreguero, cerraron las puertas y partimos hacia Cádiz, a donde llegamos treinta horas después. En el tren íbamos unos doscientos, y en cada uno de los vagones, incómodos y sucios, íbamos quince o veinte de nosotros y dos solda-

dos de escolta. El tren paraba en todas las estaciones y apeadores, y en algunas de ellas estaba mucho tiempo detenido, ya que cedía el paso a todos los demás trenes que circulaban en una y otra dirección. Por eso, cuando llegamos a Cádiz presentábamos un aspecto lamentable, ya que llevábamos dos días sin afeitarnos ni lavarnos la cara y con la ropa sucia por la carbonilla que penetraba por las ranuras de los desvencijados vagones.

En Cádiz nos alojaron en un Cuartel Militar, donde estuvimos tres días, al cabo de los cuales, nos embarcaron en el «Ciudad de Salamanca» y partimos rumbo al Puerto de Santa Cruz de Tenerife. En la travesía invertimos dos días y una noche, y a pesar de que el mar estaba bastante tranquilo y encalmado, nos mareamos casi todos, mareo que nos duró hasta que divisamos las montañas de Canarias. Hubo algunos que no se les pasó el mareo hasta que pisaron tierra firme en el Puerto de Santa Cruz. Como hacía calor aún íbamos todos en cubierta a la intemperie, y para evitar, en parte, el mareo, permanecimos acostados durante toda la travesía, incluso para comer, pues levantar la cabeza y entrarte náuseas era todo la misma cosa. Desde aquel viaje aborrecí el mar para toda la vida.

En Santa Cruz de Tenerife una Compañía la mandaron a Fuerteventura (los que fueron allí le llamaban a esta isla Fuerte Desgracia, por ser la más fea, árida y seca de todo el archipiélago) y la otra nos quedamos en la propia isla de Tenerife. La escolta que se quedó para vigilarnos a nosotros, compuesta por unos veinticinco hombres, estaba mandada por un Teniente y dos Sargentos.

Al llegar a Santa Cruz nos enteramos que nos destinaban a construir carreteras, de las que tan necesitada están Las Canarias por aquellos tiempos. Concretamente, íbamos a terminar la construcción de la que partiendo del Puerto de la Cruz, llegaba solamente hasta las Cañadas y faltaba enlazarla con la que por el sur, partiendo de Granadilla de Abona, sólo llegaba hasta Vilaflor de Chasna. Al unir estas dos carreteras en la parte central, la isla de Tenerife quedaba comunicada, de norte a sur, por la parte más ancha.

Para llegar a nuestro punto de destino, partiendo de Santa Cruz, subimos por La Laguna, Puerto de la Cruz y la Orotava, en dirección a las Cañadas. El Puerto de la Cruz era entonces un

pueblo de pescadores de pocos miles de habitantes (en la actualidad es uno de los complejos turísticos más importantes del archipiélago canario) rodeado de una vegetación exhuberante, ya que el Valle de la Orotava, donde está ubicado, era a la sazón un auténtico vergel, un lugar de los más paradisíacos del mundo, con toda su esplendorosa belleza. Hoy este espléndido valle está bastante deteriorado, por la gran cantidad de edificaciones que se han construido por todas partes para su aprovechamiento turístico, en detrimento de su rica agricultura tropical.

Cuando llegamos a las Cañadas me quedé asombrado por la adusta belleza de aquellas tierras insólitas, que más que paisajes terrestres parecen parajes lunares. Y en medio de aquel atormentado mar de lavas y escorias, la mole imponente y mayestática del Teide dominando todo el panorama.

Para alojarnos montaron un campamento junto al barranco de la Magdalena, a escasa distancia de donde teníamos que trabajar. Nuestro trabajo consistía en hacer la explanación de la carretera, en unos parajes sumamente abruptos y montañosos. Todas las mañanas, a primera hora, después del desayuno, salíamos del campamento y nos dirigíamos al trabajo y regresábamos a la caída de la tarde. El trabajo de pico y pala era duro y fatigoso, sobre todo, para los que no estaban acostumbrados a esa clase de trabajos manuales que requerían un gran esfuerzo.

Al margen del trabajo, la vida en el Campamento, aunque monótona, tenía un cierto encanto y atractivo, ya que estábamos al aire libre rodeados de pinos que conformaban unos hermosos paisajes de alta montaña.

La vigilancia que establecían los soldados sobre nosotros, era más teórica que real. Teníamos muy buenas relaciones con ellos, aunque guardando ciertas distancias, y a cada uno en su lugar.

El tiempo libre lo dedicábamos, preferentemente, a la lectura. Recibíamos todos los días periódicos y libros que nos traían de la Capital de la isla los encargados de suministrarnos todo aquello que precisábamos para nuestro sustento diario. Yo compré todos los libros que habían en las librerías que hablasen de Canarias en todos los aspectos y sentidos, para conocer a fondo su historia, sus costumbres, sus tradiciones, su flora, su fauna, etc. en definitiva, todos sus rasgos culturales.

Para nosotros, todos los días eran iguales, ya que no celebrábamos ni domingos ni festivos. Y al estar aislados, en plena montaña y apartados de los núcleos de población, no teníamos referencias externas que nos hiciera notar las diferencias de unos a otros.

En el Campamento de la Magdalena estuvimos tres meses, y al estar a tan considerable altura (dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar) a últimos de noviembre ya hacía frío para estar allí por las noches. Por eso nos trasladaron a Vilaflor de Chasna y nos cobijaron en unos edificios cubiertos que nos servían de alojamiento.

Vilaflor, que está situado a gran altura, es un pueblo muy bonito rodeado de hermosos paisajes de alta montaña. Todos sus habitantes vivían de la agricultura, que producía cereales, patatas, legumbres, frutas, etc.

Como está bastante aislado y alejado de los otros núcleos de población, la vida de sus gentes era tranquila y recoleta y los domingos y festivos la juventud no tenía donde ir, ya que no había ni cine. Por las tardes, los chicos y las chicas se paseaban por la carretera y pare usted de contar. Por no haber no habían ni bares. Solían casarse jóvenes y tenían mucha descendencia, descendencia que en la mayoría de los casos, tenían muchas dificultades para poder mantener y educar, ya que vivían pobremente. Nosotros les reprochábamos estos comportamientos y nos contestaban: «¿Qué vamos a hacer, si por las noches no hay donde ir, ni tenemos otra cosa en qué ocuparnos?».

Dadas estas circunstancias no tiene nada de extraño que nuestra llegada a Vilaflor constituyera un verdadero acontecimiento, que revolucionó un poco la vida monótona de sus habitantes. Estaban encantados con nosotros y nos obsequiaban con todo lo que podían, para hacernos la vida más grata y llevadera. Y lo hacían con sencillez y amabilidad. Sobre todo, las muchachas jóvenes nos tenían un gran aprecio, a pesar de la propaganda negativa que se había hecho sobre nosotros en algunos medios de comunicación. Nos llamaban «peninsulares» y bebían el viento por nosotros ya que nos consideraban personas de un nivel cultural más elevado que el suyo. En el poco tiempo que estuvimos allí se entablaron algunas relaciones amorosas entre los nuestros y las chicas de Vilaflor. Dos de estas relaciones terminaron en boda. La que podía

cazar a un «peninsular», no lo dejaba por nada del mundo. Lo que querían era salir de allí a toda costa.

Y hablando de bodas, tuvimos la oportunidad de presenciar una de una pareja de novios que procedentes de un valle lejano venían a casarse a la Iglesia de Vilaflor. Y lo novedoso del caso era que tanto los novios como los padrinos venían montados en camellos. Ver a la novia con su vestido blanco y su ramo de lirios sobre el brazo, caminar subida en un camello hasta la puerta de la Iglesia, fue para nosotros una cosa muy novedosa que nos llamó la atención.

Una vez terminados los trabajos de enlace de las dos carreteras antes mencionadas, nos trasladaron de Vilaflor a Puerto Santiago, que dista, en línea recta, unos cuarenta kilómetros. Era a finales del mes de enero de 1942. El traslado lo hicimos a pie y de noche, a través de senderos quebrados y trochas pedregosas. Como guías de la expedición iban unos nativos conocedores del terreno, invirtiendo en el viaje unas ocho horas.

Recuerdo que había luna llena, y que a nuestro paso por las Cañadas, a dos mil quinientos metros de altura, había un silencio sepulcral. Cruzando aquella naturaleza muerta y árida en fila india, por entre riscos y desfiladeros, parecíamos una procesión irreal y fantasmagórica que formase parte de algún rito satánico. Jamás he vuelto a sentir una sensación tan extraña en unos parajes tan raros y alucinantes, en medio de la oscuridad de la noche.

Puerto Santiago era entonces un pequeño caserío de pescadores que no tenía más de dos docenas de viviendas sumamente pobres. Sus alrededores, de tierra fértil, producían muy poco, ya que apenas tenían agua de riego. La poca que disponían venía desde muchos kilómetros de distancia, a través de pequeñas tuberías y la depositaban en pequeñas balsas circulares. De ahí el que fuese una zona que estaba muy poco habitada.

Este pequeño caserío estaba incomunicado por tierra con los otros núcleos de población de los alrededores, ya que sólo habían algunos senderos que discurrían entre riscos y peñas por donde se transitaba con mucha dificultad en un terreno tan accidentado. Por eso era de tanta necesidad el construir una carretera que enlazase con la que circula alrededor de la isla en las proximidades de Tamaimo. Y con esa finalidad nos habían trasladado a aquel aparta-

do lugar. Incluso tuvimos que hacer un puente para cruzar un pequeño barranco.

En Puerto Santiago nos alojamos en tiendas de campaña junto al mar, sobre una pequeña playa de arenas volcánicas de color negro, y allí permanecimos sin movernos más de un año. Como esa parte de la isla es cálida y seca, por la tarde, después del trabajo, nos bañábamos todos los días, incluso en invierno. Los escasos habitantes que tenía el caserío vivían pobremente, lo mismo que ocurría en casi todas las zonas rurales de la isla. Los niños bajaban todos los días al campamento a recoger las sobras de la comida nuestra, lo que demostraba que en sus casas no estaban sobrados de alimentos. Estaba claro que lo de que Canarias eran las Islas Afortunadas, no dejaba de ser un eufemismo, ya que la mayoría de sus gentes tenían un nivel de vida bastante bajo, aunque las islas, en su conjunto tuvieran una riqueza potencial importante. Bastaba ver como comían las gentes campesinas para cercionarse de que su situación no era muy boyante: pellas de gofio que sustituían al pan, papas arrugàs, algo de pescado salado y poco más.

Otra cosa que nos llamaba mucho la atención, era ver caminar a las mujeres llevando mucho peso sobre la cabeza, incluso por senderos difíciles. Cualquier objeto que transportasen se lo ponían sobre la cabeza, en vez de llevarlo en las manos, bajo del brazo o sobre las espaldas. Entonces era aquello una costumbre muy generalizada, y a las niñas, desde los pocos años, ya les enseñaban a llevar las cosas de aquella manera. No cabe duda que este hábito perjudicaría su organismo, pero lo cierto es que mujeres ya mayores continuaban haciéndolo, lo que demostraba que tenían una gran fortaleza. Generalmente, las mujeres eran más activas y dinámicas que los hombres, que, al parecer, les afectaba más lo que Unamuno llamaba el «aplatanamiento», que no era otra cosa que el cansancio y la modorra que produce en el organismo una climatología excesivamente cálida como ocurre en el archipiélago canario.

Las obras de explanación de esta pequeña carretera de enlace que íbamos a construir, se las habían adjudicado a un contratista particular. Este contratista, nos pagaba cuatro pesetas diarias a cada uno de nosotros, por cada jornada de trabajo. Esta circunstancia, mejoró mucho nuestra situación económica, ya que con este dinero podíamos comprar comida, libros y otras cosas. Para

poder valorar lo que significaban para nosotros esas cuatro pesetas, diremos que un kilo de plátanos valía una peseta, un paquete de veinte cigarrillos noventa céntimos y un periódico veinticinco céntimos. Para nosotros, cuatro pesetas era todo un capital, ya que la comida y la vestimenta la teníamos gratis con cargo al Ejército. Además, como no podíamos movernos de aquel rincón semidesértico, tampoco teníamos muchas oportunidades para poder gastar aquel dinero.

Al margen del trabajo, nuestra vida en Puerto Santiago, junto al mar, frente a la isla de la Gomera, era bastante agradable y tranquila. Vivíamos al aire libre, nos bañábamos cuando queríamos, y las medidas de vigilancia se habían suavizado bastante. Por otra parte, ahora trabajábamos menos horas diarias y disponíamos de más tiempo libre para dedicarlo a lo que nos apeteciera. Fue entonces cuando empecé a escribir mis vivencias personales que titulé IMPRESIONES Y RECUERDOS DE CANARIAS. Así todas las tardes, después de la jornada de trabajo, me sentaba sobre una roca volcánica en un pequeño acantilado junto al mar, y teniendo como horizonte la silueta montañosa de la isla de la Gomera, pasaba las horas leyendo y escribiendo mientras quedaba luz solar. Y así un día y otro día, durante más de un año que estuvimos en aquel lugar tranquilo y apartado, al sur de los Acantilados Gigantes y al norte de la llamada Costa del Silencio.

Y mientras, la guerra que en un principio sólo tenía ámbito europeo, se había extendido a escala planetaria, con el ataque japonés a la flota americana estacionada en Pearl Harbor, del archipiélago de Hawai, el 7 de diciembre de 1941, y la consiguiente entrada de los Estados Unidos en la conflagración, formando bloque con Inglaterra, Francia y Rusia. A partir de estos momentos el Pacífico Sur ardió en llamas por los cuatro costados, en una feroz guerra marítima y aérea entre los Estados Unidos y el Japón, que ocuparon numerosas islas, entre ellas las Filipinas, aunque los americanos, una vez repuestos de la sorpresa y los quebrantos que supuso el primer ataque japonés, les pararon los piés y tomaron la iniciativa en la Guerra del Pacífico.

En Europa, las tropas alemanas iban encontrando a cada día más resistencia en los frentes rusos, y sufrieron una gran derrota en el sector de Stalingrado en los últimos días del año 42, ya que

el General Invierno era el mayor obstáculo que tenían que vencer. Y dos meses antes, concretamente, entre los días 19 de octubre y 3 de noviembre, el Afrika Korps del Mariscal Rommer, sufrió también una gran derrota en las arenas del desierto de El-Alamein, ante las tropas inglesas del Mariscal Montgomery, que fue el principio del fin de su presencia en África.

Por esos mismos días, las tropas aliadas habían desembarcado en el Marruecos Francés, que se había pasado a la Francia Libre de Degaulle, y a partir de esos momentos, la totalidad de África y del Mediterráneo, pasaron a ser de pleno dominio de los aliados.

En cuanto a la Batalla de Inglaterra, había sido ganada por los ingleses, después de una lucha titánica que duró un año (junio de 1940, junio de 1941), entre los cazas ingleses y los bombarderos alemanes, adueñándose los primeros del cielo inglés. Una vez conseguida esta supremacía en el aire, por parte de los ingleses, lo mismo que por el mar, el peligro de una invasión alemana de las Islas Británicas, había desaparecido por completo. En cuanto a la lucha marítima en el Atlántico, contra los submarinos alemanes, también se había decantado a favor de los aliados, ya que el peligro de hundimientos de los barcos mercantes de abastecimientos, disminuyó mucho al navegar estos agrupados en convoyes protegidos por barcos armados.

De todas estas referencias se desprende que la Guerra Mundial, que en un principio, era favorable a las potencias del Eje (Alemania, Italia y el Japón) había cambiado de signo y se iba decantando poco a poco, a favor de las potencias aliadas (Estados Unidos, Rusia, Inglaterra y Francia), aunque aún tardaría varios años en terminarse.

Durante los últimos meses que estuvimos en Canarias, y dado el cariz que iban tomando los acontecimientos, en lo que a la guerra se refiere, no cesaban los rumores de un pronto desembarco de las tropas aliadas en el archipiélago canario, que serviría de apoyo estratégico a las tropas desembarcadas en África. Era esta una posibilidad que se consideraba lógica y normal, dadas las circunstancias internacionales de aquellos momentos. Pero iban pasando los días y los meses y el esperado desembarco no se produjo en modo alguno. Tal vez esta posibilidad adquiría más verosimili-

tud en nuestro deseo que en la realidad tangible del momento.

Por fin a mediados de febrero de 1943 nos trasladaron de Tenerife al Marruecos Español, dejando atrás una estancia de dieciocho meses en Canarias, de donde partí con nostalgia a pesar de los pesares. Tenerife me había cautivado desde el primer día, por la simpatía y la sencillez de sus gentes, que también nos habían tratado siempre, por la bondad de su clima y por la belleza de sus variados paisajes. Desde entonces, llevo a Canarias en el corazón. Por eso he vuelto a ir tantas veces en los últimos años.

El viaje de regreso desde Santa Cruz de Tenerife hasta Cádiz, lo hicimos en el «Villa de Madrid», un barco correo de diez mil toneladas que transportaba carga y pasajeros. El mar estaba borrascoso y tuvimos que hacer la travesía metidos en las malolientes bodegas, tirados por el suelo, donde no había la más mínima ventilación. Aquel ambiente era fétido e insoportable, que se agravaba más aún con los vómitos de los mareados que éramos casi todos. El viaje de regreso fue mucho más desagradable aún que el de dieciocho meses antes. Cuando llegamos a Cádiz estábamos sucios y demacrados y ofrecíamos un aspecto francamente lamentable.

En Cádiz cambiamos de barco y nos trasladaron a Ceuta, y de allí en una marcha a pie de cuarenta kilómetros fuimos a parar frente a la cordillera de Ben Járrich, al sur de Tetuán, donde montamos un nuevo campamento de tiendas de campañas para alojarnos. Nuestra misión en aquel lugar era cavar trincheras, junto a la carretera que discurre entre Tetuán y Rabat. Al parecer las autoridades españolas temían que las tropas aliadas que habían desembarcado en el Marruecos Francés intentaran invadir el Protectorado Español, y por si tal cosa ocurría, querían incrementar sus defensas y fortificaciones. Pero iba pasando el tiempo y las tropas aliadas, en contra de lo que esperábamos, ni desembarcaron en Canarias, ni invadieron el Protectorado Español de Marruecos, de lo que se desprende que en los planes de guerra del Estado Mayor Aliado, no se contemplaba la posibilidad de involucrar a España en el conflicto bélico, y prefirieron dejarla al márgen del mismo.

En África estuvimos dos meses cavando trincheras en pleno descampado, en un terreno ondulado que no presentaba grandes

accidentes orográficos. Todo aquel trabajo resultó completamente inútil, ya que no tuvo la más mínima utilidad ni aprovechamiento práctico. Pero así son estas cosas.

Y a mediados del mes de abril disolvieron todos los Batallones Disciplinarios de Trabajos Forzados que organizaron en los primeros tiempos de la posguerra, y que los componían los «desafectos» al Régimen, cuyos reemplazos estuvieran movilizados y prestando el servicio militar. El número de estos Batallones oscilaba alrededor de los cien, y realizaron importantes trabajos, entre los que figuraba la construcción de la Basílica del Valle de los Caídos, en Cuelgamuros.

Y a partir de estos momentos, a cada uno de nosotros nos mandaron al Regimiento a que pertenecíamos y que figuraba en nuestra Cartilla Militar. Como yo pertenecía al Regimiento número 111, con destino en Alicante, allí fui a parar cuando salimos de África. En el cuartel de Alicante ni me dieron arma ni uniforme. Me limitaba a presentarme por la mañana y me mandaban a casa hasta el día siguiente a la misma hora. Así estuve un mes hasta que a finales de mayo de 1943 licenciaron la quinta del 37 y nos mandaron a casa a todos los de este reemplazo. Yo tenía entonces casi veintisiete años, y en mis diferentes campañas de guerra y posguerra se había consumido la mayor parte de mi juventud, que eran los más floridos seis años de mi vida. Desde luego, el tributo que yo pagué a aquella guerra fratricida, fue muy elevado, aunque otros muchos salieron peor parados que yo, ya que pagaron con sus vidas. Pero el tiempo cicatriza todas las heridas, por profundas que sean, y con el tiempo, todo se olvida. Y a partir de ahí, la Historia es la que tiene la última palabra para emitir un juicio definitivo sobre unos hechos y unos hombres que los protagonizaron.

7

Mi regreso definitivo a Elche supuso el dejar cerrado un largo capítulo de mi vida, un capítulo intenso en acontecimientos y en vivencias. Reintegrado al seno familiar y partiendo de la nueva

realidad política española, y de las propias circunstancias personales, lo prioritario en aquellos momentos era organizar mi vida de cara al futuro. Atrás quedaba ya la guerra civil que tanto había traumatizado a los españoles y las secuelas que trajo la misma, en cuanto a familias destrozadas por las bajas sufridas, represalias políticas a los vencidos, excesivo rigor de los vencedores en la aplicación de una justicia que sólo tenía el fundamento jurídico de una victoria militar, el cansancio y el abatimiento que siempre lleva consigo un conflicto bélico prolongado que mina la pujanza y la vitalidad de un pueblo que pierde a sus mejores hijos..., la gran tragedia que siempre supone una guerra entre hermanos..., todo eso quedaba atrás, aunque honestamente debamos reconocer que por parte de los vencedores se hizo muy poco para que las heridas se cicatrizasen lo antes posible y para que la paz de los espíritus y la concordia entre todos los españoles reinase de nuevo, extendiendo un manto de tolerancia y comprensión sobre una de las páginas más tristes y nefastas de nuestra historia. Pero los hechos fueron así y eso ya no tenía vuelta de hoja y había que admitirlo tal como estaba.

La verdad es que yo regresé bastante alicaído y desmoralizado, ya que por animosos y optimistas que seamos, cuando se sufren contingencias de esta naturaleza, no se puede evitar que nos afecten espiritualmente, y hasta cierto punto, que nos condicionen nuestros comportamientos de cara al futuro. Es ésta una reacción lógica y humana. Pero tenía que adaptarme a lo que había, me gustara o no, ya que nadar contra corriente no conduce a ninguna parte, y la vida había que vivirla, atendiendo las exigencias que nos plantea a cada momento. Y a la edad de veintisiete años, lo más lógico y normal era que pensara en casarme y crear una familia. Mis dos hermanos mayores ya lo habían hecho, aunque yo, antes de hacerlo, con las obligaciones y ataduras que esto lleva consigo, quería expansionarme y divertirme todo lo posible, para resarcirme, al menos en parte, de lo que no pude hacer en los años anteriores, cuando por imperativos de la edad, hubiera sido lo más lógico y normal, aunque las circunstancias lo impidieron.

Reintegrado de nuevo a los trabajos agrícolas en la explotación agraria familiar, mi vida había recuperado el ritmo normal que tuvo hasta que se vio interrumpido unos años antes a causa

de la guerra, sólo que ahora con más edad y mucho más curtido por los avatares de la vida.

Y mis aficiones por la lectura seguían intactas, aficiones a las que seguía dedicando varias horas diarias, para poder llenar ese vacío espiritual que sentía en muchos momentos, como si me faltara algo para vivir la vida en plenitud. Era esa la única forma de autocultivarme que tenía, proporcionándole a mi espíritu la satisfacción que siempre me produjo la placentera ocupación de la lectura.

Y para adquirir unos conocimientos prácticos adicionales, estudié unos cursos de topografía y agrimensura por correspondencia a través del Instituto Popular Politécnico de Sevilla, que me sirvieron para ejercer de Agrimensor, aunque el Diploma que me dieron al finalizar los estudios no tenía convalidación oficial. Pero al menos, había adquirido unos conocimientos que me fueron de gran utilidad.

Los amigos más íntimos que tenía cuando empezó la guerra, unos habían muerto en la contienda, otros estaban en la cárcel por motivos políticos y otros se habían casado ya. Por eso, las cosas ya no fueron igual, desde esa perspectiva, pues el paso de los años y de los acontecimientos, va marcando las diferencias en el curso vital de cada uno de nosotros.

Por otra parte, las costumbres habían cambiado mucho respecto a la época de la preguerra. Ahora eran mucho más cerradas y estrictas.

Las publicaciones periódicas humorísticas y festivas que tanto abundaron entonces, habían dejado de publicarse, ya que la censura era muy rigurosa en todos los medios de comunicación que se deshacían en panegéricos al Régimen Político nacido de la Guerra Civil. En aquellos tiempos se podía hablar de todo menos de política. Hablar de política era tabú, como si la política fuera una asignatura maldita que había que silenciar y desterrar del pensamiento de las gentes, como si fuera la causa de todos los males y de todas las desdichas de los pueblos. Y la política era suplida por la celebración de acontecimientos taurinos y deportivos, sobre todo, balompédicos. Y si en esas competiciones tomaba parte la Selección Nacional, entonces estábamos todos pendientes de sus actuaciones, como si del resultado de la misma dependiera el ho-

nor nacional. A falta de otros logros en el campo de la ciencia y de la investigación, cifrábamos todo nuestro orgullo nacional en lograr unos éxitos deportivos que paliaran nuestras deficiencias en otros aspectos del saber humano. En la actualidad, también son jaleados los triunfos deportivos en las distintas modalidades, de nuestros representantes cuando actúan en nombre de España, pues esto resulta muy halagador en todo momento, pero estos posibles éxitos ya no se utilizan para ocultar deficiencias y frustraciones de ninguna índole, como ocurría entonces, cuando en algunos casos se llegaba casi al paroxismo, como ocurrió con aquel famoso gol de Zarra en el Estadio de Maracaná, de Río de Janeiro, jugando contra la «pérfida Albión». Aquel gol fue considerado como una Gesta Heróica de la Raza Hispana, que hizo removerse en sus tumbas los huesos de Don Pelayo y del Cid Campeador, y que borraba todas las afrentas que nos había propinado Inglaterra desde hacía mucho tiempo, particularmente, por no querer devolvernos Gibraltar, a pesar de nuestras contínuas protestas en ese sentido.

La propaganda oficial se manifestaba en el sentido de que el pueblo pasaba de la política y no quería saber nada de esta cuestión, cuando en realidad, al pueblo no se le consultaba para nada, para saber qué es lo que quería o dejaba de querer. Se hablaba en nombre del pueblo sin pedirle su opinión para nada. Es lo que suele ocurrir en todas las dictaduras habidas y por haber, en todas las partes del mundo.

No obstante, esta rigidez en las costumbres y en las formas de gobernar, en los lugares públicos del campo de Elche, empezaron a organizarse bailes en las tardes de los domingos y de los días festivos. Estos bailes eran de diferentes modalidades a los de los años anteriores. Los bailes de la preguerra donde los chicos y las chicas bailaban unos frente a otros, sin que se produjera el más mínimo contacto corporal, había pasado de moda y se iba abriendo camino el baile «agarrao», donde las parejas bailaban abrazados, aunque las chicas más mojigatas procuraban, con el codo, apartar a su pareja lo más posible, pues un contacto muy íntimo se consideraba pecaminoso, sobre todo por parte de las madres, que no dejaban a las chicas solas ni a sol ni a sombra, en una vigilancia constante, sobre todo, cuando habían chicos cerca. Estos bailes y las fiestas anuales que se celebraban en las Ermitas de las

Partidas Rurales, a lo largo del año, para honrar a los Santos Patronos correspondientes, eran casi las únicas ocasiones que tenían los chicos y chicas de conocerse y relacionarse entre sí. Y de este conocimiento superficial surgían, en muchos casos, unas relaciones serias y formales que desembocaban en la vicaría.

En los años de la posguerra se generalizó el uso de la bicicleta por parte de todos los chicos del campo de Elche, y unos años más tarde también por las chicas, cuando salieron al mercado unas bicicletas acondicionadas para que las faldas que vestían todas no fueran un estorbo (lo de vestir pantalones las mujeres, entonces era una cosa inimaginable). Con este vehículo de dos ruedas los chicos ya podían ampliar su radio de acción, en sus correrías domingueras en busca de su media naranja, radio de acción que abarcaba la totalidad del campo de Elche y que se recorría en poco más de una hora. Esta facilidad de traslado propició el que, en muchos casos, las parejas de novios vivieran en puntos muy alejados el uno del otro, cosa que no solía ocurrir en época de sus padres, ya que al tener que viajar a pie, la novia solía ser de las cercanías de la residencia del novio.

En aquellos tiempos la bicicleta fue el vehículo popular que facilitó el desplazamiento individual de los hombres, que de esta forma, ganaban tiempo y ahorraban esfuerzo cuando tenían que viajar de un lugar a otro, y que cubrió una etapa de transición entre el carro y el automóvil, aunque hasta llegar a éste, con toda la fuerza absorbente de su dominio, la motocicleta brilló con luz propia, si bien estos destellos fueron efímeros y fugaces. La motocicleta, al fin y al cabo, fue como una bicicleta más rápida, de dos ruedas también, en que la fuerza de las piernas del ciclista, para darle impulso, había sido sustituida por el motor de explosión alimentado por la gasolina. De todas formas, la motocicleta no ha perdido vigencia en estos tiempos actuales en que la masificación automovilística ha desbordado todas las previsiones y se ha convertido en un serio problema circulatorio, tanto en las carreteras como en las grandes poblaciones. Pero el uso de la motocicleta en la actualidad obedece a unas necesidades muy diferentes a las que había en un principio. Hoy, el uso de la motocicleta, sobre todo, las de gran cilindrada, obedece más a un esnobismo que a una necesidad, ya que generalmente, los que tienen estas motos,

tienen coche también.

A pesar de que las costumbres y los comportamientos de la gente iba experimentando ciertos cambios, respecto a lo que eran en los años anteriores a la guerra, habían algunas tradiciones lúdicas que se conservaban intactas, como si el tiempo ni hubiese pasado. Estas tradiciones festivas del colectivo campesino consistían en ir a la playa en determinadas fechas veraniegas y en asistir a algunas romerías fuera del término municipal de Elche, romerías que se venían celebrando desde hacía mucho tiempo.

A la playa, las familias campesinas solían ir una, o como máximo dos veces al año, y sólo por espacio de unas horas. Los que vivían en la márgen derecha del Vinalopó (Algorós, Algoda, Derramador, etc.) solían ir a las playas del Pinet y de la Marina. Los de Alzabares, Asprillas, Las Bayas, etc. a las de Santa Pola, y los de Perleta, Maitino, Torrellano, etc. a las del Carabasí. Los que iban dos veces lo hacían el Día del Miracle (10 de julio) y el Día de San Chaume (25 de julio) y los que iban una sola vez solían decantarse por la segunda fecha, que en Elche siempre fue festiva, tanto para el campo como para la población.

En todos los casos, solía ocurrir siempre lo mismo: dos o tres familias de vecinos, a las cuatro de la madrugada, cada uno con su carro, con una o varias caballerías, emprendían la marcha hacia la playa a donde llegaban una hora después de salir el sol. Plantaban los carros a pocos metros del agua, montaban un sombrajo para protegerse del sol y se disponían a pasar el día lo mejor posible. Como habían llevado todos los elementos y viandas necesarias, al medio día se montaba un fogaril en tierra, a cierta distancia de los carros, para cocinar el arròs i pollastre, que era la comida tradicional en esos días, y que de ninguna manera podía faltar.

Antes de la comida, se bañaban las personas y las caballerías. Después se comía tranquilamente, sentados todos sobre la arena, con abundante acompañamiento del vino de la tierra (si era de Matola, mejor) hasta dar buena cuenta del rico manjar. Y para postre, una sandía de regular tamaño, de roja y jugosa pulpa, criada en la propia tierra.

A media tarde, una vez hecha la digestión, se repetía el baño, se cargaba todo en el carro y se emprendía el regreso a casa a donde se llegaba ya anochecido, y hasta el año próximo. Y ahí termi-

naban las vacaciones.

Había dos romerías que han llegado hasta nuestros días y que se vienen celebrando desde hace mucho tiempo, a las que asistían muchos agricultores ilicitanos por aquellos años. Estas romerías son las de Santa Águeda (5 de febrero) en la Ermita de este mismo nombre, en las proximidades de Catral, y la de San Pascual (17 de mayo) en las proximidades de Orito, en Monforte del Cid. Por proximidad geográfica, a la Coveta de San Pascual iban, preferentemente, los de la margen izquierda del Vinalopó y a Santa Águeda los de la margen derecha. Como es lógico todos iban en carros, que era el único medio de transporte que había entonces, individualmente o en grupos de varios, para que el viaje resultara más bullanguero y divertido.

Lo tradicional era comprar turrón en Santa Águeda, que era lo que más abundaba, aunque solía ser de baja calidad, y cayadas y horcas para la trilla en la Feria de San Pascual que se montaba en las proximidades de la Coveta donde se venera a este franciscano aragonés que subió a los altares.

En cuanto a las festividades de la población, los agricultores solamente iban a las más importantes: Jueves y Viernes Santo, Domingo de Ramos, Pascua Florida, 14 y 15 de agosto y poco más. Entonces el colectivo campesino tenía sus propias costumbres y sus propias tradiciones, bastante diferentes de las que tenían las gentes de la población.

Y mientras estas cosas ocurrían, la Guerra Mundial había terminado con el triunfo de los Ejércitos Aliados, después de seis años de luchas feroces y encarnizadas batallas. Las tropas angloamericanas habían desembarcado en Francia, por las costas de Normandía, el día 6 de junio de 1944, en el día más largo que recuerda la Historia. Y tras romper las defensas costeras alemanas, que ofrecieron una encarnizada resistencia que, no obstante, no pudo impedir que las tropas aliadas pusieran de nuevo su pie en el continente, en la mayor concentración de fuerzas atacantes y de medios bélicos que vieron los siglos, prosiguiendo su avance incontenible por los campos franceses. Y el General Degaulle, al frente de las tropas francesas libres, reconquistó París sin disparar un tiro, ya que los alemanes se habían retirado previamente. Este formidable Ejército Aliado iba empujando a los alemanes hacia

el este, mientras que el Ejército Ruso, que había tomado también la iniciativa en todos los frentes, los empujaba, irresistiblemente, hacia el oeste, recuperando en poco tiempo todo el terreno que habían perdido en los primeros meses de la guerra. Estos dos formidables ejércitos, recuperados por completo de los grandes quebrantos sufridos en los primeros tiempos de la guerra, avanzaban ahora de una manera sincronizada, hasta terminar por completo con la formidable máquina de guerra alemana, que tuvo en jaque al mundo entero durante seis largos años.

Unos meses antes se había rendido Italia, después que los aliados habían ocupado la mayor parte de su territorio, proclamándose la República tras el derrocamiento del Régimen Fascista y la muerte de Mussolini, en la zona montañosa del norte de la península, a manos de los guerrilleros partisanos que le impidieron llegar hasta Suiza.

La Guerra del Pacífico duró unos cuantos meses más que la europea, pero cuando los americanos, a primeros del mes de agosto de 1945, lanzaron una Bomba Atómica sobre Hiroshima, y dos días después otra sobre Nagasaki, que causaron centenares de miles de muertos entre la población civil de estas dos grandes ciudades niponas, el Japón se rindió, incondicionalmente, de una manera inmediata. A partir de estos momentos, las armas callaron en todos los rincones del mundo, dando por finalizada la más sangrienta y devastadora guerra que conocieron los siglos, guerra que causó más de cincuenta millones de muertos en los frentes de lucha y las retaguardias de todos los países contendientes.

Como consecuencia de sus respectivas derrotas, Japón fue ocupado temporalmente por las tropas americanas, y Alemania dividida en dos mitades. La mitad Oriental, que se llamó República Democrática Alemana, quedó bajo el dominio de la URSS, y adoptó un Régimen Político Comunista, como el de sus valedores, y la Occidental, que se conocía como República Federal Alemana, se quedó ocupada por las tropas americanas, inglesas y francesas, y su Régimen Político era Democrático y Federal, como indicaba su nombre, y tenía una economía de libre mercado. La República Federal reconstruyó su territorio en pocos años y de una nación hundida y destrozada pasó a ser, al cabo de un tiempo, la locomotora de Europa y una de las naciones más ricas y prósperas del

mundo, a base de trabajo y esfuerzo. Otro tanto le ocurrió al Japón, que pasó por las mismas circunstancias. En cuanto a la población de Berlín quedó ocupada por las cuatro potencias vencedoras. La división alemana en dos mitades, finalizó en octubre de 1990, en que se reunificó de nuevo.

Al finalizar la guerra España se quedó en una situación difícil, al perder los valedores que habían sido vencidos. La Comunidad Internacional le volvió la espalda al Régimen de Franco, al acusarle de colaboracionista con las Potencias del Eje, y por lo tanto, no fue admitido en las Naciones Unidas, creadas unos meses antes de finalizada la guerra, sino que por el contrario, éstas determinaron que todos sus miembros retiraran a sus Embajadores acreditados en Madrid, aislando a España por completo del concierto internacional. Este aislamiento diplomático duró un quinquenio, concretamente, desde 1945 a 1950, y trajo consigo una larga etapa de escasez, de penurias y de rigurosos racionamientos de los elementos básicos para el sustento humano. De esta manera, se alargó mucho más aún las lamentables secuelas de la Guerra Civil Española, que ya de por sí fueron desastrosas.

A pesar de todo, la vida continuaba y había que vivirla y por lo tanto, había que olvidar el pasado y mirar de frente al futuro.

Así las cosas, un día conocí a una chica de Torrellano, en uno de aquellos bailes que celebraban los domingos por la tarde iniciando unas relaciones que durarían seis años, y que desembocarían en matrimonio. Esta chica que después fue mi esposa y que lo sigue siendo aún, era alta, morena, de ojos negros y bien parecida. Lo que en un principio fue una relación superficial, se fue formalizando hasta convertirse en mi esposa, la madre de mis hijos y mi compañera ideal y afectuosa a lo largo de más de cuarenta años de una convivencia tranquila y sosegada.

Esta chica vivía entre Torrellano y El Altet, a dieciseis kilómetros de mi casa. Así es que cada vez que iba a «festechar» montado en bicicleta, hacía un recorrido de ida y vuelta de treinta y dos kilómetros. Como iba tres veces a la semana, durante seis años, hice un recorrido aproximado de treinta mil kilómetros, tantos como si le hubiera dado seis vueltas a la Península Ibérica, por la costa. Pero estas caminatas, como se hacen a gusto, no pesan, y el camino nos parece más liviano. Solía gastar una hora en la ida y otro

tanto en el regreso. Por aquellos tiempos, las vías de comunicación estaban en peores condiciones que en la actualidad, y el tráfico era muy inferior al actual, pero se caminaba más lentamente.

Yo siempre dije que no me casaría hasta que me cansara de ser soltero, y que sólo lo haría a impulsos de mi propia voluntad, sin importarme si esto se producía un poco antes o un poco después. Tanto fue así que mis dos hermanos menores se casaron antes que yo, lo cual no me importó demasiado, a pesar de que mis padres construyeron una casa nueva exprofeso para mí, algún tiempo antes, para que pudiéramos hacer el nido a nuestro gusto.

Yo soy de los que creen que el matrimonio es una cosa seria y que hay que meditarlo mucho antes de dar ese paso, para evitar, en lo posible, que termine en un rotundo fracaso, como ocurre con demasiada frecuencia. Y sobre todo, que cuando nos decidamos, conscientemente, a cambiar de estado civil, al menos tengamos asegurado el porvenir económico de la nueva familia que nace en esos momentos, pues al matrimonio hay que aportar también otras cosas, además de amor, con ser esto de capital importancia. Desgraciadamente, la triste realidad nos demuestra que lo de «contigo a pan y cebolla» frecuentemente, termina mal, para desgracia de los muy románticos, ya que una cosa es el deseo y la ilusión juvenil, y otra muy distinta, la descarnada realidad de la vida diaria. Pero también es cierto que a Cupido lo pintan con los ojos vendados y cuando nos hiere con sus dardos nos suele disminuir nuestras facultades de raciocinio, y en algunas ocasiones nos dejamos llevar por la pendiente de la inconsciencia hasta sumergirnos en una especie de nirvana que nos hace flotar en el aire como en un estado de gracia del que no quisiéramos despertar nunca.

Pero de todas formas, cuando de casarse se trata, más que hacerlo pronto y precipitadamente, lo que importa, a mi entender, es hacerlo con ciertas garantías de seguridad, sin olvidar, por supuesto, los avatares imprevisibles que nos pueden surgir al paso de los días y que nos pueden echar por la borda todas nuestras previsiones. En esto, como en todo, siempre es preferible preveer antes que lamentar después, como acertada norma de conducta a seguir cuando tengamos que tomar importantes decisiones en la vida, aunque la suerte también juega un papel importante en estos casos. Pero de todas formas, en cuestiones de amor, el papel de



Fue el 14 de diciembre de 1949.

consejero está muy desacreditado, por el poco caso que le hacen. Y tal vez sea mejor así, pues las personas también debemos tener el derecho a equivocarnos alguna vez en la vida, si lo hemos hecho libremente, aunque después lo lamentamos durante mucho tiempo. Y las equivocaciones por amor, siempre deben ser comprensibles y perdonables.

Y como todo llega en esta vida, al fin llegó el día de mi boda. Eran las doce de la mañana del día 14 de diciembre de 1949 (miércoles, por más señas), cuando ante el Altar Mayor de la Iglesia Arciprestal de Santa María, de Elche, Baltasar Brotóns García y Vicenta Llobregat Baeza dijeron «sí quiero», uniéndose en Santo Matrimonio, «para lo bueno y para lo malo, en la salud y en la enfermedad y hasta que la muerte los separe». Aunque un poco tarde, di un paso al frente y crucé el Rubicón de la soltería. Yo tenía entonces treinta y tres años y mi esposa veintinueve. Yo vestía un traje azul marino (muy de moda entonces) y la novia un traje negro, con sombrero del mismo color.

La ceremonia fue sencilla y entrañable y no hubo banquete de boda, ya que salimos inmediatamente en viaje de novios de quince días de duración. El recorrido fue Valencia, Barcelona, Zaragoza, Madrid, San Lorenzo del Escorial y Aranjuez. Lógicamente, fue aquél un viaje muy bonito y placentero.

Entonces, la gente, por gusto, viajaba muy poco. Pero nosotros no nos quisimos privar de hacer ese viaje que después se recuerda con tanta nostalgia a lo largo de toda la vida.

Como dato anecdótico diremos que la noche anterior al día de nuestra boda, descargó sobre esta comarca una tormenta impresionante, con gran aparato eléctrico y abundantísima cantidad de agua. Tan fuerte fue la tormenta y tanta el agua caída, que la población de Elche estuvo toda la noche sin luz eléctrica, y hubo varias roturas en la vía del tren a la entrada de Alicante y en los alrededores de Villena. Por tal motivo, tuvimos que modificar nuestros planes de viaje, cambiando el autobús por el tren en los primeros desplazamientos.

Lógicamente, yo no consideré aquella tormenta como un funesto aviso, como una premonición de que pudiera ocurrirnos algo malo en nuestra nueva vida que empezábamos ese día, sino como un fenómeno natural, aunque extraordinario, que había coin-

cidido en el tiempo. O tal vez fue un agasajo que nos brindó la Naturaleza, y quiso celebrar nuestra unión, anticipadamente, de la manera más simpática y ruidosa que pudo. Seguro que fue eso, ya que después todo nos ha ido bastante bien y no tenemos motivos de queja.

8

En los primeros años de la década de los cincuenta volvieron los Embajadores Extranjeros acreditados en Madrid que habían sido retirados al finalizar la Guerra Mundial, con lo cual España restableció plenas relaciones diplomáticas con la Comunidad Internacional (excepto con algunas naciones americanas de habla castellana, entre las que se encontraba Méjico, que continuó manteniendo relaciones diplómaticas con la República mientras Franco vivió, y no reconoció a su Régimen hasta después de su muerte iniciada la transición política española.

Durante los años de aislamiento diplomático de España, pc parte de las naciones vencedoras en la Guerra Mundial, las do únicas naciones que apoyaron a Franco económica y diplomáticamente, fueron Argentina y Portugal, particularmente la primera, que nos mandó grandes cantidades de trigo, de carne y de otros productos alimenticios, de los que estábamos muy necesitados. Gracias al trigo argentino, la ración de pan de los españoles se pudo mantener, durante aquellos años, en unos niveles medios, más bien bajos. Sin este trigo las raciones hubieran sido mucho mas restringidas.

Fué entonces cuando Eva Duarte de Perón («Evita») aquella hermosa y carismática mujer, que antes de casarse con Perón habia sido artista de variedades, visitó España, en un viaje triunfal y multitudinario, que cautivó a todos los españoles, que veían en ella a una especie de Hada Protectora, todo gracia y simpatía. Aquella encantadora mujer no tuvo suerte en la vida, ya que a ls pocos años murió siendo muy jóven aún.

Pero las circunstancias iban cambiando poco a poco a favor del Régimen de Franco, gracias a la creciente tirantez que surgió

entre la URSS y las naciones que hasta unos años antes habían sido sus aliadas en la guerra contra Alemania. Esta tirantez se incrementó mucho con el bloqueo de Berlín en junio de 1948, bloqueo que obligó a Estados Unidos, Inglaterra y Francia a abastecer de todo lo necesario a sus respectivos sectores berlineses por vía aérea, durante más de un año, al no poder hacerlo por tierra, creando una gran tensión internacional, que en varios momentos, estuvo a punto de desencadenar una nueva guerra entre los antiguos aliados. Fue aquél un formidable test de fuerza entre las potencias occidentales y la URSS, que al final tuvo que ceder en su empeño distorsionador, restableciendo de nuevo las comunicaciones por tierra entre la República Federal Alemana y los enclaves de Berlín, tal como establecían los convenios firmados entre ellos cuando Alemania se rindió.

La «Guerra Fría» como se denominó a estos tácitos enfrentamientos en Rusia y sus antiguos aliados, favoreció sobremanera al Régimen Franquista, ya que los Estados Unidos entendieron que Franco que había demostrado ser un anticomunista visceral, podía servirle de un válido apoyo táctico en el supuesto de que los enfrentamientos ruso-americanos llegasen a mayores. Por eso, a pesar de no estar de acuerdo con los planteamientos de su Régimen político de corte dictatorial, les interesaba la apoyatura estratégica de España para combatir mejor la creciente expansión rusa que dominaba política y militarmente, toda la Europa Central, tras la que se denominó «El Telón de Acero». Rusia y sus satélites crearon el bloque militar llamado Pacto de Varsorvia, en contraposición al Pacto del Atlántico Norte, con sede en Bruselas, formado por las potencias democráticas de ambos lados del Atlántico. Estos dos bloques militares se armaron hasta los dientes, incluso, con submarinos y misiles atómicos de largo alcance, manteniendo al mundo en vilo durante bastantes años.

En estas circinstancias, España consiguió romper el aislamiento absoluto en que se encontraba inmersa, al firmar primero un Concordato con la Santa Sede en agosto de 1953, y un mes más tarde un Convenio con los Estados Unidos, mediante el cual los americanos podían establecer varias bases militares en territorio español. A partir de esos momentos, los Estados Unidos incrementaron el comercio con España, exportando hacia nuestro país mu-

chos productos básicos para rehabilitar muestra industria, nuestra agricultura y nuestra ganadería, que se encontraban en un estado muy precario.

Por otra parte, el 14 de diciembre de 1955 España fue admitida, de pleno derecho, en el seno de las Naciones Unidas, gracias a la influencia de los americanos que fueron sus valedores, terminando, de esa manera, su aislamiento y marginación de la Comunidad Internacional que había durante diez años, que fueron muy nefastos para nuestro país. De esta manera, Franco había conseguido la supervivencia política al frente de los destinos del Estado Español, gracias a las circunstancias internacionales, que le fueron favorablaes, y también a la división manifiesta de sus enemigos políticos que vegetaban dispersos en el exilio y que no fueron capaces de formar un frente común antifranquista por falta de apoyos exteriores y de una decidida voluntad aglutimadora de las diferentes tendencias axistentes, que iban desde los comunistas hasta los monárquicos.

Y mientras, la República Española, presidida por Martínez Barrios, languidecía lentamente en el exilio, manteniendo enhiesta la bandera de una legalidad que se iba difuminando poco a poco, cada día más sola y abandonada. Solamente la República de Méjico se le mantuvo fiel hasta los últimos momentos. Esto, hasta cierto punto, tenía su lógica explicación, ya que a Méjico fueron a parar el mayor contingente de exiliados políticos españoles, entre los que había miles de catedráticos, profesores, médicos, abogados, ingenieros, arquitectos, etc. Con el reconocimiento de la República Méjico correspondía, de alguna manera, a la inportante labor cultural que estos españoles del exilio llevaron a cabo en este país, durante la época de su destierro que se les tenía vetado su regreso a España, so pena de juicios y encarcelamientos, por motivaciones políticas.

Así pues, una vez firmado el Convenio Hispano-Americano, y realizada la visita a Madrid del General Eisenhower, Jefe de los Ejercitos Aliados en los últimos tiempos de la guerra, y en aquellos momentos Presidente de los Estados Unidos, se iniciaba una nueva Era para el Régimen de Franco que se veía más respaldado. En efecto, aquel desfile en coche descubierto por el Paseo de la Castellana, en que Franco y Eisenhower revistaban juntos las tro-

pas que les rendían honores y que fue retransmitido por el NODO, dio la vuelta al mundo y constituyó el espaldarazo difinitivo al Régimen Franquista por parte de la nación mas poderosa del mundo. No obstante, no queremos entrar en valoraciones sobre el precio que España tuvo que pagar para que se produjera ese cambio de comportamiento hacia España, por parte de los americanos. Esa es otra cuestión muy distinta. Pero el caso es que aquel gesto de los Estados Unidos supuso el allanamiento de todos los escollos internacionales que España había encontrado en su camino en los años anteriores, y marcaba el inicio de una ayuda que sería fundamental para que nuestro país empezase una época de recuperación y desarrollo muy importante. Con estas masivas ayudas pudimos empezar a salir de aquella situación tercermundista en que estábamos sumidos. Lógicamente, este desarrollo fue mucho más lento que el experimentado por las otras naciones europeas que se vieron favorecidas por la lluvia de dólares del Plan Marshall, del que España quedó excluida.

A partir de estos momentos, la americanos trajeron pertrechos bélicos a las bases militares de Zaragoza, Torrejón y Rota, que ellos montaron con arreglo a lo que estipulaban las cláusulas del Convenio de Colaboración firmado por ambos Gobiernos. Estas bases eran puntos logísticos de primer orden, con la mirada puesta en Rusia y sus satélites, integrados en el Pacto de Varsovia, particularmente, como bases aéreas.

Pero además de bombas, submarinos atómicos y aviones de los últimos modelos, como elementos de disuación ante el potencial enemigo ruso, los americanos nos trajeron tambien cereales, leche en polvo, legumbres, nueva tecnología para la fabricación de piensos compuestos, películas en blanco y nugro en las que se exaltaba el modelo de vida de la sociedad americana, pantalones vaqueros y camisas a cuadros, entre otras muchas cosas. Tanto las películas como la moda en el vestir «Made in USA,» irrumpieron en el mercado español como un torbellino que todo lo arrastra, ganando millones de adeptos de la noche a la mañana, como ocurrió unos años mas tarde con la Cola Cola, que llegó a todos los confines del mundo.

Como consecuencia de todas estas cosas, en el espacio de poco tiemo cambiaron las costumbres y los cmportamientos de los

españoles, ya que todo lo amenicano hacía furor porque se le consideraba de mejor calidad. A los americanos se les agasajaba y se les rendía pleitesía, como quedó muy bien retratado en la película «¡BIENVENIDO MISTER MARSHALL.!» protagonizada por el actor cómico Pepe Isbert, y dirigida por José García Berlanga. Pero este mimestismo por todo lo americano —más bien papanatismo—, no ocurrió solamente en España sino en medio mundo, donde el Tío Sam había extendido sus tentáculos, al socaire de su poderío militar y de la fortaleza de su Dólar.

La Guerra Civil Española terminó casi por completo con la cabaña nacional, y cuando terminó la contienda la ganadería española había quedado reducida a su mínima expresión. Ésta se recuperó muy lentamente en la primera década de la posguerra, y los pocos animales que habían se alimentaban a base de piensos simples, como son la cebada, la avena el maiz, la alfalfa, etc. como se venía haciendo desde tiempo inmemorial. Pero estos métodos cambiaron radicalmente a partir de 1953, ya que como dijimos antes, los americanos introdujeron en España nuevas fórmulas de nutrición animal que revolucionaron todo su proceso alimenticio: Nos estamos refiriendo a los piensos compuestos, que con diferentes fórmulas sirven para alimentar toda clase de animales productores de carnes (patos, gallinas, ovejas, cabras, novillos, cerdos, conejos, etc.). Con estas modalidades de piensos compuestos, cuyos elementos básicos son harina de cebada, leche en polvo, harina de maiz, harina de soja, harina de pescado, etc. mezcladas de una manera equilibrada y racional, según la especie de que se trate y según la edad de los animales, no solo se obtiene una mayor producción de carne de buena calidad sino que se consigue producirla en menos tiempo.

A partir del conocimiento de estas nuevas fórmulas de piensos compuestos (el maiz y la soja se importaban casi en su totalidad de los Estados Unidos, que los producían en grandes cantidades,) se montaron en España muchas fábricas para producirlos, dos de las cuales se ubicaron dentro del término municipal de Elche: LEPSA (Levantina de Piensos, S.A.) de capital privado, radicada en Algorós y la Cooperativa de Ganaderos AGRUPOR que se estableció primero en Alzabaras Bajo y después en Llano de San José.

Estos adelantos en la fabricación de piensos compuestos trajeron unas perspectivas extraordinarias para la ganadería española en general, que aumentó de volumen de una forma extraordinaria. Y en lo que al campo de Elche se refiere, en el 95% de las viviendas rurales habían animales productores de carne, de una u otra variedad y en mayor o menor cantidad. Fue la época más esplendorosa de la ganadería ilicitana de todos los tiempos, y en la mayoría de los casos, eran pequeñas granjas familiares por el sistema de estabulación, preferentemente, de ganado porcino. No obtante, en el campo de Elche, ganaderos con dedicación exclusiva había muy pocos, ya que en su inmensa mayoría eran agricultores por cuenta propia que se dedicaban a la ganadería como una actividad complementaria de su ocupación habitual.

Como la agricultura en la década de los años cincuenta aún conservaba una parte importante de su rentabilidad, que tuvo su mayor florecimiento en los primeros años de la posguerra, la situación de los agricultores continuaba siendo boyante, y con el producto de sus pequeñas granjas familiares, veían incrementados sus engresos diarios, aunque también tenían que trabajar más horas para poder atender la dos actividades al mismo tiempo. Fue aquélla una época en que la tierra del campo de Elche estaba bien cultivada en su totalidad, en que todos los agricultores se sentían satisfechos y orgullosos de su profesión, por que podían vivir digna y holgadamente del producto de su trabajo. El campo de Elche rezumaba alegría y prosperidad por todos los poros de su piel, dentro, claro está, de las estrictas limitaciones de un minifundio casi generalizado, o lo que es lo mismo, en unas explotaciones familiares de reducidas dimensiones que solo daban para vivir una familia y acumular unos pequeños ahorros.

Con las ayudas de los americanos habían llegado también los primeros atisbos de la mecanización de la agricultura. Hasta entonces, los trabajos agrícolas se realizaban manualmente por los hombres (y también por las mujeres, por supuesto) o a través de aperos arrastrados por las caballerías. El transporte se hacía todo mediante carros, se labraba en arados romanos (unos años antes se había introducido el arado de vertedera, que fue una gran innovación en el cultivo de la tierra) tirados por una o dos caballerías (lo de labrar con yuntas de bueyes, en el campo de Elche no era

frecuente, eso era mas propio de la Vega Baja y la Huerta de Murcia) se trillaban las mieses en las eras como se venía haciendo desde tiempo inmemorial, etc. Y en todos los demás trabajos donde no se podía utilizar la ayuda de las caballerías, tenían que realizarlos los hombres con sus propias manos. Algunos de estos trabajos eran bastante pesados y fatigosos, como cavar y segar las mieses, por ejemplo.

Pero a partir de estos años, algunas Cooperativas Agrícolas ilicitanas empezaron a adquirir maquinaria agrícola, para el servicio de sus propios socios, tales como tractores para labrar la tierra y máquinas para trillar las mieses, que eran dos de los trabajos mas pesados que hacían los hombres y las caballerías conjuntamente.

En el transcurso de la década de los años cincuenta, la geografía agraria ilicitana fue cambiando otra vez, poco a poco, de fisonomía. El comercio internacional con España se fue normalizando de nuevo, y ya recibíamos casi todo lo que precisábamos para cubrir nuestras necesidades mas perentorias. Por lo tanto, aunque estábamos descapitalizados y faltos de divisas, la situación había mejorado mucho en lo que a abastecimientos se refiere. De ahí el que algunos productos agrarios, como el trigo, por ejemplo, que hasta enteonces habían estado supervalorados por su escasez, al abundar de nuevo bajó mucho de precio y los agricultores perdieron interés por este cereal y lo sustituían por determinadas hortalizas y verduras que resultaban más atractivos y rentables, como era el caso de los melones, las habas, los guisantes, los tomates, los pimientos, etc, de los que se exportaban grandes cantidades a otros mercados consumidores. Este comercio interior (entonces para el extranjero se exportaba muy poco) de productos agrarios ilicitanos que estaban muy acreditados, y por lo tanto, alcanzaban cotizaciones relativamente altas, proporcionaban al campo de Elche cuantiosos ingresos en todas las épocas del año, ya que se plantaban hortalizas de diferentes variedades para cosecharse en todo tiempo.

Mi cambio de estado civil apenas supuso modificación alguna en mi vida diaria. Una vez de vuelta de nuestro viaje de novios y alojados en nuestro flamante hogar, me reintegré a mis habituales ocupaciones en la agricultura, trabajando, por cuenta propia,

en la explotación familiar que había heredado de mis padres, que previamente nos habían repartido todo su patrimonio a los cinco hermanos.

Nuestra casa de campo, que mis padres construyeron exprofeso para mí, y que está orientada hacia el sur como casi todas las viviendas rurales del campo de Elche (esto es así para que estén mas abrigadas en invierno cuando suelen soplar los gélidos vientos del norte) ni era muy grande ni muy lujosa. Era sencillamente, una vivienda corriente y normal, más que suficiente para una pareja de recien casados. Su extructura externa era lo más corriente en aquellos tiempos: Tejado a dos aguas, con techumbre de tejas planas, paredes revestidas de yeso y «porchà» delantera para protegerla de los rigores del sol en Verano. Fue esta una de las primeras casas que se construyeron en el campo de Elche con dos puertas en la fachada principal y con dos pasillos centrales. Uno de estos pasillos daba entrada a los dormitorios y el otro a la cocina y el comedor. Posteriormente, he introducido varias modificaciones en esta casa y se le han añadido nuevas dependencias a su cuerpo original. La tierra donde está asentada esta vivienda linda con la carretera de Matola y dista tres Kilómetros de Elche. Cuando mi padre la compró en 1944, formaba parte de la finca del Cercat de Torres y le costó a 1.050 pesetas la tahulla. En cuanto a la vivienda que fue construida tres años después, costó cuarenta mil pesetas.

Cuando comparamos los precios de las cosas en aquella época con los de hoy, nos entra vértigo, por su diferencia abismal. Pero estas comparaciones siempre son relativas. Lo importante en cada época es que exista un cierto equilibrio en el valor de todas las cosas, aunque unos precios generales excesivamente baratos, suelen ser signos de pobreza y subdesarrollo.

Al cambiar de estado, y en mi condición de cabeza de familia, mi responsabilidad era mayor, ya que tenía que capitanear la nave familiar con mano firme, para ir eliminando todos los escollos que fueran surgiendo al paso de los días, y que a ser posible, no faltara nada para poder llevar una vida familiar medianamente digna y holgada. Claro está que mi esposa aportaba una valiosa colaboración en estas tareas comunes compartidas, aunque el mayor peso y responsabilidad recayese sobre mi persona, como es lógico.

En los primeros años de casados no teníamos ninguna cobertura de la Seguridad Social, y si surgía alguna enfermedad o accidente laboral que precisase asistencia médica u hospitalaria, teníamos que costearlo con nuestros propios medios, lo cual suponía un peligro latente, que podía surgir en cualquier momento, de imprevisibles consecuencias. En ese aspecto, mi familia tuvimos mucha suerte, ya que pasaron bastantes años sin que precisásemos asistencia médica, si exceptuamos los dos alumbramientos de mi esposa, alumbramientos que tuvieron lugar en nuestra propia vivienda, ya que entonces en Elche no habían hospitales ni residencias para atender estos casos. Cuando ocurría un hecho de esta naturaleza, se avisaba al ginecólogo que asistía a la parturienta en su propia cama. Y así, en todos los casos.

Llevado de mi afán emprendedor, y con el fin de intentar mejorar mi situación económica, empecé a desarrollar determinadas actividades comerciales, como mayorista de frutas y verduras, que había iniciado unos años antes, previo el pago de la correspondiente Licencia Fiscal. Estas actividades comerciales, como complementaria de las actividades agrícola y ganadera (también tuve granja porcina mucho tiempo) las desarrollé durante más de treinta años, y me sirvieron para entablar muchas relaciones personales y para crearme una posición económica si no boyante, al menos bastante sólida y a cubierto de cualquier quebranto o contingencia que pudiera surgir al paso de los años. Fue una labor lenta de muchos años de un trabajo constante y honesto, como lo demuestra el hecho de que, en términos generales, me gané el aprecio y la consideración de todas aquellas personas que tenían relaciones comerciales conmigo, lo que no siempre resulta fácil. Aquello fue algo así como una labor de hormiga hacendosa y ahorradora que gasta lo estrictamente necesario y que hace planes para un futuro imprevisible, partiendo de un presente esperanzador.

Y el futuro inmediato fueron dos hijos varones que vinieron al mundo con un intervalo de veintiún meses. El mayor, de nombre Baltasar (como su padre y su abuelo paterno) nació el 24 de marzo de 1951 (sábado de Gloria, por más señas) y el menor que lo bautizamos con los nombres de Juan Bautista Vicente (lo de Juan Bautista por su abuelo materno y lo de Vicente porque su madre quería que fuera niña para que llevara su nombre y el de su abuela



Con sus dos hijos, el Domingo de Ramos de 1959.

materna, y al ser varón quiso que se llamara también Vicente, que es con el nombre que le conoce todo el mundo) nació, con bastantes dificultades, por cierto, el día 16 de diciembre de 1952.

Entre el nacimiento de mis dos hijos murió mi padre a la edad de 72 años.

Por aquellos tiempos, casi la totalidad de las mujeres amamantaban a sus hijos en los primeros meses de su vida, pero mi esposa no pudo hacerlo con los suyos, ya que las glándulas que producen el «néctar de la vida,» no cumplieron con su obligación y permanecieron impasibles todo el tiempo del posparto, como si la cosa no fuera con ellas. Esta circunstancia nos ocasionó muchos quebraderos de cabeza, ya que por aquellos tiempos escaseaban mucho los productos idóneos para alimentar a los lactantes recien nacidos. Pero a base de muchos esfuerzos y gestiones pudimos solventar la difícil papeleta gracias a los botes de Pelargón que pudimos adquirir removiendo Roma con Santiago. Y con el Pelargón se criaron sanos y fuertes como lo demuestra el hecho de que al final de su crecimiento alcanzaran una estatura que llegó a un metro ochenta centímetros, lo que no está nada mal.

Con la llegada de los hijos ya teníamos mas incentivos y motivaciones para trabajar y afanarnos con el fin de que nada les faltara y para que pudieran abrirse camino en la vida. En estos casos, cuando nos mueven motivos tan nobles, todos los sacrificios que realizamos nos parecen pocos y se dan por bien empleados. Por otra parte, el vernos reflejados en unos hijos que han de ser los continuadores de nuestra estirpe, que son como un nuevo eslabón en la cadena del tiempo y las generaciones y los llamados a coger nuestra antorcha cuando por imperativos de la edad nosotros desaparezcamos de este mundo, siempre suele ser motivo de satisfacción y de alegría. De ahí el que criarlos y educarlos adecuadamente, dentro de nuestras posibilidades, sea una obligación irrenunciable que debemos afrontar y asumir plenamente, poniendo en el empeño todas nuestras ilusiones y nuestros afanes. Todo lo que hagamos en ese sentido, siempre será poco.

Durante aquellos años, yo planté muchos árboles frutales en mis tierras que carecían de ellos cuando mis padres las compraron, convirtiéndolas en un verdadero vergel al cabo de poco tiempo de cuidadosos cultivos. Y experimentaba una verdadera satis-

facción verlos crecer a todos al mismo tiempo, a los árboles y a los hijos, como una venturosa promesa de futuro en ambos casos, ya que los hijos con los años se hicieron hombres y los árboles, con el discurrir del tiempo, dieron sabrosos y espléndidos frutos, siguiendo los dictados de una sabia naturaleza siempre en permanente evolución creativa, con la colaboración del discurrir del tiempo que no se detiene en su eterna infinitud.

Y en mis horas de ocio, que no eran muchas, como siempre leía todo cuanto podía, más que como un hoby como un necesidad espiritual que sólo se saciaba leyendo varias horas diarias. Y así todos los días, todos los meses, todos los años. Por muy atareado que estuviese, por mucho que fuera el trabajo a realizar, para leer siempre encontraba un hueco a cualquier hora del día o de la noche. Era un hábito tan enraizado que si por alguna circunstancia especial un día cualquiera no podía cumplir esa especie de rito, me faltaba algo y no me encontraba plenamente satisfecho.

Otra cosa para mí muy gratificante y plancetera fue enseñar a mis hijos a leer las primeras letras. Para mí no me fue muy difícil hacer esta labor didáctica de iniciación a la lectura, ya que al verme leer a mí frecuentemente, querían imitarme desde muy temprana edad y ponían mucho interés en ello. Eso me facilitó mucho las cosas. La cuestión es que cuando fueron por primera vez a la escuela, a la edad de seis años, ya sabían leer y escribir correctamente, gracias al empeño que yo había puesto en ello.

Yo pienso que los padres deben ser los primeros maestros de sus hijos, siempre, claro está, que no exista ningún impedimento para que puedan llevar a cabo esta grata y entrañable labor. De la misma manera, el propio hogar debe ser la primera escuela de los hijos que crecen y abren los ojos a la vida a la sombra y al cuidado de los padres. Y las cosas que se aprenden y la manera como lo hagan en los primeros años de la infancia, condicionará, en gran medida, su forma de ser y su futuro. De ahí la inmensa responsabilidad de los padres en la educación inicial de sus hijos.

9

La mecanización de la agricultura ilicitana se realizó por completo, como se hizo con la del resto del agro español, en la década de los años sesenta. A los primeros tractores que unos años antes habían adquirido las cooperativas agrícolas para poder llevar a cabo trabajos comunitarios entre el colectivo de sus socios, se fueron agregando muchos centenares más, de diferentes marcas y tamaños, que iban comprando los propios agricultores a título particular, para cultivar sus propias tierras. Y toda esa masa de nuevas máquinas agrícolas que proliferaban como hongos después de una lluvia de otoño, fueron desplazando poco a poco a las caballerías de labor, hasta que desaparecieron por completo de todas las casas de campo. Y a estos tractores, se les añadían diferentes aperos adicionales para poder hacer toda clase de trabajos agrícolas. Y entre esos aperos, estaban los remolques que podían sustituir, con ventaja, a los carros en los transportes de objetos y mercancías en las distancias cortas y medias. Y a partir de esos momentos los carros, arados y otras muchas herramientas que desde tiempo inmemorial se habían empleado habitualmente en el cultivo de la tierra, perdieron toda su utilidad práctica y se fueron arrinconando en los trasteros de las casas rurales, convirtiéndose en estorbos molestos que ocupaban un espacio necesario para poner otros objetos nuevos que se habían adquirido para sustituirlos. Y unos más pronto y otros un poco más tarde, fueron pasto de las llamas los más representativos testimonios de una cultura ancestral campesina que se había ido transmitiendo de generación en generación, a través de los siglos. Y las cenizas de esas hogueras donde se quemaban las antiguas herramientas agrícolas por inservibles, dada la aparición de la nueva tecnología mecánica, eran los últimos vestigios de una época de varios miles de años que se consumía en aras de la modernidad. Lógicamente, todo esto era producto de la evolución constante de la vida, aunque en nuestro espíritu sensible generase un cierto atisbo de nostalgia.

Pero lo cierto es que todo este acervo cultural del Camp d'Elx, de incalculable valor testimonial, no se perdió por completo gracias a la constante y encomiable labor recuperadora de Fernando

García Fontanet, maestro de la escuela de la pedanía de Pusol, que con la valiosa colaboración de sus escolares, fueron acumulando, restaurando y catalogando a lo largo de muchos años, millares de piezas hasta conseguir formar en las dependencias de la mencionada escuela, y a pesar de los escasos medios de que disponían, un Museo de los más importantes que tiene actualmente la Comunidad Valenciana, de estas características. Si bien es cierto que el Ayuntamiento de Elche le concedió algunas ayudas al Museo Agrícola del Pusol, entendemos que debería haber hecho mucho más en este sentido, como se ha hecho en otros municipios menos importantes que el nuestro desde el punto de vista agrícola y económico.

Hace unos años, siendo Alcalde de Elche Ramón Pastor Castell, en nombre de la Asociación Local de Agricultores y Ganaderos, le pedí que el propio Ayuntamiento montara un Museo Agrícola en una casona de un huerto de palmeras municipal del casco urbano y que la Asociación se comprometía a facilitar todo el material necesario para dicho Museo, procedente de sus socios que estaban dispuestos a regalarlo para tales fines. Esta petición no se tomó en consideración, perdiéndose una gran oportunidad de que el campo de Elche tuviera el Museo que se merecía, conservado y custodiado por el propio municipio y con una ubicación apropiada.

Volviendo a lo de la mecanización de la agricultura ilicitana, se dio la feliz circunstancia de que dicha mecanización tuvo lugar en una época de pujanza y prosperidad de la misma, ya que los productos que se recogían de los diferentes cultivos, en términos generales, tenían unos precios bastante aceptables, y los costos de producción de los mismos, eran relativamente baratos. Por otra parte, los precios de la maquinaria agrícola moderna y de sus correspondientes aperos no eran muy elevados, al estar regulados por la Administración. En esas condiciones, cualquier agricultor de clase media que tuviera tierras propias, podía comprar la maquinaria agrícola que precisase para el cultivo de su explotación familiar sin grandes problemas económicos. De ahí el que se comprasen tantos tractores en el campo de Elche, en el espacio de pocos años, dándole un vuelco total a la agricultura tradicional que se iba modernizando a pasos agigantados.

De esa manera, la mayor parte de los trabajos agrícolas, duros y fatigosos todos ellos, y que siempre se habían hecho manualmente, empezaron a hacerse con maquinaria acondicionada para tales fines, con lo cual, el hombre ahorraba tiempo y esfuerzo en una profesión que siempre había sido dura y sacrificada. Y aquello de trabajar «de sol a sol», que había sido una constante invariable en los agricultores, ya no lo era tanto, pues los esquemas laborales habían cambiado por completo al socaire de las nuevas circunstancias. O lo que es lo mismo, los trabajos agrícolas se iban aligerando y humanizando poco a poco, a medida que la mecanización avanzaba y que el hombre que siempre había sido conductor de animales, tanto en el transporte, como en el cultivo de la tierra para lo cual no necesitaba ninguna acreditación, pasaba a ser conductor de unas máquinas automóviles que le facilitaban mucho su trabajo habitual. Para conducir y manipular esta nueva maquinaria, sí que precisaba el correspondiente acreditativo de que poseía los suficientes conocimientos técnicos y mecánicos para ello, para lo cual le era imprescindible estar en posesión de una cierta cultura y alfabetización. Por lo tanto, la era del agricultor rudimentario y analfabeto había pasado a la historia, ya que a partir de esos momentos, no bastaban los conocimientos prácticos de agricultura y había que poseer también ciertos conocimientos polivalentes que antes no se precisaban. Y a partir de entonces, una nueva cultura relacionada con la mecanización nacía en el campo de Elche, como unas décadas antes había nacido una cultura relacionada con el regadío. Y esta nueva cultura llevaba consigo un nuevo lenguaje que hacía referencia a las nuevas máquinas que se habían enseñoreado de los campos, a sus aperos correspondientes y a los trabajos que realizaban. Y ese nuevo lenguaje había enriquecido y ampliado el pobre y restringido vocabulario habitual de los hombres del campo, añadiéndole nuevas palabras y nuevos conceptos desconocidos hasta entonces, y que afloraban al socaire de los adelantos tecnológicos.

La introducción de la maquinaria en el cultivo de la tierra, trajo consigo una modificación de las estructuras agrarias del campo de Elche. Se roturaron y aplanaron lomas, se nivelaron bancales que tenía grandes desniveles, se hicieron grandes parcelas juntando varios bancales pequeños, se modificaron cauces de riego, etc.

trabajos estos que antes no podían hacerse por no tener los medios apropiados para ello. Lo que se hizo sobre todo, fue adaptar las estructuras agrarias a las necesidades de la nueva maquinaria que se iba introduciendo en el campo, para que su funcionamiento fuera más eficaz y aprovechable.

Otra cosa que se empezó a hacer por aquellos años, fue el entubado de los cauces de riego que surcaban todo el campo de Elche a lo largo y ancho de toda su geografía. Esta red de cauces de riego que la iniciaron los romanos hace cerca de dos mil años, cuando centuriaron estas tierras alrededor de Ilici, había sido siempre de tierra, con la consiguiente pérdida de agua por las filtraciones. Con su entubado, que en la actualidad cubre más del 99% de su totalidad, supone una gran mejora en la distribución de las aguas que se aprovechan casi en su totalidad y un ahorro de mano de obra al no tener que mondar dichos cauces, como ocurría antes.

Cuando se iniciaron estas remodelaciones de las fincas rústicas del campo de Elche, empleando la nueva maquinaria agrícola, habían muchas palmeras diseminadas en medio de los bancales, donde habían nacido esporádicamente, que constituían un estorbo para poder hacer bien estas reestruturaciones, y los agricultores optaron por arrancarlas. Como se habían normalizado ya los abastecimientos de comestibles, los dátiles habían perdido un gran porcentaje de su valor comercial, como había ocurrido con los cereales, y por lo tanto, la palmera había dejado de ser rentable, como lo había sido siempre. Así las cosas, las palmeras que se arrancaban en vez de transplantarlas a un nuevo emplazamiento como se hubiera hecho antes cuando eran más rentables, con los nuevos tractores se hacían zanjas en tierra y se enterraban, con el fin de desaparecerlas de la vista, pues ya no tenían ningún interés por estos árboles tan característicos del campo de Elche. Estos arranques y los consiguientes enterramientos, dieron pie a las primeras sanciones por parte del Ayuntamiento de Elche, que trataba de aplicar las normas legales que desde 1933 consideraban al Palmeral de Elche un Patrimonio de Interés Social sujeto a protección.

Muchos de los agricultores que arrancaban palmeras desconocían estas normas legales tendentes a su protección, y otros que tenían una ligera idea sobre las mismas, tampoco sabían valorar todo su alcance y a lo que se exponían si las infringían. Tampoco

entendían muy bien cómo no podían disponer a su libre albedrío de unos bienes de los que eran sus legítimos dueños, como disponían del resto del arbolado. Pero el Ayuntamiento trataba de aplicar la Ley solamente en la parte punitiva y sancionadora, sin más contemplaciones. Estas circunstancias iban creando una gran tirantez entre los agricultores y el Ayuntamiento, tirantez que se iba incrementando con el paso de los años, y de la que nos ocuparemos más ampliamente en los próximos capítulos, ya que éste ha sido uno de los más grandes problemas que el Ayuntamiento tenía permanentemente sobre la mesa y que nunca supo resolver de una manera racional y aceptable para todas las partes implicadas en el mismo.

Por aquellos años, se reanudaron de nuevo las exportaciones a Francia y al Reino Unido de las granadas, uno de los frutos más característicos y peculiares del campo de Elche. Y junto con las granadas empezaron a mandarse también melones de la variedad «Tendral Negro», que era muy resistente y de una gran calidad, y por lo tanto, tenía mucha aceptación en los mercados extranjeros. Tan acreditados estaban estos melones en los mercados ingleses, que cuando se exportaban otros cosechados en los pueblos limítrofes, de la misma variedad, se les etiquetaba como de procedencia ilicitana, lo cual suponía una garantía de calidad y seguridad de venta a buenos precios. Estas circunstancias propiciaron el que este cultivo fuera en auge, hasta alcanzar una superficie de 1.500 hectáreas de tierra dedicada a melones, cuya cosecha suponía muchos ingresos para los agricultores ilicitanos. Pero unos años después, las tierras se cansaron de este cultivo, que fue decayendo paulatinamente, hasta desaparecer casi por completo en la década de los años setenta. En la actualidad se plantan algunos en tierras nuevas, pero no pasa de ser un cultivo secundario muy propenso a contraer enfermedades que dificultan su desarrollo.

A principios de los años cincuenta se introdujo en el campo de Elche un cultivo industrial oriundo de la Vega Baja del Segura, desconocido aquí hasta esas fechas: Nos estamos refiriendo al cáñamo, esa planta de la familia de las canabíneas, cuya fibra tuvo tantas aplicaciones en los pasados tiempos, particularmente, en la cordelería, en la fabricación de redes para la pesca y en las suelas de las alpargatas. El epicentro de la producción y de la comercia-

lización del cáñamo estaba en Callosa de Segura, donde se sembraba desde muy antiguo. Pero en el campo de Elche no apareció hasta la fecha arriba indicada, de una manera súbita y arrolladora, llegándose a sembrar, en su época de máxima expansión, mil quinientas hectáreas de este cultivo, con unos rendimientos equiparables a los de la Vega Baja, y con idéntica calidad en la fibra. No obstante, esta eclosión fue muy pasajera (apenas se sembró aquí quince años) ya que a finales de los años sesenta dejó de sembrarse por completo en todas partes, al hacer su aparición las fibras sintéticas que eliminaron totalmente al cáñamo, al yute y demás fibras naturales.

En el campo de Elche la cultura del cáñamo era desconocida, y cuando hablamos de cultura, no nos referimos solamente a la manera de cultivar las plantas, que eso no tenía ningún secreto y lo aprendieron pronto los agricultores ilicitanos, sino más bien a las formas de preparar y manipular la fibra. Tanto es así que para realizar esos trabajos, venía gente entendida de la Vega Baja que traía consigo sus propias herramientas (agramadoras, rastrillos, etc.) y que hacían esos trabajos a destajo, cobrando una determinada cantidad por cada kilo de fibra que limpiaban.

El trabajo de agramar era muy perjudicial para los hombres que lo realizaban, ya que el polvillo que despedía el cáñamo propiciaba determinados transtornos pulmonares muy nocivos.

Como las varillas del cáñamo, una vez secas, y separadas de las hojas precisaban estar a remojo alrededor de una semana, para poder separar la fibra de la agramiza, el campo de Elche se llenó de balsas que se ubicaban a la orilla de los caminos donde hubiese fácil acceso, para poder «cocer» el cáñamo y dejarlo en condiciones óptimas para su agramado. Los dueños de estas balsas cobraban una cantidad determinada por la ocupación de la misma a los dueños del cáñamo que lo llevaban, lo manipulaban y lo retiraban una vez «cocido» y seco, por sus propios medios. Hoy de todas estas balsas no queda ni rastro, ya que al desaparecer el cultivo de esta planta a mediados de la década de los años sesenta, se fueron enterrando todas, hasta desaparecer por completo.

El precio de la fibra del cáñamo se establecía por quintales de cuarenta y cuatro kilos, y se comercializaba a través de «corredores» que venían mandados por los comerciantes callosinos. Es-

tos hombres corrían todo el campo de Elche montados en bicicletas y se ponían en contacto con los poseedores de fibra para llegar a un entendimiento en cuanto al precio de la mercancía. En el supuesto de que la compraran la retiraban por sus propios medios de transporte.

Otro cultivo que por aquellos años también adquirió mucho auge en el campo de Elche, y que procedía de los mismos lugares del cáñamo, eran las ñoras de las que se obtenía el pimentón. Como en el caso del cáñamo, este cultivo fue también disminuyendo paulatinamente con el paso de los años, pero no desapareció del todo, ya que se sigue plantando en la actualidad, aunque en menor cuantía.

En un principio, las ñoras se secaban al sol en las eras, y al cabo de unos días se abrían a mano una a una. Este sistema de secado suponía un gran riesgo por estar a la intemperie expuesto a mojaduras en caso de lluvia, y un gran costo en jornales para abrirlas manualmente, aunque el pimentó obtenido de las ñoras secadas de forma natural era de mejor calidad que las secadas artificialmente, con los secadores que se montaron después, que también las abrían previamente de una manera mecánica, con lo cual se facilitaban mucho estos trabajos.

En los años de mayor auge de este cultivo, la Cooperativa del Campo de Elche montó dos secadores de ñoras, uno en Alzabaras Bajo y el otro en La Marina, para poder atender las necesidades de sus socios que plantaban ñoras en grandes cantidades, ya que se pagaban a buenos precios. Pero al depreciarse, dejaron de plantar este cultivo y hubo que deshacerse de estos secaderos por no tener ninguna utilidad práctica.

El mayor centro comercial del pimentón estuvo siempre en Murcia, y eran los comerciantes murcianos los que compraban las ñoras de Elche, por medio de unos «corredores» que tenían aquí en el campo y que servían de intermediarios, cobrando una comisión por su trabajo.

La escolarización de los niños del campo de Elche, que tuvo su inicio durante la República (el primer Grupo Escolar que se construyó en el campo de Elche, fue el de Alzabares Bajo, que fue inaugurado en abril de 1936) se paralizó por completo en los primeros años de la posguerra, ya que durante algún tiempo no se constru-

yeron nuevos Grupos Escolares en las pedanías. Pero estas deficiencias se fueron subsanando en el transcurso de la década de los años sesenta, en que se inició una campaña de construcciones escolares por todas las pedanías ilicitanas. Tanto fue así que se inauguraron tres en el año 68 (Torrellano Bajo, La Marina y el Altet número 2), tres más en el 69 (Llano de San José, Matola y Perleta) y otras cuatro en el 70 (Valverde Bajo, Derramador, Daimés y Altet número 3). En los años siguientes se construyeron más escuelas rurales, hasta cubrir por completo todas las necesidades que había en este sentido, en la totalidad de las pedanías ilicitanas.

Como dije en páginas anteriores mis dos hijos iniciaron los estudios primarios con bastante aprovechamiento, y a medida que pasaban los años iban prosperando y subiendo peldaños en la escala de los estudios medios, gracias a la voluntad y la constancia que ponían en ello, y a la ayuda moral que yo les prestaba en todo momento.

El primer curso de Bachillerato lo hicieron en una academia particular y se examinaron en Murcia, ya que en Elche no había aún Instituto de Segunda Enseñanza. Después se creó el Instituto de la Asunción que lo ubicaron en un local que había sido fábrica de calzado de la Viuda de Macià, en la calle Virgen de la Cabeza, subiendo hacia la Estación del Ferrocarril. Allí completaron la Segunda Enseñanza.

Por aquellos años, no era frecuente que los hijos de los agricultores fueran a la Universidad para estudiar carreras superiores. Pero yo tenía mucho interés en que los míos lo hicieran, ya que eso es lo que a mí me hubiera gustado hacer de joven y no pude hacerlo. De esta manera, me podía resarcir en parte, de aquella frustración de mi juventud. Además, ese era uno de los objetivos que yo me había marcado al casarme: si tenía hijos y ellos querían, estudiarían la carrera que más les gustase, por muchos sacrificios que yo tuviera que hacer para conseguirlo, por entender que ese sería el mejor patrimonio que podía legarles. Por eso, desde los primeros años puse todos mis afanes en lograr ese propósito que redundaría en su propio beneficio, ya que los estudios después les ayudarían mucho a abrirse camino en la vida. Todo era cuestión de saber aprovechar las oportunidades que se presentaban para cursar estudios, con la finalidad de mejorar su situación

social y elevar su nivel cultural a unas cotas muy superiores a las mías. Y eso, para mí, suponía una gran satisfacción.

Y cuando llegó el momento, cada uno eligió el camino que más se adaptaba a sus gustos y a sus preferencias. Yo en ese punto, no quise intervenir para nada, y ni siquiera les hice la más mínima insinuación. Cada uno eligió a su libre albedrío. Baltasar quiso estudiar Ciencias Económicas y para ello se matriculó en la Universidad de Valencia, y Vicente quiso estudiar menos años y eligió Arquitectura Técnica, matriculándose en la Escuela de Granada, donde estuvo cinco años.

Para que el servicio militar no interrumpiera sus estudios, los dos solicitaron prórrogas, y cuando terminaron la carrera hicieron la «mili». Baltasar en la Línea de la Concepción y Vicente en los alrededores de Barcelona. Cuando terminaron la carrera se casaron los dos. Baltasar tiene dos hijos, el mayor nacido en febrero de 1981, y el más pequeño en diciembre de 1986. Vicente, hasta estos momentos, no ha tenido descendencia.

En la actualidad, uno de los mayores problemas que tienen los que cursan estudios superiores, es encontrar su primer empleo, cuando terminan la carrera. Lo más frecuente es que tengan dificultades para ocuparse, de buenas a primeras. Baltasar y Vicente, afortunadamente, no pasaron por ese trance, ya que el primero montó una Asesoría en Algeciras cuando terminó el servicio militar, y allí continúa, muy bien situado, por cierto. En cuanto a Vicente, empezó a trabajar también tan pronto terminó sus obligaciones militares, y continúa bien situado dentro de su profesión. Tanto el uno como el otro viven holgadamente y están bien considerados. En ese sentido, me siento satisfecho y complacido, y entiendo que valió la pena el haberse esforzado para que mis dos hijos lograran situarse en la buena posición que hoy se encuentran. En ese aspecto, cumplí con mi obligación de padre, al facilitarles las alas para que ellos pudieran volar por sus propios medios.

En la década de los años sesenta pasé a formar parte de la Junta Rectora de dos cooperativas, una agrícola y otra ganadera. Y lo hice, más que por propia voluntad, por atender las peticiones de determinadas personas con quienes me unía una estrecha amistad, y por lo tanto, no podía dejar en la estacada. Estos cargos que no son remunerados, entrañan una cierta responsabilidad y

hay que dedicarles bastante tiempo si se quieren atender bien como me demostró la experiencia a lo largo de los años, en que repetí cargos de esta naturaleza en otras entidades similares. En los dos casos primeros, pasé por el amargo trance de tener que intervenir en la liquidación de estas dos cooperativas, que tuvieron que disolverse por unas circunstancias adversas que se generaron a causa de un funcionamiento defectuoso, achacable a toda su masa social que no supo comportarse de la forma más apropiada. Fue aquélla una amarga experiencia que me afectó mucho, ya que podía haberse evitado este triste final si los socios de ambas entidades hubieran tenido auténtico espíritu cooperativo. Pero al fallar esto, que es fundamental en cualquier clase de cooperativas, el final, más pronto o más tarde, tiene que ser desastroso. Estas dos cooperativas fueron La Protectora y Agrupor.

Por aquellos tiempos, la motocicleta irrumpió con fuerza por todas partes, desplazando a la bicicleta por completo. Primero fue el «Mosquito», que no era más que una bicicleta a la que se le adosaba un pequeño motor de gasolina. A continuación vino la «Mobilette» y la G.A.C. que eran unas motocicletas en plan infantil. Después fue la Guzzi, de 48 centímetros de cilindrada, que tenía una bella estampa y era muy práctica. Y unos años más tarde ya salieron al mercado otras marcas más potentes, como la Lube, la Montesa, la Vespa, la Issomoto, etc. La cuestión fue que a finales de los años sesenta había en el campo de Elche miles de motocicletas circulando por los caminos polvorientos y las carreteras sin asfaltar. Se puede decir que más del 90% de los agricultores ilicitanos mayores de edad, tenían su propia motocicleta de mayor o menor cilindrada.

La avalancha del automóvil vino unos años después, con la aparición del «Seiscientos», que constituyó todo un fenómeno sociológico y que dio tan buenos resultados a pesar de su pequeñez. La aparición del «Seiscientos» significó el inicio del desarrollo nacional. Pero en los años sesenta, los coches que había en el campo de Elche, todos ellos viejos y pintados de negro, se podían contar con los dedos de una mano. Tener coche entonces sólo estaba al alcance de unos pocos privilegiados.

Fue también por aquellos años cuando aparecieron por algunas viviendas rurales los primeros televisores en blanco y negro.

En la casa donde había un televisor, los domingos por la tarde se reunía toda la chiquillería de la vecindad para ver «Bonanza», aquel programa moralizante que estuvo haciéndose muchos años una vez por semana. Aquellos aparatos de televisión solían valer alrededor de 25.000 pesetas, que para aquella época era mucho dinero. Pero así y todo, en el espacio de pocos años, en todas las casas de campo había un televisor.

Al socaire de la relativa pujanza y prosperidad que se respiraba entonces en el campo de Elche, empezaron a abandonarse muchas viviendas rurales en buen estado de conservación, incluso algunas de ellas recién construidas, porque a muchas familias de agricultores ya les apetecía más vivir en la población que en el campo, donde habían vivido siempre. Y esto sucedía a pesar de que las viviendas rurales, en su mayoría, se habían remozado y tenían las mismas comodidades que los pisos del pueblo. Pero vivir en la población parecía que daba más empaque y categoría, por ser diferente el ambiente social. Esas mismas familias eran las que a los hijos, desde pequeños, les hablaba en castellano, como si el valenciano que habían hablado siempre ellos y todos sus antepasados, fuera una lengua de labriegos y catetos. También es cierto que los poderes públicos, después de la Guerra Civil, prohibieron la utilización de las lenguas regionales de la periferia, por motivos políticos, y llevados de su afán centralizador y uniformizante. En mi casa siempre se habló el valenciano coloquial.

Lo cierto era que en la mayoría de los casos de esas familias campesinas que abandonaban sus viviendas rurales para vivir en la población, el marido continuaba siendo agricultor, y durante el día, volvía al campo a realizar sus trabajos habituales, mientras la esposa estaba en el pueblo esperando que volviera por la noche, después de terminr su jornada de trabajo. Estos comportamientos rompían unas costumbres ancestrales que se venían arrastrando desde tiempo inmemorial: el que los agricultores habitasen en viviendas rurales, donde tenían su trabajo diario, cosa que no ocurría en los pueblos limítrofes, eminentemente agrícolas, como es el caso de Crevillente, Catral, Dolores y San Fulgencio, donde los agricultores siempre vivieron en la población.

Y de esta manera, se iniciaron dos corrientes migratorias contrapuestas, que no se habían dado nunca aquí, como un fenóme-

no sociológico digno de estudio: mientras muchas familias de agricultores abandonaban sus casas de campo para vivir en la población, otras familias ciudadanas que habían vivido siempre en el pueblo, se compraban pequeñas parcelas de tierra para construirse su segunda casa en el campo, para pasar los fines de semana, las vacaciones, y en muchos casos, para vivir permanentemente, más en contacto con la naturaleza, con más tranquilidad y con menos estrés que en la población. Así empezó el fenómeno de las «parcelas» y los «chalets» que alcanzó proporciones gigantescas, y modificó, de parte a parte, la fisonomía tradicional del campo de Elche. Las casas de Campo, con su estilo arquitectónico tan característico, habían dado paso a la proliferación de una gran cantidad de «chalets» de los más variados estilos y características, casi todos verjados como compartimentos estancos, que no tenían nada que ver con las explotaciones agrícolas. El campo de Elche ya no era ni la sombra de lo que fue siempre.

El fenómeno de las «parcelas» propició el que el valor de la tierra subiese como la espuma, y de esta forma, el patrimonio de los agricultores se incrementó sobremanera, ya que en la tierra tenían una riqueza potencial enorme, pero no para cultivarla sino para edificar en ella. El caso era que si una familia campesina cualquiera precisaba comprar un tractor, casar un hijo, remozar la vivienda, etc. vendía una pequeña parcela de tierra, en cualquier parte del campo de Elche y con su importe solucionaba el problema. Y como la demanda de parcelas era enorme, la que se ponía a la venta se vendía de inmediato y a buenos precios, por ser mayor la demanda que la oferta. Por caras que costasen estas pequeñas parcelas, en el conjunto de la inversión, una vez edificadas, el valor de la tierra sólo suponía un pequeño porcentaje del costo total.

Por aquellos años, el Ayuntamiento de Elche autorizaba esta clase de edificaciones campestres, a cualquiera que solicitase las preceptivas licencias de obras, aunque disimulaban la autorización con el eufemismo de «Albergues Rurales». De esta forma, en muy pocos años, se construyeron a lo largo y ancho de todo el término municipal de Elche más de diez mil «chalets» diseminados o agrupados en urbanizaciones.

Todo este trasiego de gentes del campo a la población y de la población al campo, contribuyó a uniformizar las costumbres

y formas de vida de los dos colectivos, el ciudadano y el rural. Hasta entonces, el colectivo campesino tenía unos rasgos culturales propios y característicos, que se diferenciaban, sustancialmente, de los del colectivo ciudadano. Y estas diferencias se manifestaban sobre todo, en las formas de vestir, en el lenguaje y en la gastronomía. Eran dos culturas completamente distintas, casi dos comportamentos estancos, que fueron perdiendo, poco a poco, sus rasgos diferenciadores, hasta que en el transcurso de pocos años se homogeneizaron casi por completo, al existir entre los dos mayor grado de proximidad y de convivencia. Estos dos colectivos habían vivido siempre un poco de espaldas entre sí, cada uno con sus propios problemas específicos y en su propio ámbito. Ahora los problemas seguían siendo los mismos, pero la proximidad era mayor.

La década de los años sesenta, en el campo de Elche fue una época de cambios y mutaciones como no se había conocido nunca. Y estos cambios abarcaban todos los aspectos de la vida, desde las costumbres hasta la forma de cultivar la tierra. Si bien es cierto que estos cambios evolutivos continuaron produciéndose en los años siguientes, tuvieron su origen por aquellos tiempos. A partir de entonces, ya nada fue igual, ya que ante nuestros ojos afloraba una nueva época, una nueva forma de vivir y entender la vida, que rompía todos los esquemas anteriores. En el transcurso de un corto espacio de tiempo el mundo iba a experimentar más cambios que en todo el último milenio.

10

Carlos Antón Antón fue un hombre hijo de agricultores que ocupó los más altos cargos rectores de las organizaciones agrarias ilicitanas durante los treinta años que siguieron a la Guerra Civil Española. Durante tan largo lapso de tiempo, política y socialmente, en el campo de Elche no se movía una sola hoja sin su conocimiento y autorización. Dotado de una memoria prodigiosa, conocía a todos los agricultores ilicitanos de extremo a extremo del campo, y

en el archivo de su cerebro guardaba hasta los más mínimos detalles de sus trayectorias y comportamientos. Lógicamente, todo este poder le provenía desde la cúpula de la Falange, de la que él formaba parte.

Aunque Francisco Oliver Quirant, otro hombre salido también del campo, ocupó así mismo, altos cargos administrativos por aquellos tiempos, por ser una persona adicta al Régimen, llegando a ser Concejal del Ayuntamiento de Elche y Procurador en Cortes, por el Tercio Sindical, en los últimos años del Régimen Franquista, en el ámbito local de Elche, Carlos Antón fue la máxima figura política en lo que al sector agrario se refiere.

Cuando en 1945 el nuevo Régimen Político salido de la Guerra Civil Española creó la Organización Sindical, para regular las relaciones laborales entre patronos y obreros (entonces se llamaban empresarios y productores, respectivamente) dentro de aquellos Sindicatos Verticales se crearon las Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos, de ámbito local, provincial y nacional para lo relacionado con la agricultura y la ganadería. Como no podía ser menos, al frente de la Hermandad de Elche pusieron a Carlos Antón en calidad de Presidente.

En el aspecto cooperativo agrario, la Entidad más importante del campo de Elche era la Cooperativa del Campo y Caja Rural de Elche, creada con otro nombre en 1903. Pues bien. En los primeros años de la posguerra Carlos Antón accedió a la presidencia de dicha Entidad para un período de cuatro años, mandato que se iba renovando regularmente, cada período electoral, en las Asambleas Generales correspondientes, donde nunca se presentaban candidaturas alternativas que se sabía de antemano que estaban condenadas al fracaso. Y así una y otra vez durante un largo período de tiempo.

Además de presidir estas dos organizaciones que eran las más importantes de cara al sector agrario ilicitano, estaba vinculado también a otros varios estamentos que configuraban el tejido social y organizativo del campesinado ilicitano, que se había anquilosado por las circunstancias inmovilistas que imperaban a la sazón.

Pero como suele ocurrir siempre en estos casos, el discurrir del tiempo desgasta a los hombres que desempeñan cargos públicos y a los sistemas que los sostienen, y más pronto o más tarde,

suelen aflorar en la sociedad deseos de cambios y de relevos, dando paso a personas nuevas que puedan aportar aires nuevos de renovación. Y eso fue, precisamente, lo que ocurrió en la Cooperativa del Campo de Elche en la Asamblea General de la Primavera de 1971, en que se presentó una candidatura alternativa a la «oficialista» para renovar la mitad de la Junta Rectora, con arreglo a lo que dictaminaban los Estatutos. Esta candidatura triunfó con suma facilidad rompiendo una dinámica continuista de tres décadas. En esta candidatura figuraba para Presidente Vicente Martínez Irles, para Tesorero Roque Urbán Agulló y para Vocales Baltasar Brotóns García, José Antonio Pomares Agulló y Gaspar Oliver Agulló. De esta manera fui a formar parte de la Junta Directiva de la Cooperativa Agrícola más importante que ha tenido el campo de Elche en toda su historia, y que aún siguen en funcionamiento después de ochenta y ocho años de vida, con unas temporadas de pujanza y prosperidad y otras de crisis, ya que ha habido de todo en tan larga trayectoria. En este cargo permanecí ocho años seguidos, y durante este tiempo, como reflejo de la prosperidad que gozaba la agricultura ilicitana en aquella época, la Cooperativa adquirió un auge extraordinario en su funcionamiento. Tanto fue así que adquirió nuevas propiedades rústicas y urbanas, construyó nuevos almacenes en diferentes pedanías, montó dos secadores de ñoras, construyó varios silos para almacenar cereales, etc. Los socios no paraban de pedir cosas y el montaje de nuevos servicios, como la construcción de una descascaradora de almendras y la creación de una sección comercializadora para exportar los productos de los socios. La descascaradora de almendras no se construyó pero se compró una fábrica de piensos compuestos (la de la Cooperativa Agrupor) para suministrar piensos a los socios que lo precisasen. Se creó también la sección comercializadora que se llamó COOPELCHE, construyéndose nuevos almacenes para manipular los géneros que se comercializaban. La situación era de una euforia desbordante, y los socios llegaron a tener en depósitos fijos en la Sección de Créditos y Ahorros de la Cooperativa alrededor de mil millones de pesetas. Fue la época dorada de la Cooperativa, que con la creación de COOPELCHE adquiría una nueva dimensión. Hasta entonces, la Cooperativa prestaba servicios a sus socios para el cultivo de sus tierras, y en cuanto a la comercialización de

sus productos sólo lo hacía a través del Puesto de la Lonja Municipal de Frutas y Verduras, como otro asentador cualquiera. Pero a partir de estos momentos podía comercializar toda la producción de sus socios en el sector hortofruticola, tanto en los mercados nacionales como en el extranjero. De esta manera grandes cantidades de productos agrícolas ilicitanos salieron para los mercados franceses y británicos bajo la denominación de origen de COOPELCHE, así como para las principales plazas consumidoras españolas.

Por aquellos mismos años, Carlos Antón tuvo que dejar también la Jefatura de la Hermandad de Labradores y Ganaderos, ante las quejas de un amplio sector del campesinado que no estaba de acuerdo en como funcionaban las cosas en aquel organismo oficial. Y estas quejas y este deficiente funcionamiento dieron pie a cambiar la totalidad de sus órganos rectores. Y en esta reestructuración de cargos también participé como uno de los nuevos delegados del empresariado campesino, aunque estos cargos eran más teóricos que efectivos, ya que en la práctica tenían escasísimas competencias.

Estaba claro que la cerrazón que hasta entonces había existido en todos los organismos sindicales, políticos y sociales, se iba suavizando, en parte dando entrada, tímidamente, a nuevas corrientes de aire renovador, a medida que el Régimen Político gobernante se iba debilitando paulatinamente.

En contraste con la pujanza y prosperidad de la agricultura, en la década de los años setenta se inicia la decadencia irreversible de la ganadería ilicitana, que tan boyante llegó a ser unos años antes, como apuntábamos en capítulos anteriores. Toda aquella euforia de los últimos años cincuenta, en que el sector ganadero levantó el vuelo hasta alcanzar un desarrollo inusitado, se fue al traste de la noche a la mañana, en cuanto a las pequeñas granjas familiares se refiere. En efecto, con la consolidación de los piensos compuestos, se formaron grandes empresas ganaderas que abarcaban todo el ciclo productivo y comercializador, abaratando costos de producción y aumentando los volúmenes de carne, leche y huevos hasta alcanzar cotas insospechadas en el conjunto nacional. Contra estas potentes y voluminosas granjas que disponían de todos los adelantos tecnológicos y sanitarios habidos y por haber,

no podían competir los agricultores que solamente tenían pequeñas explotaciones ganaderas como complemento de la agricultura y en unas condiciones muy precarias. Y estas grandes empresas, bien organizadas y con todos los adelantos que ponían a su disposición las nuevas técnicas en nutrición animal, reproducción, engorde y comercialización del producto ya en condiciones de consumo, acabaron con la ganadería casera y familiar, que durante dos décadas había generado muchos ingresos en el campo de Elche. Y consecuentemente, fueron desapareciendo poco a poco los establos y las cochiqueras donde durante unos años habían criado gallinas, novillos, cerdos, etc. Sólo se salvaron de esta debacle algunas pequeñas granjas de vacas lecheras y algunos rebaños de ovino y caprino, que había constituido la ganadería tradicional de la comarca, desde tiempo inmemorial. Pero incluso estos restos de ganadería de pastoreo tiende a desaparecer por completo, pues en el campo de Elche ya no hay pastos ni hombres que quieran ser pastores, por mucho sueldo que se les pague, y esta clase de rebaños no pueden estar estabulados permanentemente porque necesitan moverse, y además, si lo estuvieran, sus costos de mantenimiento serían tan elevados, que resultarían insoportables. Por lo tanto, la ganadería ilicitana, como fuente de riqueza, se ha quedado reducida a la más mínima expresión, a pesar de que en los últimos años ha recibido ciertas ayudas de la Comunidad Económica Europea. Pero así y todo, los últimos restos de la actividad ganadera en Elche tiene sus días contados.

El campo de Elche que siempre fue eminentemente cerealista, dejó de serlo en la década de los años setenta. Primero desapareció por completo el cultivo de la cebada y de la avena, que en tiempos pasados fue muy importante. Después disminuyó sensiblemente el cultivo del trigo que quedó reducido a una cosecha secundaria para llenar el vacío dejado por los rastrojos de las ñoras y del algodón, pero que aquí no tenía ningún futuro, dado el crecimiento de los costos de producción y la estabilidad de los precios del grano. Tal vez en los latifundios de secano donde los impuestos y los costos de cultivo son reducidos, los cereales continúen siendo rentables, pero en el minifundio de Elche donde los impuestos son tan caros, los cereales son ruinosos. Al menos, de unos años a esta parte. De ahí el que cada año se siembren menos.

La mayor parte de los terrenos que antes se sembraban de cereales, los dedicaron a otros cultivos arbóreos, particularmente, limoneros y naranjos, que en el plazo de unos años se incrementaron en un 400%, llegando a las 1.300 hectáreas los primeros y a las 500 hectáreas los segundos, cantidades desconocidas hasta entonces. También se cuatriplicó en el mismo período el terreno dedicado a parrales de uva de mesa, que en 1980 superó las 700 hectáreas. En cambio, los viñedos de vinificación que a principios de siglo fueron un cultivo importante, quedaron reducidos a su más mínima expresión.

Otro cultivo hortícola que se duplicó por estos tiempos fue la alcachofa, ya que en el año 80 superó las 1.700 hectáreas, a costa, precisamente, de la disminución de las habas, que en el mismo período de tiempo pasaron de 1.800 a 200 hectáreas. La alcachofa relevó a las habas en cuanto a hortaliza de invierno. Y en los años 90 aún mantiene su preponderancia, siendo uno de los productos más exportables a los mercados extranjeros.

Las higueras, que en los años de la posguerra eran un cultivo de los más significativos de la agricultura ilicitana, disminuyeron paulatinamente hasta los años setenta en que experimentaron una cierta recuperación, pero ya no volvieron a tener la importancia que tuvieron a mitad de siglo, cuando los higos secos tuvieron un gran valor comercial, como comestible, como pienso y para industrializar.

Y por encima de todos estos cultivos, el almendro continuaba siendo el Rey y Señor del campo de Elche, ya que su crecimiento había sido contínuo, pasando de las 1.800 hectáreas del año 1940 a las 6.300 en 1980.

En cuanto a los olivos y los granados, dos cultivos de los más característicos de la agricultura ilicitana, continuaban invariables, con una superficie similar, que oscilaba alrededor de 500 hectáreas cada uno.

Con este cambio de cultivos, la fisonomía del campo de Elche había cambiado por completo, ya que donde antes había tierra blanca que se dedicaba a cereales, ñoras, cáñamo, habas, etc. ahora proliferaban los frutales de diferentes variedades. Y el campo de Elche, visto desde lo alto de la montaña norte, en primavera y verano era una superficie verde oscura pletórica de lozanía y pre-

cursora de cosechas y riqueza. Daba gozo ver todos estos cultivos jóvenes y bien cuidados, gracias al esfuerzo y al trabajo de un colectivo de personas que siempre se había distinguido por su bien hacer y su laboriosidad.

En medio de toda esta eclosión de riqueza y de trabajo que se observaba a lo largo y ancho de todo el campo de Elche, la única sombra que afloraba esporádicamente, en este panorama prometedor, era la escasez de agua de riego que se padecía al final de algunos veranos, en los años menos lluviosos. Pero estas transitorias deficiencias, se solucionaron, en parte, cuando empezaron a distribuirse las aguas trasvasadas del Tajo en el año 1977. Después de esa fecha sólo hubo una ocasión en que escaseó el agua de riego y fue durante la sequía de 1982, en que estuvieron los canales secos más de un año, al agotarse las aguas de las antiguas concesiones y las procedentes del Tajo por los bajos niveles de sus embalses de cabecera. Hacía mucho tiempo que no se había sufrido una sequía tan acusada, y a consecuencia de la misma se estuvo muchos meses sin poder regar en toda esta comarca.

Y al salir a colación las aguas de riego, queremos hacer unos breves comentarios sobre la Comunidad de Riegos de Levante (márgen izquierda del Segura) que distribuye aguas por todo el sur de la provincia alicantina. En las tres concesiones de agua, procedentes de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, que le hizo la Administración, para un período de 99 años, a la Real Compañía de Riegos de Levante (hemos hablado de este tema en capítulos anteriores) entre los años 1918 y 1922 (un total de 7.700 litros por segundo) con arreglo a los preceptos de la Ley de Aguas de 1879, tenía que crearse una Comunidad de Regantes con el mismo nombre que abarcase todas las tierras con derecho a riego, que con el paso del tiempo sería la heredera directa de dichas concesiones, así como de todas las instalaciones y canales correspondientes que se construyeran para tales fines. Esta Comunidad se constituyó en 1942, en plena posguerra, en una época en que la Administración tenía ciertas diferencias con la «Compañía» respecto a la fijación de los precios que tenían que regir para estas aguas de riego. Una vez constituida la Comunidad se encargó de la venta de estas aguas cobrando una comisión por este trabajo.

A partir de estos momentos, hubo varios intentos de resca-

tar, anticipadamente, las mencionadas concesiones, no llegándose a ningún acuerdo en este sentido, por cuestiones económicas.

Pero ante la inminencia de la llegada de las aguas procedentes del trasvase Tajo-Segura, el IRYDA tenía mucho interés en que este rescate se llevar a cabo, con el fin de poder aprovechar la red de canales existentes para la distribución de las aguas trasvasadas. Estas aguas se distribuirían alternándolas con las aguas elevadas de las antiguas concesiones, y si no se rescataba el IRYDA tendría que hacer una red de canales nuevos paralelos a los existentes, lo cual supondría una gran pérdida de tiempo y de dinero. Ante estos razonamientos del IRYDA, en la Asamblea General Extraordinaria del 8 de octubre de 1972, la Comunidad de Riegos de Levante tomó el acuerdo de formar una Comisión de 46 comuneros (dos por cada punto de venta de agua) para que estudiase la conveniencia o no de negociar ese rescate. Esta Comisión de los 46, de la que yo también formé parte, como uno de los comuneros designados en la zona por donde se riegan mis tierras, se reunió muchas veces a lo largo de todo un año, analizando, exhaustivamente, los pros y los contras que podría llevar consigo dicho rescate, llegándose a la conclusión de que era conveniente rescatar, ante las promesas del IRYDA en el sentido de que la Administración se volcaría en ayudas y subvenciones a la Comunidad en el supuesto de que realizase el rescate. El IRYDA nos lo pintó todo tan de color de rosa si rescatábamos, que inclinaron nuestra voluntad hacia el «sí» como quedó patente a la hora de tomar una decisión definitiva: 44 votos a favor, uno en contra y uno en blanco. Para bien o para mal, la decisión estaba tomada, y este informe favorable se presentó a la Asamblea General del 11 de noviembre de 1973 que lo ratificó en todos sus extremos y lo dio por válido.

A partir de estos momentos, empezaron las negociaciones con Hidroeléctrica Española (que unos años antes había adquirido todo el patrimonio de la Real Compañía de Riegos de Levante) para llegar a un acuerdo sobre la cuantía del rescate anticipado. Estas negociaciones duraron bastante tiempo, y por fin, el 10 de diciembre de 1976 se firmó en Madrid la correspondiente Escritura Pública de adquisición de estos bienes por un importe total de setenta millones de pesetas, pagaderas en ocho plazos anuales. Por parte de la Comunidad firmó esta Escritura Emigdio Tormo Ródenas,

en su calidad de Presidente del Sindicato de Riegos de la Comunidad de Riegos de Levante. En la mencionada compra no se incluía ni el Salto de Almadenes, en el río Segura, ni las instalaciones eléctricas relacionadas con el mismo, con lo cual, la Comunidad disponía de agua, de los pantanos del Hondo para embalsarla y de los canales para distribuirla, pero no disponía del fluido eléctrico para elevarlas, lo cual ha sido siempre su gran hándicap. Este rescato anticipado por parte de la Comunidad se realizó cincuenta y cuatro años menos unos cuantos días después de haberse regado las primeras aguas servidas por la «Compañía».

La Comisión de los 46 también acordó que el montante del costo del rescate se cargará al precio del agua que se regaba y no a la tierra con derecho a riego, mediante una derrama. Este acuerdo fue un error garrafal como se ha comprobado después, ya que lo que se hacía con el rescate era adquirir un patrimonio, y ese patrimonio, no era de los comuneros que regaban, sino del conjunto de las tierras con derecho a riego. Y ese conjunto de tierras regables eran las que deberían haber pagado los setenta millones del rescate. Sobre esta cuestión hubo criterios encontrados, pero en mi caso particular yo reconozco que me equivoqué cuando voté —siguiendo el criterio de la mayoría— a favor de que el importe del rescate se cargara al precio del agua.

La cuestión es que, para bien o para mal, el rescate se llevó a cabo, pero la inmensa mayoría de los comuneros no se dieron cuenta de la trascendencia del paso que se había dado, y no asimilaron el hecho con todas sus consecuencias, como si la cosa no fuera con ellos. Continuaron poniendo el agua en los mismos puntos de venta, estas aguas las servían los mismos repartidores, como si nada hubiera ocurrido. Pero en realidad, ya nada era lo mismo, ya que a partir del rescate, del funcionamiento de la Comunidad éramos responsables todos los comuneros en general y en particular, los directivos que nos representaban. Y fue entonces cuando empezaron los problemas y los conflictos que fueron una constante invariable en los últimos tiempos.

Volveremos sobre este tema en capítulos posteriores, pues sobre esta cuestión hay mucho de qué hablar.

11

Cuando después de una larga y penosa enfermedad, murió Franco el veinte de noviembre de 1975, el Régimen Político que él creara, a raíz de la victoria en la Guerra Civil Española, estaba en trance de descomposición. Lo de la teoría del franquismo sin Franco, para darle continuidad a un Régimen personalista como suelen ser siempre las dictaduras, era una posibilidad inviable que sólo la contemplaban algunas personalidades muy afines al Régimen, pero con muy pocas posibilidades de materializarse, como se vio después.

Cuando ETA asesinó a Carrero Blanco, siendo Presidente del Gobierno, el 20 de diciembre de 1973, le asestó un golpe mortal al Régimen, que entró en un período de decadencia irreversible.

Muerto Franco y asumida la Jefatura del Estado por el entonces Príncipe Don Juan Carlos de Borbón (que después reinaría con el nombre de Juan Carlos I), y habiendo sido elegido Adolfo Suárez para ocupar la Presidencia del Gobierno, de entre la terna de candidatos que le presentó el Consejo del Reino, se inició la transición política de la dictadura a la democracia. Y orientado en esa dirección, se aprobó en las Cortes la Ley de Reforma Política por 435 votos a favor, 59 en contra y 13 abstenciones. Con la aprobación de la mencionada Ley, esas mismas Cortes que la habían aprobado, se hacían el harakiri y desaparecían de la escena política española.

La Ley de Reforma Política, después de ser aprobada por las Cortes fue sometida a Referéndum Nacional el 15 de diciembre de 1976, y votaron a favor de la misma el 75% de los electores que ejercieron su derecho a voto, y tan sólo el 2,6% votó en contra de la misma.

A partir de esa plastante mayoría a favor de la Reforma Política, el 15 de junio de 1977, se celebraron las primeras Elecciones Generales Democráticas, después de un período de cuarenta y un años, con lo que el camino a la Democracia estaba abierto de par en par. Para completar este proceso sólo faltaba el requisito de la elaboración y posterior aprobación de una nueva Constitución Española, como la Ley de Leyes por la cual nos teníamos de regir.

Esta Constitución fue elaborada y consensuada por los representantes de los principales partidos políticos legalmente constituidos y aprobada en Referéndum el 8 de diciembre de 1978, por una abrumadora mayoría de los españoles. Poco después fue sancionada por el Rey ante las Cortes Generales.

En plena Reforma Política dejó de existir, legalmente, la Antigua Organización Sindical, nacida en la posguerra, y acto seguido se promulgó la Ley de Libertad Sindical el uno de abril de 1977. Con arreglo a los preceptos de esta nueva Ley, se podían constituir sindicatos reivindicativos en todos los sectores productivos del país, tanto para defender los intereses de los trabajadores por cuenta ajena como de cuenta propia.

Tan pronto se publicó esta Ley de libertad sindical, los hombres más representativos del campo de Elche (algunos de ellos vinculados a la extinta Hermandad Sindical de Labradores y Ganaderos), empezaron a gestionar la constitución de una Asociación reivindicativa que defendiera los intereses del campesinado ilicitano, que en su inmensa mayoría eran propietarios de pequeñas explotaciones agrarias y ganaderas, que cultivaban directamente, por sus propios medios. De esa forma, después de varias reuniones y de haber solicitado la inscripción en la nueva organización que se pensaba crear, por parte de 361 agricultores ilicitanos, se redactaron unos Estatutos y se sometieron a la aprobación mediante una Asamblea General Constituyente que se celebró en un local de la Hermandad (que estaba en trance de desaparición) el día 13 de junio de 1977. Dicha Asamblea aprobó por aclamación estos Estatutos y eligió a una Junta Rectora Provisional para que gestionara su legalización. Esta Junta Rectora quedó compuesta de la siguiente manera: Presidente Vicente Martínez Irles, Vicepresidente José María Berenguer Mateu, Secretario Baltasar Brotóns García y Tesorero Antonio Bonmatí Piñol, eligiéndose, así mismo, treinta vocales. Acto seguido, previos unos trámites notariales, se redactó un acta constitucional que, junto con los Estatutos se presentaron en el organismo oficial correspondiente para su preceptiva legalización. De la presentación de estos documentos en Alicante se encargaron Baltasar Brotóns García y Gaspar Martínez Oliver.

Una vez legalizados los Estatutos, el día 28 de septiembre de 1977 se convocó una nueva Asamblea en el mismo lugar de la an-

terior, para informar que la organización ya tenía personalidad jurídica propia y estaba legalmente capacitada para actuar, de pleno derecho, en el ámbito de sus competencias. A esta Asamblea asistieron un total de 201 socios: Había nacido a la luz pública la Asociación Local de Agricultores y Ganaderos de Elche, que tan importante papel iba a desempeñar en el campo de Elche, a partir de esos momentos. El domicilio social de esta organización se fijó en calle Puente Ortices, número 13 de Elche, en una dependencia de la Hermandad, domicilio que continúa usufructuado catorce años después de su creación.

Esta Asociación Local, junto con otras ocho de las mismas características, nacidas en otros tantos pueblos alicantinos, formaron la Asociación Provincial de Agricultores y Ganaderos de la provincia de Alicante, que representaba a las nueve al ámbito provincial. La Junta Rectora de la Asociación Provincial la formaron entre los miembros de las locales, y su Asamblea General se formaba de cuatro miembros de cada Asociación Local. En el caso concreto de Elche formaban parte de la Asamblea Provincial Vicente Martínez Irles, José María Berenguer Mateu, Baltasar Brotóns García y Gaspar Martínez Oliver.

Entre los principales fines de la Asociación Local de Agricultores y Ganaderos que acababa de nacer, según los Estatutos aprobados, figuraban:

«1.° Defender los intereses económicos, sociales y profesionales de sus asociados, dentro de una economía de libre iniciativa».

«2.° Asumir la representación de sus asociados, en las actividades de la agricultura y la ganadería de la localidad, ante el Estado, Provincia y municipio, y toda clase de entidades así públicas como privadas, ejercitando toda clase de acciones y derechos».

«3.° Fomentar la formación profesional y cultural de sus asociados y establecer toda clase de servicios propios de interés común para la asociación de sus primeros».

«4.° Federarse con otras asociaciones de igual o superior ámbito territorial, con fines similares».

Con la legalización de esta asociación los agricultores ilicitanos ya tenían una organización propia, creada y gestionada por ellos mismos, a través de la cual ya podían reivindicar sus derechos profesionales, defender sus intereses y hacer oír su voz ante

los poderes públicos a través de sus representantes legales, cosa que no ocurría hasta entonces, durante la vigencia de los Sindicatos Verticales.

Para llenar el vacío que habían dejado las Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos (cuando dejaron de existir, legalmente, era Jefe de la de Elche Gaspar Martínez Oliver y Secretario Pascual Alberola Aracil, que continuó desempeñando este cargo en la Cámara Agraria Local que sustituyó en sus competencias a la desaparecida Hermandad).

Estas Cámaras Agrarias se crearon mediante Real Decret de dos de junio de 1977, y en esta recreación eran de ámbito local y provincial, ya que la primera vez que se crearon en España estas instituciones de Derecho Público, fue mediante Real Decreto de 14 de noviembre de 1890, pero en aquella primerea ocasión las Cámaras Agrarias creadas eran solo provinciales. Estas Cámaras Provinciales estuvieron en funcionamiento hasta que apareció la Organización Sindical en 1945. A partir de esos momentos, cambiaron de nombre y de competencias, pasando a ser Cámaras Oficiales Sindicales Agrarias (COSA).

En la nueva recreación de las Cámaras Agrarias de junio del 77, se instituyeron Cámaras Agrarias Locales en todos los pueblos de España que tuvieran alguna relevancia agrícola y ganadera. Y para dotarlas de los órganos rectores correspondientes, se celebraron elecciones el domingo 10 de mayo de 1978, y el Real Decreto regulador de estas elecciones, se publicó el 17 de febrero del mismo año. A estas elecciones podían presentar candidatura todas las organizaciones agrarias locales que estuvieran vinculadas a otras de ámbito superior, al menos de carácter provincial. También se podían presentar candidaturas de electores, siempre que estuviesen avaladas por un porcentaje determinado de personas que figurasen en el censo local correspondiente con derecho a voto.

En el caso concreto de Elche se presentaron dos candidaturas, una de la Asociación Local de Agricultores y Ganaderos y otra de la Uniò de Llauradors i Ramaders del País Valencià, que eran las dos únicas organizaciones agrarias ilicitanas legalmente constituidas en aquellos momentos.

Para que los componentes de la candidatura fueran elegidos democráticamente, la Asociación Local de Agricultores y Gana-

deros celebró una Asamblea General Extraordinaria el 21 de marzo de 1978, con este exclusivo fin. A esta Asamblea asistieron 1.050 agricultores y se presentaron 39 candidatos para una lista de doce nombres (el pleno de la Cámara de Elche se componía de doce miembros) y los doce nombres primeros, en función de los votos obtenidos fueron Gaspar Martínez Oliver, con 87 votos, Baltasar Brotóns García con 76 votos, Leandro Bru Jaen con 68 votos, Felipe Dobón Chisbert, con 56 votos, Pedro Valero Guilló con 44 votos, Francisco Pareja Jaen con 41 votos, José Soler Bonete con 36 votos, Jaime Selva Coves con 35 votos, Eloy Campello Tarí con 33 votos, Ginés Navarro Ruiz con 33 votos, Jaime Bonmatí Clement con 33 votos y Félix Gonzálvez Vicente con 32 votos. Al renunciar Jaime Selva Coves y Félix Gonzálvez Vicente, los dos últimos puestos de la candidatura los ocuparon José Selva Bernad y Juan Durá Mollá que tenían los números trece y catorce, respectivamente, con 31 votos cada uno. De esta forma, la Candidatura que la Asociación presentó a las elecciones de la Cámara Agraria quedó compuesta de la siguiente manera:

N.° 1. Gaspar Martínez Oliver
N.° 2 Baltasar Brotóns García
N.° 3 Leandro Bru Jaen
N.° 4 Felipe Dobón Chisbert
N.° 5 Pedro Valero Guilló
N.° 6 Francisco Pareja Jaen
N.° 7 José Soler Bonete
N.° 8 Eloy Campello Tarí
N.° 9 Ginés Navarro Ruiz
N.° 10 Jaime Bonmatí Clement
N.° 11 José Selva Bernat
N.° 12 Juan Durá Mollá

Las elecciones se celebraron en una soleada mañana dominical del mes de mayo, y la asistencia de votantes fue muy numerosa en las tres mesas electorales que estaban situadas en el Colegio de la Hoya, en el Colegio de Valverde y en la propia sede de la Cámara, calle Puente Ortices, 13. Terminada la votación y efectuado el escrutinio, de los doce puestos a cubrir, nueve fueron para la candidatura de la Asociación y los tres restantes para la de

la Unió, en función de los porcentajes obtenidos por cada una de las dos, según la Ley de Hont. Este resultado electoral era la mejor prueba de las simpatías que gozaba la Asociación entre el campesinado ilicitano, al conseguir tres cuartas partes de los votos emitidos.

Los tres primeros puestos de la candidatura de la Unió que salieron elegidos fueron Francisco Segarra Pérez, José Soler Agulló y Miguel Masanet Urios. De esta manera los doce miembros de la Cámara Agraria de Elche, que componían el Pleno eran Gaspar Martínez Oliver, Baltasar Brotóns García, Leandro Bru Jaén, Felipe Dobón Chisbert, Pedro Valero Guilló, Francisco Pareja Jaén, José Soler Bonete, Eloy Campello Tari, Ginés Navarro Ruiz, Francisco Segarra Pérez, José Soler Agulló y Miguel Masanet Urios. Estos doce vocales, una semana después, eligieron entre ellos un Presidente, un Vicepresidente primero y un Vicepresidente segundo, cuyos cargos recayeron en Leandro Bru Jaen, Gaspar Martínez Oliver y Pedro Valero Guilló, respectivamente. Los otros nueve tenían la condición de Vocales. Todos estos cargos tenían una vigencia de cuatro años, pero el mandato se fue prorrogando indefinidamente, ya que trece años después no se han celebrado aún nuevas elecciones en el campo español, con gran pesar de las organizaciones agrarias que en estos momentos no saben la representatividad que ostentan a cada una de ellas.

En cuanto a las Cámaras Agrarias, en el año 1986 se publicó una Ley que contemplaba la continuidad de las Provinciales pero la desaparición de todas las locales, que serían sustituidas en sus funciones por Consejos Agrarios que se establecerían dentro de los Ayuntamientos. Esta nueva Ley de Cámaras Agrarias fue recurrida por algunas Organizaciones Agrarias y aún se está a la espera de lo que dictamine el Tribunal Constitucional. En el caso concreto de Elche, en estos momentos (10 de agosto de 1991) la Cámara Agraria aún sigue abierta y funcionando, aunque mermada de algunas de las competencias que tenía en un principio. En cuanto al Consejo Agrario Local, hace ya dos años el Ayuntamiento presentó a las Organizaciones Agrarias el borrador de un proyecto de lo que debería ser este organismo. Las organizaciones lo aceptaron en principio, con la condición de introducir algunas modificaciones en su articulado. Pero va pasando el tiempo y de aquel

proyecto de Consejo Agrario Local ya nada más se supo. Seguramente dormirá el sueño de los justos olvidado en algún cajón de los despachos del Ayuntamiento.

Desde la Vocalía de la Cámara Agraria (formaba parte de varias comisiones, entre ellas la de la Seguridad Social, que era la más importante) y desde la Secretaría de la Asociación Local de Agricultores y Ganaderos, ejercía importantes funciones organizativas dentro del sector agrícola, en aquellos años de la transición, ya que todos los días había de hacer gestiones, tramitar documentos, etc. Por primera vez, después de mucho tiempo, los agricultores tenían sus propias organizaciones representativas,y a las personas que estábamos al frente de las mismas se nos exigía constantemente, realizar labores de representación que nos ocupaban mucho tiempo, pero las hacíamos con mucho gusto porque esa era nuestra obligación voluntariamente aceptada, a pesar de que esos cargos no estaban remunerados.

Fue aquellas una época ilusionada, en que la agricultura ilicitana adquirió una gran incidencia en el conjunto de la economía local que estaba viviendo un gran desarrollo expansivo, y en que los agricultores podían reivindicar, colectivamente, todo aquello que consideraban justo y razonable, a través de sus representantes legales, elegidos por ellos mismos.

A pesar del individualismo y del espíritu poco asociativo que siempre tuvieron los campesinos, más bien propensos a hacer la guerra a cada uno por su cuenta, que a unirse en organizaciones para poder defender mejor sus propios intereses, la Asociación de Agricultores y Ganaderos de Elche, llegó a tener cerca de mil asociados, en los primeros años de su funcionamiento. Fue un caso singular dentro del panorama agrícola español de aquellos tiempos, traducido a escala local. Para encontrar un parangón a estas circuntancias, tendríamos que remontarnos a 1912, cuando se creó en Elche la AGRÍCOLA ILICITANA, por parte de Vicente Sansano Fenoll, hombre polifacético que fue Alcalde de Elche en 1910. La AGRÍCOLA ILICITANA era de idénticas características a la Asociación Local de Agricultores y Ganaderos, y también tuvo una gran aceptación por parte del campesinado ilicitano de entoces.

En aquellos primeros años de la Transición, conseguida la plena libertad de expresión, y desde los cargos de responsabilidad que

desempeñaba en las Organizaciones Agrarias recién creadas, empecé a publicar artículos en los diferentes medios de comunicación, relacionados, mayoritariamente, con la problemática del sector agropecuario. Fue aquella una labor periodística continuada durante varios años, con centenares de artículos publicados en los diarios INFORMACIÓN, de Alicante, LA VERDAD, de Murcia y el semanario CANFALI donde tenía una sección fija que se llamaba TRIBUNA DEL CAMPO. Aquella multitud de artículos constituyeron el inicio de mi carrera literaria que ha dado copiosos frutos, a pesar de haberse iniciado tardíamente.

Bien situados mis dos hijos que ya no precisaban de mi ayuda, y aligerado un tanto de mis obligaciones profesionales, por fin podía dedicar más tiempo a practicar mis tres pasiones favoritas: leer, escribir y viajar. Y a fe que lo hice a plena conciencia, ya que viajaba frecuentemente, leía mucho y escribía todos los días, desarrollando una actividad febril. Y todo esto, sin abandonar otros menesteres que continuaron ocupándome varias horas diarias. Pero cuando se tiene voluntad y constancia para aprovechar el tiempo adecuadamente, se pueden hacer muchas cosas durante el día. Todo es cuestión de trazarse un programa racional y viable y después, cumplirlo a rajatabla.

Desde hacía algún tiempo sentía fervientes deseos de volver a Canarias, donde pasé largos meses entre los años cuarenta y uno y cuarenta y tres, y que tantos recuerdos de juventud despertaban en mi memoria. Más que deseo era casi una una obsesión constante que no me abandonaba un sólo momento. Era como querer realizar una peregrinación a unos lugares entrañables que recordaba con nostalgia y añoranza. Era como querer revivir un pasado ya lejano.

Por fin pude ver cumplido mi sueño en la Primavera de 1979, ya que a mediados del mes de mayo, y acompañado de mi esposa, y a bordo de un avión D.C. 9 de Iberia, volví a Tenerife, después de tanto tiempo de espera. ¡Qué distinto este cómodo y rápido viaje aéreo de aquel incómodo y pesado viaje marítimo de 1941! ¡Qué diferentes estas circunstancias de aquellas! ¡Y qué distancia temporal entre estos dos viajes, y cuántas vivencias personales experimentadas a lo largo de tantos años! Entonces yo era un joven de veinticinco años que estaba viviendo una amarga experiencia en

unas circunstancias difícles, y ahora volvía con mucha más edad, pero también con más comodidad y regocijo, y además, sin ningún inconveniente ni cortapisa que coartara mi libre albedrío. Aquel fue un viaje a la fuerza, como castigo, y para cumplir una ingrata misión, llena de incomodidades y de sinsabores. Y en cambio, ahora volvía por propia voluntad y con toda clase de comodidades y satisfacciones. Desde luego, este fue un viaje delicioso.

Y en este nuevo viaje visité otra vez todos los lugares donde había estado la primera vez: Vilaflor de Chasna, el lugar que ocupara el Campamento de la Magdalena, en plena serranía, las Cañadas del Teide, con sus impresionantes paisajes, Puerto Santiago, frente a la Gomera, Puerto de la Cruz, etc.

Y fui pasando de asombro en asombro, pues aquello era otro mundo distinto al que yo conocí antes. ¡Cuántos cambios habían experimentado todos estos lugares durante los últimos treinta y siete años! Las diferencias de una a otra época eran abismales. Era este un mundo completamente distinto que había ido forjándose poco a poco, al socaire del turismo, que se había convertido en el generador más importante de riqueza y de trabajo de Canarias en general, y de Tenerife en particular. El ejemplo más significativo de estos cambios experimentados con el paso del tiempo estaba personificado en Puerto de la Cruz. Entonces este lugar era una población de pescadores y campesinos de pocos miles de habitantes, situado en lo más frondoso del incomparable Valle de la Orotava, y ahora se había convertido en un complejo turístico de los más importantes de España, con sus grandes hoteles de muchas estrellas y sus lujosos restaurantes de muchos tenedores. Y como colofón de todas estas transformaciones, el célebre lago Martiánez, situado dentro del mismo mar, construido por el famoso artista lanzaroteño César Manrique. Puerto de la Cruz es una segunda Benidorm, pero con menos torres de cemento junto al mar, con mucha más vegetación en sus entornos y con una climatología menos calurosa en Verano.

Lo mismo había ocurrido en Puerto Santiago, aquel minúsculo caserío de pescadores que vivían incomunicados por tierra cuando nosotros estuvimos allí en 1942. Ahora estaba irreconocible, con sus grandes urbanizaciones turísticas junto al mar y su amplio Puerto Deportivo frente al macizo montañoso de los Acantilados Gi-

gantes. Y también con sus amplias y bien cuidadas carreteras para comunicarse entre sí los diferentes sectores de las nuevas construcciones levantadas por y para el turismo, con sus comercios, sus discotecas y toda clase de servicios que pueda precisar para que no falte de nada mientras permanezcan aquí. Y donde antes había sequedad, aridez y terrenos estériles por falta de agua, ahora había construcciones nuevas, frondosos árboles y espacios ajardinados que le daban a toda esta zona un aspecto agradable y atractivo. Y el pequeño casco antiguo del primitivo Puerto Santiago, donde vivían las mismas familias de antes, apenas había cambiado en nada. Solamente algunas casas se habían remozado o se les había añadido una segunda planta y nada más. Pero su aspecto había mejorado mucho y las gentes vivían mejor. Ya no se observaba miseria y abandono como en 1942, pues con el turismo había más trabajo y riqueza para todos.

Durante las pocas horas que permanecí en Puerto Santiago, tuve la oportunidad de hablar con algunos de aquellos niños que bajaban al campamento para recoger las sobras del rancho que nosotros comíamos. Aquellos niños eran ahora hombres de cincuenta años que aún se acordaban de nosotros y de aquella época tan mísera para ellos y tan infausta para nosotros.

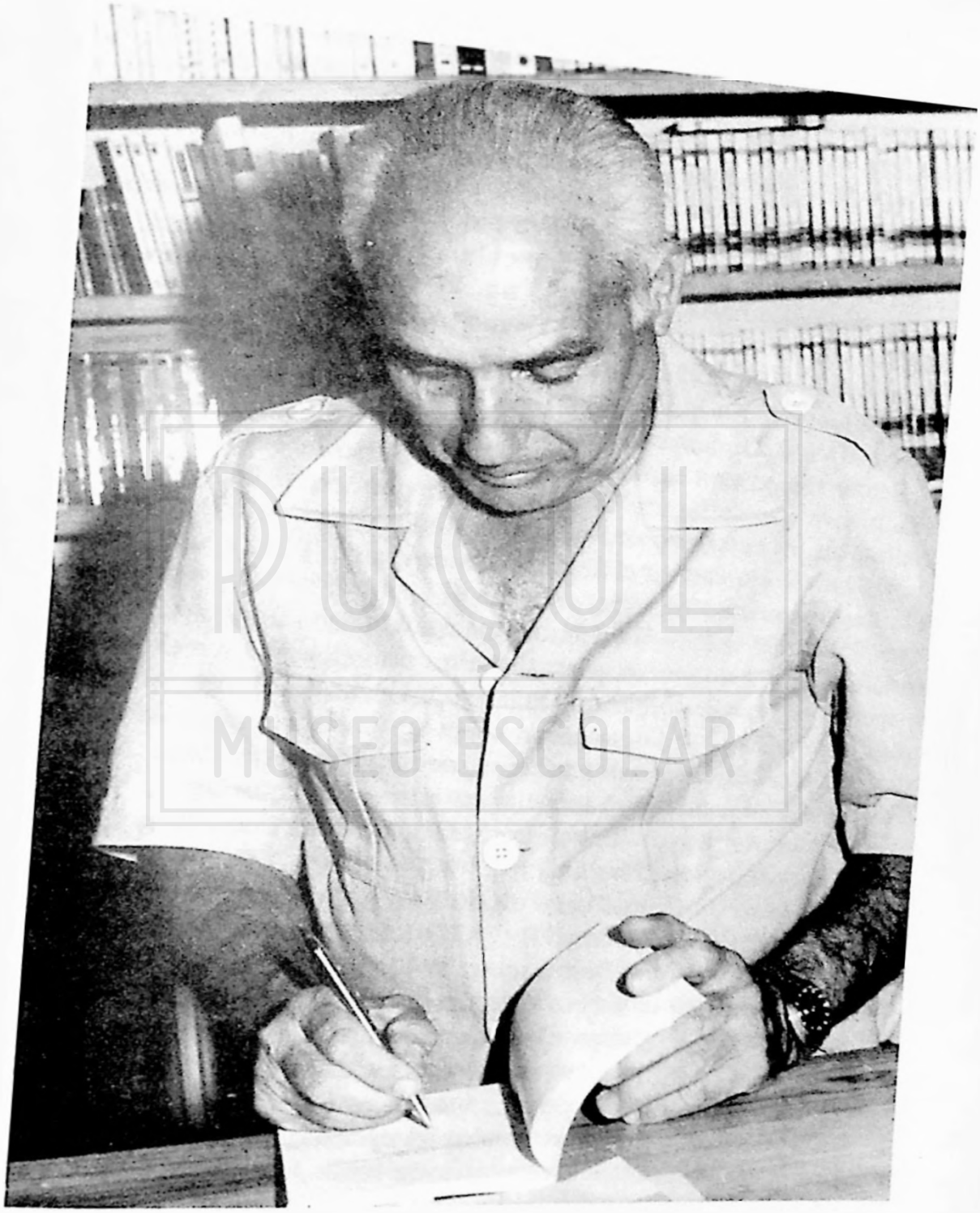
Y bajé a la pequeña playa de arenas negras y volcánicas donde estuvimos acampados más de un año. Y en el pequeño acantilado, junto al mar, me senté sobre la misma roca donde treinta y siete años antes había estado sentado tantas horas leyendo y escribiendo, frente a la silueta inconfundible de la montañosa isla de la Gomera, distante unos treinta kilómetros. Y me acordé de todos los compañeros que compartieron conmigo aquellas vivencias ya lejanas. Y me pregunté mentalmente, ¿qué habrá sido de sus vidas? ¿Vivirán todos aún? ¿Acaso algunos de ellos habrán muerto ya? ¿Habrán vuelto otra vez algunos de ellos a este lugar, como lo hago yo ahora? La cuestión es que les perdí la pista y cada uno de ellos seguiría la ruta que le marcó la vida, y todos se abrirían camino con más o menos suerte. Pero no pude dejar de pensar en todos y cada uno de aquellos muchachos que compartieron conmigo, en este mismo lugar, pesares, esperanzas, frustraciones... y que hoy serán hombres curtidos de más de sesenta años, como yo. Cerré los ojos, traté de retroceder en el tiempo

y lloré como un niño. Aquellas lágrimas me devolvieron a la realidad de la vida, y fueron como un tributo pagado en aras de unos recuerdos que conservaba en mi memoria como un preciado tesoro. Así permanecí absorto y silencioso hasta que mi esposa, poniéndome una mano sobre el hombre, me dijo quedamente: «Vámonos«.

Y sobre el pequeño acantilado rocoso las olas esparcían su monocorde canción de espumas blancas, como lo hacían treinta y siete años antes, como lo habían hecho desde el principio de los tiempos, como lo seguirán haciendo mientras el mundo sea mundo.

En cambio, Vilaflor de Chasna apenas había cambiado nada durante este lapso de tiempo transcurrido entre los dos viajes. Todo seguía prácticamente igual que antes. Sus calles empedradas, su pequeña Iglesia de la Plaza Mayor, su pequeña oficina de correos, todo continuaba lo mismo. De su antiguo aspecto sólo se diferenciaban algunas casas nuevas que se habían construido y nada más, ya que continuaba siendo la población tranquila y recoleta de 1941, rodeada de altas y frondosas montañas. Y en la parte norte de la población los dos Pinos Gordos, formando una pareja de gigantes vegetales, permanecían impasibles como si los años no les afectaran para nada. Como la carretera pasa junto a ellos nos detuvimos unos momentos bajo la tupida sombra de su ampuloso ramaje, como lo había hecho antes en tantas ocasiones, y arranqué un trozo de la rugosa piel de uno de ellos y me lo llevé de recuerdo.

Al ser una población del interior y de alta montaña, a Vilaflor no le había afectado el turismo prácticamente en nada. Sus gentes seguían viviendo de la agricultura, como siempre lo había hecho, y sólo algunas mujeres se dedicaban a elaborar algunos trabajos artesanales, bordando manteles y otras prendas que ofrecían a los turistas que se detenían de paso para las Cañadas. Lo único que había cambiado era la carretera de acceso por el sur, partiendo de Granadilla de Abona, ya que habían construido otra más ancha y con menos curvas que la que había en 1941. La que enlaza Vilaflor con las Cañadas, que nosotros terminamos de consruir, estaba tal como nosotros la dejamos, aunque con mejor firme, por el asfaltado que entonces no tenía y que ahora la hacía más transitable.



Firmando ejemplares de su primer libro, en la librería Séneca, en octubre de 1980.

De la ubicación del Campamento de la Magdalena, junto al barranco del mismo nombre, no quedaba la menor huella. Volvía a ser un lugar solitario rodeado de altas montañas con una frondosa vegetación.

Volver a las Cañadas era una visita obligada. Pero en estos nuevos tiempos el subir al cráter del Teide ya no era ninguna proeza como lo fue antes cuando se subía a pie. Subir ahora estaba al alcance de cualquiera, ya que el funicular instalado unos años antes, te subía casi hasta la misma cima. Yo mismo hice esta ascensión (mi esposa no quiso hacerla) y me traje del mismo centro del cráter una piedra de azufre como recuerdo. Posteriormente pusieron vigilantes para que los turistas que subían no tocaran nada, pues con tantos miles como suben al cabo del año (las cabinas del funicular tienen una capacidad de treinta personas cada una) con una piedra que se bajara cada uno, por pequeña que fuera, eso supondría un deterioro ecológico del lugar. Las mismas medidas de vigilancia ejercen en el Parque Nacional de Timanfaya, en la isla de Lanzarote.

Volver a Tenerife al cabo de tantos años fue para mí una gran satisfacción. Y volver en plan turístico constituyó un verdadero placer. Y visitar de nuevo los lugares donde estuve treinta y siete años antes, fue ir de sorpresa en sorpresa por los cambios observados en todos los aspectos, cambios producidos como consecuencia del turismo, del que entonces no se tenía ni la más ligera idea y que ahora es la mayor fuente de riqueza de Canarias, en general, y de Tenerife, en particular.

Y con motivo de este viaje escribí la segunda parte de IMPRESIONES Y RECUERDOS DE CANARIAS, cuya primera parte había escrito en Puerto Santiago en 1942. Y en esta segunda parte que yo titulé «Treinta y siete años después», describía los cambios habidos en Tenerife durante este tiempo, en que la Canarias rústica y agrícola, se había convertido en la Canarias turística y cosmopolita, donde millones de personas nacionales y extranjeras pasaban aquí sus vacaciones en cualquier época del año, sobre todo, parejas de recién casados en viajes de luna de miel.

Y con todos estos originales, los escritos en 1942 y los escritos en 1979, publiqué mi primer libro, a mediados del año 80, gracias al impulso y al ánimo que me infundió mi buen amigo Tonico

Sansano (ya fallecido), viejo en años, pero eternamente joven de espíritu, que me alentó mucho para que lo publicara. Este libro, de todos los publicados hasta hoy, es el más querido por mí, no por que sea el mejor de todos, sino por ser el primero. Eso siempre tiene un gran valor sentimental.

Su presentación tuvo lugar en la librería SÉNECA a primero de octubre de 1980.

12

Después de aprobarse en Referendum la Ley de Reforma Política el 15 de diciembre de 1976, surgieron a la vida española multitud de partidos políticos de todos los signos y tendencias, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, incluso algunos de talante republicano, tanto en sus planteamientos como en su denominación. Fueron tantas las agrupaciones políticas que se legalizaron, cada una con sus siglas correspondientes, que aquello llegó a ser una verdadera «sopa de letras». Algunas de estas agrupaciones políticas eran tan irrelevantes y marginales que la totalidad de sus militantes cabían en un autobus. Algunos de de estos partidos políticos estaba liderados por personas relevantes que ta tenían un cierto carisma personal y eran bastante conocidos por haber desempeñado determinados cargos de responsabilidad en el Régimen de Franco. En cambio, otros eran unos perfectos desconocidos para la mayoría de las gentes y nacían a la vida política al socaire de los nuevos aires de transición.

Entre todas estas personas que se pusieron al frente de un partido político legalizado en los primeros momentos de la transición, había uno por el que sentía una gran admiración, por sus cualidades humanas, por su talante ecuánime y por su elevado nivel intelectual: Me refiero a Enrique Tierno Galvañ, el «Viejo Profesor», como se le conocía en los ambientes estudiantiles, a pesar de que solamente tenía alrededor de los sesenta años. Tierno Galvañ, junto con otros Catedráticos, fue apartado de la Cátedra Universitaria

en 1965, por sus ideales políticos contrarios al Régimen Franquista y en 1976 legalizó, junto con otras personalides de la docencia el Partido Socialista Popular, con el que tomó parte en las Elecciones Generales del 15 de junio de 1977, consiguiendo seis Diputados. Unos días antes de esas Elecciones estuvo en Elche, tomando parte en un acto electoral que tuvo lugar en el Campo de Fútbol de Altabix, junto con otros miembros de la Candidatura por la provincia de Alicante. Su hablar pausado, correctísimo, insinuante, cautivaba a las masas que le escuchaban. Era un verdadero tribuno de una elocuencia excepcional. Más que un político parecía un predicador religioso por su humanismo y don de gentes.

Su concepción del Estado Español Moderno se decantaba más por la República que por la Monarquía, aunque eran un hombre tansigente que siempre aceptaba las decisiones de las mayorías. Indudablemente, de haberse implantado en España la III República, él hubiera sido un buen Presidente para la misma, por ser una persona que despertaba muchas simpatías y adhesiones, como se demostró después cuando fue Alcalde de Madrid, que llegó a ser querido y respetado, incluso por sus adversarios políticos.

En aquéllos momentos, a pesar de la efervescencia política que se respiraba por todas partes, a mí no me apetecía pertenecer a ningún partido político, como militante, por no verme obligado a acatar la disciplina partidista que en todos los casos, estas organizaciones tratan de imponer a sus militantes. Quería tener absoluta libertad para hablar y escribir lo que quisiera obedeciendo solamente los dictados de mi voluntad y de mi libre albedrio. Pero, la atracción que sentía por Tierno Galvañ me decidió a solicitar mi ingreso en el P.S.P. en 1978, ya que más que socialista era tirnogalvañista, por afinidad personal. Pero cuando fui a la sede del partido que estaba en la calle Mario Pastor Sempere, para solicitar mi ingreso y habé con Vidal que estaba encargado de estos menesteres, me llevé una gran decepción al enterarme de la escasa militancia que tenía el P.S.P. en Elche. Yo siempre suponía que serían centenares los afiliados a este partido político y quedé muy desilusionado al comprobar que todos ellos cabían en dos taxis. Ahora bien. Eran pocos, pero todos muy buena gente. Allí estaba Cayetano Sempere, que ocupó un lugar destacado en la Candidatura de Alicante de las Elecciones del 15 de junio, (ya fallecido),

las dos hermanas Buvard, Vicent Ripoll, todo fogosidad y entusiasmo y su esposa, la entrañable Susi, que también formó parte de la candidtaura, el mencionado Vidal, la agraciada y encantadora Emilia (que poco tiempo después se casó ataviada con un vestido blando al estilo de las Vestales Romanas que resaltaba aún más sus encantos naturales) y su novio Vicente, una excelente persona y muy pocos más. Estos pocos militares se reunían en este local por la noche, una vez a la semana, para hablar de lo divino y de lo humano, pero preferentemente, de política y de la evolución del país.

Poco después Tierno Galvañ se convenció de que no podía seguir en solitario al frente del P.S.P., entre otras razones, por falta de medios económico, y optó por integrarse en el P.S.O.E. después de unas prolongadas negociaciones con Felipe González. Cuando llegó ese momento el P.S.O.E. abrió sus puertas a todos los mitilantes del P.S.P. para que se integraran en él si lo deseaban. En el caso concreto de Elche, hubo de todo. Unos se integraron y otros no. En mi caso particular, al no pronunciarme en ningún sentido, entendieron que aceptaba la integración y me dieron de alta en el P.S.O.E. Mi pertenencia a este partido duró hasta el 13 del febrero de 1984, ya que en esa fecha pedí la baja y devolví el carnet, por no estar de acuerdo en la política que seguía la Corporación Municipal, de mayoría socialista, respecto a la problemática de los Palmerales de Elche, que tanto me preocupaba. A partir de esta baja y de estas discrepancias con las actuaciones del Ayuntamiento en lo concerniente a la cuestión de las palmeras, escribí y publiqué el libro ¡SALVEMOS LOS PALMERALES DE ELCHE!

Desde siempre estaba bastante desengañado del comportamiento de los políticos en general, porque para mí dejaban mucho que desear. Para mí, la Política, con mayúscula, siempre la consideré una cosa hermosa y admirable, pero sus servidores, las personas que se dedican a ella como profesión, de todos los partidos y tendencias, en muchos casos, ni tienen la ética suficiente ni saben estar a la altura de las circunstancias. Y lo que suelen hacer es tratar de medrar y servirse de ellas para figurar y mejorar sus condiciones de vida, obedeciendo las consignas del partido a que pertenecen que no siempre acierta en sus planteamientos, por encima de

lo que ellos puedan opinar personalmente. Por ello es muy frecuente oir decir: «Yo estoy a disposición de mi partido» «Yo haré lo que mi partido disponga». Y en nombre de esos partidos, en ocasiones, se dicen y se hacen muchas tonterías e inconveniencias.

Por otra parte, también me hago cargo que los políticos, al fin y al cabo, son personas humanas, con sus virtudes y sus defectos, con sus egoísmos y sus vanidades, y que eso, en muchos casos, les induce a comportarse incorrectamente y desmerecen ante los ojos del común de las gentes que quisieran ver en ellos personas ejemplares y carismáticas. Y eso es prácticamente imposible, porque para que ocurriese así los políticos deberían tener madera de santos, y esa clase de madera, desgraciadamente, abunda muy poco. Por eso estoy un tanto desengañado de los políticos, que no de la Política, que me sigue interesando, mantengo mis ideales y ejerzo mi derecho al voto en todas las elecciones que se convocan, como deben hacer todos, pero sin pertenecer a ningún partido político. No obstante, reconozco que son necesarios para que la democracia funciones plenamente. Claro está, que en esto, como en todo, ni se puede ni se debe generalizar, pero es evidente que entre «la clase política» suele haber mucho arrivismo y poca grandeza de espíritu. El auténtico político debe servir a la colectividad desinteresadamente y no servirse del cargo para su propio provecho, que es lo que suele ocurrir en muchos casos. Tal vez sea verdad eso que dicen que «cada nación tiene los políticos que se merce», pues al fin y al cabo, los políticos forman parte de la misma sociedad y son un reflejo de ella.

En octubre de 1977 conocí a Tonico Sansano personalmente, un hombre diecisiete años mayor que yo, al que me unió, desde los primeros momentos una gran amistad. Tonico Sansano pertenecía a una familia de grandes industriales de Elche, en la rama del calzado, y desde muy joven demostró tener un espíritu un tanto aventurero y bohemio. Era altruista, desprendido, generoso y se considerara «El último romántico de Elche». Casado con Josefina Castaño, (Santa Josefina, le llamábamos por su bondad y su dulzura de carácter) no tuvieron hijos. La fábrica que heredó de su padre fue decayendo hasta que tuvo que cerrarla, perdiendo todo su patrimonio y los últimos años de su vida (murió en la Primavera de 1989) vivió a costa de su esposa que le quería apasionada-



Abril de 1983, en el III Congreso Nacional de Jóvenes Agricultures, celebrado en Madrid.

mente, a pesar de que su conducta marital no había sido nada ejemplar.

En los años de la posguerra estuvo exilado en Orán por motivos políticos y cuando yo le conocí era un archivo viviente que conservaba en su cabeza todos los hechos y personajes más sobresalientes de la historia de Elche. Muchos de los datos y referencias que él me facilitó de viva voz, (algunos de ellos muy difíciles de encontrar por otros medios) me fueron de mucha utilidad para incluirlos en los primeros libros que publiqué, al referirme a la política ilicitana en las primeras décadas del presente siglo. A sus ochenta y cuatro años conservaba toda su lucidez y tenía aún una memoria prodigiosa. Era un hombre emprendedor pero anárquico y desorganizado. Se le ocurrían ideas brillantes pero era incapaz de llevarlas a la práctica, por eso sus amigos le llamábamos «El hombre de los grandes proyectos». Cuando yo le conocí tenía dos ideas fijas en la cabeza: publicar un libro de poemas de varios poetas ilicitanos y formar una Hermandad de Poetas. Pero eso sólo eran proyectos y nada más. El a la sazón escribía todas las semanas en CANFALI y yo empecé a publicar también en este semanario algunas cosas en prosa y en verso.

En cuanto a lo de publicar un poemario y formar una Hermandad de Poetas, las dos proyectos me parecían muy bonitos y además realizables. Por lo tanto, puse manos a la obra para convertirlos en realidad. Lo primero que hice, con su colaboración, fue recoger originales de seis poetas ilicitanos y llevarlos a la imprenta para que los publicaran en forma de poemario, con el título de MUESTRARIO DE POETAS DE ELCHE. La idea de este título fue suya, aunque a mí no me terminaba de gustar. Él también se encargó de hablar con un muchacho llamado Arturo, que dibujaba muy bien para que hiciera una ilustración para la portada que estuviese relacionada con los tres signos de identidad más representativos de Elche: la Dama, el Misterio y los palmerales. Este dibujo de color blanco sobre un fondo verde, quedó muy bien. De este poemario se hicieron mil ejemplares, cuyo costo íntegro pagué yo de mi propio bolsillo. Los poetas participantes en este libro fueron Ramón Alarcón Crespo, Baltasar Brotóns García, Tonico Sansano, Francisco Sánchez Ortega, Vicente Pastor Chilar y Vicenta Sepulcre Mora, y como prologuista, Diego López Mo-

reno.

En cuanto a la Hermandad, yo mismo me encargué en redactar unos Estatutos al amparo de la Ley de Asociaciones del 24 de diciembre de 1964 y los llevé al Gobierno Civil de Alicante para su legalización. Después de unas pequeñas rectificaciones estos Estatutos se legalizaron el 12 de diciembre de 1980, fijando su residencia en calle Espronceda 112, de Elche. De esta manera nació la Asociación Cultural Hermandad de Poetas de Elche, única en su género en todo el territorio español de que se tienen referencias.

Los fines de esta Asociación, entre otros, son: 1.°— «Desprovista de toda finalidad política, la HERMANDAD DE POETAS DE ELCHE, tendrá, como única misión el fomentar y desarrollar las artes en general, y en particular, la poesía». 2.°— «En contraste con el entorno materialista en que hoy se desenvuelven, generalmente, las relaciones y convivencia entre las personas, la HERMANDAD DE POETAS DE ELCHE, propugnará el desarrollo y florecimiento de las actividades culturales, artísticas y espirituales, dentro del marco del más noble humanismo». 3.°— «LA HERMANDAD DE POETAS DE ELCHE, PROPICIARÁ TODAS LAS ACTIVIDADES Y ACTOS QUE PUEDAN CONTRIBUIR AL ENRIQUECIMIENTO ESPIRITUAL DEL HOMBRE». Estos Estatutos son todo un poema.

El acta consistitucional de la Hermandad fue firmada por Baltasar Brotóns García, Antonio Sansano Mora, Diego López Moreno, Vicente Pastor Chilar, Ramón Alarcón Crespo, Francisco Sánchez Ortega, Francisca Vázquez Gonzálvez y Milagros Román Maciá.

En la primera reunión después de la legalización se eligió una Junta Directiva para regir los destinos de la Hermandad, compuesta de las siguientes personas: Presidente Antonio Sansano Mora, Vicepresidente Diego López Moreno, Secretario Baltasar Brotóns García y Tesorero Ramón Alarcón Crespo. Los otros cinco tenían la condición de Vocales. Se acordó así mismo poner una cota de cien pesetas mensuales como aportación al mantenimiento de la sociedad.

Tres años después de su fundación se produjo una resstructuración en la Junta Directiva de la Hermandad, que quedó compuesta de la manera siguiente: Presidente de Honor, Antonio San-

sano Mora, Presidente Baltasar Brotóns García, Secretario Clara Dolores Fenoll García, Vicepresidente Milagros Román Maciá y Tesorero Luis Ibarra Serrano.

En los once años de vida de la sociedad, la Hermandad ha desempeñado una actividad cultural bastante importante. En un principio y durante dos años seguidos, sus miembros más destacados fueron una vez a la semana a Radio Elche a recitar versos y hablar de poesía a un programa que llevaba Reme Sanz por la tarde en el que dedicaba un cuarto de hora a lo que llamaba Rincón Poético. También organizaron cuatro años seguidos un Certamen Provincial de Poesía llamado Festa d'Elx, coincidiendo con las Fiestas Patronales del mes de Agosto, que se celebraba el día 15 por la noche en la Rotonda del Parque Municipal, bajo el patrocinio del Ayuntamiento, y dos años seguidos el Certamen Nacional de Poesía «Venida de la Virgen» que se celebró en el Casino de Elche, el 28 de diciembre, con el mismo patrocinio que el anterior.

Pero su actividad más importante ha sido la convocatoria del Premio Internacional de Poesía «Dama de Elche», que se ha llevado a cabo anualmente a partir de 1984, con una dotación económica de cien mil pesetas donadas por su Presidente. En 1990 este certamen no se celebró, pero en 1991 se volvió a convocar duplicando su dotación económica, y paralelamente al certamen de poesía, se convocó también un certamen provincial de pintura denominado «Vicente Albarach», con una dotación económica de 75.000 pesetas donadas por su discípulo el pintor Jerónimo Martínez Sánchez, miembro también de la Hermandad. El fallo de ambos premios se dió a conocer en el mismo acto celebrado en la Peña Madridista.

A las siete convocatorias del «Dama de Elche» concurrieron muchos poetas de todas las regiones de España y de algunas naciones extranjeras, con poemarios de una calidad media bastante elevada.

Coincidiendo con la convocatoria del «Dama de Elche» en los años 86, 87, 88 y 89, la Hermandad coincidió también un Trofeo en Cerámica denominado «Palmera del Cura», obra de la ceramista ilicitana Mari Sol Pérez, a aquellas entidades o personas que más se distinguieron en Elche laborando en pro del arte y la cultu-

ra. Así, en el 86 se le concedió al Departamento de Obras Sociales de la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, en el 87 a la Conselleria de Cultura de la Generalitat Valenciana, por la ayuda y la difusión del Misteri d'Elx, en el 88 a la Peña Madridista y en el 89 al arqueólogo ilicitano Rafael Ramos Fernández.

A la Hermandad no sólo pertenecen poetas, sino también pintores y ceramistas y otras personas que tenga inquietudes artísticas de una u otra faceta. Pero como ocurre en todos los colectivos, en la Hermandad no todos los que figuran como socios trabajan y cotizan. Eso lo hacen una minoría que son los que hacen posible que pueda cumplir las funciones para las que fue creada, ya que de las cuarenta personas que figuran como socios sólo ocho o diez hacen el trabajo y se reúnen una vez a la semana para programar las actividades que quieren realizar.

La Hermandad ha publicado tres poemarios. El primero que lleva por título «Caminos paralelos», fue patrocinado por Baltasar Brotóns García, recopila los mejores poemas presentados a las tres primeras ediciones del certamen «Festa d'Elx». El segundo, titulado «Alborada», y patrocinado por la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Elche, y estaba compuesto por poemas de diecinueve miembros de la Hermandad y prologado por el General y escritor ilicitano Antonio Maciá Serrano, recientemente fallecido, y con ilustraciones de los pintores Sixto Marcos, Enrique Barcelona, Joaquín Sala, Jerónimo Martínez y Castejón. En cuanto al tercero se publicó con el patrocinio de la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia y fue «Poemas para recordar a Gerardo Diego», obra premiada en la sexta edición del Premio «Dama de Elche», de la que es autor el notable poeta madrileño Luis López Anglada, que se desplazó exprofeso a Elche para estar en la presentación del libro que tuvo lugar en los salones de la Peña Madridista en el mes de Abril de 1990.

Una vez aprobada la Constitución el 6 de diciembre de 1978, se anunció la celebración de Elecciones Municipales para la Primavera del año siguiente. Con este motivo, había una gran movimiento preparatorio en todos los partidos políticos recien legalizados, para tomar parte en estos comicios locales que se iban a celebrar por primera vez después de cuarenta y tres años. Y ante esta circunstancia me surgió la idea de presentar, desde la Asocia-

ción Local de Agricultores y Ganaderos, una candidatura de electores al márgen de los partidos políticos, posibilidad que contemplaban las normas de la Ley Electoral. Yo era consciente de que esto iba a ser una tarea complicada y difícil, pero no imposible.

Todo era cuestión de proponérselo y aplicarse a la tarea. ¿Por qué no intentarlo, al menos? Era todo un reto y sentaríamos un precedente, si éramos capaces de llevarlo a cabo. Consciente de lo dificultoso de la empresa, se lo propuse a mis compañeros de Junta Rectora y hubo reacciones para todos los gustos, a favor y en contra, y a todos traté de contagiarles de mi entusiasmo, hasta conseguir la aceptación de la mayoría. Pero como la cuestión era de una gran trascendencia convocamos una Asamblea General Extraordinaria para informar de este proyecto a todos los socios y decidir democráticamente, que personas iban a figurar en la candidatura, y lo que era más importante aun, el lugar que iba a ocupar en la misma cada uno de los candidatos. Esta Asamblea se celebró el 24 de diciembre de 1978, con la asistencia de 114 socios, todos con derecho a voto y a ser candidato, ya que podían presentarse cuantos quisieran, pues todos podían ser electores y elegibles. En total se presentaron 35 candidatos, con los que se formó una lista por orden alfabético, de la que se entregó una fotocopia a cada uno de los asistentes, que podían votar hasta un máximo de veintisiete nombres que eran los que tenían que figurar en la candidatura. Terminada la votación y efectuado el escrutinio correspondiente la candidatura quedó compuesta de la siguiente manera:

N.° 1. Baltasar Brotóns García, de Algoda ..... 72 votos
N.° 2. Leandro Brú Jaén, de Maitino ..... 67 votos
N.° 3. José Soler Bonete, de Altabix ..... 49 votos
N.° 4. Pedro Valero Guilló, de Algorós ..... 40 votos
N.° 5. Gaspar Martínez Oliver, de La Hoya ..... 69 votos
N.° 6. Juan Durá Mollá, de Perleta ..... 39 votos
N.° 7. José Agulló Antón, de Torrellano Bajo ..... 39 votos
N.° 8. Matías Canals Maciá, de Derramador ..... 35 votos
N.° 9. Antonio Marco Brotóns, de Torrellano Alto 34 votos
N.° 10. Agustín Brú Pomares, de Baya Alta 31votos
N.° 11. Agustín Mollá Antón, de Valverde Alto ..... 31 votos
N.° 12. Ambrosio Antón Gonzálvez, de Maitino .... 30 votos

N.° 13. Ramón Piñol Agulló, de Saladas ..... 30 votos
N.° 14. Antonio Bonmatí Piñol, de Saladas ..... 29 votos
N.° 15. Juan Campello Antón, de la Peña..... 29 votos
N.° 16. Pablo Bonete López, de la Peña ..... 26 votos
N.° 17. Ramón García Brotóns, de Algoda ..... 24 votos
N.° 18. José Selva Bernad, de Derramador ..... 24 votos
N.° 19. José Antón Sempere, de Alzabaras Alto .... 24 votos
N.° 20. José Irles Vicente, de Baya Baja ..... 24 votos
N.° 21. José Agulló Selva, de Daimés..... 22 votos
N.° 22. Antonio Sánchez Falcó, de Algorós ..... 22 votos
N.° 23. Andrés Antón Escolano, de Llano S. José .. 20 votos
N.° 24. Pedro J. Cuadrado Gonzálvez, de Altabix... 19 votos
N.° 25. Andrés Gomis Agulló, de Asprillas..... 17 votos
N.° 26. Pedro Mollá Pascual, de Matola ..... 16 votos
N.° 27. Antonio Pascual Orts, de Matola 9votos

Suplente:

Pascual Campello Tarí, de Carrús ..... 8 votos

Gaspar Martínez Oliver, por votos obtenidos le correspondía ocupar el segundo puesto en la candidatura, pero voluntariamente pasó al quinto.

Como se observa por el domicilio de los componentes de la candidatura, casi todas las pedanías ilicitanas están representadas en la misma, y el lugar que ocupan cada una de estas personas, está en función de los votos obtenidos. Fue todo un ejemplo de democracia.

Para sufragar los gastos de la campaña electoral, la Asamblea aprobó un presupuesto de sesenta mil pesetas. Esta cantidad era una ridiculez comparada con los presupuestos millonarios de que disponían algunas de las otras candidaturas que se presentaban a las mismas elecciones y que eran nuestras competidoras en la captación de votos. Pero la Asociación no disponía de fondos para permitirse mayores dispendios. Pero lo curioso del caso es que de las sesenta mil pesetas presupuestadas, sólo se gastaron treinta y cinco mil en el conjunto de todos los gastos de la campaña electoral. Fue todo un modelo ejemplarizante de economía administrativa y de ahorro de costos.

La Asamblea también dió luz verde a la composición de una

Comisión que se encargara de todo lo relacionado con la candidatura: trámites legales para su presentación, gestiones a todos los niveles, y lo que era más importante, su presentación y promoción de cara al electorado. Esta comisión estaba compuesta por Baltasar Brotóns García, José Soler Bonete, Juan Campello Antón, Pedro Valero Guilló, Antonio Ferrández Miralles y Pascual Martínez Román.

La candidatura que la Asociación presentó a las elecciones municipales, llevaba el nombre de Candidatura Independiente del Campo (C.I.C.).

Desde un principio, se vieron las dificultades internas que afloraron en el seno de la Asociación, con motivo de la composición de la candidatura, ya que había algunos socios de los más significativos que por su mentalidad y sus ideas políticas no estaban de acuerdo en que encabezara la candidatura la persona que ocupa el primer puesto de la misma, por haber sacado mayor número de votos. Y estos socios disconformes con el resultado democrático de la votación, iniciaron una campaña de obstrucción y zancadillas con el fin de entorpecer y dificultar los trabajos previos para llevar a buen término los trámites legales que se precisaban realizar para la presentación de la candidatura dentro del plazo previsto.

Desde el día siguiente al de la Asamblea, la comisión nombrada para gestionar los trámites previos a la presentación de la candidatura, empezó a trabajar de firme en su cometido. Al ser una Candidatura de Electores, tenía que ir avalada por un mínimo de mil firmas de otros tantos electores (el número de avalista estaba en función del número de habitantes de la población correspondiente), que estuviesen inscritos en el censo, con todos sus datos personales y una fotocopia de su D.N.I. Toda esta árdua labor tuvimos que hacerla un reducido grupo de personas, sin medios materiales, sin ninguna experiencia y sin ayudas de nadie. Lo único que teníamos era un local de doce metros cuadrados, donde nos reuníamos todas las noches, una mesa, unas cuantas sillas, una máquina de escribir vieja y averiada y una fuerza de voluntad a prueba de cansancios y desalientos. Y en nuestra mente una idea fija, casi obsesiva, que nos decía: «¡Tenemos que hacerlo! ¡Esto hay que sacarlo adelante como sea!».



En el Huerto del Cura, junto con otros miembros de la Hermandad de Poetas de Elche, en el momento de fallar el Premio Internacional de Poesía «Dama de Elche», abril de 1987.

Si todos los componentes de la candidatura hubieran colaborado, la cosa hubiera sido mucho más facil, pero en vez de ayudar lo que hacían era obstruir, muchos de ellos, que ni siquiera aportaron su propia firma y la de sus familiares, para completar la relación milenaria.

Continuamente, surgían nuevos inconvenientes y escollos que vencer. Yo iba casi diariamente a hablar con el Juez que estaba al frente de la Junta Electoral de Zona (don Miguel Giménez de Pericás, que unos años después lo trasladaron de Elche y murió en accidente de tráfico en los alrededores de Valencia) para que me aclarara las dudas que tenía y que me informara de todos aquéllos trámites necesarios que yo desconocía por completo. El me contestaba a cuantas preguntas le hacía, pero no me informó de todo lo necesario, como comprobé el día que finalizaba el plazo de presentación de las candidaturas. Lo que si que hacía era aconsejarnos que nos retirásemos, como me dijo en varias ocasiones: «Mire Vd. no se complique la vida y abandone estas gestiones que están haciendo. Y si quieren participar en las elecciones, se integran en otra candidatura de un partido político, que resulta mucho más fácil». Al hablarnos así lo hacía por que entendía que todo aquéllo superaba nuestra capacidad de gestión, pero se equivocó, como todos los demás que pensaban de la misma manera.

La única persona que nos alentó y nos ayudó, desinteresadamente, fue el Notario don José María Sánchez Ventura (que era Ministro de Justicia cuando murió Franco) a quien le pareció una idea excelente el presentar una candidatura independiente de los partidos políticos, y además compuesta exclusivamente, por gentes del campo. Por indicación del Juez nos hizo una acta extensísima donde se reflejaban los nombres y datos personales de todos los avalistas de nuestra candidatura, que al final no sirvió para nada, porque convenció al Juez, después de una larga conversación telefónica, que aquella acta era innecesaria. Pero el trabajo ya estaba hecho. No obstante, no quiso cobrarnos nada por su intervención, lo cual fue un rasgo de generosidad digno de agradecimiento.

La mayor dificultad con que tropezamos surgió cuando fui a presentar la candidatura a la Junta Electoral, el día que finalizaba el plazo, al decir que para que se pudiera admitir faltaba el re-

quisito imprescindible de verificar todas las firmas avalistas, añadiéndole a los datos personales aportados el distrito y la mesa electoral a que pertenecía cada uno de los avalistas, requisito del que el Juez no me habló nunca. De haberlo sabido antes, a medida que recogíamos las firmas podíamos haberlas verificado con tiempo y sin prisas. Pero no se hizo por ignorancia, y ahora nos encontrábamos en la disyuntiva de echar por la borda todo el trabajo que habíamos hecho después de tantos esfuerzos o verificar más de mil firmas en el plazo de unas horas. Y opté por lo más difícil: continuar adelante, a pesar de los pesares. Movilicé por teléfono a varios miembros de la candidatura que estaban localizables y nos juntamos un grupo de cinco personas que estuvimos trece horas seguidas en las dependencias de la Junta Electoral para hacer aquella engorrosa labor que no pudimos finalizar dentro del plazo. Faltando cinco minutos para las doce de la noche, le presenté al Juez toda la documentación exigida, advirtiéndole que no se había podido terminar la verificación de la totalidad de los avalistas por falta material de tiempo. No obstante, la candidatura fue admitida como válida, ocupando el último lugar entre las siete presentadas por ser la última que se registró. Esa noche ya podimos dormir tranquilos. Por fin habíamos conseguido hacer, lo que nadie ha sido capaz de llevar a cabo en Elche, por las dificultades que entraña: Presentar una candidatura de electores a unas Elecciones municipales, y además hacerlo con escasísimos medios materiales y sin ninguna experiencia. Fue el triunfo de la constancia y la voluntad de unos homobres que contra viento y marea se trazaron una meta difícil y fueron capaces de lograrla, ante la escéptica mirada de los detractores y de los envidiosos.

Una vez vencidos los obstáculos y conseguido lo que parecía una empresa inalcanzable, en vez de alardear de ello, íbamos casi pidiendo perdón por haberlo hecho, casi sin darle mayor importancia a lo que habíamos conseguido.

A partir de esos momentos, teníamos que promocionar la candidatura y darnos a conocer para que la gente nos votara. Entonces es cuando necesitábamos la colaboración de todos los miembros de la Asociación, candidatos o no, para que a través de sus familiares, de sus vecinos, de sus conocidos, hicieran propaganda, de boca a oído, para que nos votasen. Y fue, en muchos ca-

sos, todo lo contrario, ya que hubo miembros de la candidatura hacían propaganda en contra de la misma, cosa ciertamente, increible. Dudo mucho que haya ocurrido otro caso igual, pero así ocurrió.

La Junta Electoral de Zona nos asignó, como a las demás candidaturas, paneles en las calles y locales públicos para fijar propaganda electoral y para pronunciar mítines pidiendo el voto al electorado, pero no quisimos ejercer ese derecho por falta de medios económicos y humanos. Lo que si que hicimos fue aprovechar los espacios gratuitos que cedían a todas las candidaturas los periódicos y Radio Elche, para que pudieran explicar sus programas electorales. Nuestro mensaje no tenían ningún matiz político y estaba orientado sólo y exclusivamente, en defensa de los intereses de los agricultores y ganaderos ilicitanos. Eramos hombres del campo que queríamos llegar al Ayuntamiento para defender los intereses del campo, como conocedores a fondo de toda su problemática. Algunos de los puntos reivindicativos de nuestro programa electoral eran los siguientes: 1.°— «Que todas las partidas rurales tengan un servicio de correos normal y correcto». 2.°— «Conseguir la ampliación y mejora de los Mercadillos de venta directa de cosechero a consumidor». 3.°— «Modificar las normas legales que regulan el cultivo y la conservación de los palmerales de Elche, que tantos problemas está generando en la actualidad». 4.°— «Para que las pedanías tengan el mismo servicio de agua potable que tiene la población». 5.°— «Para que revierta en el campo un mayor porcentaje del dinero que sale del campo en concepto de impuestos». 6.°— «Para ampliar y mejorar la red de caminos rurales que dependen del Ayuntamiento». 7.°— «Y en definitiva, para que los que vivimos en el campo, tengamos los mismos servicios dependientes del Ayuntamiento que tienen los residentes en la población». Era un programa breve, preciso y directo, dirigido a un electorado muy concreto, como era la población rural que vivía en el campo y trabajaba en la agricultura.

Y llegó el día de las Elecciones. Nosotros habíamos nombrado apoderados para todas las mesas del campo y para algunas de la población. Durante toda la jornada yo y otros compañeros de candidatura recorrimos todos los distritos rurales y algunos urbanos. Las votaciones fueron tranquilas y normales en aquel tres de

abril de 1979. Hacía un día espléndido de primavera. La gente votó masivamente en aquellas Elecciones Municipales, después de tantos años sin poder ejercer ese derecho. En las zonas rurales la gente acudió algo menos a las urnas, concretamente el 53% del electorado, ocho puntos menos de la media del censo ilicitano, que votó el 61,25% del electorado. En todas las Elecciones posteriores, tanto Generales como Municipales, el campesinado siempre ha votado entre seis y ocho puntos menos que la media del conjunto del electorado ilicitano.

En cuanto a los resultados electorales, pasó lo que tenía que pasar. A la siembra defectuosa que hicimos, correspondió una cosecha raquítica, ya que sólo conseguimos 1.109 votos, el 1,74% del total del electorado ilicitano (muy lejos del 5% que era el mínimo que se precisaba para conseguir un Concejal) y el 9,39% del total de los distritos rurales. No obstante, hubo cinco distritos rurales, de donde eran los hombres más conocidos de la candidatura, y donde se hizo mayor promoción de la misma, que se consiguieron altos porcentajes de votos, como fueron el distrito Algorós-Pusol, 98 votos con el 34,39%, Perleta-Maitino 94 votos con el 27,16%, Algoda-Matola 120 votos, con el 25,42%, Llano de San José-La Peña 50 votos con el 23,69% y Derramador-Daimés 50 votos con el 12,75%.

Estos datos son muy elocuentes, que hay que tener en cuenta a la hora de hacer una valoración global de estos resultados electorales.

Estamos seguros que si todos los miembros de la Candidatura hubieran trabajado unidos y en armonía y con una promoción adecuada, la C.I.C. hubiera conseguido llevar al Ayuntamiento uno o dos Concejales. Y fue una verdadera lásmita que así no ocurriera, porque perdimos una oportunidad histórica, —que dudo mucho se vuelva a repetir— de que los agricultores ilicitanos estuvieran representados en el Ayuntamiento por Concejales elegidos por ellos mismos, al margen de los partidos políticos. Pero al menos nos cabe la satisfacción de haberlo intentado, y de sentar un precedente que quedará registrado en los anales de la pequeña historia de Elche.

13

Elche tiene tres signos de identidad muy específicos, por los cuales se le conoce en todo el mundo: La Dama, el Misteri y sus palmerales, sobre todo, por sus palmerales, que son los más importantes de Europa.

El origen de los palmerales de Elche se pierde en la noche de los tiempos, aunque la creencia más generalizada es que las trajeron los fenicios, unos cuatro siglos antes de Cristo, en sus correrías comerciales por el Mediterráneo. Se supone que traerían dátiles de sus lugares de origen, donde abundaban las palmeras —la antigua Fenicia— para alimentarse y que los huesos de los mismos, al contacto con la tierra germinaron y dieron pie para que nacieran las primeras palmeras que crecieron y se desarrollaron fácilmente, dada la similitud de tierra y clima de estas dos zonas del Mediterráneo, la oriental y la occidental del Mare Nostrum.

Aunque no se tienen referencias escritas sobre las palmeras de Elche durante la dominación de los romanos, que tanto desarrollaron la agricultura ilicitana, a partir de las centuariaciones que llevaron a cabo alrededor de Illici, es de suponer que tendrían aquí una presencia física, pero más bien como un cultivo marginal, ya que la agricultura de aquella época, en la cuenca mediterránea giraba, preferentemente, sobre los cereales, los viñedos y los olivos.

Pero cuando de verdad los palmerales de Elche experimentaron un gran impulso fue durante la dominación árabe, a partir del año 713, en que ellos ocuparon estas tierra, en su expansión hacia el norte, después de la batalla de Guadalete. Estas gentes, que procedían del norte de África, donde abundan los oasis de palmeras, sintieron siempre una gran admiración por estos árboles que tan arraigados estuvieron siempre en su cultura ancestral. Por eso no es de extrañar que bajo su cuidado se multiplicaran tanto dentro del perímetro de la zona regable por las aguas salobres de la Marchena y de la Acequia Mayor, que eran las únicas de que se disponía por aquellos tiempos, y de que a pesar de su salinidad las palmeras las asimilan muy bien, por ser unos árboles muy resistentes.

Cuando el Rey Jaime I reconquistó Elche en 1265 los huertos de palmeras rodeaban la ciudad amurallada por el norte, el sur

y el este de la población, formando un bosque parecido a los oasis africanos, quedando admirado por tanta belleza vegetal. Era la primera vez que veía un bosque de palmeras tan grande y dictó las primeras recomendaciones para que se le protegiera y se le conservase.

Durante muchos siglos, las palmeras fueron el cultivo más rentable de la agricultura ilicitana, como lo demuestra el hecho de que a finales del siglo XVIII en el censo que hizo el Ayuntamiento de todos los cultivos que habían en el campo de Elche, para la aplicación de los impuestos municipales, las tierras plantadas de palmeras eran las que más pagaban, por su mayor rentabilidad. De ahí que proliferaran tanto por todas partes dentro de la zona regable con las aguas antes mencionadas, y que se les tuviera siempre un gran respeto y se les bien cultivase.

Pero durante la segunda década del presente siglo, la industria del calzado en Elche experimentó un gran impulso gracias a la neutralidad española en la primera Guerra Mundial, neutralidad que le permitía comerciar con los dos bandos contendientes. Este impulso y prosperidad industrial, propiciaba la necesidad de más suelo edificable para montar nuevas fábricas, y al estar la población encorsetada dentro de un cinturón de huertos de palmeras (no se había iniciado aún la gran expansión urbanística hacia el oeste, y el Vinalopó aún se consideraba una barrera natural que frenaba la edificación en esa dirección) no habían solares disponibles si no era a costa de los huertos de palmeras. Y empezaron a talarse huertos enteros de la periferia de la población para levantar fábricas en el terreno que dejaban libre. La tala de estos huertos de palmeras, en aras del desarrollo industrial, dio origen a una serie de protestas, a cargo de un grupo de destacadas personalidades ilicitanas encabezadas por Pedro Ibarra Ruiz, Archivero y Bibliotecario Municipal. Todas estas protestas quedaron reflejadas en un Manifiesto de repulsa que redactado por Pedro Ibarra, llevaba fecha de 30 de diciembre de 1921, y que iba dirigido a su Alteza Real la Infanta Doña Isabel, hermana del Rey Alfonso XIII. Además de Pedro Ibarra este Manifiesto iba firmado también por otros ilustres ilicitanos, como era el caso de Lorenzo Fenoll, Andrés Tarí, Luis Chorro, Ladislao Orts, Antonio Soria y Juan Orts. El Manifiesto en cuestión, entre otras cosas, decía lo siguiente: «Los

célebres palmerales de Elche se ven mermados de día en día, con mayor insistencia, con ser aniquilados por completo».

«Los abajo firmantes, que muestran orgullosos su riqueza natural tan sorprendente y admirada por cuantos tienen conocimiento de ella, dígalo en buena hora S.A.R. cuando el 24 de julio de 1907 nos honró con su visita, ante el peligro inminente de haberse implantado en poco tiempo otras fábricas dentro de los palmerales y haberse enajenado estos días otros tres huertos al mismo objeto destinados, acudimos a V.A.R. para que se digne patrocinar la idea que hemos concebido de que sea protegido el Palmeral de Elche, bien sea por medio de una Ley especial, por cuanto se trata de una Maravilla Europea y su destrucción voluntaria traerá el desprecio y el ludibrio sobre cuantos, orgullosos, nos envanecemos de poseer el histórico bosque, bien por alguna suerte de contribución forzosa que multara a los que destruyen un árbol que como la palmera, fue respetada por fenicios, romanos y agarenos».

En consonancia con este Manifiesto, Don Nicasio Mira Albert, Jefe del Distrito Forestal de Alicante, elevó un Informe a la Dirección General de Montes, el día 8 de mayo de 1924, que entre otras cosas, decía lo siguiente: «A la prescedente Instancia dirigida a su Alteza Doña Isabel, ha seguido otra igual haciendo la misma petición, a S. M. el Rey (Q. D. G.) con ocasión de su visita a la ciudad de Elche realizada el 31 de enero de 1923, para inaugurar los riegos de la Sociedad «Riegos de Levante».

«La voz de alarma que en ambos se da, está justificadísima. El descuaje de huertos de palmeras iniciado a principios del actual siglo, continúa en progresión creciente, y si un año desaparecen, bajo la acción del hacha y el azadón un huerto de palmeras, el siguiente son dos o más en que azadón y el hacha abaten las centenarias palmeras que constituyen el bello y singular bosque que circunda la ciudad de Elche».

El señor Mira continúa diciendo en su Informe que el cultivo de la palmera resultaba gravoso para sus propietarios, a los que se debería compensar por tal motivo, considerando injusto que su conversación corriera a cargo solamente de un puñado de españoles, tratándose, como se trata, de un patrimonio cultural común. Para evitar esto, apunta la idea de que los Palmerales de Elche se conviertan en Parque Nacional exento de tributos al Estado, adu-

ciendo que tienen una gran singularidad y mucho atractivo para turistas y visitantes. La ecuanimidad y la visión de futuro del Sr. Mira fue manifiesta, ya que las circunstancias cambiantes y los hechos posteriores le han dado la razón en todas sus previsiones.

La Dirección General de Agricultura y Montes, aún reconociendo el interés social de los Palmerales de Elche, entendía que se trataba de una cuestión que tenía solamente interés local y provincial, y por consiguiente, deberían ser estas Administraciones las que tendrían que velar por la conservación de estos intereses. En una palabra: La Administración Nacional, lisa y llanamente, se desentendió de la conservación y mantenimiento de nuestros palmerales, aunque brindaba la comprensión y la ayuda del Estado, ayuda que no se tradujo en nada práctico y concreto. De esta manera, pasaban los años y las cosas continuaban igual, ya que los poderes públicos no movían un solo dedo para que cambiasen, a pesar de que unos meses después, el Gobernador Civil de Alicante dictó un Bando prohibiendo expresamente, la tala de palmeras vivas en el término municipal de Elche, sin una autorización escrita del Gobierno Civil. Pero este Bando no tuvo ningún efecto práctico. No obstante, Pedro Ibarra no se dio por vencido y continuó su campaña en defensa de las palmeras, por todos los medios a su alcance. Pero tuvieroon que pasar muchos años hasta conseguir su propósito, ya que fue durante la Segunda República cuando se promulgaron las primeras normas legales en defensa del palmeral ilicitano. Pero hubo antes muchas gestiones encaminadas en este sentido, que fueron decisivas: En la primavera de 1932, visitó Elche el General José Riquelme López, que desempeñó altos cargos políticos y militares por aquellos tiempos, acompañado de Ginés Ganga Tremiño, Diputado a Cortes por el Partido Socialista, y como no podía ser menos, fueron a visitar el Museo del Sr. Ibarra, que estaba ubicado en la calle que muchos años ha llevado su nombre. Pedro Ibarra aprovechó la oportunidad para explicarle al General Riquelme lo que pensaba que debería hacerse en pro de los Palmerales de Elche. Al General Riquelme, que le escuchó con mucha atención, le pareció muy la idea y le prometió que tan pronto regresara a Madrid haría las gestiones necesarias para que esa deseada Ley protectora de estos palmerales se convirtiera en realidad.

En noviembre del mismo año, vino también de visita a Elche Marcelino Domingo San Juan, Ministro de Industria, Comercio y Agricultura, acompañado del ilicitano Antonio Cañizares Penalva, también Diputado a Cortes por el Partido Socialista, y como era de rigor por aquellos tiempos fueron a visitar también el Museo del Sr. Ibarra, a quienes habló de nuevo de lo que eran en él una idea obsesiva. Aunque a Marcelino Domingo, en principio, no pareció agradarle la idea de Pedro Ibarra, tomó buena nota de ella, y esta entrevista con el historiador ilicitano debió influir en su ánimo positivamente, ya que el 8 de marzo de 1933, se promulgó un Decreto del Ministerio de Agricultura declarando los Palmerales de Elche de Interés Social. El texto del mencionado Decreto, que por cierto, es muy breve, dice lo siguiente:

«Artículo 1.— Se declara de Interés Social la conservación de los Palmerales de Elche, quedando absolutamente prohibido en su término municipal, la corta de palmeras vivas, así como toda clase de operaciones de cultivo y actos que puedan impedir o perjudicar su normal desarrollo y vegetación».

«Artículo 2.— Por las infracciones al presente Decreto, serán castigados los responsables, cuando se trata de cortas de palmeras vivas, o de actos que intencionadamente, hayan provocado su muerte, con multas de CIEN A DOSCIENTAS CUARENTA PESETAS por cada una, y con las de VEINTICINCO A CIEN PESETAS en los demás casos, según la naturaleza que en ellos concurran, aplicando la máxima de sanciones cuando resulta responsables los dueños de los árboles, en cuyo caso serán además decomisados los productos, enajenándose, en pública subasta. El importe de las multas y productos enajenados, se destinarán siempre a premios que anualmente se concederán a los propietarios que más se hayan distinguido en la mejora de sus palmeras».

«Artículo 3.— Los Agentes de las Autoridades Locales y Provinciales, en especal, los forestales, quedan obligados a velar por el cumplimiento de los preceptos de este Decreto, y de las disposiciones complementarias del mismo que se dicten, debiendo denunciar cuantas infracciones observen o lleguen a su conocimiento».

«Artículo 4.— Las denuncias que se formulen, darán lugar a la instrucción del oportuno expediente para su depuración y sanción, siendo tramitado por la Jefatura del Distrito Forestal de la

provincia que propondrá al Gobernador Civil la resolución que proceda. Las providencias de esta Autoridad, serán apeladas ante el Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio en el plazo de quince días, contando a partir de su notificación a los interesados, siendo requisito indispensable, para la tramitación del recurso, el ir acompañado del resguardo de haber constituido en la Sucursal de la Caja de Depósitos de la Provincia, uno de igual cuantía al importe de las multas impuestas».

«Artículo 5.— Para la mejor y más práctica aplicación de este Decreto, que se confía al Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio, se constituirá por éste, y bajo su dependencia, un Patronato en el que estén representados la Academia de Bellas Artes de San Fernando, el Patronato Nacional de Turismo, el Consejo Forestal, la Comisaría de Parques Nacionales, el Municipio de la Villa de Elche (se ve que en el Ministerio ignoraban que Elche era ciudad desde hacía muchos años) y los cultivadores de palmeras de esta localidad».

«Artículo 6.— Una vez que esté constituido el Patronato, éste propondrá al Ministerio de que dependa, en armonía con los preceptos y fines de esta disposición, las instrucciones necesarias para la más eficaz acción de conservación, fomento y reposición de las palmeras ilicitanas, y de acuerdo con la Comisaría de Parques Nacionales, las disposiciones conducentes a constituir en aquellas el sitio de Interés Naconal que debe asegurar, con la protección del Estado, la perpetuación histórica de este tesoro de belleza patria».

El Sr. Ibarra, después de tantos años de campaña en pro de los palmerales de Elche ya había conseguido que se promulgara una Ley de defensa y protección de los mismos, aunque tuvo que esperar a que se proclamara la República para conseguirlo. Murió un año después.

Pero esta Ley que era bastante represiva, no tuvo en cuenta para nada los informes y las recomendaciones del señor Mira Albert, respecto a las ayudas que deberían concedérseles a los dueños de las palmeras para compensarles, al menos en parte, de su escasa rentabilidad, y las limitaciones que impone la propia Ley a la disponibilidad de los bienes protegidos. Pero nada de eso se hizo, ya que era una Ley que tendía más al castigo y a la represión



«Munyor» cogiendo dátiles.

de los contraventores de la misma, que a la ayuda y al estímulo para el fomento y la conservación del bien que se trataba de proteger. Y este planteamiento y falta de previsión, tanto en ésta como en las posteriores normas legales que se han promulgado después sobre esta cuestión, con el mismo espíritu sancionador, que han desembocado en la lamentable situación en que se encuentran los Palmerales de Elche en estos momentos.

La constitución del Patronato a que hacía referencia el Decreto de marzo del 33, no tuvo lugar hasta nueve años después, concretamente, hasta el 28 de marzo de 1942, en plena posguerra civil.

Un año después, el 27 de julio de 1943, el palmeral ilicitano era declarado Jardín Artístico Nacional, y el 18 de octubre de 1967, se incluye a la palmera entre las especies de protección forestal.

Por otra parte, el Ayuntamiento de Elche redactó unas Ordenanzas para regular la edificación en zonas de palmerales, con fecha de 11 de abril de 1951, que merecieron el visado de la Dirección General de Bellas Artes. Esta regulación se incluyó después en las Normas del Plan General de Ordenación Urbana del año 1960.

Posteriormente, en 1972, el Ayuntamiento de Elche redactó un nuevo Plan de Ordenación de Palmerales, en el que se contemplaba el arranque o el mal cultivo de las palmeras, como una infracción urbanística.

Después, por una Orden del Ministerio de Agricultura del 26 de febrero de 1973, se reestructuró la composición del Patronato y se creó la Junta Local Gestora, dependiente del mismo, y en la que delegaba determinadas competencias y atribuciones.

Todo este entramado de normas legales que a partir del año 1933, tendían al fomento y conservación de los Palmerales de Elche, y que dependían del Ministerio de Agricultura (cuyo titular era el Presidente nato del Patronato correspondiente) estuvo en vigor hasta el 9 de mayo de 1986 en que las Cortes Valencianas, a propuesta de la Consellería de Cultura, promulgó una nueva ley de Tutela y Protección del Palmeral d'Elx, que anulaba todo lo legislado hasta esos momentos sobre esta cuestión. El Reglamento que desarrollaba esa Ley se publicó el 1 de diciembre del mismo año, mediante un Decreto de la Consellería de Cultura.

En la nueva Ley de la Generalitat Valenciana también se contempla la constitución de un Patronato para que vele por su aplicación y cumplimiento. Las ocho personas que componen este Patronato son las siguientes: Presidente el Conseller de Cultura, Vicepresidente el Alcalde de Elche, y como Vocales el Director General de Urbanismo, el Director General del Patrimonio, el Director General de Desarrollo Agrícola, dos Concejales del Ayuntamiento de Elche, elegidos por el Pleno y un representante de los cultivadores de palmeras, elegido por ellos mismos.

La constitución de este Patronato, que tiene su sede en Elche, tuvo lugar en el Salón de Actos del Ayuntamiento el día 15 de septiembre de 1987, a las cinco de la tarde, y quedó formado de la siguiente manera:

Presidente. Cipriano Císcar Casabans,
Conseller de Cultura y Educación.
Vicepresidente. Manuel Rodríguez Maciá, Alcalde de Elche.
Vocales. Tomás Lloréns López,
Director General de Patrimonio Artístico
Gonzalo Casanova López,
Director General de Desarrollo Agrícola
Blanca Blanquer Prats,
Director General de Urbanismo
José Fornés Caselles,
Concejal de Urbanismo de Elche
María Rosa Verdú Alonso,
Concejal de Cultura de Elche
Baltasar Brotóns García,
Representantes de los palmereros
Secretario. Lucas Alcón Zaragoza,
Secretario del Ayuntamiento de Elche

Al acto solemne de la constitución del Patronato asistieron todos sus miembros, menos Blanca Blanquer que no asistió a ninguna reunión de este organismo durante todo el tiempo que estuvo al frente de la Dirección General de Urbanismo.

En cuanto a la Junta Gestora, dependiente del Patronato, la componen el Alcalde de Elche, como Presidente y como Vocales los dos Concejales del Ayuntamiento y el representante de los cul-

tivadores de palmeras. Se formó también una Comisión Técnica compuesta por tres técnicos agrícolas, uno del Ayuntamiento de Elche, otro de la Consellería de Cultura y un tercero de la Consellería de Agricultura y Pesca.

En el acto de la constitución del Patronato, los nombramientos, las actas y demás escritos que se leyeron, así como los parlamentos que se pronunciaron, se hicieron todos en lengua valenciana.

La nueva Ley de Palmerales de la Generalitat Valenciana, así como el Reglamento que la desarrolla, peca de los mismos defectos que el Decreto de marzo del año 1933: establece muy claramente las sanciones que se pueden aplicar a los que la infringen, pero deja en el aire, de una manera ambigua, las ayudas y subvenciones que se deben conceder a los cultivadores de estos árboles tan característicos de Elche, a pesar de que en el preámbulo de la misma se reconoce que son un cultivo agrícola ruinoso para sus dueños.

Con la publicación de esta nueva Ley se ha avanzado algo respecto a la legislación anterior, que con esta Ley queda derogada, como es el caso de que el Patronato tenga la sede en Elche, más cerca de los bienes que tiene que tutelar o que el representante de los cultivadores de palmeras sea elegido por ellos mismos. Pero esto no es suficiente para que elimine la problemática de los palmerales, que tanta crispación ha generado entre el Ayuntamiento de Elche y los agricultores ilicitanos.

Como se ha dicho en páginas anteriores, durante mucho tiempo, las palmeras fueron el cultivo agrícola más rentable del campo de Elche, y por esa causa proliferaron tanto, sin necesida de Leyes protectoras. Pero esa rentabilidad fue decayendo paulatinamente en la década de los años sesenta, como cultivo agrícola, al incrementarse los costos de cultivo y perder valor comercial sus productos. Y al cabo de pocos años la palmera datilera pasó de ser un árbol muy rentable a ser un cultivo ruinoso. Hemos hablado también de como empezaron a arrancarse palmeras diseminadas cuando se inició la mecanización de la agricultura, porque en muchos casos suponían un estorbo, imponiéndose, por parte del Ayuntamiento, las primeras sanciones por tales hechos.

Cuando en abril de 1979 se constituyó la primera Corporación Municipal Democrática, de mayoría socialista, uno de los ma-

yores problemas que tenía sobre la mesa, era el de los palmerales, que se iba enconando de día en día. Habían pasado ya seis años desde la reestructuración del Patronato y la creación de la Junta Local Gestora, y ésta ni siquiera se había reunido una sola vez, lo que demostraba una ineficacia total y absoluta.

Como la nueva Corporación era más receptiva y el Alcalde, Ramón Pastor Castell, más propenso al diálogo que los anteriores, y además, las circunstancias habían cambiado mucho, los representantes de las Organizaciones Agrarias le planteamos la necesidad de abordar esta cuestión con urgencia, dado el deterioro que estaban sufriendo las relaciones entre el Ayuntamiento y en colectivo campesino, por la cuestión de las palmeras. Y como primera providencia le pedimos la remodelación de la Junta Local Gestora, que dormía el sueño de los justos, incorporando a la misma mayor representatividad de los palmereros, que eran los más directamente afectados por esta cuestión. El Alcalde aceptó, en principio, esta petición y se cursó la pertinente solicitud al Ministerio de Agricultura que aceptó la idea en enero de 1982, y a partir de esas fechas la Junta Local Gestora del Patronato de los Palmerales de Elche, quedó formada por las siguientes personas: el Alcalde de Elche, como Presidente; los Concejales de Urbanismo y de Cultura, Joaquín Muñoz Muñoz, Jefe Provincial de ICONA; Baltasar Brotóns García, en representación de la Asociación Local de Agricultura y Ganaderos; Antonio Boix Navarro en representación de la Unió de Llauradors i Ramaders del País Valencià y Jerónimo Sánchez Llebrés como representante de los dueños de los huertos de palmeras urbanos. Lo que pretendía el sector campesino que era tener una mayor representatividad en la Junta Local Gestora, se había conseguido.

En cuanto al primitivo Patronato, creado en 1942, no se reunió ni una sola vez hasta 1986 que dejó de existir. Casi medio siglo de vigencia con una inoperancia total y absoluta. Fue solamente papel mojado que figuró en su día en el B. O. E. pero que no sirvió para nada práctico, mientras los Palmerales de Elche se iban degradando a pasos agigantados.

Desde enero a octubre de 1982, la nueva Junta Local Gestora reconstituida, se reunió en la Alcaldía de Elche catorce veces, en sesiones de trabajo quincenales, hasta que por cansancio y aburri-

miento dejaron de reunirse, sin alcanzar ningún acuerdo práctico. A la segunda de estas reuniones asistió Carmen Frías, Jefe del Gabinete Jurídico de ICONA, que nos dijo que el Ministerio de Agricultura se mostraría muy receptivo a las propuestas que pudiera hacerle la Junta Local Gestora tendentes a la modificación de las normas legales que regulaban la protección de los Palmerales de Elche, ya que al haberse producido un cambio sustancias en las circunstancias que concurren alrededor de las palmeras ilicitanas, a tenor de los nuevos tiempos, lo lógico es que estas normas se adapten a las circunstancias del momento. Pero no hubo forma de llegar a ningún acuerdo, ya que excepto el Alcalde, los demás miembros de la Corporación municipal mostraban muy poco interés por la problemática de los palmerales. Este desinterés quedó claramente manifiesto en la reunión que convocó el Alcalde (a petición nuestra) a todos los concejales, conjuntamente con la Junta Local Gestora, el día 5 de mayo de 1982, por la tarde, para que cada uno de ellos se pronunciase sobre esta cuestión y pudiera aportar ideas y sugerencias sobre el particular y que reconociesen explícitamente, las competencias de la Junta. Pues bien. De los 27 Concejales sólo asistieron once, o sea, diez y el Alcalde. De los asistentes, seis eran del P.S.O.E. María Teresa Sempere Jaén, María Rosa Verdú Alonso, Francisco Millán Muñoz, Gergorio Mollá Bernabeu, Alfredo Mira Gran y el propio Alcalde. De C.D. Ismael Quesada Chinchilla y de la U.C.D. Mariano López, María José Torres y Tomás Mora. Por lo tanto, faltaron a la cita ocho socialistas, cinco centristas y los cuatro comunistas que había en el Ayuntamiento. Además, casi todos ellos miraban con una cierta desconfianza a la Junta Local Gestora, y en esas condiciones, nada positivo se podía hacer. La cuestión es que se perdió una gran oportunidad de buscarle una solución a este acuciante problemante, que tantas crispaciones estaba originando.

Y mientras, la falta de rentabilidad de las palmeras se iba acentuando, como cultivo agrícola, pero se iba incrementando su valor comercial como árboles ornamentales, para adornar parques y jardines de todos los pueblos de la costa mediterránea, particularmente, de las localidades turísticas, e incluso solicitaban palmeras algunos países extranjeros. Por eso, los viveristas cada día tenían más demandas de palmeras y las pagaban más caras. Así

las cosas, los agricultores tenían en las palmeras casi el único producto que mantenía un valor comercial en alza, dentro de una agriculgura en decadencia, cada día más depauperada, que se iba abandonando poco a poco. Por eso no es de extrañar que infringiendo la Ley y con todo el riesgo que llevaba consigo, muchos agricultores vendían palmeras a los viveristas, para poder recoger algún dinero.

Cuando se detectaban estos arranques clandestinos, el Ayuntamiento imponía fuertes sanciones y esto aumentaba la tirantez entre el sector agrario y la Corporación Municipal. Esta tirantez llegó al extremo de que en 1982 los agricultores se negaron a colaborar con el Ayuntamiento en las Fiestas Patronales del mes de Agosto, no aportando tractores para los desfiles de carrozas.

Así estaban las cosas cuando el Gobierno Central transfirió al Gobierno Autonómico Valenciano las competencias en Agricultura, y por consiguiente, todo lo relacionado con la defensa de los Palmerales de Elche. Entonces, la Generalitat Valenciana promulgó su propia Ley de Tutela de este palmeral, pero no considerándolo como un bien agrícola, como había sido siempre, sino como un bien cultural. De haí el que la Ley se promulgara a propuesta de la Consellería de Cultura, y que el Conseller de este Departamento fuese el Presidente del Patronato correspondiente, como hasta entonces lo había sido el Ministro de Agricultura.

Aunque esta Ley fue muy criticada por algunas Organizaciones campesinas, que estaban en desacuerdo con sus planteamientos, despertó muchas esperanzas de que ayudaría a solucionar toda esta problemática, si se aplicaba correctamente, con un espíritu abierto y comprensivo. En este sentido, yo era optimista, cuando me eligieron representante de los cultivadores de palmeras en el Patronato, pues creía que desde dentro de este organismo mi presencia y colaboración podía ser de alguna utilidad.

Mi primera propuesta al Patronato fue que se condonaran todas las sanciones que había impuesto el Ayuntamiento hasta la publicación de la nueva Ley, por arranques clandestinos de palmeras, y que no se habían pagado aún (87 expedientes en total, con más 4.000 palmeras arrancadas, y con unas sanciones globales que ascendían a unos 25.000.000 de pesetas), propuesta que fue aceptada, con la particularidad de que las multas no podían anularse,



Huerto rural de palmeras, donde se observan evidentes muestras de abandono en su cultivo.

pero si paralizar su curso y dejarlas aparcadas en un cajón del Ayuntamiento. De lo que se trataba era de partir de cero en esta nueva etapa, ya que de lo ocurrido hasta entonces hasta el propio Ayuntamiento tenía una cierta responsabilidad. Ejemplo: ¿Cómo el Ayuntamiento le regaló doscientas palmeras al de San Bartolomé de Tirajana, en 1980, en contra de lo que disponían sus propias Ordenanzas Municipales que sólo permitían el trasplante de palmeras dentro de la propia finca? ¿Cómo se podía justificar este trasplante de palmeras ilicitanas desde Elche a la Playa del Inglés, en la Isla de Gran Canaria?

Mi planteamiento dentro del Patronato consistía en demostrar que el problema de los Palmerales de Elche era un problema exclusivamente económico que se podía solucionar con dinero. Las palmeras eran seres vivos que precisaban unos costos de cultivo y mantenimiento si queríamos que se conservasen en perfecto estado de vegetación. Pero por una serie de circunstancia, la rentabilidad que tuvieron en otros tiempos se había perdido por completo. Ahora bien. Si todos estábamos de acuerdo en esta pérdida de rentabilidad de los Palmerales de Elche, así como que seguían siendo un Patrimonio Cultural Común, para su goce y disfrute, no sólo de los ilicitanos sino también del resto de los españoles, ¿cómo no serlo también para su conservación y mantenimiento? Esto es de una lógica aplastante. Algo parecido dijo el Sr. Mira Albert hacía ya sesenta y tres años.

Mi planteamiento era que se dieran mil pesetas por palmera y año como una ayuda que frenara el deterioro y la merma de los palmerales de Elche. Eso suponía unos doscientos millones de pesetas anuales que deberían aportar los cuatro organismos oficiales que formaban parte del Patronato: el Ayuntamiento de Elche y las tres Consellerías, en la proporción que se estipulase. Si en el año 87 el Patronato hubiera tenido la valentía de tomar un acuerdo de estas características, y el Ayuntamiento de Elche y las tres Consellerías hubieran estado dispuestas a aportar los fondos necesarios, los arranques clandestinos se hubieran terminado. Pero no se tuvo la suficiente voluntad política para tomar una decisión de esta naturaleza y se prefirió aplicar la Ley sólo en la parte punitiva y sancionadora, olvidándose de los incentivos y las ayudas que también contempla la propia Ley, ya que el Patronato, a los

tres años de su constitución, sólo disponía de un presupuesto que apenas cubría los gastos de su funcionamiento interno. Y así, claro está, pocas cosas se podían hacer, que fueran positivas, ya que con esta política lo único que se ha conseguido es que en el campo de Elche cada día que pasa desaparezcan nuevas palmeras, y muchos huertos se queden incultos y abandonados y ofrezcan un aspecto lamentable.

Con este estado de cosas, cansado y desilusionado, el 5 de abril de 1990, en la reunión que celebró el Patronato en el Ayuntamiento de Elche, en el último punto del orden del día, le presenté mi dimisión irrevocable al Conseller Antonio Escarré, que había sustituido a Cipriano Císcar al frente de la Consellería de Cultura. El Conseller, al leer mi escrito de dimisión me rogó encarecidamente que reconsiderase mi decisión y que retirase el mencionado escrito. En los mismos términos se pronunció el Alcalde, pero me mantuve firme y les dije que no quería continuar por más tiempo en el Patronato porque estaba convencido de que mi labor resultaba inútil, ya que para nada se tenían en cuenta mis puntos de vista y mis criterios, y en esas condiciones, lo más honesto y coherente era dimitir. Desde entonces, (hoy estamos a 25 de agosto de 1991), ni se ha reunido el Patronato de nuevo, ni han cubierto la vacante que dejó mi dimisión.

Lo lamentable es que todos mis esfuerzos y mi empeño no habían servido para nada. Pero de ninguna manera, podía seguir defraudando a los cultivadores de palmeras que me habían elegido como su representante en el Patronato, porque sabía como pensaban y lo mucho que esperaban de mí.

El 12 de marzo de 1989, mediante Asamblea General celebrada en los salones de Coopelche, en Alzabaras Bajo, se constituyó la Asociación de Cultivadores de Palmeras Datileras de Elche. A esta Asamblea asistieron unos doscientos agricultores. Entre los principales fines de esta Asociación, figura el de «fomentar el cultivo de la Palmera Datilera (Fhoenix Dactilifera) en todo el término municipal de Elche». Como primer Presidente de esta Asociación eligieron a Ambrosio Agulló Segarra y como Secretario a Carlos Galiana Ferrández.

La recien creada Asociación, que nació con muchos fueros, se pronunció contra todo y contra todos: contra la Ley de Tutela

y Protección del palmeral, contra el Ayuntamiento, contra el Patronato, contra el representante de los cultivadores de palmeras en el mismo, etc., anunciando que recurrían la propia Ley, por considerarla anticonstitucional. Todas las posturas más radicalizadas del campesinado ilicitano, se aglutinaro alrededor de la Asociación y aunque en sus Estatutos se dice claramente que están a favor del fomento y la conservación del palmeral, tenían unos planteamientos muy diferentes a los defendidos por los Estamentos Oficiales.

La constitución de esta Asociación introdujo un nuevo elemento en la compleja problemática de los Palmerales de Elche. Asesorada por un gabinete de Abogados, recurrían todas las sanciones que el Patronato imponía a sus socios por arranques clandestinos de palmeras. Incluso recurrieron al Defensor del Pueblo en busca de protección, en sus contenciosos contra el Patronato y el Ayuntamiento de Elche. Hubo casos en que amparados en un Decreto del Alcalde, se decomisaron palmeras que se habían arrancado clandestinamente y fueron trasplantadas a huertos municipales. Recurrieron estos decomisos y unos meses después los Tribunales fallaron en contra del Ayuntamiento, al que instaron a la devolución de dichas palmeras. Todas estas circunstancias iban enrareciendo aúnto más el ambiente que redoeaba las palmeras.

Unos meses después, al ocupar la presidencia de la Asociación Carlos Galiana Ferrández, quiso darle a la organización un espíritu más dialogante y comprensivo, por ser más partidario de la negociación que de la política de hechos consumados. Pero algunos de sus socios, que más que agricultores dueños de palmeras eran viveristas y comerciantes, continuaron arrancando y exportando palmeras, sin importarles demasiado las multas que les imponía el Patronato cuando los cogía «in fraganti».

En el Verano del año 89 se celebraron varias reuniones en el Ayuntamiento, entre las Organizaciones Agrarias y el Teniente de Alcalde Diego Maciá Antón, encargado del Area de Fomento, para tratar de dos temas concretos: edificación en el campo y la problemática de los palmerales. En lo concerniente a la edificación de viviendas rurales, se llegó al acuerdo de encargarle a la Universidad de Alicante un estudio sobre las necesidades reales de construir este tipo de viviendas por parte de los agricultores, estudio



Huerto de la Torreta, en la periferia sur de la población.

que se publicó dos años después. En cuanto a la custión de los palmerales, se hizo un estudio paralelo por parte de las Organizaciones Agrarias y los técnicos municipales sobre los costos reales del cultivo de las palmeras. Los resultados fueron bastante aproximativos, ya que los técnicos del Ayuntamiento dijeron que estos costos eran algo inferiores a las mil pesetas por palmera y año, mientras que los Sindicados los cifraban entre mil doscientas y mil trescientas. De lo que se trataba en realidad era de buscar un punto de coincidencia, en cuanto a costos, para después trasladarlo al Patronato, solicitando del mismo una subvención que fuera al menos, equivalente al montante de estos costos. De todas formas teníamos claro que los posibles acuerdos a que pudiéramos llegar en estas reuniones, no eran vinculantes para el Patronato. Pero a últimos del mes de julio se interrumpieron estas reuniones por el período vacacional, con la promesa que se reanudaría en octubre. Pero ya nada más se supo de esta cuestión, a pesar de que el Sr. Maciá se mostraba muy interesado en discutir estas cuestiones. Participaron en estas reuniones Baltasar Brotóns García, por Jóvenes Agricultores, Carlos Galiana Ferrández por la Asociación de Cultivadores de Palmeras, Antonio Valero Agulló por la Comunidad de Labradores y Ganaderos, Manuel Bordonado por la Unió de Llauradors y Francisco Partínez Sánchez por la Unión de Pequeños Agricultores.

Otra oportunidad perdida. Lo único que se consiguió fue que el Ayuntamiento asumiera el pago de la Contribución Rústica de los huertos de palmeras. Pero fueron muy pocos los propietarios que se acogieron a estas ayudas municipales por considerarlas de poca monta.

En los primeros meses del año 1991, las cinco Organizaciones Agrarias que habían tomado parte en las reuniones del año 89, con el Teniente de Alcalde Diego Maciá, convocaron a una reunión en la Cámara Agraria a los representantes de los cuatro Grupos Políticos que conformaban la Corporación Municipal, para hablar de nuevo de la problemática de los Palmerales de Elche. Asistieron, por el P.S.O.E. María Rosa Verdú Alonso, por el P.P. Manuel Ortuño Cerdá, por I.U. José Antonio Oltra Soler y por el C.D.S. Francisco Vives. En esta reunión todos se mostraron interesados en esta cuestión, y se tomó el acuerdo de que las Organi-

zaciones Agrarias elaboraban un documento en el que plasmaran sus ideas y sugerencias sobre este tema, y que se lo mandaran a los cuatro Grupos Políticos para su estudio y análisis, y que acto seguido se reunirían de nuevo para volver a hablar de esta cuestión. De inmediato, las Organizaciones redactaron el siguiente decálogo, que mandaron a los representantes municipales:

«PROPUESTAS DE ACTUACIÓN EN
EL PALMERAL RURAL ILICITANO»

«1. Promover acuerdos de colaboración entre Ayuntamiento y propietarios de huertos de palmeras datileras para su conservación, mediante la concesión de subvenciones equivalentes como mínimo a los gastos de su cultivo anual».

2. Concesión de licencia de trasplante, con el siguiente fundamente: Que el huerto o la alineación quede completo, permitiendo su total renovación en el plazo máximo de quince años, equivalente a 7% de las existencias iniciales. Así mismo, las palmeras aisladas y grupos de palmeras, para poder trasplantarse fuera de la finca, deberían constituir una alineación de palmeras».

«3. Concesión de licencia de corta y encaperuzado: Cuando resulte la muerte de la datilera, se sustituye por otra, si el huerto o la alineación no está completo. Se entenderá que el huerto o la alineación está completo, cuando la distancia entre palmeras sea interior a cuatro metros».

«4. Efectuar una adecuada prevención y control de plagas y enfermedades».

«5. Respeto de los derechos adquiridos por los viveros autorizados para la producción de palmera datilera, inscritos en el Registro Provisional de Productores de Semillas y Plantas de Vivero de la Generalitat Valenciana».

«6. Promoción de variedades autóctonas ilicitanas, para la producción de Fhoenix Dactilífera, palma blanca y dátil».

«7. Obtención de la denominación de origen para el dátil, planta blanca y palmera datilera producidos en nuestro término municipal».

«8. Créditos de financiación de nuevas plantaciones en consonancia con su proceso productivo (intereses anuales durante quince años y amortización del crédito, del décimo segundo al décimo quinto año)».

«9. Las nuevas plantaciones tendrán la consideración de viveros, en cuanto a su trasplante, tala y encaperuzado, con independencia del destino de sus producciones».

«10. En áreas de palmeras se autorizarán las construcciones rurales, usos y actividades que no atenten contra la integridad física de las plantaciones de palmeras».

Hasta aquí el Decálogo que presentaron las Organizaciones Agrarías como elemento básico de discusión, y que yo considero que contiene elementos positivos y asimilables, dentro de sus razonables planteamientos. Pero pasaron los meses, hubo mientras unas nuevas Elecciones Municipales. Algunos de los Concejales asistentes a la reunión de la Cámara Agraria ya no forman parte de la Corporación Municipal, y del estudio y análisis del Decálogo ya nada más se supo. Lamentablemente, otra oportunidad perdida.

Y en estos momentos nos encontramos con un Patronato incompleto, por no haber sustituido al representante de los cultivadores de palmeras que dimitió hace diecisiete meses, con un nuevo Presidente por haber cambiado al Conseller de Cultura, y con dos nuevos Vocales porque en el Ayuntamiento de Elche ya no están las mismas personas en Cultura y Urbanismo, y con una nueva Corporación Municipal después de mayo del 91, que como las anteriores, demuestra escaso interés por la problemática de los palmerales.

Lo único positivo que hace el Ayuntamiento, como Institución, es municipalizar el mayor número de huertos de palmeras posible, mediante compra, facilitar palmeras pequeñas, de los viveros municipales, a todos los que las solicitan, y propiciar la investigación sobre la reproducción in vitro, en el Laboratorio que está montando en el Hort del Gat, donde tiene también un taller-escuela de «munyiors» para enseñar a los jóvenes el cuidado y cultivo de la palmera. Todo esto es muy importante de cara a planificar el futuro del palmeral, pero no es suficiente para conservar el palmemral actual, que se va degradando a un ritmo acelerado. Esta conservación no puede hacerla el Ayuntamiento solamente, por mucha voluntad y medios que ponga en ello, sino es en estrecha colaboración con el campesinado, siguiendo una política diferente a la practicada hasta estos momentos.

De todo lo expuesto hasta ahora tenemos que sacar una conclusión negativa: La política que se ha seguido hasta ahora por parte de los Organismos responsables relacionados con el fomento y la conservación de los Palmerales de Elche, ha sido equivocada, como lo demuestra el hecho de que desde 1975 a esta parte, se hayan arrancado clandestinamente o se hayan secado intencionadamente, una media de 4.000 palmeras anuales en el campo de Elche. Y mucho nos tememos que de seguir por estos mismos derroteros, en los próximos años, esa disminución del palmeral continúe al mismo ritmo. Y todo eso sin contar los muchos miles de palmeras, agrupadas en huertos o diseminadas, que se van muriendo poco a poco, por abandono y por falta de un cultivo correcto y apropiado. ¿Para esto han servido las Leyes protectoras y los Patronatos correspondientes?. Esto debe hacernos meditar.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

14

La Feria de Elche es una de las más antiguas de la Comunidad Valenciana, ya que fue instituida por el Rey Jaime II de Aragón, mediante un Real Privilegio dada en Bel Lloc el día 31 de mayo de 1322, para cubrir las necesidades que tenía Elche —entonces la segunda población del Reino de Valencia en cuanto al número de habitantes—, de disponer de un cauce apropiado de comercialización para todos los productos que se cosechaban en esta zona. Esta Feria, que tenía quince días de duración, en principio se celebraba del 16 al 30 de noviembre, por eso se le conocía como la Feria de San Andrés, que era el día que se terminaba.

En este Real Privilegio el Rey especificaba que durante los quince días que duraba la Feria «queremos y concedemos que todos los concurrentes a la citada Feria, de cualquier estado y condición que fueren, sean francos y quitos, durante los expresados quince

días, de todo derecho de pago, impuesto o pecho, como peaje, lezda (tributo especial sobre mercancías) peso, medida y cualquier otro. Se exceptúa de este privilegio a los traidores, falsificadores de moneda, ladrones autores de crímenes de lesa majestad y cualquier otros malhechores».

«Esta Feria se anunciaba por medio de cridas o pregones, en los que se hacía saber las exenciones que gozaban los que a ella concurrieran» (Alejandro Ramos Folques, «Historia de Elche», p. 130).

La Feria de Elche, desde su institución, se siguió celebrando anualmente, por las mismas fechas, excepto en épocas de guerras o epidemias, hasta 1910, a cargo del Ayuntamiento de Elche, que todos los años, el uno de noviembre, publicaba la crida invitando a las gentes de todos los pueblos cercanos a que acudieran. A partir de esa fecha dejó de celebrarse hasta 1982, aunque en la década de los años sesenta, se celebró, esporádicamente, en el Parque Municipal, pero sin ninguna continuidad.

En 1982, a instancias de la Comisión de Fiestas de la partida de Matola, desde el seno de la Gestora de Festejos Populares, surgió la idea de resucitar la Feria de Elche, que permanecía postergada más de setenta años como un acto más de las Fiestas Patronales del mes de agosto. De esta manera resurgió la Feria Agrícola Ilicitana. A la sazón era Concejal de Fiestas Juan Cayuelas Hernández y Presidente de la Gestora de Festejos Populares José Miguel Girona y Presidente de la Comisión de Fiestas de Matola José Soriano Sansano.

Para organizar esta Feria, en colaboración de la Concejalía de Fiestas y de la Gestora de Festejos Populares, se nombró una comisión de diez personas, presidida por José Soriano Sansano. Desde el primer momento, yo estuve vinculado a esta comisión que asumía la responsabilidad organizativa en todos los aspectos y sentidos.

Esta Feria Agrícola se celebró tres años seguidos (82, 83 y 84) en el patio del Colegio que hay junto al Parque Deportivo, y colaboraron en ella la Cámara Agraria Local y la Asociación de Agricultores y Ganaderos.

En la primera edición de la Feria renacida, la comisión actuó alegremente y hubo un déficit de 900.000 pesetas. Para cubrir este

déficit se pidió un préstamo al Banco Popular Español, para un plazo de once meses, que avalaron los diez miembros de la comisión. En los presupuestos de la segunda edición, ese déficit se consideró como una partida de gastos, que se equilibró con los posibles ingresos, y se le devolvió al Banco el dinero prestado, amortizando el préstamo.

En la organización de la segunda edición de la Feria, la Comisión Organizadora se desligó por completo de la Gestora de Festejos Populares y organizó el certamen por sus propios medios y bajo su responsabilidad.

La Feria Agrícola ilicitana, de año en año iba adquiriendo mayor auge y más asistencia de expositores, y al estar en un lugar tan céntrico pasa por el recinto ferial una gran cantidad de visitantes. Pero nos dimos cuenta que ni el lugar ni las fechas eran las más apropiadas para su celebración, ya que el recinto era muy limitado y el mes de agosto muy caluroso. Además, era época de vacaciones y muchas firmas expositoras que hubieran asistido en otras fechas, no lo hacían durante el mes de agosto, porque tenían muchas dificultades para hacerlo. Por eso, a pesar de que la Feria era todo un éxito todos los años, decidimos buscarle otro emplazamiento que reuniera mejores condiciones y celebrarla en primavera, que considerábamos que era la época más apropiada, desligándola, por completo, de las Fiestas de Agosto.

Así las cosas, después de pensar en varios emplazamientos en la periferia de la población, nos decidimos por las instalaciones de Coopelche, en Alzabaras Bajo, previa la cesión gratuita de estas instalaciones por parte de la Cooperativa del Campo de Elche que era el dueño de las mismas. Esta primera feria en Coopelche se celebra a caballo entre los meses de abril y mayo, con una duración de cinco días.

Como ya teníamos un recinto más amplio y el lugar era ideal por su ubicación, acordamos darle a la Feria una nueva dimensión más expansiva, para que pudiera dar cabida a todos los sectores productivos. Y así pasó de ser Feria Agrícola Ilicitana a Feria Agrícola, Industrial y Comercial de Elche (FAICE) es decir, Feria de Elche, en todos los aspectos, recuperándose de esta manera la tradición ferial ilicitana que tanto arraigo tuvo en la población desde tiempos muy antiguos.

Al ampliarse las dimensiones de la Feria, se amplió también la Comisión Organizadora, entrando en ellas nuevas personas, y pasando a ser Presidente de la misma Vicente Martínez Irles, que era, a su vez, Presidente de la Cooperativa del Campo de Elche. Yo continué en el cargo de Secretario, que lo venía desempeñando desde un principio.

La Feria, en el nuevo emplazamiento y con la nueva denominación, fue todo un éxito, tanto en expositores como en visitantes, desbordando todas nuestras previsiones. A su inauguración vino el conseller de Agricultura Luis Font de Mora, cuyo Departamento nos había concedido una subvención de cien mil pesetas.

En esta nueva etapa de la Feria, el Ayuntamiento de Elche quedó vinculado a la misma, ya que el Alcalde designó a tres Concejales del Grupo Socialista para que formaran parte de la Comisión Organizadora, con voz pero sin voto. También colaboraba prestando determinados servicios durante la celebración de la Feria, como era la aportación de plantas ornamentales, arreglo y limpieza de los alrededores, regulación del tráfico, vigilancia del recinto, etc.

La Feria se celebró cuatro años seguidos en el mismo recinto: 85, 86, 87 y 88. A la inauguración de la segunda edición vino desde Valencia el Conseller de Industria y Comercio Segundo Bru. Y al observar la magnitud que había adquirido la Feria de Elche, nos dijo que no podíamos seguir organizándola de la misma manera que lo habíamos hecho hasta entonces, a base de la ilusión y el esfuerzo de un grupo de amigos, ya que para recibir las ayudas y las bendiciones de su Consellería, deberíamos institucionalizarla, creando una Entidad a tal efecto, que una vez legalizada adquiriese la correspondiente y preceptiva personalidad jurídica. Y a tenor de estas recomendaciones, unos días después, yo redacté un borrador de Estatutos, basándome en la Ley de Asociaciones del 24 de diciembre de 1964, para darle cuerpo legal a la Asociación Cultural FAIC, entre cuyos fines se encontraban la organización de Certámenes y la recuperación y mantenimiento de las costumbres y tradiciones de Elche. Este borrador fue presentado en la oficina que tiene la Generalitat Valenciana en el Gobierno Civil de Alicante, para su aprobación, donde me dijeron que esta clase de asociaciones, en esos momentos, se regían con arreglo a otras

normas legales diferentes. Y para que me pudiera adaptar a esas nuevas normas, me facilitaron un modelo de Estatutos donde sólo tenía que poner el nombre, domicilio, tiempo de vigencia, fines, características y demás datos de la asociación en cuestión. Yo rellené este modelo de Estatutos, y junto con el Acta Constitucional firmada por las diez personas que entonces componían la Comisión Organizadora o Junta Gestora, se presentaron de nuevo y se aprobaron sin ningún inconveniente. Las diez personas que firmaron el Acta Constitucional de FAIC (Feria Agrícola, Industrial y Comercial) fueron las siguientes: Vicente Martínez Irles, Baltasar Brotóns García, Antonio Antón Vázquez, Pascual Fuster Maciá, Pedro Valero Guilló, Francisco Gras Martínez, José Blasco Antón, Vicente San Nicolás Ruiz, José Caballero Gallego y Pedro Pascual Martínez.

Una vez legalizados los Estatutos, la Junta Rectora de FAIC, quedó compuesta de la siguiente manera: Presidente, Vicente Martínez Irles, Vicepresidente Antonio Antón Vázquez, Secretario Baltasar Brotóns García, Tesorero José Blasco Antón y los otros seis tenían la condición de Vocales.

Ante el auge y la importancia que iba adquiriendo la Feria de Elche, y una vez adquirida su correspondiente personalidad jurídica, creímos conveniente vincular a la misma a las Entidades más representativas de Elche, y a tal efecto, nos dirigimos a la Mutua Ilicitana, Sociedad Nuevos Riegos el Progreso, Casino de Elche, Peña Madridista Ilicitana, Asociación de Fabricantes de Calzado de Elche y Patronato Histórico, Artístico y Cultural de Elig, para que nombraran sendos representantes para que se integrasen en el seno de FAIC. De esta forma, el Progreso designó a Jaime Falcó Martínez, la Mutua Ilicitana a Antonio Valero Agulló, la Asociación de Fabricantes de Calzado a Francisco Vicente López, el Casino a José Asencio López, la Peña Madridista a Antonio Martínez Maciá y el Patronato Histórico, Artístico y Cultural de Elig a José Payá Alberola. Todas estas personas poco después fueron nombrados Vocales de la Junta Directiva de FAIC.

Hasta entonces, las diez personas que formaban la Junta Directiva, y a su vez Comisión Organizadora de FAIC, trabajaban unidas y en armonía, excepto algunas discrepancias que surgían frecuentemente, entre el Sr. Antón Vázquez y el Sr. San Nicolás.

Desde el traslado del Recinto Ferial a las dependencias de Coopelche, de la organización de la Feria se encargaba un Comité Ejecutivo compuesto por tres personas: Pascual Fuster Maciá de la parte técnica, Vicente San Nicolás Ruiz de la promoción y Francisco Gras Martínez de la parte administrativa. Este Comité Ejecutivo elaboraba los presupuestos previos y realizaba los balances posteriores una vez finalizaba la Feria, rindiendo cuentas a la Junta Rectora al finalizar el ejercicio, que arrojaba todos los años un pequeño superávit.

En el año 88 la Cooperativa del Campo atravesaba una crisis profunda en su funcionamiento interno, a causa de las grandes pérdidas que reflejaban sus balances. Y como consecuencia de esta delicada situación económica, Vicente Martínez Irles, que la presidía desde 1971, presentó su dimisión, y a los pocos días dimitió también como Presidente de FAIC. De la misma manera dimitió Pedro Pascual Martínez como Vocal.

Al producirse estas dos dimisiones, en una reunión celebrada en las dependencias del Ayuntamiento, en octubre del 88, se reestructuró la Junta Directiva de FAIC, eligiendo, mediante votación secreta a Baltasar Brotóns García como Presidente y como Vicepresidente a Antonio Antón Vázquez, cargo que ya desempeñaba desde unos años antes. Con arreglo a lo que establecen los Estatutos de FAIC, la vigencia de estos cargos es para un plazo de tres años.

Como la Feria se iba superando de año en año, en la edición del año 88 el recinto de Coopelche ya fue insuficiente para poder atender a todas las solicitudes de los expositores que querían participar. Además, teníamos problemas de aparcamiento, por no tener unos ensanches apropiados. En vista de ello, nos planteamos la conveniencia de buscar una nueva ubicación para el recinto ferial que tuviese más capacidad.

Todas estas circunstancias se las expusimos al Teniente de Alcalde Diego Maciá Antón, que como Concejal del Área de Fomento, tomó parte activa, a partir de esos momentos, en la organización de la Feria, por delegación del Alcalde. Y fue entonces cuando se pensó en las instalaciones del campo de fútbol, para utilizarlas como recinto ferial. A partir de ahí se iniciaron las gestiones entre FAIC y el Ayuntamiento por una parte y la Directiva del Elche Club de



En la inauguración de la Feria Agrícola, Industrial y Comercial de Elche, junto con el Gobernador Civil de Alicante, Alcalde de Elche, Conseller de Agricultura de la Generalitat Valenciana y directivos de IFA, en mayo de 1990.

Fútbol por otra, que desembocaron en un convenio de colaboración firmado por la Sociedad Deportiva y el propio Ayuntamiento, por el que el Elche Club de Fútbol cedía parte de sus instalaciones para la ubicación de la Feria, mediante el pago de dos millones y medio de pesetas anuales, en concepto de arrendamiento, cantidad que pagaba el Ayuntamiento y que figuraba como una subvención a FAIC.

Al incrementarse el número de los miembros de la Junta Directiva de FAIC, empezaron a surgir discrepancias y enfrentamientos entre algunos de sus miembros, rompiéndose de esa manera la armonía que hasta entonces había sido la tónica general. El Sr. Antón Vázquez, desde hacía algún tiempo, tenía un gran interés en ser Presidente de FAIC, aduciendo que él era el más capacitado para organizar la Feria con garantías de éxito. Para él, los miembros del Comité Ejecutivo eran unos ineptos y unos incapaces, algo difícil de creer, ya que la Feria todos los años, organizada por estas personas que él descalificaba, había sido un rotundo éxito. Y desde que fue elegido Presidente Baltasar Brotóns García, y en las mismas elecciones él fue elegido Vicepresidente, emprendió una campaña de desprestigio, a base de infundios sin ningún fundamento, contra el Presidente. Estos infundios, a veces rayaban en lo grotesco, y en esta campaña difamatoria era secundado por José Payá Alberola, con el que formaba tandem, constituyéndose los dos en la manzana de la discordia, dentro de la Junta Rectora. Lo normal era que discreparan siempre del voto de la mayoría, creyéndose en todo momento, en posesión de la verdad absoluta, y que todos los demás estaban equivocados.

El Sr. Antón, dejándose llevar de su temperamento sumamente impulsivo, en algunas reuniones de la Junta Rectora, celebradas en las dependencias municipales, discutía acaloradamente los acuerdos y decisiones que se tomaban por mayoría, llegando a veces hasta el insulto personal, aunque al serenarse, pedía disculpas por sus pronunciamientos un tanto violentos.

Lógicamente, todos estos altercados resultaban muy desagradables, y en ocasiones, hasta bochornosos.

Cuando en el mes de octubre del año 88 acordamos trasladar el recinto ferial al campo de fútbol, teníamos nuestras dudas de que aquella decisión fuera un acierto, pues no sabíamos cómo iban

a reaccionar los expositores ante el cambio de ubicación de la Feria. Pero, afortunadamente, todo salió bien, y la Feria del 89 fue un éxito rotundo, superando las cotas alcanzadas en ediciones anteriores, en cuanto a expositores y visitantes se refiere. No obstante reconocer las deficiencias que se observaron en el recinto para poderlo acoplar a las necesidades de la Feria, todo resultó a pedir de boca y a plena satisfacción. Por otra parte, en la encuesta que llevamos a cabo entre los expositores, la inmensa mayoría de ellos se pronunciaron a favor del nuevo recinto y se mostraron dispuestos a volver al año siguiente.

A la inauguración de la Feria de este año vino otra vez el Conseller de Agricultura y Pesca Luis Font de Mora.

El Ayuntamiento de Elche montó un stand de categoría a la entrada del recinto ferial, en un espacio que FAIC le cedió gratuitamente, correspondiendo de esta manera, a su colaboración y ayuda prestada.

Con el traslado de la Feria al Estadio «Martínez Valero», la Feria de Elche había adquirido una nueva dimensión, en su crecimiento ascendente, superando todas nuestras previsiones. Por eso, de cara al año 90, nos planteamos la posibilidad de establecer un convenio de colaboración con IFA, para que fueron ellos los que organizaran la Feria, bajo las directrices de FAIC, aprovechando sus medios materiales y humanos y su mayor experiencia en la organización de esta clase de certámenes. Y a tal efecto, nos pusimos en contacto con Antonio Martínez Gómez, director de IFA, juntos con Diego Maciá, en representación del Ayuntamiento, para tratar de esta cuestión, y después de varias reuniones, se llegó a un acuerdo para que organizaran la Feria en el año 90. Este acuerdo se tomó por mayoría, ya que el Sr. Antón y el Sr. Payá se pronunciaron en contra de esta decisión.

Las condiciones de este acuerdo se plasmaron en un Convenio a tres bandas que firmaron el Alcalde de Elche, el Presidente de IFA y el Presidente de FAIC, en el que se establecía que IFA organizaba la Feria bajo su responsabilidad, con arreglo a un Presupuesto y a las directrices que fijara la FAIC, y para el plazo de un año, renovable de acuerdo con las partes implicadas en el mismo. En cuanto al resultado económico, IFA y FAIC iban al 50%, tanto si había déficit como superávit, con la particularidad de que

en el supuesto de que hubiera superávit, IFA no podría retirar su parte correspondiente, que quedaría en poder de FAIC, para emplearla al año siguiente en mejoras del recinto ferial, incluso en el supuesto de que IFA no organizara la Feria en el año 91.

La Feria Agrícola, Industrial y Comercial de Elche del año 90, organizada por IFA, fue un completo éxito, en todos los sentidos, batiendo todas las marcas anteriores, superándose los 100.000 visitantes y teniendo que ampliar el recinto ferial para dar cabida a todos los expositores que querían participar. A la inauguración de la Feria de este año, asistió, como de costumbre, el Conseller de Agricultura, Luis Font de Mora, el Gobernador Civil de Alicante Pedro Valdecantos, acompañados del Alcalde de Elche, Manuel Rodríguez Maciá.

A pesar del éxito obtenido, cuando IFA presentó el balance de la Feria que arrojaba un pequeño superávit, los miembros de la Junta Rectora que antes se pronunciaron en contra de esta colaboración, se mostraron también disconformes con el resultado económico presentado, y apuntaron la conveniencia de que FAIC revisara detalladamente estas cuentas, a lo que IFA no se opuso para nada. Entonces, se delegó en Antonio Antón Vázquez y en Francisco Vicente López para que fueran a Elda a revisar los justificantes de cobros y pagos para comprobar si se ajustaban a las partidas que figuraban en el balance. Una vez hecha esta revisión, según su criterio, algunas partidas de gastos que figuraban en el balance, eran improcedentes, lo que originó algunas rozaduras y discusiones. La cuestión fue que se deterioran mucho las buenas relaciones que existían entre IFA y FAIC desde hacía algún tiempo, por culpa de los diferentes criterios que existían a la hora de interpretar algunas partidas de gastos.

Mientras ocurrían estas cosas, IFA había adquirido las antiguas instalaciones del «Mamut», con el fin de edificar en este lugar un Palacio de Ferias Alicantino, con el apoyo y la ayuda material de la Generalitat Valenciana, cuya inauguración estaba programada para el mes de septiembre de 1991. Por eso, cuando FAIC se dirigió de nuevo a IFA para ver las posibilidades que existían de que organizaran de nuevo la Feria en el año 91, contestaron que sí que lo hacían otra vez, pero no en el Estado «Martínez Valero» y en el mes de mayo, como habíamos acordado, sino en el

nuevo Palacio Ferial que se estaba empezando a construir y en el mes de octubre, que ya estaría terminado. Ante esta perspectiva, se nos presentó el dilema de aceptar la propuesta de IFA y celebrar la Feria en el nuevo recinto, durante el Otoño, en las condiciones del año anterior, o mantener las fechas perfijadas del 16 al 19 de mayo, organizándola por nuestros propios medios en el Estadio «Martínez Valero». Ante esta disyuntiva, se sometió este punto a votación en una reunión de la Junta Directiva, (estas reuniones, desde hacía dos años se celebraban en las dependencias del Ayuntamiento, con asistencia del Teniente de Alcalde Diego Maciá, que siempre mostró un gran interés por la Feria, y un concejal por cada Grupo Político de la oposición, con voz pero sin voto) y por mayoría se aprobó la segunda opción. Mi criterio era aplazar la Feria a Octubre y celebrarla en el nuevo Palacio Ferial organizada en colaboración con IFA, pero acepté de buen grado lo que decidió la mayoría de los votos.

Así las cosas, se acordó formar un Comité Ejecutivo compuesto por las tres mismas personas que organizaron la Feria en el año 89, para que la organizaran también en el 91. Estas tres personas (Pascual Fuster Maciá, Francisco Gras martínez y Vicente San Nicolás Ruiz), aceptaron el encargo pero con dos condiciones: que el Presidente retirara la carta de dimisión que había presentado y que se les abonara un millón de pesetas a cada uno por todos los trabajos y gestiones que tenían que llevar a cabo, por las muchas horas que tenían que dedicarle a la organización y promoción del certamen, dado el auge que había adquirido. El Sr. Antón y el Sr. Payá votaron en contra de que se pagaran tres millones de pesetas por organizar y promocionar la Feria, alegando que ellos estaban dispuestos a hacer ese trabajo sin cobrar nada, cosa de la que el resto de los miembros de la Junta Directiva dudaron mucho, sabedores del trabajo y el esfuerzo que supone organizar un certamen de estas características.

A partir de esos momentos, las divisiones internas de la Junta Rectora se hicieron más ostensibles, y el Sr. Payá dimitió de su cargo de Vocal, al no serle admitido el proyecto de presupuestos que presentó. También dimitió de su Vocalía Francisco Vicente López, por las discusiones y discordias que se generaban en las reuniones de la Junta Directiva, entre algunos de sus miembros.

En el mes de febrero se empezó la campaña de captación de expositores. La confección del cartel anunciador y la campaña de promoción se le encargó a la empresa «Publi Antón», y como en años anteriores se les daba preferencia a los expositores que habían asistido a la feria anterior, por si querían ocupar el mismo estand, como se había hecho siempre.

Pero a los pocos días ya empezaron a surgir las primeras dificultades, pues a la mayoría de los posibles expositores que nos dirigíamos para que contrataran su participación en la Feria Agrícola, Industrial y Comercial de Elche, los visitaba tambien IFA para que participaran en sus certámenes, como FIRAUTO, FIRAMACO, FIRALACANT, etc., según la actividad a que se dedicara, ferías todas ellas que se iban a celebrar en el nuevo Palacio Ferial en los últimos meses del año 1991. Y claro está, ante esta duplicidad de ofertas, hubo respuestas para todos los gustos: Unos se decidieron por participar en la Feria del mes de mayo en el Campo de Fútbol, otros optaron por participar en alguna de las ferias de IFA, a celebrar en el nuevo Palacio Ferial, que reunía mejores condiciones, aunque resultaba un poco más caro, y muchos de ellos se mantuvieron a la expectativa sin decidirse por ninguna de las dos opciones.

Pero una cosa quedó meridianamente clara: dadas las nuevas circunstancias no se iban a cubrir más del 65% de la totalidad de los estands disponibles, y con arreglo al presupuesto elaborado previamente, con esta ocupación iba a producirse un déficit de varios millones de pesetas. Ante estas perspectivas había que decidirse por seguir adelante y celebrar la Feria tal y como estaba programada, asumiendo las pérdidas que se generasen o suspender el certamen, cuando faltaban pocas semanas para su celebración. Tanto una como otra de las dos opciones, tenían su riesgo. Riesgo de credibilidad en el supuesto de la suspensión y riesgo económico en el caso de que se celebrara con tal baja participación.

Antes de pronunciarnos en uno u otro sentido, nos pusimos en contacto con IFA para ver que clase de colaboración se podía establecer entre las dos entidades a la vista de las nuevas circunstancias. Y la conclusión a que se llegó fue que FAIC aplazase la Feria para mediados del mes de diciembre que era cuando IFA celebraba FIRALACANT, y que los expositores nuestros que acep-

taran este cambio de fechas y de emplazamiento, se les respetaría los derechos adquiridos, y a los que no estuvieran conformes con esta opción, se les devolvería el dinero adelantado en el momento de suscribir los derechos de participación. De esta forma, más que suspender la Feria, lo que se hacía era aplazarla (que era lo que IFA propuso en principio y no se quiso aceptar) y cambiar de emplazamiento.

Este acuerdo se les notificó a todos los expositores que habían contratado en firme, para que hicieran lo que más les interesaba. Unos optaron por mantener el compromiso de participación y otros optaron por cancelar este compromiso y quedarse libres.

Para que quedara constancia escrita de este nuevo acuerdo entre IFA y FAIC, los presidentes de ambas entidades, el 20 de mayo de 1991, firmaron un convenio de colaboración de cara a la celebración de FIRALACANT, en cuyo Comité Organizador se integrarían dos representantes de FAIC. También se contemplaba la posibilidad de organizar conjuntamente una Feria Agrícola de carácter nacional durante 1992, en cuyo Comité Organizador también se integrarían dos miembros de FAIC.

En los últimos meses habían solicitado pertenecer a FAIC, en calidad de socios, más de veinte personas, y el Presidente, dada la tirantez que existía dentro de Junta Rectora, por las controversias originadas por el Sr. Antón y el Sr. Payá, había presentado por dos veces su dimisión, pero no le fue aceptada en ninguna de las dos. Así las cosas, en la reunión celebrada por la Junta Rectora a primeros de mayo, después del acuerdo de colaboración alcanzado con IFA, se convino en celebrar una Asamblea General en los locales del Casino de Elche, el día 6 de junio de 1991, a las 8 de la tarde, en la que se eligiría una nueva Junta Rectora. (Según los Estatutos de FAIC, en la Asamblea General, cuando hay que renovar cargos, se elige al Presidente y al Vicepresidente entre todos los candidatos que se presenten, y según el número de votos que obtenga cada uno, en una sola votación. Después, el Presidente nombra a los demás miembros de la Rectora).

De los treinta y siete socios que tenía FAIC en el momento de la Asamblea asistieron veintiseis a la misma, y sólo se presentaron dos candidatos: Vicente San Nicolás Ruiz y Antonio Antón Vázquez. Después de las votaciones y efectuado el escrutinio co-

rrespondiente, trece votos fueron para San Nicolás, doce para Antón Vázquez y un voto en blanco.

El Sr. Antón, que había hecho una intensa campaña previa a la Asamblea, para captar votos entre los socios, se consideraba seguro vencedor en las elecciones. Por eso sufrió una gran decepción cuando se vio superado por su rival. Tan grande fue esta decepción, que acto seguido dijo que renunciaba al cargo de Vicepresidente que le habían otorgado los votos. Quedaba claro que su aspiración era ser Presdidente, como lo venía demostrando desde hacía bastante tiempo, empleando en ocasiones procedimientos no muy ortodoxos. El resultado de la elección fue para él todo un trauma.

En vista de lo ocurrido, el Sr. San Nicolás nombró Vicepresidente al joven abogado Diego García García, que era socio desde hacía poco tiempo.

Unos días después, convoqué una reunión de la Junta Rectora saliente, para hacer la transferencia de los cargos, entregándole al nuevo Presidente los libros de actas y de socios y todos los demás documentos oficiales de FAIC, que obraban en mi poder.

En los últimos tiempos habían desempeñado la secretaría de FAIC, primero José María Bañón y después José Enrique Gomis, ambos funcionarios de Ayuntamiento, dependientes del Concejal Diego Maciá Antón, y como consecuencia de haber dimitido como Secretario Francisco Gras Martínez.

Después de diez años seguidos me desvinculaba de los Órganos Rectores de la Comisión Organizadora de la Feria de Elche, aunque conservaba mi condición de socio de FAIC. Durante este tiempo había sido de todo: desde uno de los fundadores en la nueva etapa, hasta Secretario, y en los últimos tres años Presidente, además de redactor de sus Estatutos.

A la Feria le había dedicado muchas horas de mi tiempo, poniendo en la tarea toda mi ilusión y mi entusiasmo. Y lo había hecho por gusto, altruista y desinteresadamente, ya que por toda esta dedicación no había recibido de la Feria ni una sola peseta, ni directa ni indirectamente, ya que en este aspecto no me movían intereses materiales de ninguna clase, sino la satisfacción de colaborar en un proyecto que redundaba en beneficio de Elche.

La Feria, no obstante, me dio satisfacciones y disgustos. Sa-

tisfacciones antes de ser Presidente y disgustos después de serlo, por la actitud irresponsable de unos compañeros de Directiva que trataron, injustamente, de empañar mi imagen a base de infundios y descalificaciones, a las cuales no quise responder por dignidad personal, entendiendo que si lo hacía, eso suponía el rebajarme y ponerme a su altura. No quise entrar en este terreno al considerar que no valía la pena, pues al fin y al cabo en Elche nos conocemos todos y sabemos quien es cada cual.

15

Para mí, el año 1985, fue uno de los más venturosos de mi vida, ya que durante su transcurso se produjeron tres hechos muy significativos y entrañables, que me produjeron una verdadera satisfacción: la Junta Local Gestora del Patronato del Misteri me eligió Caballero Electo, para las representaciones del mes de agosto, formando terna con el Conseller de Cultura, Cipriano Ciscar y con el musicólogo ilicitano José María Vives, lo cual fue para mí un gran honor, y más aún por ir acompañado de estas dos importantes personalidades, en el ámbito de la cultura.

El segundo acontecimiento a que hacía referencia fue la entrega del Dàtil d'Or (las concesiones siempre se hacen el día 28 de diciembre del año anterior a la entrega), en el apartado de Cultura, por parte de la Asociación de Informadores de Elche, y el tercero mi ingreso en la FEPET (Federación Española de Periodistas y Escritores de Turismo), a través de la Asociación Alicantina.

Cualquiera de estos tres hechos son motivo suficiente para alegrarme y enorgullecerme, pero producirse los tres en el mismo año, fue ya el colmo de la dicha. Fue algo así como si me hubiera tocado el premio gordo de la lotería, tres veces en un corto espacio de tiempo, aunque estos tres acontecimientos no tengan nada que ver con la suerte ni con los juegos de azar.

Para un ilicitano sensible y amante de la historia, las fiestas y las tradiciones de su pueblo, el que le designen Caballero Electo



En la procesión del 15 de agosto de 1985, como Caballero Electo del Misteri, en compañía de Cipriano Ciscar y José María Vives.



Recibiendo el Dátil d'Or de manos del entonces Concejal de Cultura Manuel Rodrigues Maciá, abril 1985.

del Misteri, es un orgullo y una verdadera distinción. Es algo así como un privilegio que sólo pueden gozarlo muy pocas personas, y que los afortunados que lo consiguen, sólo gozarán de ese honor una vez en la vida.

La designación (o elección, como quiera llamársele) del Porta-Estandarte y los dos Caballeros Electos, se hace pública todos los años el día 21 de junio, a medio día, previa la aceptación de las tres personas elegidas, al notificárseles que han sido designadas para estos honrosos cargos.

Cuando José Ferrández Cruz, Presidente a la sazón de la Junta Local Gestora del Patronato del Misteri trató de ponerse en contacto conmigo para notificarme la buena nueva y recabar mi conformidad, yo estaba de viaje por las estribaciones de la Cordillera de Gredos. Fue tal mi sorpresa cuando me enteré de la noticia, que no me lo creía, pues jamás se me había pasado por la imaginación el que pudieran pensar en mi persona para ser objeto de esta honrosa distinción. No obstante, acepté complacido y halagado.

Lo corriente y tradicional en estos casos, es que se elijan a tres personas (siempre fueron hombres los que desempeñaron estos cargos) que tengan afinidades comunes entre ellas, o que sean de la misma profesión: tres maestros de escuela, tres periodistas, tres juristas, etc. En esta ocasión fueron tres personas afines por sus inquietudes culturales. Una por el desempeño de un alto cargo político, relacionado con la cultura, otra por ser Catedrático de Musicología de la Universidad de Valencia, y al mismo tiempo, estudioso de la música de la Festa, y la otra por sus actividades en el campo de la literatura.

El ser Caballero Electo te da la oportunidad de tomar parte activa en las representaciones del Misteri, el ser partícipe de la escenificación de la Festa desde un lugar de privilegio, el vivir con más intensidad, durante cinco días, toda la esencia y plasticidad del Misteri, en compañía de la Capella y demás personas que toman parte activa, más o menos directamente, en la escenificación y desarrollo de esas emotivas representaciones, en pleno mes de agosto, con todo el calor meteorológico y humano que rezuma el templo de Santa María por esas fechas tan entrañables para el pueblo de Elche y tan emotivas para los ilicitanos. Y como no podía



Mostrando el Dátil d'Or, rodeado de amigos y familiares.

ser menos, para mí fue una experiencia inolvidable.

Desde el año 1970, la Asociación de Informadores de Elche, a la que pertenecen más de treinta miembros, se reúnen todos los años el día 28 de diciembre, por la noche, para conceder tres galardones denominados «Dàtils D'Or» (en realidad son tres figuras de oro en forma de dátil, a tamaño natural) a tres personas o entidades que a lo largo del año se hayan distinguido en cultura, deportes o en la promoción de los valores ilicitanos. La concesión se hace por votación secreta de los miembros de la Asociación entre los candidatos propuestos por cada uno de ellos. Si los candidatos propuestos no logran un mínimo del 50% de los votos de los presentes, el premio, en este apartado, queda desierto.

El 28 de diciembre de 1984, le concedieron el Dàtil D'Or en Deportes al Club de Baloncesto de Elche, en Valores Ilicitanos a José Fernández Cruz, ex Alcalde de Elche y Presidente de la Junta Local del Patronato del Misteri, y en Cultura a Baltasar Brotóns garcía, por su labor literaria. Esos galardones se entregaron en el mes de abril siguiente, en el céntrico local de Cau D'Art, durante un acto entrañable que siempre se organiza exprofeso para estos fines, con la asistencia de las autoridades municipales más representativas. El galardón en el Apartado de Deportes fue entregado al entrenador del Club de Baloncesto, por un periodista deportivo, el de valores ilicitanos por el Alcalde de Elche, Ramón Pastor Castell, y a mí por el Concejal de Cultura Manuel Rodríguez Maciá. En este acto de la entrega del Dàtil estuve acompañado por un numeroso grupo de buenos amigos, casi todos ellos miembros de la Hermandad de Poetas de Elche, y su Secretaria, Clara Dolores Fenoll García, recitó un poema propio en mi honor, para celebrar el acontecimiento de la entrega del galardón.

En esos momentos, era Presidente de la Asociación de Informadores de Elche el joven periodista Gaspar Maciá Vicente.

La noticia de que me habían concedido el Dàtil D'Or, en el apartado de Cultura, me la dio, al día siguiente, a primeras horas de la mañana, mi buen amigo el veterano periodista Jaime Gómez Orts, que actualmente es el Presidente de la Entidad que concede estos galardones.

Aunque la concesión y entrega de los Dàtils D'Or no reviste la solemnidad que rodea a las representaciones del Misteri y la elec-

Ayer se presentó el libro conmemorativo del centenario

Elche y la CAAM, unidos por cien años de historia

Con asistencia de los principales responsables de la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia (CAAM) —entre ellos el director general, Francisco Oliver Narbona y el presidente del consejo de administracion, Roman Bono Guardiola—, así como los distintos directores de zona de las dos provincias, delegados de obras sociales, etc., tuvo lugar el pasado viernes en el Hort del Xocolater la presentacion del libro "Cien años de la historia de Elche y de su Caja de Ahorros (1886-1986)".

Precisamente el dia 9 se cumplian los cien años de la fundacion de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Elche, que posteriormente se fusionaria con otras para dar origen a la CAAM.

Jose Lopez Yepes, coordinador del libro, presento la obra, destacando las aportaciones de cada uno de los autores. A continuacion, el presidente del consejo de administracion destacó la vinculación de la Caja a la historia de Elche, aspecto en el que tambien incidió el alcalde, Ramon Pastor, quien añadio que "gracias a la Caja, Elche es hoy lo que es. Se han hecho fabricas y construido edificios con la colaboracion que siempre ha prestado esta entidad". Mostró su agradecimietno por la dedicación a Elche de la CAAM y puso como muestra de ello el libro que resume los cien años de historia de la ciudad y de la Caja.



Los autores del libro, reunidos (Joaquin Arnestoy)

Los articulos y autores incluidos en el libro son los siguientes:

—"El Misterio de Elche", de Isabel Martinez Cerda.

—"La investigacion arqueológica en Elche" de Rafael Ramos Fernandez.

—"Elche: un siglo de historia social" de Antonio Rodes Juan.

—"Panorama de las artes plasticas en Elche (1886-1986)" de Tomás Martinez Blasco.

—"L'urbanisme a la ciutat d'Elx durant els ultims cent anys" de Gaspar Jaen i Urban.

—"Un siglo de agricultura ilicitana (1886-1986)" de Baltasar Brotons Garcia.

—"Introduccion al origen y evolucion historica de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Elche" de Jose Lopez Yepes.

Se han imprimido tres mil ejemplares en una primera tirada, que se repartiran a aquellas personas que soliciten el libro en las oficinas de la CAAM en Elche.

Elche

Lunes
10 de noviembre de 1986

Ayer, con el Gran Teatro abarrotado de público

La Tercera Edad «vibró» con los Segundos Juegos Florales

DOMINGO LOPEZ

Con el Gran Teatro abarrotado de público se celebraron ayer mañana los II Juegos florales para la Tercera Edad que organizan conjuntamente el Departamento Municipal de Servicios Sociales y el Consejo Municipal de la Tercera Edad.

El acto estuvo presentado por **Luis Miguel Belda**, de SER Elche y contó con la presencia del alcalde **Ramón Pastor**, el Jefe Territorial de Servicios Sociales **Luis Gómez**, el diputado de las Cortes Valencianas y presidente del Hogar del Pensionista **Manuel Arabid**, y la concejala de Servicios Sociales **María Teresa Sampere**.

Durante el acto, que resultó muy emocionante en todo su desarrollo, se entregaron los premios del concurso de poesía. El primer premio y «flor natural» fue para **Baltasar Bretón** con su obra «Glosas para la Tercera Edad». **Luis Ibarra** recitó con «Oda que hayas mujer» la «Englantina d'Or», y «Sin vuelta de hoja»,



Baltasar Bretón recitando el poema ganador

UCE

de José Guner, obtenía la «Viola D'Or». Los tres galardonados recitaron sus poemas ante el público, siendo muy aplaudidos, como también lo fue **Marina Ramallo** con una recitación interpretación amorosa que acaloó muy hondo entre las más de cuarenta personas asistentes.

Los Juegos florales contaron con la presencia de su reina **María Medina Cozar**, así como las respectivas damas de honor, caballeros y pajes. A modo de cierre actuó la Agrupación Local «Dama de Elche» de la Peña Madridista Ilicitana.

ción del Porta-Estandarte y los Caballeros Electos, no por eso es menos importante, ya que con esa concesión, de lo que se trata es de un reconocimiento de los méritos y cualidades de unas personas o entidades determinadas, por parte de los representantes de todos los medios de información, que son los notarios de la actualidad local de cada día, los que realizan el seguimiento diario de todos los hechos y acontecimientos que tienen algún valor informativo, en cualquier sector de la actividad humana, los que analizan y juzgan de una manera objetiva la trayectoria de las personas o entidades que se destacan, en algún sentido, dentro del colectivo ilicitano. Por lo tanto, fue un alto honor para mí, el haber sido distinguido por uno de estos galardones, como premio a mi labor literaria, lo cual siempre resulta gratificante y halagador, y constituye un valioso estímulo para seguir escribiendo con ilusión y sin desmayo. Fue todo un acicate que me dio impulsos para continuar una labor creadora que me gusta y satisface, y que más que un hoby es para mí una necesidad, que sólo se sacia escribiendo todos los días, en una labor continuada.

Hacía ya algún tiempo que estaba interesado en integrarme en la Asociación Alicantina de Periodistas y Escritores de Turismo, y solicité el ingreso en la misma avalado por mis dos buenos amigos Antonio González Pomata, de Alicante y Vicente Pastor Chilar, de Elche, ambos acreditados periodistas y cofundadores de la citada Asociación. Esta solicitud tuvo lugar a mediados del año 1985, aportando fotocopias de algunos artículos que había publicado recientemente sobre turismo, como es preceptivo en estos casos, y se aceptó mi solicitud sin ningún problema. A la sazón era Presidente de esta Asociación Miguel Alberto Martínez Monge, que continúa aún desempeñando este cargo en la actualidad.

Como la Asociación Alicantina pertenece a la Federación Española, y ésta, a su vez está integrada en la Federación Internacional, automáticamente, y previo el pago de las cotas correspondientes, quedé integrado en las tres entidades: A.A.P.E.T. (Asociación Alicantina de Periodistas y Escritores de Turismo), F.E.P.E.T. (Federación Española de Periodistas y Escritores de Turismo) y F.I.J.E.T. (Federación Internacional de Periodistas y Escritores de Turismo) con todos los derechos y obligaciones que ello comporta. En aquellos momentos, el Presidente de la Federa-



En la Plaza Roja de Moscú, ante la Catedral de San Basilio, octubre de 1988.



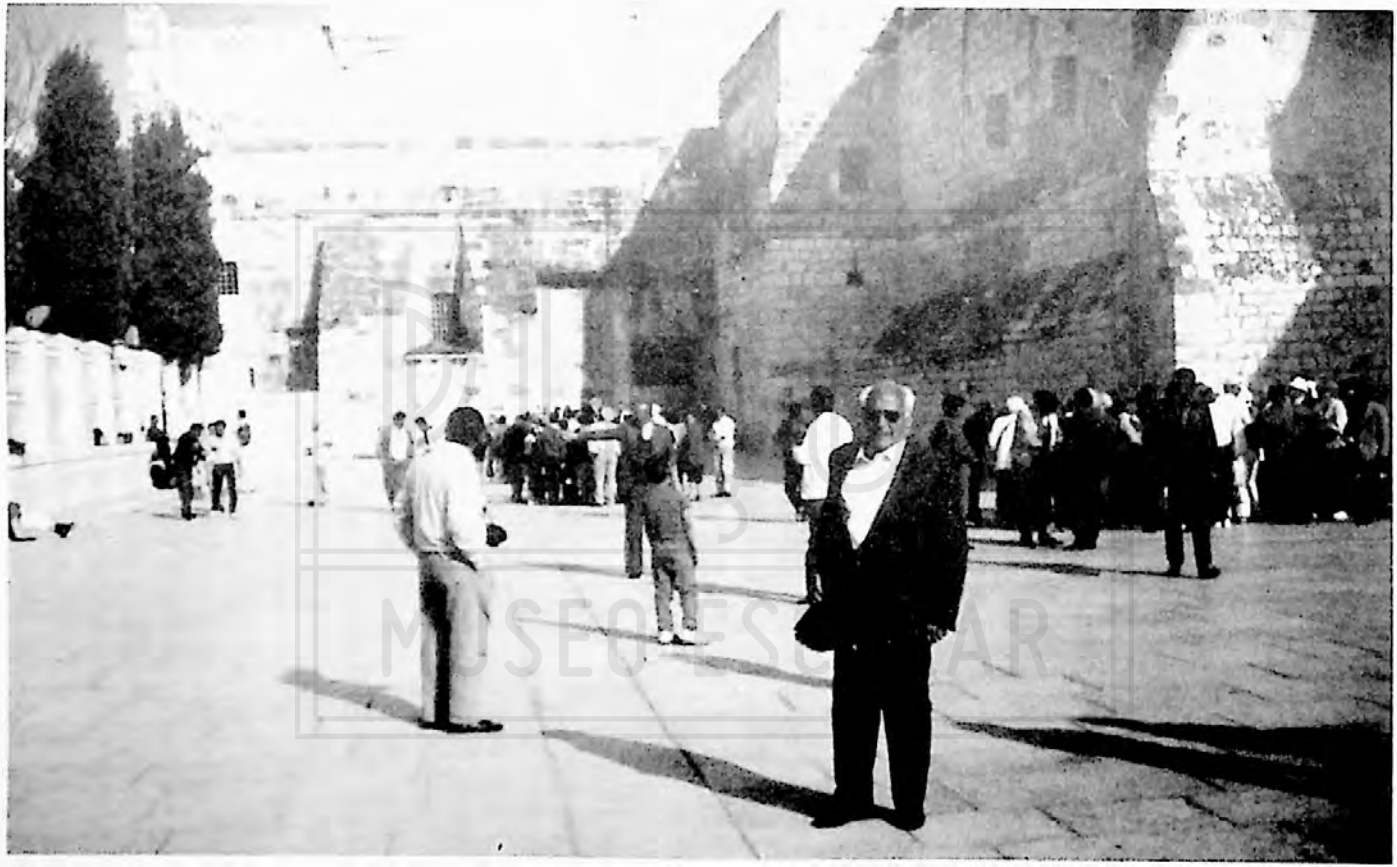
Ante el Muro de las Lamentaciones, en Jerusalén, abril de 1990.

ción Española era Jesús Vasallo y el Presidente de la Federación Internacional era el francés Remmy Leroux. En la actualidad, ambos cargos recaen en el español Jesús Vasallo, al ser elegido Presidente de la Federación Internacional en octubre de 1990, durante el XXXIII Congreso de la FIJET, celebrado en Túnez.

El integrarme en estas Organizaciones de Escritores de Turismo, me ha dado la oportunidad de conocer a mucha gente que tiene las mismas inquietudes y afinidades que yo, con los que resulta muy fácil entablar una entrañable amistad, y a los que he conocido en los distintos viajes que hemos hecho juntos. Gentes casi todas ellas profesionales del periodismo y la literatura, muchas de ellas de un elevado nivel cultural, y de las que se puede aprender mucho. Personas con las que te intercambias libros propios y artículos publicados en diferentes medios de comunicación, con lo cual se practica una correspondencia que es como un hermanamiento espiritual a través de las obras literarias de cada cual. Personas de diferentes edades y condición, de distintas ideologías políticas, de diferentes formas de pensar y entender la vida, pero que en cambio todas ellas coinciden en una cosa y tienen un rasgo común: todas son escritores de turismo o profesionales de la radio o la televisión que se ocupan de programas sobre turismo. Y esa circunstancia común es como un nexo de unión que les une y aglutina, que les acerca y les comprende, que conforman un colectivo de ámbito nacional, con unas características muy «sui géneri».

El pertenecer a estas Organizaciones de Escritores de Turismo me ha dado también la oportunidad de viajar mucho por España y el extranjero, con motivo de Congresos, Convenciones y Jornadas Turísticas celebradas en los más apartados rincones de la geografía mundial, hasta el extremo de que en los últimos cuatro años he recorrido más de cien mil kilómetros, la mayoría de ellas por vía aérea. Así, he podido visitar la URSS, Turquía, Túnez, Marruecos, Italia, Francia, Austria, Suiza, Alemania, Israel, Cuba, y de aquí a unos días saldremos para Colombia, donde se celebra el XXXIV Congreso de la FIJET, del 19 al 27 de septiembre.

Todos estos viajes resultan muy económicos, ya que con motivo de los Congresos de la FIJET, las líneas aéreas de los países organizadores, les hacen a los congresistas un descuento del 75% respecto a las tarifas ordinarias. Por otra parte, las cotas de ins-



Ante la Iglesia de la Natividad, en Belén, abril de 1990.

cripción de estos congresos, también son bastante módicas, con lo cual, se tiene la ocasión de viajar por muy poco dinero. Incluso, algunos de estos viajes me han resultado completamente gratis, por ser mediante invitación, como fue el caso de las visitas a Cuba y Marrakech, y dentro de España a Cataluña y Huelva, en la pasada primavera.

Además de los Congresos anuales de la FIJET, que cada año se celebran en una nación diferente, la FEPET también celebra un congreso nacional todos los años por el mes de marzo, en diferentes provincias, y unos Encuentros Internacionales de Prensa-Turismo que se celebran en Canarias todos los años a primeros de junio, desde 1984. Pues bien. En los últimos cuatro años, no he faltado a ninguno de estos congresos y encuentros, dentro y fuera de España, además de los viajes que he hecho por libre, como fue el caso de la visita a Israel, desarrollando una actividad viajera extraordinaria, durante todos los meses del año.

Lo único que se exige para asistir a estos congresos, encuentros, simposiums, etc. es la obligación de escribir y publicar en cualquier medio de comunicación, unos artículos que traten sobre los mismos. En lo que a mí respecta, en los últimos cuatro años he escrito numerosos artículos sobre temas turísticos relacionados con estos viajes, y que después se han publicado en forma de libros, viendo la luz pública «Tierras, pueblos y paisajes», «De Estambul a Moscú», «Viajar, ver y escribir» y otro inédito que aún no le he puesto título, pero que se publicará, probablemente, el próximo año 1992.

Viajar en plan turístico siempre resulta placentero e instructivo, y mucho más aún cuando se viaja en compañía de buenos amigos, que sienten la misma inquietud y la misma curiosidad que nosotros. Y si esos viajes se realizan por países lejanos y exóticos, se descubren nuevos mundos, nuevas culturas, nuevos paisajes, nuevas formas de entender la vida, nuevas gentes distintas a nosotros, todo esto resulta enriquecedor y apasionante, para un espíritu sensible, que siempre se muestra abierto y receptivo a las nuevas experiencias que le puede deparar la vida a cada momento y a la vuelta de cada esquina. El viajar y conocer in situ otras gentes y otras tierras, te es más fácil comprender ciertas cosas y encuentras respuestas para muchos interrogantes que sin ese conocimiento te re-



En una cena pantagruélica, en un complejo turístico de Marrakech, donde la carne de cordero se come con las manos, sin emplear cuchillo ni tenedor, mayo 1990.



En Tozeur (Túnez), en octubre de 1990, con la vestimenta bereber, con motivo del Congreso de la FIJET, junto a dos compañeros de la FIPET.



En el aeropuerto de la pequeña isla cubana de Cayo Largo, con un grupo de escritores de turismo que realizaron el viaje por invitación del gobierno cubano, en mayo de 1991.



Con su esposa, en Jávea, en febrero de 1991, con motivo de unas jornadas de promoción turística.



Con su esposa, en la isla de Lanzarote, mayo de 1991.



En Cartagena de Indias (Colombia) en octubre de 1991. Al fondo, el Monasterio de San Pedro Claver.

sultaría más difícil comprender.

Viajar y escribir sobre esos viajes, es lo que estoy haciendo, preferentemente, en los últimos tiempos y lo que mayores satisfacciones me produce. Y todo eso se lo debo, en gran medida, a la FEPET, que me ha dado la oportunidad de viajar mucho y de hacer una gran cantidad de buenos y entrañables amigos, con los que mantengo unas cordiales relaciones. Todo esto me ha rejuvenecido y me ha dado nuevos impulsos para mirar la vida con optimismo, para seguir viviendo ilusionadamente, que es lo más importante que le puede ocurrir a una persona mayor (hoy cumplo setenta y cinco años) que, a pesar de la edad, quiere continuar siendo útil a la sociedad, sin traumas ni complejos. Y sobre todo, me da pie para escribir mucho que es lo que me gusta y satisface, al margen de la obligación que tengo de hacerlo para corresponder y cumplir con las normas que se establecen cuando se organizan viajes de estas características.

Al abrirme las puertas la FEPET, para que penetrara en ella, me proporcionó el mejor regalo que he recibido en mi jubilación y lo que más satisfacciones me ha proporcionado. Por tal motivo, a la FEPET la considero algo así como mi segunda esposa y compañera, y con la que mantengo también unas excelentes relaciones, que espero y deseo que duren muchos años.

16

Nuestra integración en la Comunidad Económica Europea, en el año 1986, no fue la varita mágica que solucionara los muchos problemas que le aquejaban a la gricultura ilicitana, sino más bien todo lo contrario. Desde principios de la década de los años 80, la gricultura del campo de Elche, iba perdiendo rentabilidad a pasos agigantados. Lo mismo le ocurría al resto de la agricultura española en general, aunque no de una manera tan acentuada, pero eso era la tónica general para todo el campo español, debido, sobre todo, a un exceso de producción y a la correspondiente

disminución de precios, como suele ocurrir según la Ley de la oferta y la demanda, en una sociedad de libre mercado.

La relativa prosperidad que había gozado la agricultura ilicitana en las décadas anteriores, según relatamos en capítulos precedentes, iba disminuyendo de año en año a medida que se incrementaban los costos de cultivo y se estancaban, e incluso disminuían los precios de los productos que se cosechaban, en función de la superabundancia de los mismos, como lógica consecuencia de la mecanización de la agricultura y la masiva utilización de modernos fertilizantes compuestos y una variada gama de insecticidas y fungicidas para combatir las plagas y enfermedades de las plantas.

Mientras el agua de riego, los abonos químicos, los fungicidas e insecticidas, los tractores y aperos correspondientes, y los jornales para realizar los trabajos agrícolas iban subiendo a un ritmo acelerado de año en año, los productos cosechados no se movían en este sentido, sino más bien todo lo contrario, lo que iba generando en el sector agropecuario, (en la ganadería ocurría lo mismo que en la agricultura) un desfase negativo y una pérdida de rentabilidad manifiesta, con lo cual, las rentas del campesinado iban disminuyendo paulatinamente. Lógicamente, estas circunstancias iban generando desasosiego y malestar en las gentes del campo. Estaba claro que los años de las vacas gordas habían pasado a la historia y entrábamos en la época de las vacas flacas.

Por eso se suspiraba tanto por nuestra integración en lo que llamábamos el Mercado Común Europeo, pues si el problema principal que teníamos era un exceso de producción, y como consecuencia de ello, baratura de precios en todos aquellos productos que cosechábamos, si la Comunidad Económica Europea nos abría las puertas de par en par, nuestros productos excedentarios tendrán mayores posibilidades de salida hacia los mercados comunitarios de un gran poder de absorción, y eso les revalorizarían. De ahí la insistencia española en nuestra solicitud de ingreso en la Comunidad, solicitud que despertaba muchas reticencias, y hasta desplantes entre algunos miembros comunitarios, particularmente, en Francia, cuya desarrollada agricultura era competidora de la nuestra, y pensaba que iba a perjudicarle con nuestra integración de pleno derecho.

Las negociaciones para conseguir nuestra integración en el Mercado Común, fueron largas, laboriosas y difíciles. Aquéllo parecía el cuento de nunca acabar, y las condiciones que nos imponían eran muy duras y draconianas. Fernando Morán, como Ministro de Negocios Extranjeros y Manuel Marín, como Presidente de la Comisión negociadora, lo tenían muy difícil, sobre todo, en lo relativo a la agricultura, la ganadería y la pesca. Las condiciones que nos imponían en estas tres materias, para aceptar nuestra integración, eran muy desfavorables para los intereses españoles, y en este tira y afloja interminable, se llegó a un punto límite en las negociaciones, en que sólo habían dos opciones: aceptar las condiciones que nos imponían, por duras que fueran y entrar en la Comunidad, al límite del plazo que se fijó para estas negociaciones o romper estas negociaciones y quedarnos fuera de la Europa Comunitaria, con todas las consecuencias negativas que eso hubiera llevado consigo. Y se optó por lo primero, (a mi entender, con buen criterio, pues perder otra vez el tren de Europa, como ya había ocurrido en ocasiones anteriores, hubiera sido desastroso para España) a pesar de ser conscientes de que se entraba en la Comunidad Económica Europea tarde y con mal pie, sobre todo, en lo concerciente a la agricultura, ya que para entrar, de pleno derecho, se nos impuso un período transitorio de varios años, una especie de «purgatorio» que teníamos que atravesar para alcanzar la plenitud de la integración, lo cual nos perjudicaba sobre manera, durante esta época transitoria. Y así nos encontramos en los primeros años de nuestra integración, con la circunstancia negativa de que nuestros cítricos, para acceder a los mercados comunitarios pagaban más aranceles que los cítricos marroquíes, que gozaban de un trato preferencial, aranceles que iban disminuyendo de año en año hasta desaparecer por completo al finalizar el período transitorio. Y se nos obligó a la aplicación del famoso IVA (Impuesto sobre el Valor Añadido) como era preceptivo en las normas comunitarias, y a tener que cummplir los empresarios agrarios una serie de requisitos administrativos que llevaban consigo más complicaciones que beneficios. Y lo de que nuestra incorporación al Mercado Común iba a resultar altamente beneficioso para la agricultura ilicitana, como presumíamos en un principio, por disponer de mayores perspectivas exportadoras para nuestros pro-

ductos agrícolas más significativos, (granadas, almendras, limones, naranjas, alcachofas, algodón, etc.), fue como el sueño de una noche de verano que tuvo un amargo despertar.

No discutimos que a medio y largo plazo nuestra integración en la Comunidad Económica Europea resulte beneficiosa para la Agrucultura española en general y para la ilicitana en particular. Pero cinco años después de producirse aquel esperado y deseado acontecimiento, los beneficios no se han visto por parte alguna, sino todo lo contrario.

Tampoco afirmamos que de habernos quedado fuera de la Comunidad, a estas horas la agricultura ilicitana hubiera estado en mejores condiciones de lo que está en estos momentos, pues entendemos que hubiera estado mucho peor por el aislamiento que hubiera llevado consigo esta marginación. Además, la Comunidad Ecocnómica Europea no se fundamentó solamente sobre bases económicas, sino también, y sobre todo, sobre bases políticas, sociales, culturales, etc.

Dijimos antes que entramos tarde y mal porque en 1986, la Comunidad Económica Europea, ya estaba atravesando una difícil situación en lo que a la agricultura se refiere, sobre todo, por los excedentes de determinados productos agrarios que se iban acumulando, sin posibilidades de comercialización. Estos excednetes, para que los agricultores no tuvieran grandes perjuicios, se subvencionaban, pagando precios mínimos de retirada, con altos costos económicos para las arcas comunitarias. Así las cosas, la entrada de España y Portugal, dos países eminentemente agrícolas, iba a agravar aún más esta difícil situación. De ahí el que se mirase con un cierto recelo nuestra incorporación y se pusiesen tantos escollos a la misma, por parte de algunos de los miembros más importantes, al considerar que con esta ampliación de la Comunidad se iban a ver perjudicados sus propios intereses.

Otra de las circunstancias que agravaba aún más la difícil situación de nuestra agricultura, era que a partir de nuestra integración, en el sector agrario, como en todo lo demás, el que decidía ya no era el Gobierno Español, sino los Órganos Comunitarios, donde confluyen intereses encontrados y contrapuestos, y aquí España es uno entre doce, y lo que decide y prevalece, es el voto de la mayoría y lo que se defiende no son los intereses particulaes de

cada uno de sus doce miembros, sino los intereses comunitarios en su conjunto, que no siempre coinciden con esos intereses particulares de sus componentes asociados.

Y ocurren casos tan peregrinos, como por ejemplo, que siendo la Europa Comunitaria deficitaria en la producción de algodón, (de los doce países comunitarios sólo España y Grecia son productores de esta fibra) se les fijen a estas dos naciones unos cupos bastante restringidos en la producción de esta materia, (en los últimos años 752.000 toneladas de fibra, de las cuales alrededor del 60% corresponden a Grecia y el 40% restante a España, siendo sus necesidades muchos mayores) y en el supuesto de que se excedan en estos cupos asignados, se les penalice disminuyendo el precio oficial de este producto, como ocurrió en los años 88 y 89. Y el algdón que falta para cubrir las necesidades comunitarias, se importa de países ajenos a la Comunidad, particularmente, de los Estados Unidos.

Otro ejemplo muy ilustrativo de estas normas comerciales comunitarias, que perjudican mucho a la agricultura alicantina, es que la almendra de California tenga abiertas de par en par las puertas de los mercados comunitarios, en detrimento de la almendra que se cosecha en esta zona, en la que se encuentra el campo de Elche, ya que por una serie de circunstancias, (variedades más productivas, diferentes métodos de cultivo, menores costos de producción, mayor concentración en la oferta comercial, etc.) la almendara alicantina no puede competir con la californiana, a pesar de ser de mejor calidad. Por tal motivo, de tres años a esta parte, los almendras, que durante muchas décadas, han sido el cultivo más importante del campo de Elche (6.200 hectáreas de tierra dedicadas a este cultivo había en 1987) se vayan abandonado y arrancado poco a poco, hasta el extremo de que en estos momentos apenas quedarán la mitad de esa cantidad bien cultivados. Y de no variar las circunstancias, en el año 2000, la almendra alicantina habrá desaparecido casi por completo, con lo importante que fue en épocas recientes.

Se nos dirá que en una sociedad de libre mercado en la que estamos inmersos, no se le pueden poner barreras al comercio internacional, y que cada país debe ser libre para exportar, sin ninguna cortapisa, todo aquello que produce, dentro del juego de la

libre competencia. Eso es cierto, y por lo tanto, hay que aceptarlo, pero también lo que, de momento, estamos en inferioridad de condiciones para poder competir con otras agriculturas más modernas y tecnificadas, como son, por ejemplo, la israelita, la norteamericana, y la holandesa, entre otras. Y si además de esto, prevalece el criterio de Estados Unidos de suprimir por completo las ayudas y subvenciones a los productos agrarios menos rentables, sólo sobrevivirán aquellas agriculturas más tecnificadas que produzcan productos de mayor calidad y a menores costos. Pero, desgraciadamente, en el presente y en el futuro inmediato, la agricultura ilicitana se encuentra a años luz de esas agriculturas de vanguardia que son las únicas que tienen futuro.

Como hemos dicho anteriormente, uno de los mayores problemas económicos que padece la Comunidad Económica Europea, de unos años a esta parte, es la superproducción de determinados productos agrícolas y ganaderos, como es el caso de los cereales, los cítricos, las frutas y la leche. Y en función de la Ley de la oferta y la demanda, se deprecian y el mercado no los puede absorver. En estos casos, los Órganos Comunitarios establecen unos precios mínimos de retirada para estos excedentes que se destruyen o aprovechan para pienso del ganado.

La retirada de estos productos excedentarios tienen que llevarse a cabo a través de las cooperativas autorizadas para estos fines, que al manipularlos producen unos gastos, con lo que a los cosecheros, del precio de retirada sólo le llega una parte. En el caso concreto de los limones, que se han retirado a través de Coopelche, los que no se han podido comercializar por los cauces normales, los agricultores los cobraron en los dos últimos años de cuatro a seis pesetas kilo, cantidad que ni siquiera cubre los gastos de cogerlos del árbol y transportarlos hasta la cooperativa.

En cuanto a las naranjas sobrantes, ocurrió otro tanto. Claro está que no todos los limones y naranjas han sido vendidos mediantes el precio de retirada, puesto que la mayoría se han comercializado a través de los mercados tradicionales, pero debido a la abundancia se han vendido muy baratos, y los agricultores los cobraron los primeros entre diez y quince pesetas el kilo y las segundas entre doce y veinte. Con estos precios medios, ni siquiera se cubren los gastos de cultivo, ya que tanto los naranjos como los

limoneros, para un cultivo correcto necesitan un mínimo de seis riegos con aguas buenas del trasvase que cuesta cerca de las cinco mil pesetas la hora (180 m^3 de agua) pues son árboles muy delicados que no se pueden regar con aguas de baja calidad. Por eso no es de extrañar que muchos huertos se vayan abandonando y arrancando unos árboles que en estos momentos, tienen una rentabilidad prácticamente nula. Los granados, uno de los cultivos más característicos y significativos del campo de Elche, hasta finales de la década de los años ochenta, tenían una rentabilidad bastante aceptable, ya que al ser unos árboles muy resistentes, admiten el agua de baja calidad y se suelen regar con las aguas elevadas que son muy barantas, y esto rebaja bastante los costos de cultivo. Pero de unos años a esta parte, se han plantado muchos huertos nuevos, no sólo en el campo de Elche, sino también en otros pueblos cercanos con lo que la producción se ha duplicado, y al romperse el equilibro que existía entre oferta y demanda, los precios de este sabroso fruto han disminuido alarmantemente, pasando de las cincuenta pesetas kilo que se pagaron al agricultor en la cosecha del año 85, a las treinta que se pagaron en el año 90, a pesar de que durante este quinquenio los costos de cultivo se incrementaron alrededor del 25%. En las dos últimos años el Ayuntamiento de Elche llevó a cabo una campaña de promoción de las granadas, destacando las bondades de este fruto, pero esta promoción fue tan limitada que no creo incida gran cosa en un aumento de la demanda, ya que para hacer una campaña de ámbito nacional que pudiera tener alguna repercusión positiva, tendrían que hacerse grandes inversiones.

Durante veinticinco años, las higueras fueron el cultivo más rentable de la agricultura ilicitana, ya que sus dos cosechas, en la misma temporada, (las brevas y los higos) se vendían a buenos precios como frutas frescas. Además son unos árboles que no precisan muchos cuidados.

Pero, de tres años a esta parte, los higos sólo se pueden coger los primeros días, (apenas un 10%), perdiéndose el 90% restante por no tener ningún valor comercial, como ocurría antes, ya que como fruto seco, ni se industrializan, ni se aplican para pienso del ganado, ni las peresonas los consumen como postre de invierno, a pesar de sus propiedades alimenticias. Por consiguiente, este cul-

tivo ha perdido un gran porcentaje de su rentabilidad, a pesar de que las brevas se siguen pagando bien.

A partir de la década de los años setenta, como un reflejo de lo que estaba ocurriendo en los campos costeros de Almería, se puso de moda el montar invernaderos en el campo de Elche, para cosechar productos de primor. Durante unos años, se tenía la impresión de que estos cultivos bajo plástico podrían ser una alternativa válida para la agricultura tradicional ilicitana, pero este tipo de agricultura, que tantas esperanzas había despertado, no arraigó como se esperaba, y no pasó de ser una agricultura testimonial y poco significativa, que va languideciendo a medida que pasan los años, como lo demuestra el hecho que apenas se montan invernaderos nuevos y muchos de los que llevan funcionando algún tiempo se están desmantelando. Estos invernaderos, en la mayoría de los casos, los dedican a plantar tomates y pimientos, y también pepinos y judías en menor cantidad.

En cambio, hay algunas empresas que tienen invernaderos dedicados a la floricultura y a las plantas ornamentales, que resultan explotaciones bastante rentables, de momento. Pero más que agricultores individuales, son empresas que hacen grandes inversiones en unas instalaciones idóneas, y que además de producir flores o plantas, comercializan también sus propios productos, teniendo la doble condición de productor y comerciante. De momento, esta clase de productos, tienen mejores perspectivas de mercado que las verduras y las hortalizas. De todas formas, empresas de estas características, en el campo de Elche, apenas llegarán a una docena, aunque hay también otras explotaciones similares de tipo familiar y de menor volumen, más dedicadas a la producción que a la comercialización.

Aunque en otros tiempos, el campo de Elche fue cerealístico por excelencia, en la actualidad ha perdido tal condición, ya que solamente se siembran pequeñas cantidades de algunas variedades de trigo de ciclo corto y muy productivo, como un cultivo secundario y testimonial, y por consiguiente, de escasa incidencia en el conjunto de la agricultura ilicitana. Los cereales son rentables en los grandes latifundios de Castilla-León y Castilla-La Mancha, donde los costos de cultivos son muy bajos y se producen en grandes cantidades, pero no en el minifundio del Bajo Vinalopó, donde

la tierra paga más impuestos y son muy caros los jornales y el agua de riego. Aquí sólo pueden sembrarse como una cosecha complementaria y aprovechando determinadas rastrojeras.

En medio de este panorama, un tanto desolador, que presenta el campo de Elche en estos momentos, hay un cultimo que no ha caído tan en picado como los demás: nos estamos refiriendo a los parrales de uva de mesa, de los que hay en las pedanías ilicitanas alrededor de las setecientas hectáreas. Estos parrales, casi todos ellos de la variedad «Italia», producen una uva blanca de muy buenca calidad. En cuanto al precio que se está vendiendo en las últimas cosechas, es aproximadamente, el mismo que se vendía hace diez años, (entre las treinta y las cincuenta pesetas kilo, cuando los costos de cultivo son ahora mucho más elevados que eran entonces).

Está meridianamente claro que la agricultura ilicitana necesita una profunda reconversión, para adaptarse a las circunstancias del momento. Pero esa necesaria reconversión tienen que llevarla a cabo los agricultores jóvenes, que tienen más años de vida por delante, y más iusión para emprender nuevas aventuras empresariales. Y los jóvenes, en su mayoría, han abandonado el campo y no quieren saber nada de la agricultura. Y con una población activa envejecida y decadente, no se pueden hacer muchos milagros.

Unos simples datos nos ilustrarán sobre esta cuestión tan fundamental: En la actualidad, en el campo de Elche, agricultores con menos de treinta años, apenas llegarán al 5 % del conjunto, y más del 70 % del total, han rebasado ya la barrera de los sesenta años. Y a estos agrictultores que ya han rebasado con creces el medio siglo, no le vayas con historias de reconversión, que no están para nada. Lo único que quieren es continuar como están hasta que llegue el momento de la jubilación, para poder cobrar una pensión y poder vivir de ella, ya que el producto de su trabajo apenas cubre sus mínimas necesidades de supervivencia, si no tiene ingresos complementarios procedentes de otras fuentes.

Y lo peor de todo, es que una vez jubilado tienen que continuar trabajando para que las tierras no se queden incultas y abandonadas, ya que los hijos se ahuyentaron y no quieren saber nada de ellas. Y por tal motivo, continúan trabajando mientras el cuerpo aguante, ya que su acendrada profesionalidad, no les permite

abandonar unas tierras que ellos cultivaron toda la vida con tanto esmero y ver secarse unos árboles que ellos plantaron con tanta ilusión, cuando las circunstancias eran más propicias. Trabajando en estas condiciones tan traumatizantes, hay en el campo de Elche, en la actualidad, muchos centenares de agricultores, que con el desencanto reflejado en sus rostros, ven como el campo de Elche, que hasta hace pocos años era un auténtico vergel, y que poco a poco se va quedando inculto por falta de rentabilidad, a medida de que, por ley de vida, los que hoy lo cultivan vayan desapareciendo. Por otra parte, para hacer esas necesarias reconversiones de las explotaciones agrarias, harían falta unas inversiones que no están al alcance de la mayoría de los agricultores ilicitanos, ya que no disponen de los fondos necesarios para llevarlas a cabo. Para eso se precisarían unas ayudas por parte de la Administración, a base de créditos blandos con largos plazos de amortización que de momento no existen, y los costos financieros ordinarios son muy elevados.

Otro de los grandes problemas que padece la agricultura ilicitana, es la falta de brazos para realizar los diferentes trabajos agrícolas, pues a pesar de los miles depersonas que figuran inscritas en las Oficinas del Desempleo de Elche, como trabajadores en paro, para trabajar en el campo no encuentran a nadie, no obstante pagarse unos jornales mucho más elevados de lo que establecen los concenios correspondientes, firmados por la Patronal y los Sindicatos. Si se encuentra a alguien, suelen ser personas mayores que inmigraron a Elche hace algún tiempo, y que proceden del sector agrario en sus lugares de origern. Pero las gentes de la población nacidas el Elche, no quieren realizar trabajos agrícolas, a ningún precio. Por eso, cuando hay que hacer trabajos urgentes, en la recogida de la almendra o el algodón, los cosecheros más importantes, contraten a trabajadores temporeros procedentes de los pequeños pueblos andaluces, que vienen en grupos y hacen esta clase de trabajos durante unas semanas. Estos trabajadores suelen ser los mismos que van después a la vendimia francesa, para continuar con la campaña de la aceituna, hasta completar el mínimo de jornadas necesarias para tener derecho al subsidio de desempleo.

En estas circunstancias, los agricultores ilicitanos, en la mayoría de los casos, tienen que limitarse a hacer solamente aquéllo

que pueden sacar adelante con sus propios brazos y la ayuda de sus familiares. Por otra parte, dada la escasa rentabilidad de los diferentes cultivos, tampoco pueden buscar mano de obra ajena, para hacer los trabajos que precisen, por el alto precio a que se están pagando los jornales.

Hay otra cuestión que incrementa mucho los costos de cultivo: nos estamos refiriendo a la proliferación de plagas y enfermedades que padecen toda clase de plantas y árboles, y que cada día resulta más difícil eliminarlas a pesar de que se emplean insecticidas y fungicidas más caros y más fuertes. Un agricultor, para sacar adelante una cosecha cualquiera, puede calcular aproximadamente, lo que tiene que gastarse en agua de riego, fertilizantes y mano de obra. Pero lo que no sabrá nunca a priori, lo que va a gastarse en tratamientos fitosanitarios, pues el que necesite más o menos, está en función de una serie de circunstancias meteorológicas que escapan a su control. De todas formas, de lo único que está seguro es que el costo de estos tratamientos va a ser bastante elevado, ya que los productos químicos que tiene que emplear suben incesantemente, hasta alcanzar unos precios muy caros. Y aquí no hay otra opción. O les hace a los cultivos todos los tratamientos que precisan o perderá, por completo, sus cosechas.

La acusada decadencia que está sufriendo la agricultura ilicitana, se refleja, así mismo, en las Cooperativas Agrícolas y Sociedades Agrarias de Transformación del campo de Elche, que de un tiempo a esta parte, están atravesando una profunda crisis económica que amenaza con su desaparición. El ejemplo más claro de esta decadencia lo tenemos en la Cooperativa del Campo y Caja Rural de Elche, esa entidad carismática y modélica que estuvo boyante durante muchas décadas, y que de un tiempo a esta parte, ha iniciado un período de decadencia irreversible. Y como esta cooperativa, hay otras varias, que fueron el orgullo del sector campesino ilicitano, que se crearon por los propios agricultores en épocas de prosperidad, para defender mejor sus intereses colectivamente, y que ahora se encuentran navegando un tanto a la deriva, y abocadas a una muerte anunciada, arrastrada por la pendiente de la desilución de las personas que las pusieron en pie, o de sus descendientes, y todo ello, a consecuencia de la falta de rentabilidad de sus explotaciones agrarias, que hacen muy difícil su super-

vivencia.

El campesino ilicitano, desde tiempo inmemorial, fue modélico y ejemplar, y resistió siempre todos los embates de la adversidad y los contratiempos, reponiéndose, con ánimos renovados, de las sequías y las calamidades, apegado en todo momento, a ese terruño que tanto amaba y al que cultivaba con tanto esmero y dedicación, haciendo gala de una cultura ancentral que se iba transmitiendo de padres a hijos a través de las generaciones. Y esos agricultores, se sentán orgullosos de su profesión y de su identidad como colectivo, demostrando, en todo momento, su bien hacer en el trabajo y su seriedad y su hombría de bien en su comportamiento diario con los demás. Y ese amor a la tierra y a la profesión que tuvo siempre, se ha trocado en desilusión y desencanto, al cambiar tanto las circunstancias. Y esa cultura ancestral ya no puede transmitarla a sus hijos, porque sus hijos se han marchado del campo y no quieren saber nada de la agricultura.

Y en el alborear del siglo XXI, esa agricultura ilicitana, que según los cronistas del Rey Jaime I, en el momento de la reconquista «collia mes pa que Murcia», se va a quedar reducida a una agricultura empequeñecida y testimonial, que no será ni la sombra de lo que fue en otros tiempos. Porque a pesar de los pesares, la agrictultura ilicitana no va a morir por completo, ya que sobrevivirán algunas pequeñas explotaciones agrarias que sepan y puedan modernizarse y adaptarse a lo que demandan las nuevas circunstancias, a los aires de los nuevos tiempos. Pero serán una exigua minoría nada más los supervivientes.

Y la geografía agraria ilicitana, dará paso a una geografía del ocio, de la industria y de los servicios. Y en el campo de Elche, cuando se modifique el Plan General de Ordenación Urbana, se continuará edificando, y proliferarán, por todas partes, polígonos industriales, segundas viviendas, instalaciones turísticas y urbanizaciones de todo tipo, una vez que las autoridades competentes se conciencien de que por muchas ayudas que conceda la Comunidad Económica Europea, el campo de Elche, agrícolamente, no tiene ningún futuro, teoría que venimos sosteniendo desde hace varios años.

En cambio, si que puede tener un futuro prometedor para otras aplicaciones, que pueden propiciar una fuerte revalorización de la

tierra. Pero eso será a costa de entonar un desesperanzado Requiem por los agricultores ilicitanos, como colectivo humano.

No se puede luchar contra las circunstancias y los vientos de la historia. Y esas circunstancias y esos vientos soplan contra el campo de Elche como destino agrícola. La propia población, con su dinamismo absorbente, su situación geográfica, la escasez y carestía del agua de riego de buena calidad, el contexto socio-laboral en que nos movemos, la propia dinámica de la Comunidad Económica Europea, con sus grandes excedentes de productos agrarios, el gran retraso que llevamos en los métodos de cultivo, respecto a otras agriculturas de vanguardia, todo eso unido, constituyen un cúmulo de factores que actúan en detrimento de la agricultura ilicitana, aunque nos duela mucho tener que expresarnos de esta manera. Pero esa es la realidad, para el que quiera verla, y no hay otra cosa, ya que estamos pasando de una agricultura exhuberante y pletórica, como lo fue antes, a una agricultura raquítica y testimonial, como lo será en un futuro cercano. Ese es nuestro criterio y nuestro vaticinio, aunque nos gustaría mucho equivocarnos.

MUSEO ESCOLAR

17

Como dije en capítulos anteriores, mi vocación literaria la sentí desde muy joven, ya que antes de los veinte años empecé a publicar colaboraciones en los periódicos, tanto en prosa como en verso. Esta vocación fue permanente y no me abandonó a lo largo de toda mi vida, aunque apenas la ejercí hasta haber cumplido los sesenta años, por falta de tiempo y dedicación. Así, pues, mi carrera literaria empezó muy tarde.

Cuando las circunstancias y la edad me fueron liberando, en gran medida, de mis obligaciones familiares y laborales, ya pude dedicar más tiempo a escribir, que era lo que de verdad me gustaba, dando rienda suelta a esa vocación que llevaba un tanto ale-

targada en mi interior durante muchos años. Fue en los primeros años de la transición a la democracia, cuando empecé a publicar artículos en los periódicos y revistas, casi todos ellos relacionados con el campo y la agricultura, que era en los ambientes que más me movía. Más adelante, la temática de esos artículos ya se fue ampliado a otras cuestiones, como las costumbres, las fiestas, las transformaciones sociales que se estaban viviendo en esos momentos, la literatura, el turismo, es decir, de todo aquello que tenía alguna relación con la cultura. De esta manera, en los últimos quince años, he publicado unas quinientas colaboraciones en diferentes medios de comunicación, la mayoría de las cuales las tengo encuadernadas por orden cronológico.

Pero mis aspiraciones, en este sentido, llegaban más lejos y no me conformaba con publicar artículos en los periódicos, sino que quería publicar libros también, trazándome la meta de publicar un libro a cada año, objetivo ampliamente rebasado, ya que en los últimos once años he publicado dieciseis, algunos más en colaboración con otras personas y dispongo de textos inéditos para publicar dos más, desarrollando una actividad muy intensa en la creación literaria, ya que en los últimos tiempos dedico varias horas diarias a escribir, en todas las épocas del año.

El primer libro que publiqué, titulado IMPRESIONES Y RECUERDOS DE CANARIAS, lo presenté en la librería «Séneca» en los primeros días de octubre de 1980. Como ya dije en capítulos anteriores, este libro se compone de dos partes, la primera escrita en 1942, en plena posguerra, cuando yo estuve allí formando parte de un Batallón Disciplinario, haciendo carreteras en la isla de Tenerife, y la segunda la escribí en 1979, treinta y siete años después, titulada precisamente así, por ser el período transcurrido entre la escritura de la primera y la segunda parte del libro.

IMPRESIONES Y RECUERDOS DE CANARIAS se puede catalogar como un libro de viajes, donde el autor, en sus ratos libres, trata de plasmar sobre unas cuartillas en blanco, sus impresiones personales sobre unas tierras y unas gentes que a pesar de formar parte de su misma nacionalidad, son muy diferentes, en cuanto a paisajes y cultura, costumbres y formas de vivir.

La insularidad de las Canarias, en aquellos tiempos, tenían unas connotaciones de atractivo y lejanía. Eran unas islas de las



Con el Trofeo Aurelio Teno, otorgado por la FEPET a su libro de viajes «De Estambul a Moscú» en el premio anual «Antonio Ortiz Muñoz» de 1990. Le acompañan los otros dos galardonados y el Presidente Jesús Vasallo.

que se hablaba mucho y se conocía poco, ya que eran muy pocos los peninsulares que iban allí a pasar sus vacaciones o en viaje de novios, en la década de los años cuarenta, ya que había que desplazarse en barco, y desde Cádiz, el puerto peninsular más cercano, se invertían dos días en la travesía marítima, que siempre suponía una aventura que muy pocos llevaban a cabo.

En este libro se habla de Canarias, en todos los aspectos y sentidos, aunque en aquella primera ocasión yo sólo estuve en Tenerife. Se habla del clima, de la orografía, de los paisajes, de su folclore, de sus costumbres, de su gastronomía, y sobre todo, de las formas de vivir y de la idiosincrasia de sus gentes. De esas gentes sencillas, afables, acogedoras, que a la sazón vivían muy pobremente, a pesar que el nombre de Canarias parecía ir asociado a la abundancia, a la plenitud, a la prosperidad y a la riqueza, ya que el archipiélago se le conocía como a las Islas Afortunadas desde los tiempos más antiguos.

Y en la segunda parte de IMPRESIONES Y RECUERDOS DE CANARIAS, se hace referencia a los grandes cambios y transformaciones que experimentaron las islas durante esos treinta y siete años, gracias al turismo, que hizo grandes inversiones y creó muchos puestos de trabajo en el sector servicios. Y pude observar que donde antes sólo existían pequeños pueblos de pescadores y de agricultores, ahora se levantaban grandes complejos turísticos, y en las tierras donde antes proliferaban gran variedad de cultivos agrícolas, ahora había hoteles, restaurantes, discotecas, salas de fiestas, etc. todo al servicio de los turistas nacionales y extranjeros, que venían todos los años por millones, a pasar aquí sus temporadas vacacionales. ¡Cuán diferente era esta Canarias de 1979, toda bullicio, movimiento, prosperidad, de aquélla de 1942 anquilosada, empobrecida y un tanto aislada del resto del mundo, que se desangraba en la guerra más devastadora que conocieron los siglos!. Ahora, lo que prevalecía, por encima de todo, era el turismo, que durante todas las épocas del año, dejaba un reguero de ingresos impresionante. Y aquel rico folclore tan entrañable en sus cantos y en sus bailes, en sus malagueñas y sus folias, que hablaban de su cultura ancestral, relacionada con los guanches, ahora sólo se exhibía en las salas de fiestas para deleite de las gentes foráneas. Y el gofio, que antes lo comían diariamente todas las gen-

tes del medio rural, ahora se mostraba a los turistas como un detalle de una gastronomía autóctona en trance de desaparecer. La Canarias de 1979 no era ni la sombra de la de 1942.

Desde luego, después he publicado libros mejores que IMPRESIONES Y RECUERDOS DE CANARIAS, pero éste es el más querido para mí, por el hecho de ser el primero, ya que al primero de los hijos, tanto como si son de carne o de papel, casi siempre se les quiere más, por su primogenitura.

Mi segundo libro se publicó en 1981, y se titula EL CAMPO ENTRE LA MARGINACIÓN Y LA ESPERANZA. Como su nombre indica, se trata de un libro de temas agrarios y está prologado por el Ingeniero Agrónomo Ilicitano José Manuel Jaén Antón. Su presentación tuvo lugar en el salón de actos de la Cámara Agraria de Elche.

En los diferentes capítulos de este libro, se habla de la agricultura de cara al futuro, de la agricultura de ayer y de hoy, de la agricultura y el Mercado Común, de la ganadería ilicitana, de la problemática de los palmerales de Elche, del asociacionismo reivindicativo agrario, del cooperativismo agrario ilicitano, de la problemática de la Comunidad de Riegos de Levante, del funcionamiento de las Cámaras Agrarias, de la historia de la Comunidad de Labradores de Elche y de la semblanza de cuatro personajes del campo de Elche (José Canals Giménez, Valentín Alonso Botella, Leandro Bru Jaén y Francisco Guilabert Pascual).

Por aquellos años de la transición política, con unos sindicatos agrarios recién creados, gracias a la Ley de Libertad Sindical, el campo estaba atravesando una época entre esperanzada y temerosa. Esperanzada de que las cosas mejorasen tan pronto pudiéramos integrarnos en el Mercado Común, a cuyas puertas estábamos llamando insistentemente, desde hacía varios años, sin conseguir que se abriesen, por diferentes causas, y temerosos de que no lo consiguiéramos, y por consiguiente, esa relativa prosperidad que se gozaba entonces, fuera decayendo, como así ha ocurrido, a pesar de haber ingresado en la Comunidad Económica Europea, hace ya cinco años y medio.

Este libro fue el primero que se publicó en Elche, escrito por un ilicitano y dedicado exclusivamente a temas agrarios, en el que se analizaba la problemática de la agricultura y la ganadería, y se

hablaba también de las principales Entidades relacionadas con el sector agrario ilicitano. También incluía la semblanza de cuatro personajes del campo de Elche, muy queridos por todos, por la labor que estaban desarrollando, cada uno en una actividad diferente y al servicio de la colectividad.

En 1982 se publicó mi tercer libro, cuya temática era muy diferente a la de los dos anteriores, ya que se trataba de un poemario, donde se incluían mis trabajos poéticos escritos en los años anteriores, y prologado por Bernardino Gago Pérez, Profesor de Lengua y Literatura.

En este libro se incluyen veinticuatro sonetos y otros poemas de diferentes estilos, aunque la mayor parte de ellos son de corte clásico, donde a la métrica y a la rima se le atribuye un valor preferente. Era mi forma de hacer versos por aquellos tiempos, un poco chapado a la antigua, aunque mi poesía ha evolucionado mucho últimamente, como puede apreciarse en los poemarios que he publicado posteriormente.

Aunque escribo versos desde los diecisiete años y me gusta mucho la poesía, yo siempre he dicho que soy más prosista que poeta, pues los versos, muchas veces se me resisten a la hora de escribirlos. En cambio, en prosa, escribo con más fluidez y facilidad. No obstante, no renuncio a mi condición de poeta, aunque reconozco, humildemente, que escribiendo versos tengo ciertas limitaciones que me impiden alcanzar la plenitud y la perfección que yo quisiera. En cambio, la prosa para mí no tiene ningún secreto. Así y todo, el 25% de los libros publicados son poemarios.

En el año 83 publiqué un estudio socio-económico del campo de Elche, titulado AGRODELX, prologado por Rafael Navarro Mallebrera, Archivero y Bibliotecario Municipal.

En este libro se habla de la influencia que tuvo el sector agrario ilicitano, a principios de siglo, en el conjunto de la sociedad local, de lo que fueron los Carrizales a partir de la Colonización llevada a cabo por el Duque de Arcos, Señor de Elche, a mediados del siglo XVIII, de las Organizaciones Profesionales Agrarias, de lo que paga el campo a la Seguridad Social, de todas las escuelas rurales del campo de Elche, de las viviendas rurales, de la población activa campesina, del fraccionamiento de las propiedades rústicas que alcanza la categoría de minifundio, de la mecaniza-

ción de la agricultura, de la comercialización de los productos agrarios, de la producción y comercio de la palma blanca, de los cultivos de primor bajo plástico, de lo que el campo de Elche se gasta en agua de riego a través de las siete sociedades que se dedican a su venta y distribución, de la necesidad de cambiar el sistema de riego tradicional, con el fin de economizar agua, que en esta zona siempre es un bien escaso, de la decadencia de la ganadería ilicitana, etc.

Además de todos estos capítulos que tienen un gran interés socio-económico, para el conjunto del colectivo humano que vive y trabaja en el medio rural, se hace un estudio de gastos de producción y de rentabilidad de unos treinta cultivos hortícolas y arbóreos más significativos de la agricultura ilicitana, que es sumamente diversa y variada. Con todo ello se tiene una visión de conjunto de lo que es el campo de Elche en 1983, en cuanto a su desarrollo agrario, y en cuanto a la forma de vivir de sus gentes, como colectivo humano, con sus frustraciones y sus esperanzas, con sus ilusiones y sus desencantos, con sus legítimas ansias de mejorar sus condiciones de vida y sus dificultades con que tropiezan en su labor diaria, que siempre está expuesta a muchos contratiempos. Por primera vez se escribía un libro de estas características sobre el campo de Elche, que era como una radiografía completa de ese mismo campo, en una fecha concreta de su discurrir histórico.

Ya en 1984 publiqué un libro monográfico sobre la crispante problemática que se había generado alrededor de las palmeras, titulado ¡SALVEMOS LOS PALMERALES DE ELCHE! En la primera parte de este libro, se habla de la poca atención que le estaba prestando el Ayuntamiento a esta cuestión tan importante para todos los ilicitanos, siguiendo una política, a nuestro entender equivocada, que en vez de solucionar el problema, lo que hacía era agravarlo más aún. Y en la segunda parte, se reproducían una serie de artículos que, sobre el mismo tema, había publicado en meses anteriores, en diferentes medios de comunicación.

Por aquellos años había un gran enfrentamiento entre los agricultores y el Ayuntamiento, sobre la problemática de los Palmerales de Elche, como queda fielmente reflejado en otro capítulo de estas memorias dedicado exclusivamente a este tema.

La publicación de este libro fue como un grito de protesta y

de impotencia ante lo que estaba ocurriendo alrededor de los palmerales, por la actitud inoperante y carente de comprensión de la Corporación Municipal, que no supo estar a la altura de las circunstancias, para poder evitar el constante deterioro que estaban sufriendo los palmerales ilicitanos, a causa de los contínuos arranques clandestinos y abandonos de que era objeto. A través de sus páginas, yo dejaba constancia de lo que a mi entender debería hacerse para evitar el expolio del palmeral y el deterioro de las relaciones entre los agricultores ilicitanos y el propio Ayuntamiento, por causa de la espinosa cuestión de la conservación de los palmerales, que son uno de los principales signos de identidad de Elche.

El año 1985 fue el más prolífico en mi creación literaria, ya que durante su transcurso publiqué tres libros: LA AGRICULTURA ILICITANA DE AYER A HOY (Apuntes para una historia del campo de Elche), AL PASO DE LOS DÍAS y POEMAS A LA DAMA DEL ALBA.

LA AGRICULTURA ILICITANA DE AYER A HOY, se publicó con el patrocinio de la Obra Social de la Caja de Ahorros Provincial de Alicante, y es uno de los libros de los que más orgulloso me siento. Se trata de una obra bastante extensa en la que se hace una relación histórica bastante detallada, de lo que fue la agricultura ilicitana desde la época de los romanos, que tantas huellas dejaron en el campo de Elche, a partir de las centuriaciones que llevaron a cabo alrededor de Illici, unos años antes de Cristo, en la época en que el Emperador Octavio Augusto César declarara a Illici Colonia Inmune Romana. En este recorrido histórico se habla de las huellas que dejaron los árabes en el campo de Elche, y su bien hacer en la agricultura, desde principios del siglo VIII, cuando llegaron a estas comarcas, hasta 1265 en que fueron reconquistadas por el Rey Jaime I de Aragón. Y se habla, así mismo, del desarrollo de esta agricultura a lo largo de los últimos siete siglos, hasta llegar a los tiempos actuales, con sus grandes cambios y transformaciones. Se habla también de la evolución histórica de sus principales cultivos a lo largo de cuatro décadas (1943-1983) con sus gráficos correspondientes. Éste es, desde luego, el libro más documentado y completo que yo he publicado sobre el seguimiento histórico del campo de Elche, desde los tiempos más primitivos, a mi entender de un gran valor testimonial.



En el Aula de Cultura de la CAM, con motivo de la presentación de sus libros «Viajar, ver y escribir» y «La vida que pasa». Le acompañan José Jurado, Delegado de Obras Sociales de la CAM; Miguel Alberto Martínez Monge, Presidente de la Asociación Alicantina de Periodistas y Escritores de Turismo, el Concejal de Cultura del Ayuntamiento de Elche y Luis Gago Fernández, Profesor de Lengua y Literatura, octubre 1991.

El simple hecho de que lo publicara la Obra Social de la CAPA, con lo restrictivos que son en ese sentido, ya dice mucho a su favor.

Para escribir este libro invertí más de un año de una labor contínua, ya que para documentarme adecuadamente, tuve que consultar muchos documentos antiguos y leer muchas obras de otros autores que escribieron sobre este mismo tema. Fue un trabajo laborioso y paciente en busca de datos, fechas, acontecimientos, referencias, etc. que me llevaron mucho tiempo. Pero yo creo que valió la pena, pues de todo ello salió un libro que puede servir de base para los futuros historiadores que estén interesados en ampliar el estudio histórico del campo de Elche, cosa que hasta estos momentos sólo se había hecho de una manera tangencial y en pequeños retazos, por otros autores.

La presentación de este libro corrió a cargo del actual Alcalde de Elche, Manuel Rodríguez Maciá, a la sazón Concejal de Cultura, y el acto tuvo lugar en el Complejo Cultural de San José.

AL PASO DE LOS DÍAS fue mi segundo poemario publicado y vio la luz bajo el patrocinio del departamento de Obras Sociales de la CAAM. El presentador y prologuista fue José Berenguer Delgado, Presidente de la Asociación de Informadores de Elche, y la presentación tuvo lugar en el salón de actos del Hort del Xocolater. Este libro contiene ilustraciones del pintor ilicitano Fernando Sánchez y Juan.

El estilo poético de este libro es muy diferente del de CANTOS DE AMOR Y ESPERANZA. Aquí se prescinde casi por completo de la métrica y la rima y su contenido está compuesto por cincuenta y ocho poemas, casi todos ellos cortos, de versos breves y asonantes, excepto el primero y el último que son dos sonetos que llevan por título «Frontispicio» y «Punto y final».

Con la publicación de este poemario rompí moldes tradicionales que había empleado en mi creación poética anterior, no sólo en cuanto al estilo formal, sino también en cuanto al contenido. Estos últimos trabajos, más frescos y ligeros que los anteriores, más que sobre personas y objetos, hablaban de sentimientos y vivencias. Era evidente que mi estilo poético había evolucionado mucho, que ahora se sostenía sobre nuevos soportes, más en consonancia con las corrientes actuales.

POEMAS A LA DALA DEL ALBA es el mejor libro de ver-

sos que yo he escrito y publicado. La presentadora y prologuista de este poemario es Vicenta Pastor Ibáñez, escritora y profesora de la Historia del Arte en la UNED, de Elche. Contiene ilustraciones de Antonia Soler Vicente, y el acto de presentación se celebró en el Hort del Xocolater.

Se trata de un poemario que tiene al amor como fondo argumental, donde el autor exterioriza sus sentimientos amorosos hacia una mujer idealizada y elevada a la categoría de deidad mitológica, que despierta en él unos sentimientos sublimes que le estimulan y le rejuvenecen, y que quedan plasmados en unos versos espontáneos de un lirismo desbordante.

Los cincuenta poemas que componen este libro fueron escritos en el corto espacio de tres meses, durante un tiempo en que por una serie de venturosas circunstancias personales, viví intensamente los gratificantes sarpullidos de un romántico amor otoñal que pusieron tonalidades de rosa en mi rejuvenecido corazón, al coger en marcha tal vez el último tren de la ilusión que me condujo directamente, a las deslumbrantes estancias de un amor platónico que tuvo la virtud de embellecer las postreras tardes de una vida ilusionada, que lleva, por encima de todo, el amor como bandera. Y esa especie de arrobamiento espiritual que me produjo la Dama del Alba, al cruzarse en mi camino, hizo surgir de mi pluma los más bellos versos que yo he escrito en toda mi larga trayectoria literaria.

Durante 1986 publiqué dos libros, S'HA PERDUT UNA CULTURA DEL CAMP D'ELX y TIERRAS, PUEBLOS Y PAISAJES.

S'HA PERDUT UNA CULTURA DEL CAMP D'ELX es el único libro que yo he publicado en valenciano, en un valenciano coloquial de andar por casa. Este libro que se publicó patrocinado por el Departamento de Obras Sociales de la CAAM, fue prologado y presentado por Vicente Martínez Irles, Director de la Caja Rural Provincial de Alicante, y se presentó también en el Hort del Xocolater. Contiene, así mismo, treinta y seis ilustraciones de la pintora de Perleta Antonia Soler Vicente.

Previamente a la publicación del libro, y a requerimientos de la CAAM, escribí un texto en valenciano, de unos diez folios de extensión, donde se hablaba de una cultura campesina que fue muy

característica del campo de Elche en los tiempos pasados, y que ya se había extinguido al modernizarse las costumbres, mecanizarse la agricultura y cambiar la forma de vivir de sus gentes. Este texto fue leído por mí en cinco puntos distintos del campo de Elche, donde hay mayor densidad demográfica y la CAAM tiene oficinas abiertas. Después de esta «tourné» me surgió la idea de ampliar este texto, dividiéndolo en capítulos y publicarlo en forma de libro, con el complemento gráfico y unas ilustraciones alusivas al texto de cada uno de los capítulos del libro.

En esta obra se habla de toda esa cultura ancestral campesina, que se ha ido perdiendo poco a poco, y que no sólo se refiere a la forma de cultivar la tierra, sino también a las costumbres, las tradiciones, la gastronomía, los bailes, las fiestas, la vestimenta, etc. Y en los dibujos que complementan el texto literario, se representan muchos de los aperos que se empleaban para cultivar la tierra desde tiempo inmemorial hasta hace pocas décadas, y que actualmente están en trance de desaparecer por completo, por haber sido desplazadas por las nuevas técnicas de cultivo, nacidas de la mecanización de la agricultura.

En cuanto a TIERRAS, PUEBLOS Y PAISAJES, se trata de un libro de viajes, prologado por el joven publicista ilicitano Joan Castaño, Archivero de Santa María y vinculado estrechamente al Misteri, sobre el que ha publicado varios libros. Está también ilustrado por Antonia Soler Vicente, y su presentación tuvo lugar, como los anteriores, en el Hort del Xocolater.

En este libro se manifiestan mis impresiones personales sobre los lugares visitados en los viajes turísticos llevados a cabo por el territorio nacional y por el extranjero. A través de su lectura se conoce parte de Suiza, Austria, Baviera, Italia, Liechteinstein, Mónaco y la República de San Marino. Y dentro de esas naciones, las poblaciones de Ginebra, junto al Lago Lemán, y patria chica del filósofo Rousseau, la pulcra y bien cuidada Lausana, con su famosa Universidad y su Catedral Protestante, la bulliciosa y dinámica Zurich, que es el mayor centro industrial, comercial y bancario de la Confederación Helvética.

Y de Austria nos describirá la hermosa región del Tirol, con su capital Innsbruck, cargada de monumentos y de historia, Salzburgo, llamada la «Roma del Norte», donde Mózart, su hijo pre-



En el Hort del Chocolater, en la presentación de su libro «Poemas a la Dama del Alba».

dilecto, está presente en todas partes. Y sobre todo, nos habla de Viena, la «Novia del Danubio», con toda su monumentalidad y sus numerosos museos, con sus bellos parques y jardines y su desmedida afición por la música. Viena, ciudad atractiva y encantadora que deja en el visitante una grata impresión imborrable.

Y de la dulce y entrañable Italia, nos habla de Roma, Venecia, Florencia, Siena y Pisa, donde el arte aflora y se manifiesta por todos los poros de su piel, de todas estas ciudades de tantos atractivos turísticos.

Y de Baviera nos habla de su capital, Munich, con su Ciudad Olímpica, con su Feria Mundial de la Cerveza, con su famosa Avenida de Marienplatz, centro naurálgico de la población, y donde está ubicado el hermoso edificio del Ayuntamiento, con su gran reloj de Carrillón, etc. Y nos da a conocer también el Lago Chiem, con su pequeña Isla de los Señores, donde el Rey Luis II, de Baviera, llamado El Rey Loco, por su extraña conducta, levansó su famoso Palacio de Herrenciemsee, réplica del Palacio de Versalles, de París, y que dejó inconcluso, por falta de medios.

Y ya en nuestro país, este libro nos describe numerosos lugares de gran interés turístico y paisajístico, que van desde Lanzarote hasta Galicia.

En el año 87 publiqué dos libros sobre temas agrarios: EL FUTURO DEL CAMPO DE ELCHE Y SOCIEDADES AGRARIAS ILICITANAS DEL ÚLTIMO SIGLO (1886-1986).

En EL FUTURO DEL CAMPO DE ELCHE, prologado por Manuel Rodríguez Maciá, actual Alcalde de Elche, y a la sazón Diputado a Cortes por el Partido Socialista, se hace un repaso general a la situación de la agricultura ilicitana en esos momentos, que ya muestran signos evidentes de decadencia, y a la que se le auguraba un futuro incierto y problemático.

A diferencia de los libros anteriores, que estaban ilustrados con dibujos, las ilustraciones de esta publicación consisten en fotografías en blanco y negro, hechas por el mismo autor del texto literario.

Los capítulos más importantes de este libro hablan de la pérdida de unas señas de identidad del campesinado, del excesivo envejecimiento de la población activa campesina, de la industria, como complemento de la agricultura, de la distribución de las propieda-

des rústicas, de la problemática de la Comunidad de Riegos de Levante, de la desaparición de las grandes fincas rústicas del campo de Elche, de las aguas de riego, de las casas de campo, de los elevados impuestos de transmisiones, de la esterilización del campo de Elche, por regar con aguas contaminadas, de los seguros contra los riesgos catastróficos, del Pantano de Crevillente, recién inaugurado, de los cultivos de primor de las fincas rústicas incultas y abandonadas, que se ven por toda la geografía ilicitana y de las preferencias políticas de los agricultores a la hora de votar en las elecciones generales y municipales, en los últimos ocho años.

Este libro está escrito desde la óptica del pesimismo, ya que todos los síntomas que apuntaban entonces, y después se han confirmado, nos daban a entender que «el campo de Elche, agrícolamente, no tiene ningún futuro». Ésta es la conclusión a que llega el autor después de analizar una serie de factores negativos que propician la decadencia irreversible de una agricultura que fue de las más importantes y prósperas de la Comunidad Valenciana.

Para conocer a fondo lo que ha sido la agricultura ilicitana en los últimos cien años, es imprescindible conocer también las sociedades agrarias que crearon los agricultores del campo de Elche en este período de tiempo. A través del estudio de esas sociedades, que nacieron en función de unas necesidades, y para darle cauces operativos a unas ansias de mejoramiento, en las condiciones de trabajo de cada día, para defender mejor, colectivamente, sus intereses profesionales y poder llevar a cabo sus justas reivindicaciones, sus intereses profesionales, fueron surgiendo una serie de sociedades de diferente signo, a lo largo de los años, que van desde la Comunidad de Labradores de Elche, cuyo principal objetivo era crear una guardería rural, para vigilar el campo, hasta la Sociedad de Agricultores y Regantes del término de Elche, cuya principal finalidad consistía en defender los intereses de los regantes ante los abusos y las irregularidades cometidas en la venta y distribución de las aguas de riego de la Acequia Mayor del Pantano, en los primeros años del presente siglo, durante la agobiante sequía que se padeció por estas comarcas, a lo largo de siete años.

Del nacimiento, finalidad y desarrollo de todas estas sociedades (treinta y cinco, en total) habla SOCIEDADES AGRARIAS ILICITANAS DEL ÚLTIMO SIGLO (1886-1986) cuya escritura

me llevó bastante tiempo, ya que tuve que realizar muchas investigaciones para recabar datos que estaban dispersos por archivos, bibliotecas y otros lugares, no siempre fácilmente accesibles. También hablé personalmente con algunas personas que tuvieron un gran protagonismo en la creación y dirección de algunas de estas sociedades, que me facilitaron, de viva voz, informaciones puntuales que me fueron de gran utilidad para escribir este libro, que a mi entender, puede tener una ciarta validez para el mejor conocimiento de lo que fue la vida rural ilicitana de 1886 a 1986, a través del estudio de las sociedades que crearon los hombres del campo de Elche. Entiendo que este libro puede contribuir a facilitar la elaboración de esa historia del campo de Elche, que aún está por escribir y que merece ser escrita.

En 1989 publiqué LOS PALMERALES DE ELCHE DESDE SUS ORÍGENES, mi segundo libro monográfico sobre la problemática de estos palmerales, complementado con ilustraciones de Antonia Soler. En este libro se profundiza más que en el publicado anteriormente sobre el mismo tema, en el análisis de las causas y motivos que han sido determinantes para que se llegase a la situación actual, tan explosiva y crispante. Se habla así mismo, de todos los hechos y acontecimientos que han tenido lugar, relacionados con esta cuestión, en los últimos cinco años, así como de la promulgación de la nueva Ley de Palmerales de la Generalitat Valenciana, y de la constitución y funcionamiento del correspondiente Patronato. De la misma manera, se hace un seguimiento histórico de estos palmerales, a lo largo de los siglos, y de lo que significan como signo de identidad del pueblo de Elche. También se hace referencia a todas las normas legales que se han promulgado desde el año 1933, para la defensa y fomento de este tesoro vegetal, único en Europa, así como de a desidia y desinterés de las autoridades competentes, en la correcta aplicación de estas mismas normas.

En la primavera de 1990 publiqué DE ESTAMBUL A MOSCÚ, mi tercer libro de viajes, prologado por el periodista ilicitano y compañero de la FEPET, Vicente Pastor Chilar, y con ilustraciones de Antonia Soler Vicente. El acto de la presentación de este libro tuvo lugar en los salones de la Peña Madridista, a cargo de Miguel Alberto Martínez Monje, Presidente de la Asociación Ali-

cantina de Periodistas y Escritores de Turismo.

En este libro se recogen mis impresiones de los viajes realizados en los dos años anteriores, con motivo de Congresos y Encuentros turísticos, viajes a la URSS, Turquía, Canarias, Alto Aragón, Huelva, Castilla-León, etc. De cada uno de estos viajes escribí una serie de artículos, y el conjunto de estas «Crónicas Viajeras», forman el texto de esta obra que fue galardonada por la FEPET en su congreso de 1991, como el mejor libro turístico del año, entre los publicados por sus miembros durante 1990. La FEPET, todos los años establece tres premios, consistentes en tres valiosos trofeos que otorga a tres socios que se hayan destacado en su labor particular en pro del turismo. Uno para una serie de artículos periodísticos, publicados en cualquier medio de comunicación, otro para un profesional de la radio, y otro para un libro. El jurado que otorga estos premios está compuesto por destacados miembros de la FEPET.

Y por último llegamos a las publicaciones de 1991. En el año actual he publicado dos libros, que se presentaron los dos en el mismo acto, celebrado en el Aula de Cultura de la Caja de Ahorros del Mediterráneo, el día 29 de octubre. Los títulos de estos dos libros son VIAJAR, VER Y ESCRIBIR y LA VIDA QUE PASA, ambos ilustrados por Antonia Soler Vicente.

El prologuista y presentador de VIAJAR, VER Y ESCRIBIR, fue Miguel Alberto Martínez Monje, que ya presentó mi anterior libro de viajes, publicado el año pasado, y el prologuista y presentador de LA VIDA QUE PASA fue Luis Gago Fernández, Profesor de Lengua y Literatura. El primero es un libro de viajes, como su nombre indica, y el segundo un poemario.

En VIAJAR, VER Y ESCRIBIR, se hace referencia a mis viajes a Mallorca, Turquía, Marrakech, Israel, Canarias, y se incluye también un largo capítulo titulado «Viajar a través de la memoria» que es una especie de remembranza de viajes anteriores que dejaron en mi espíritu hondas huellas difíciles de olvidar.

De este libro destacaría las crónicas escritas desde Israel, sobre todo, la que se refiere a Jerusalén, en un viaje, de los más entrañables que he hecho en mi vida. Conocer Tierra Santa siempre impresiona.

En cuanto a LA VIDA QUE PASA, es un libro de versos es-

crito en el mismo estilo de los dos poemarios anteriores. Consta de tres partes y contiene un total de cuarenta y nueve poemas, con un complemento gráfico de 21 dibujos en blanco y negro.

Algunos de estos poemas los he escrito recientemente y otros llevan más tiempo compuestos. La tercera parte del poemario está dedicada a unas personas que tienen conmigo ciertas afinidades y a las que me unen lazos de una entrañable amistad.

Además de los dieciseis libros que he publicado hasta estos momentos, y que brevemente los he reseñado uno a uno en las páginas anteriores, he colaborado en otros libros colectivos, como es el caso de CIEN AÑOS DE LA HISTORIA DE ELCHE Y DE SU CAJA DE AHORROS (1886-1986) que publicó la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia para conmemorar su primer centenario, donde se describía la historia de Elche, durante ese período de tiempo, desde todos los ángulos, por ocho autores distintos. Así Isabel Martínez Cerdá habla del Misteri, Rafael Ramos Fernández de La Investigación Arqueológica en Elche, Antonio Rodes Juan habla de Un siglo de historia social, Tomás Martínez Blasco habla del Panorama de las Artes Plásticas en Elche, Gaspar Jaén i Urbán habla de L'Urbanisme a la Ciutat d'Elx durant els últims cent anys, Baltasar Brotóns Garcia dedica su trabajo a La Agricultura ilicitana del último siglo, Martín Sevilla Jiménez habla de Economía e Industria. La evolución de Elche en el último siglo y José López Yepes resume la Introducción al origen y evolución histórica de la Caja de Ahorros y Monte Piedad de Elche.

También se incluyen trabajos míos en varios poemarios antológicos, como MUESTRARIO DE POETAS DE ELCHE y ALBORADA, este último publicado con el patrocinio de la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Elche.

En la actualidad estoy realizando una gran actividad literaria, ya que dedico varias horas diarias a escribir. Escribir, leer, viajar, son las tres actividades que me absorben casi todo mi tiempo, y es lo que me llena y satisface, lo que me vitaliza y fortalece y lo que me da impulsos para contemplar la vida con un cierto optimismo. Me encuentro en plenas facultades físicas y mentales, dentro de las limitaciones que me imponen los setenta y cinco años recién cumplidos. De este impulso y vitalidad espero que alumbren nuevos libros en un futuro inmediato, nuevos hijos de papel que



En el Hort del Chocolater, en la presentación de su poemario «Al paso de los días».

acompañen a los ya nacidos para incrementar esta numerosa prole que constituyen mi más preciado patrimonio, del que me siento tan orgulloso y que tantos esfuerzos y dedicación me costaron para concebir y crear, en una labor de muchas horas que para mí fue grata y placentera. De esos libros que ya son una parte importante de mi vida, de una vida que ha tenido de todo: momentos malos y momentos buenos, pero que, contemplaba en su conjunto, tiene más de bueno que de malo, de positivo que de negativo, y por consiguiente, no puedo ni debo quejarme, ya que no existen motivos reales para ello.

Al volver la vista atrás, desde la cúspide de los setenta y cinco años vividos en plenitud, y con arreglo a lo que me ha dictado mi libre albedrío, no me arrepiento de nada lo que he hecho, pues entiendo que caminé siempre por el camino recto, haciendo en cada momento, lo que mi propio criterio me aconsejaba que hiciese, con arreglo a las circunstancias y a las posibilidades que tenía a mi alcance.

Entiendo que mi vida ha sido una vida fecunda y bien aprovechada, y dentro de mi propio entorno, algo superior a la de los demás que me circundan, en cuanto a logros se refiere. De lo que tengo y lo que soy, no le debo nada a nadie, ya que lo he hecho yo solo a pulso, a base de esfuerzo, voluntad y constancia.

Siempre se ha dicho que hace más el que quiere que el que puede, y eso es muy cierto. Un hombre normal puede alcanzar las cimas más altas, si tiene la suficiente voluntad y constancia para luchar por conseguirlo, aunque en ocasiones, puede ser más fácil o difícil lograr nuestros propósitos, según los medios de que dispongamos o el ambiente en que nos desenvolvemos.

Yo creo que todas las personas debemos estar interesadas en dejar huellas positivas de nuestro por el mundo, a través de nuestros comportamientos y de nuestras obras, para que se nos recuerde por el bien que hicimos por los demás, que es lo más importante.

Todas las personas, como seres humanos, tenemos nuestros defectos y nuestras virtudes. Lo que debemos procurar, en la medida de nuestras posibilidades, es que los primeros sean menos que los segundos.

Y para finalizar estas memorias, quiero transcribir los seis últimos versos de un soneto que escribí hace ya algunos años, y que

publiqué en uno de mis poemarios:

«Cuando se haga balance de mi vida
en el día crucial de mi partida
de este mundo falaz de envidias lleno,
sólo aspiro alcanzar como objetivo
el dejar un recuerdo positivo
y que puedan decir, fue un hombre bueno».

Elche, septiembre de 1991

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR